Serie Impactante

La teología de la cruz

Reflexiones sobre la cruz de Jesús y la nuestra

Daniel M. Deutschlander

LA TEOLOGÍA DE LA CRUZ

Reflexiones sobre la cruz de Jesús y la nuestra

Daniel M. Deutschlander

Traducido al español por Ruth Rodríguez de Haeuser y David Haeuser

MSELP

Lima, Perú

2013

The Theology of the Cross, by Daniel Deutschlander © 2009
Northwestern Publishing House
Milwaukee, Wisconsin
All rights reserved.
Translated and distributed with permission.

La teología de la Cruz, por Daniel Deutschlander © 2009
Northwestern Publishing House
Milwaukee, Wisconsin
Todos los derechos reservados.
Traducido y distribuido con permiso.

Las citas de la Escritura son tomadas de la SANTA BIBLIA, VERSIÓN REINA VALERA 1995.

Citas tomadas de las Confesiones Luteranas son tomadas del Libro de Concordia, editado por Dr. Andrés A. Meléndez. Publicado por Concordia Publishing House, St. Louis, Missouri, 1989.

Se reservan todos los derechos. Esta publicación no puede ser copiada, fotocopiada, reproducida, traducida o convertida a ninguna forma de lectura electrónica o mecánica totalmente o en parte, excepto por breves citas, sin aprobación previa por escrito del publicador.

MSELP
Lima, Peru
2013

ÍNDICE

PREFACIO 4
1 ¿Qué es la teología de la cruz? 7
2 La paradoja 32
3 Astillas en la cruz 56
4 Astillas bajo la cruz 74
5 La teología de la cruz y el Dios oculto 93
6 El Dios oculto en el cristiano 115
7 Cruces – Una selección 131
8 Las cruces especiales de los pastores y la iglesia visible 154
Apéndice 1 175
Apéndice 2 178

¡He aquí la gloria oculta de la cruz!

PREFACIO

En cada época, la iglesia ha tenido que ocuparse de las pruebas decisivas de la ortodoxia. La prueba decisiva ayuda al cristiano a distinguir entre el cristianismo verdadero, bíblico por un lado, y las versiones falsas y corruptas de la fe por otro. Un famoso teólogo dijo que las pruebas a través de los siglos podrían ilustrarse con la figura de un edificio. Durante los primeros tres o cuatro siglos, los ataques contra el cristianismo fueron dirigidos principalmente a la cruz de arriba, cuando los herejes atacaron las enseñanzas de la Biblia con respecto a la persona de Cristo. El Credo Niceno fue la respuesta de la iglesia fiel a esos ataques. Durante los próximos mil años, la prueba decisiva del cristianismo verdadero se ocupó del cuerpo del edificio de la iglesia, es decir, la definición de lo que la iglesia misma es, su mensaje fundamental, la naturaleza de su autoridad y su obra. La Reforma, en gran parte, trató esas cuestiones. A partir del siglo XVIII, la prueba decisiva se ocupó del fundamento sobre el cual la iglesia se basa, sobre el origen y la autoridad de las Sagradas Escrituras. En otras palabras, ¿son la palabra infalible y verbalmente inspirada de Dios y la única autoridad para la doctrina y la vida de la iglesia, o son registros meramente humanos y falibles de lo que la gente creía en los días cuando los diferentes libros de la Biblia fueron escritos?

¿Cuál es actualmente la prueba decisiva del cristianismo verdadero? Las pruebas antiguas nunca se pueden hacer a un lado por completo; los ataques contra la persona y la obra de Cristo, los ataques contra el propósito y la naturaleza de la iglesia, los ataques contra la fuente y la autoridad de la Biblia se renuevan en cada época. Y, sin embargo, cada época tiene su propia prueba decisiva además de estas pruebas universales y que siempre resurgen. ¿Cuál puede ser una prueba decisiva especial en nuestros días? ¿Podría ser la teología de la cruz que separa el cristianismo verdadero del corrupto y las versiones falsas de él?

Vemos por todas partes un deseo de hacer que el cristianismo sea divertido y despreocupado. Algunas iglesias y sus líderes se atreven a alegar que Dios realmente quiere que los cristianos siempre estén saludables, sean ricos y sabios. Otros hacen que los oficios divinos sean horas de autodescubrimiento; el objetivo es que el cristiano se realice personalmente y tenga mejor carácter. Si la persona aprende a llevarse mejor consigo mismo, entonces se llevará mejor con todos los demás, y Dios debe estar contento por eso. Otros están obsesionados con la idea de que la verdadera iglesia debe ser exitosa, grande e influyente en la política nacional y mundial. Dentro de la iglesia, sin importar la etiqueta confesional que la iglesia particular pueda llevar, muchos miembros quieren ser su propia biblia; quieren la libertad de escoger y elegir la doctrina en la cual creer y la conducta para alabar o condenar. Sus elecciones cambian con las circunstancias del momento, y ay de aquel predicador que basándose en las Escrituras les diga que están equivocados y que Dios

condena sus elecciones. Todo eso es la teología de la gloria, una teología que permite al hombre ser su propio dios, y al Dios de la Biblia lo vuelve en una criatura sujeta a los caprichos personales del momento.

El Dios de la Biblia, el Dios único y verdadero, sin embargo, es el Dios de la cruz. Jesús nos llama a someternos a su cruz y luego a llevar la cruz que nos envía con la cual nos marca como suyos. No vino a entretener, sino a redimirnos con su sangre. No nos llama para que seamos nuestros propios dioses, sino para arrodillarnos humildemente ante su cruz en total sumisión a su palabra y luego a la cruz que a él le agrade enviar. La cruz que él mismo envía siempre y por necesidad y definición significa lucha para nosotros. La cruz no es simplemente un adorno que se lleva en el cuello, sino dolor que se lleva en el corazón y en el alma. Jesús nos llama a la cruz y nos envía una cruz tras otra para que la llevemos. Nos pide que lo imitemos tropezando bajo el peso a veces abrumador de la cruz y supliquemos angustiados como él lo hizo en medio del dolor. Todo eso parece ir muy en contra de nuestra cultura. Buscamos el placer, y para cada dolor debe haber un remedio instantáneo. Somos adictos al entretenimiento y también queremos que la iglesia sea entretenida. Rechazamos cualquier idea de que vivimos en un valle de lágrimas, en *einem rechten Jammerthal*, como nuestros antepasados lo expresaron. Pensamos que cualquiera que tenga dolor físico o espiritual debe estar enfermo y necesita terapia para que esté contento otra vez, ¡y pronto!

Al mismo tiempo, la Biblia nos dice que en medio del sufrimiento y bajo la cruz, debemos regocijarnos. Sí, nos dice que nos regocijemos constantemente y precisamente porque sufrimos bajo el peso de la cruz que nos abruma y amenaza con destruirnos. Nos asegura una y otra vez que los que se regocijan sin la cruz y los que sufren sin gozo no comprenden el verdadero gozo ni el valor de la cruz que Dios ha enviado.

Por lo que volvemos nuevamente a la pregunta: ¿Podría la teología de la cruz ser la prueba decisiva del verdadero cristianismo en nuestros días? La corrupción y la falsedad hacen a un lado todo el concepto de llevar la cruz a favor del gozo sin ella. El falso cristianismo ofrece al cristiano una imitación de la gloria de Cristo en el cielo, no de su humillación en la tierra. La iglesia falsa y la artificial vuelven la adoración en una hora espiritual alegre carente de arrepentimiento, con absolución barata, sin pensar en tomar a Dios seriamente en la ley ni en el evangelio. Y a la gente le encanta. Aún pueden ser su propio dios, su propia biblia, su propia fuente de verdad fundamental y de salvación.

En las siguientes páginas, buscaremos la actitud de Dios, como la ha revelado en su palabra santa e inerrante, para su definición de la fe cristiana y la vida bajo la cruz, bajo su cruz y la nuestra. Lucharemos con la aparente contradicción de la necesidad de llevar la cruz y regocijarse al mismo tiempo. Nos esforzaremos por doblegar nuestra mente y nuestro corazón y nuestra alma bajo su cruz y la nuestra. Luego nos levantaremos bajo el bálsamo curativo del evangelio en su palabra y sus sacramentos para regocijarnos eternamente en su cruz y la nuestra, hasta que nos lleve de la imitación de su cruz al gozo de su gloria celestial.

¡Que Dios bendiga la meditación de su palabra y la cruz para la gloria de su nombre y el fortalecimiento de nuestra vida de él, para él y en él!

1
¿Qué es la teología de la cruz?

Cuando primero escuchamos la frase *teología de la cruz* no vacilamos en cuanto a su definición. Después de todo, de lo que trata el cristianismo es de la cruz, la cruz de Cristo. Por supuesto, con una *teología de la cruz* queremos decir una teología que está centrada en Cristo y en su cruz, en la obra de nuestra redención. Desde luego, cualquier teología digna del nombre siempre está marcada con la cruz de él, quien murió por nosotros para salvarnos y luego resucitó para proclamar su triunfo para nosotros sobre la muerte y el infierno. Su cruz y resurrección son el principio, la mitad, el fin, el todo de nuestra teología, nuestra fe en esta vida y nuestra esperanza del cielo en la vida que viene. Pero cuando hablamos de la *teología de la cruz* en la teología dogmática, hablamos no sólo acerca de la cruz de Cristo, sino también de nuestra cruz, la cruz del cristiano en su vida de fe. Sin perder nunca de vista la cruz de Jesús, es la cruz que él nos envía *a nosotros* la que ocupará también nuestra atención en este libro. La centralidad de su cruz nunca estará lejos de nuestra mente, y ésta será nuestra principal preocupación en el centro del libro. Pero en gran parte de esta obra nuestro enfoque estará en los resultados de su cruz en nuestra cruz; examinaremos cómo las dos nunca están separadas, cómo están entrecruzadas, y cómo una define a la otra en cuanto al contenido y propósito. Es, como tendremos ocasión de repetir frecuentemente, su sola cruz la que salva. Es la cruz que nos envía la que resume gran parte de nuestra vida de esperanza y expectativa para la gloria que todavía va a ser revelada en la eternidad.

Jesús mismo nos da el motivo para hablar así respecto a la relación entre su cruz y la nuestra, respecto a la centralidad de su cruz para nuestra salvación y nuestra cruz en la vida que es fiel a él y a su palabra. Promete que llevaremos la cruz como una consecuencia necesaria de seguirlo. Nos explica en detalle con una gran claridad cuando declara:

> Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará, porque ¿de qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Por lo tanto, el que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles. (Mc 8:34-38)

Al considerar la teología de la cruz, queremos examinar esta promesa de Jesús cuidadosamente. Cada palabra que dice sobre el tema de la cruz del cristiano está escogida con mucho cuidado. Y el tema mismo es tan importante y amplio que abarca toda la vida del cristiano sin ser exactamente lo mismo de un año a otro o de una persona a otra. Por lo tanto, consideraremos en primer lugar aquellos aspectos de la teología de la cruz que la definen y que se aplican universalmente. En los capítulos posteriores, examinaremos aspectos particulares y cambiantes de la cruz en la vida del cristiano y en la vida de la iglesia.

Características de la cruz del cristiano

Considere primero que Jesús hace la cruz para sus seguidores una *consecuencia*, no una causa, del discipulado. Está dirigiéndose a aquellos en quienes el evangelio ya ha creado fe y que ahora desean seguirlo. Inmediatamente antes de la promesa de la cruz para sus discípulos, Jesús habló sin rodeos de su propia cruz, de su inminente pasión y de su resurrección después de su sufrimiento. Es su cruz la que salva, no la nuestra. Y tampoco nuestra cruz contribuye a nuestra salvación, ni en lo más mínimo. Incluso nuestra fe es un don que viene de su cruz, de la proclamación del evangelio que hemos sido redimidos por su sola cruz y no la nuestra. Fue después de que anunció la obra salvadora que estaba a punto de cumplir para nosotros que se volvió a la multitud y a sus discípulos y anunció una *cruz como resultado* para todos los que en esa fe lo seguirían.

¡Qué horribles debieron haber parecido esas palabras a todos los que las escucharon! Es más, Pedro habla por todos nosotros según la carne cuando lleva a Jesús aparte para decirle a su Señor que tal cosa como una cruz para el Hijo de Dios era totalmente imposible. Cuando Jesús entonces anunció que no sólo él, sino todos los que lo siguieran llevarían una cruz, Pedro ha de haberse quedado muy desconcertado y sin palabras. Si no quería que Jesús llevara una cruz, no debemos esperar que albergara la posibilidad de llevar él mismo una.

La cruz para el cristiano es una consecuencia del discipulado. Es una *consecuencia necesaria*. ¡Sin cruz, no hay cristiano! La cruz es la que marca al cristiano como cristiano. Aquellos que se avergüenzan de la cruz en esta vida, tanto de la de él como de la propia, verán que el Hijo de Dios se avergonzará de ellos en el día del juicio. ¿Podría haber una perspectiva más horrible que ésa? ¿Podría haber un martillo que golpeara más fuerte nuestra carne pecaminosa? La carne no quiere saber nada de una cruz y desde luego que no desea llevar ninguna. Pero Jesús es insistente y hace todo el asunto todavía más enfático al poner todo en singular. No *todos aquellos* sino *alguno*. No *ellos* sino *él*. Ni una sola alma que lo siga podría pensar jamás que podrá esconderse sin la cruz entre la multitud de los que llevan la cruz y escapar de su peso y su dolor. Ningún cristiano debe imaginarse que podría encontrarse con Jesús en el día del juicio sin la señal de la cruz.

Una tercera característica de la cruz, una característica envuelta en la palabra misma, es que la cruz es *pesada y dolorosa*. El dolor e incluso ser consciente de la cruz puede cambiar de un

año a otro en la vida del cristiano. Sin embargo, hay una cruz; debe haberla. Un sermón desde el púlpito o una lección en el salón de clase, por lo tanto, que trata de hacer parecer el cristianismo sin dolor, sin esfuerzo, fácil, entretenido o sólo un paseo del domingo por la mañana al lugar de fiesta de las almas es un falso cristianismo. Lutero lo expresó bien en su Catecismo Mayor. En sus comentarios sobre la Tercera Petición del Padrenuestro dice esto:

> Allí donde la palabra de Dios es predicada, aceptada o creída y da frutos, no faltará la bienamada santa cruz. Nadie debe pensar que tendrá paz, sino que ha de sacrificar cuanto posee en la tierra: Bienes, honor, casa y hacienda, mujer e hijos, cuerpo y vida. Esto le duele a nuestra carne y al viejo Adán, puesto que la consigna es perseverar y con paciencia padecer los ataques y abandonar lo que nos quitan. (Catecismo Mayor, Padrenuestro, párr. 65, 66; Libro de Concordia, p. 458).

Todas estas calamidades pueden sobrevenir como resultado del evangelio y les han ocurrido a muchos debido a su fidelidad a la palabra. El que estas calamidades no siempre vengan es sólo porque Dios con frecuencia ha elegido perdonarnos. El punto es que debemos tener un modo de pensar que comprenda y esté listo a dejar ir todo debido al evangelio. Señala lo mismo en su gran himno "Castillo fuerte es nuestro Dios", especialmente en la cuarta estrofa (Culto Cristiano 129). ¡Aun si nuestra cruz no tiene las dimensiones y el peso de lo que describe Lutero en el Catecismo Mayor, sin embargo habrá una cruz; tiene que haber una cruz!

La liturgia aborda las necesidades de los que llevan la cruz

La liturgia del domingo por la mañana supone la constancia de la cruz en la vida del cristiano. La liturgia va dirigida a los que llevan la cruz. No vamos a la iglesia a hacer lo que queremos, como tampoco vamos a la sala de emergencia del hospital para hacer lo que queremos. Vamos a ambos lugares heridos; necesitamos la ayuda que solamente proviene de otro. Vamos a ambos lugares para ser sanados, donde nuestra opinión y preferencia no tiene consecuencia; sólo importa la opinión del que sana. La confesión de pecados supone que acudimos a la casa del Señor con dolor, con gran dolor de corazón deseando el bálsamo y el ungüento que calma del perdón y la paz de Dios debido a nuestra condición todavía pecadora y las pruebas abundantes de esa condición en nuestra vida. El clamor en el "Kyrie", "Señor, ten piedad", es el clamor hasta del pecador perdonado, que reconoce su debilidad constante tanto en el cuerpo como en el alma. Viene de un corazón de alguien cuya vida sabe que las necesidades del cuerpo y del alma no se pueden sustentar sin la misericordia de Dios. Incluso el jubiloso "Gloria in Excelsis" repite nuevamente el estribillo del que lleva la cruz: "[Jesucristo] ten piedad de nosotros… recibe nuestra oración... ten piedad de nosotros".

De principio a fin, todo el oficio divino va dirigido a las diferentes necesidades del cristiano bajo el peso de la cruz. Al mismo tiempo, ofrece abundantes oportunidades para adorar y dar gracias *al* que *llevó la cruz* por la ayuda y el rescate que otorga en la palabra y los sacramentos. La predicación y la enseñanza que no toma en cuenta la marca de la cruz en el cristiano no hacen mella. La presencia de la cruz hace que el cristiano se dé cuenta de la necesidad del consuelo bajo la cruz y el don de la fortaleza para resistirla. Sin ese consuelo ni esa fortaleza, cada creyente se desanimará, se abatirá bajo su peso y finalmente caerá en la desesperación. Y trágicamente, su corazón puede enfriarse y su alma cegarse tanto que ni siquiera se dé cuenta de que ha sido quebrantado; su desesperación puede finalmente ser una falta total de vida espiritual.

Al cristiano, que es consciente de la cruz debido a los sucesos en su vida y a la predicación y enseñanza, Jesús le promete descanso y refrigerio en el pronunciamiento de la absolución, en las lecturas del día y en el sermón. En respuesta a esto, el portador de la cruz canta con regocijo su agradecimiento y alabanza a Dios en el resto de la liturgia y en tantos himnos. Tan eficaz es el consuelo de los portadores de la cruz que nos unimos unos a otros en la expresión confiada de la fe que obra la palabra para alegrarnos y animarnos unos a otros: *¡Creo (creemos)!* con confianza declaramos sobre la base del consuelo y la fortaleza recibida en la palabra y el sacramento.

Jesús resume su respuesta a nuestra necesidad como portadores de la cruz maravillosamente cuando nos invita con ternura: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga” (Mt 11:28-30). Si el cristiano no tuviera que llevar una cruz, no necesitaría nada de lo que Jesús promete en esos versículos. Tampoco tendría el menor anhelo de ello. Pero, a decir verdad, el que lleva la cruz está con frecuencia con un corazón abatido y con el alma agotada. Acude al Salvador en la palabra y el sacramento, anhelando el alivio. Sin embargo, ese anhelo no es para llevar una vida fácil sin la cruz. ¡No, eso jamás podría ser! Porque Dios ha prometido la cruz y ha prometido que ésta no se irá hasta que el cristiano entre en la gloria preparada para todos los que lo siguen bajo la sagrada señal de la cruz. Jesús expresa cuidadosamente su promesa en Mateo 11 con eso en mente. La palabra traducida como “descanso” sería mejor traducida como “refrigerio”. El descanso, el descanso final, viene al último, pero eso no es de lo que Jesús está hablando en esta promesa. Ésta es una promesa de un refrigerio que permite al que lleva la cruz volver al trabajo y a la carga. El trabajo y la carga se hacen ligeros no porque hayan desparecido, sino porque Jesús promete que el yugo es su yugo y la carga su carga. Por lo tanto, la llevamos y la soportamos con él en su compañía. Es la compañía de alguien que nos amó hasta su cruz, el infierno y de regreso.

El dolor de la cruz está en el centro del gozo del cristiano

El simple hecho de que la cruz del cristiano lo envíe corriendo una y otra vez a su Salvador para pedir ayuda, fuerzas, refrigerio debe ser un motivo suficiente para regocijarnos en llevar la cruz. Porque sin la cruz no recurriría constantemente a él en la palabra y el sacramento. En el mejor de los casos, la corrida degeneraría en un paseo esporádico el domingo por la mañana; la confesión bajo la cruz de que la carne no está dispuesta y el espíritu aún es débil se convertiría nada más en una formalidad cortés. La exaltación del *Gloria in Excelsis* que sigue a las palabras de absolución sería nada más que un ritual rutinario. Lutero lo señala con elocuencia en su comentario en la sexta y séptima peticiones del Padrenuestro en el Catecismo Mayor. Dice que cada hora el cristiano está sometido al tormento y a la tentación; hoy está de pie, mañana cae; hoy esta prueba, mañana otra. Por lo tanto, tenemos motivos para clamar a cada hora, no para tener una vida relajada sin la cruz, sino por rescate y ayuda para llevarla. Porque la tentación (*Anfechtung*) de cualquier clase es la que Cristo nos ha dicho que tendremos en esta vida, y él promete en la palabra y los sacramentos ayudarnos y rescatarnos en medio de eso.

La cruz y la voluntad cristiana

Note también algo asombroso acerca de esta teología de la cruz, como Jesús la define y la resume para nosotros. *¡Involucra la voluntad del cristiano!* Jesús habla en Marcos 8, citado anteriormente, de lo que queremos hacer. ¿Quién lo hubiera pensado? Otra vez recordamos la protesta de Pedro cuando Jesús habló de su propia cruz. Pero Jesús tenía que tomar su cruz si el mundo iba a ser redimido. Así como Jesús la tomó por su propia voluntad, así también el cristiano debe tomarla. Jesús no dice que va a imponer la cruz en contra de la voluntad de sus seguidores. Pide que el cristiano, espera que el cristiano, acepte la cruz y la acepte con gusto. San Pablo comprendió eso tal vez mejor que nadie cuando declaró:

> Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de Dios. Y no solo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones… (Ro 5:1-3)

Jesús abraza y atrae el alma en la proclamación de la plena redención, del pleno perdón como un hecho cumplido y recibido por la fe sola. Y nos atrae tan plenamente con el mensaje que la nueva voluntad del cristiano, que otorga el Espíritu por medio del evangelio, se goza para seguirlo bajo la cruz del sufrimiento. ¡Sólo un cristiano o un loco podría comprender esto! La nueva voluntad del cristiano puede estar aún débil para abrazar la cruz. Esa debilidad consiste en una naturaleza pecadora y todavía poderosa que la rodea, que amenaza con hundirla y tragarla. Puede que tome mucho tiempo bajo la cruz antes de que el cristiano triunfe sobre la voluntad pecadora de modo que no sólo se rinde a la cruz, sino se goza en ella. Y esa rendición ante la cruz puede ser un viaje en una montaña rusa que dure toda la

vida. Pero al final, la realidad de que la cruz es una bendición (¡en alemán siempre la llamamos *das liebe kreuz*! —la *amada* cruz) penetra, en parte ahora, por completo cuando llegamos a la consumación en la gloria.

Sólo la proclamación de la obra de Jesús en su cruz y su resultado bendito puede hacer que el cristiano imite a Cristo abrazando de manera voluntaria y aun con gozo la cruz. San Pablo inspira la voluntad y despierta ese gozo en la gran *sedes doctrinae*[1] para el estado de humillación y exaltación de Cristo en Filipenses 2:5-11. Comienza toda esa gloriosa sección sobre la obra de Cristo para nosotros con un llamado a la voluntad del cristiano. Dice: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús". El apóstol sólo tiene esa línea breve acerca de nuestra voluntad y entonces un relato largo y vívido de la voluntad de Cristo realizada con humildad por nosotros, con sufrimiento por nosotros, en la cruz por nosotros, y entonces en la gloriosa resurrección por nosotros. Todo lo que Cristo realizó en su humillación en la cruz es lo que nos hace tener una actitud y una voluntad que imite la de él. Precisamente por eso, Jesús habla primero de su cruz y luego de la nuestra en Marcos 8, mientras obra para conformar nuestra voluntad a la de él. El escritor de la epístola a los Hebreos habla de la misma manera. Primero se regocija en el sufrimiento de Cristo por nosotros, y luego habla de nuestro sufrimiento en manos de un Padre bondadoso que nos disciplina solamente para nuestro bien (Heb 12:1-11); ese amor del Padre mueve nuestra voluntad para someternos al dolor momentáneo de la disciplina del Padre.

¿Pero qué tal si nuestra actitud no es la misma que la de Cristo? ¿Qué tal si nuestra voluntad se resiste a la cruz? La simple verdad es que nuestra voluntad todavía no está completamente renovada. La voluntad renovada, como ya lo notamos, todavía es débil debido a que aún tenemos la vieja voluntad, la voluntad del hombre caído, que siempre se resiste a la cruz. Por eso, el llamamiento de san Pablo, como el de Cristo mismo en Marcos 8, es a la *voluntad cristiana*, es a la voluntad que ha nacido a través de la proclamación del evangelio. Porque el cristiano siempre tiene dos naturalezas; retiene la voluntad caída que heredó de Adán y Eva. Al mismo tiempo, por medio de la proclamación del evangelio en la palabra y en el Sacramento del Bautismo, recibe toda una nueva voluntad, una voluntad que desea únicamente lo que Dios desea, una voluntad que ama su fuente —Cristo en la palabra y los sacramentos. Esas dos voluntades permanecen en conflicto durante toda nuestra vida, como san Pablo testifica gráficamente en Romanos 7:14-25. En el asunto de llevar la cruz, es sólo la nueva voluntad la que verdaderamente se somete a la cruz. La vieja voluntad la odia, la resiste y trata con todas sus fuerzas debilitadas de deshacerse de ella. San Pablo usa la analogía del niño recién nacido cuando habla de la nueva voluntad; todavía débil, todavía inmadura, que desea la leche no adulterada de la palabra para que pueda crecer y fortalecerse

---

[1] *Sedes doctrinae* es un término técnico en la teología. Significa "la sede de la doctrina". S*edes doctrinae* usualmente es un pasaje en la Biblia que resume mejor esa doctrina en particular. Otros pasajes pueden hablar de la misma doctrina, pueden agregar profundidad y dimensión a ella, pero es *sedes doctrinae* el que mejor la resume.

(1 P 2:2). De nuevo, la necesidad de esa leche para fortalecer la nueva voluntad está en curso; dura toda la vida.

Es un hecho que cada cristiano lleva la cruz mientras sigue a Cristo. Es un hecho que llevar esa cruz no es una opción, sino una consecuencia necesaria de la fe. Es un hecho que la cruz frecuentemente es difícil y dolorosa. Es un hecho que el cristiano abraza la cruz de buena gana, hasta con gozo conforme a su nuevo hombre. Aunque todo esto es locura para el mundo, es lo más razonable para Cristo y para quienes desean seguirlo. Jesús lo dice claramente cuando dispone la alternativa en Marcos 8. La alternativa de no llevar la cruz es perder el alma, es decir, perder la vida terna.

¿Por qué querría alguien perder la vida eterna? ¡Qué terrible considerar semejante pérdida, mucho menos llevarla en realidad a cabo! Pero eso es exactamente lo que hacen aquellos que se avergüenzan de Cristo y su palabra, quienes por lo tanto rechazan la cruz que viene a aquellos que lo siguen. ¡Sin cruz, no hay cristiano! ¿Cambiaría alguien la cruz por todo el mundo y todo lo que ofrece? ¡Realmente sería un pobre intercambio, aunque fuera posible! Porque el mundo pasajero y perecedero vendrá a expensas de la bendición eterna y resultaría finalmente en el tormento eterno. En realidad, no es posible ese intercambio. A decir verdad, aquellos que aspiran a ese intercambio nunca obtienen todo el mundo. Se conforman con mucho menos. Obtienen oropel, no oro; obtienen chucherías, no tesoros; obtienen lo fugaz y lo transitorio, no lo duradero y lo eterno. ¿Si el mundo entero puesto en la balanza es un trato necio, cuánto más no lo es el oropel y los placeres perecederos? De este modo, por ejemplo, el que compra popularidad con un compromiso tras otro de sus principios termina avergonzado y deshonrado frecuentemente en esta vida y desde luego en la venidera. El que cambia escuchar la palabra por el trabajo y las riquezas termina con la salud arruinada, sin riquezas y con una eternidad sumamente empobrecida con el resto de los condenados. El que rechaza la cruz de la lucha contra la carne y va tras los placeres como meta de la existencia termina frustrado y siempre insatisfecho en esta vida y cubierto de desgracia y sufrimiento eternos en la próxima.

Llevando la cruz con gozo

La brillante discusión de Jesús en Marcos 8:34-38 sobre la opción de llevar la cruz ayuda a que la voluntad del cristiano abrace lo que a muchos les parece una manifiesta contradicción en la Biblia. Ayuda a que la voluntad cristiana abrace el *sufrimiento con gozo*. El sufrimiento con gozo parece ser una contradicción tan grande de términos que necesitamos enfocar nuestra atención en la naturaleza del gozo en el sufrimiento. Porque tanto el sufrimiento como el gozo son reales. La cruz es en realidad dolorosa. El escritor a los Hebreos lo reconoce cuando dice: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza” (Heb 12:11). Sin embargo, muchos pasajes en la Biblia nos exhortan a un gozo constante. Para citar sólo uno de los ejemplos más sorprendentes, san Pablo hace del gozo un imperativo cristiano en Filipenses 4:4 cuando dice: “Regocijaos en el Señor siempre.

Otra vez digo: ¡Regocijaos!”. Lo sorprendente acerca de la insistencia en el regocijo en Filipenses es que esta epístola es una de las epístolas de Pablo escritas en la prisión. La escribió mientras estaba aislado de mucho de su trabajo para el cual vivió. Escribió mientras estaba separado de sus queridos miembros de las iglesias a las que había servido y de muchos de sus amigos y compañeros de trabajo. ¡De todas formas insiste en regocijarse! ¿Cómo puede la Biblia insistir en que debemos regocijarnos cuando habla con la misma insistencia acerca de la necesidad de sufrir?

Cada una de las epístolas de Pablo es una respuesta a la pregunta, y la primera epístola de Pedro es un comentario que trata de la aparente paradoja en cada capítulo: El sufrimiento y el gozo son dos caras de la misma moneda en la vida del cristiano. Ese hecho elemental es lo que distingue el sufrimiento del cristiano bajo la cruz del sufrimiento del mundo incrédulo. Sufrir sin gozo es el pesar del mundo en el curso ordinario de las cosas; es pesar y nada más que pesar por el dolor de la enfermedad y la muerte, por la angustia de la soledad o del fracaso humano, por el fruto amargo robado del árbol que prometió placer pero dio sólo culpa y vergüenza. El pesar y el sufrimiento del mundo no encuentran alivio en la promesa de rescate y de redención en Cristo. Porque el sufrimiento aparte de Cristo es la consecuencia de estar separado de Cristo. Quienes sufren así no reciben consuelo en la promesa de las Escrituras de que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien (Ro 8:18-39). En la tristeza, los que no tienen a Cristo no pueden gozarse en la verdad de que sufrir en Cristo lleva una cosecha rica y abundante para el alma incluso en esta vida (Ro 5:1-11). El pesar del mundo incrédulo está desprovisto del compañerismo de Cristo en la cruz y en la tumba vacía.

Todo lo que pueden desear los que sufren sin el evangelio es que tal vez el sufrimiento terminará, que tal vez tendrá algún motivo o propósito. Incluso cuando esa esperanza inútil se debilita y se desvanece al darse cuenta de que la muerte es la realidad final del hombre, el mundano se queda solamente con el alivio pasajero de sus pecados favoritos. Recurre a las drogas o al alcohol, a los placeres de la carne o al trabajo con el fin de quitar de su mente lo que a él le parece una existencia vana e inútil. ¡Hace eso aun cuando debe saber que mucho de su dolor resulta directamente de tal comportamiento en primer lugar! A lo que recurrió inicialmente para que le proporcionara felicidad, ahora recurre para que le dé alivio de la miseria producida por su búsqueda inicial. En efecto, tan profunda se hace la desesperación de algunos que se lanzan precipitadamente al crimen final, al suicidio. Gran parte de la filosofía moderna termina realmente como un callejón sin salida: ¡La vida no tiene significado y su sufrimiento no conoce ningún propósito; por lo tanto, si se hace demasiado para ti y ya no puedes escapar, termina todo! ¡Tan profundo es el dolor separado de Cristo, tan profundo es el sentido de inutilidad, que para aliviarlo, los mundanos tratan de hacer que el suicidio parezca un acto noble! Pero como tantas de las soluciones a los problemas del mundo, así la solución del suicidio crea más tristeza de lo que alivia. Porque separado de Cristo, la pena y el sufrimiento de lo presente es sólo un presagio de un sufrimiento eterno mucho mayor de los condenados en el infierno.

Así como el sufrimiento de los que no tienen a Cristo es muy diferente del sufrimiento del cristiano que lleva la cruz, así también la alegría del mundano no tiene nada en común con el gozo del cristiano, un gozo que el cristiano tiene bajo las cruces más pesadas. Porque el gozo del mundano no tiene raíces en la alegría y el consuelo del evangelio. Una alegría sin la cruz y separada de Cristo con frecuencia no es nada más que algo superficial. Cuando es superficial, es locura e insensatez; considere, por ejemplo, la obsesión por los deportes, como si un partido fuera la meta de la vida misma. Cuando no es superficial, es idolatría y depravación; considere la adicción al sexo y a la violencia de tantos, como si éstas fueran las únicas formas de probar que uno está realmente vivo y es importante. Ya sea superficial o depravado, el gozo del mundo en realidad es un gozo que siempre tiene el olor de la muerte. La fiesta de cumpleaños termina con la realización de que el final de la vida se acerca un año más. El baile de etiqueta de la noche de fin de año da paso a una realidad de incertidumbre y aún más lucha en el año que viene. Incluso la recuperación de una enfermedad contiene en ella sólo la convicción de que la enfermedad volverá, que finalmente el virus o bacteria o el deterioro de un órgano terminará en el triunfo de la muerte sobre la vida. Frente a esas desalentadoras realidades, el gozo que el mundano conoce es nada más que "pasar el cementerio silbando", todo gozo separado de Cristo debe decepcionar finalmente. Debe terminar, ya sea con el regreso de la pena y la pérdida mundana, en la muerte o en las consecuencias del sufrimiento interminable bajo el juicio justo de Dios.

En comparación, el sufrimiento del cristiano, el llevar la cruz, tiene el bendito propósito de llevarlo a Cristo o más cerca de Cristo, quien al final dará la corona a los que han llevado su cruz tras él. Ése es el punto de Pablo en Filipenses 4. Escribió la epístola desde la prisión, donde tenía pocos motivos exteriores para gozarse. Escribió bajo el peso del sufrimiento imparable. Él nos muestra que los dos, el dolor de la cruz y el gozo de su resultado, siempre deben presentarse juntos. Jesús lo hace maravillosamente cuando nos dice que la vida cristiana es una de dolor y gozo inseparablemente vinculados, como el dolor y el gozo que acompañan a una mujer en el alumbramiento. Él estaba hablando del tiempo en que tendría que quitar su presencia visible de los discípulos. Pero la analogía también se aplica a toda la vida de fe del cristiano. Una mujer tiene dolor que se vuelve en gozo una vez que el niño ha nacido (Jn 16:20-22). Si no hubiera niño, no habría dolor; si no hubiera dolor, no habría el gozo del nacimiento del niño.

Por eso, el cristiano en efecto siente gozo en medio del sufrimiento. Al tomar la cruz, experimenta una y otra vez: el *sufrimiento gozoso*. Porque el cristiano sabe que el gozo que tiene en esta vida es un don de su bondadoso y misericordioso Padre celestial. Y también sabe que no es el menor de los dones de Dios el don de la cruz, lo que lo acerca siempre más al Señor. En el compañerismo de la cruz, en el compañerismo de experimentar su propia cruz yendo tras el Crucificado, el cristiano se regocija. Y como Pablo nos recuerda en Romanos 5, su esperanza en Cristo no será defraudada. Dará únicamente abundantes frutos en paciencia y aún más gozo al acercarse el Señor más todavía al que lleva la cruz en su palabra y cumplir sus promesas allí, promesas de fuerzas renovadas, de ayuda, de rescate final.

La esencia de la cruz

¿Entonces, qué es la esencia de la cruz que cada cristiano debe llevar por necesidad y llevarla de buena gana, aun con alegría? Jesús la define para nosotros con todas sus astillas penetrantes. La define en tal forma que nunca podría haber un momento en que el cristiano consciente de ella estaría sin saber que necesita al Cristo compasivo, quien da descanso al cansado y refresca al cargado. La esencia de la cruz en cada etapa de la vida y en cada circunstancia cambiante es ésta: Negarse *a sí mismo*. Nos dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8:34).

¡Otra vez, cuán magistralmente Jesús resume todo el asunto en Marcos 8! Negarse a sí mismo será siempre difícil, siempre será una lucha. Por lo tanto, comprometerse a eso es tomar una cruz pesada, desgarradora, agotadora. ¿Qué es lo que todos quieren por naturaleza? ¿Qué es lo que está en el corazón y en el centro de cada uno de nosotros? Cada uno desea salvar su vida y no desea perderla. Y para el hombre caído la esencia de salvar la vida no es simplemente la continuación de las funciones corporales. Es más bien que se haga su propia voluntad. Hacer la voluntad de otro o que la propia voluntad sea negada es perder la vida.

La naturaleza del *yo*

Ese punto tal vez no sea inmediatamente obvio. Requiere alguna reflexión. La desilusión en el trabajo, en la familia, en las circunstancias de mi vida es el sufrimiento que viene del fracaso de mi voluntad debido a la de otros. No habría desilusión ni frustración si todos los demás cedieran ante *mi* voluntad, o por lo menos, que se apartaran de *mi* camino. Como mínimo en las cosas en la vida, eso es evidente. Si lo duda, note su propio fastidio cuando está en el tráfico o mientras espera en la cola. El objetivo del hombre por naturaleza es salirse con la suya, ver el triunfo de su propia voluntad. Podemos frustrarnos cuando eso no es posible. Podemos sonreír placenteramente para enmascarar el fastidio o el enojo o aun el odio. Pero eso no cambia este hecho fundamental de la vida: La vida separada de Cristo tiene significado en la medida en que yo me salga con la mía, que mi voluntad salga victoriosa sobre la voluntad de todos los demás.

Por cierto, nos resistimos a admitir que todo el objetivo de nuestra vida es salirnos con la nuestra, lograr nuestra propia voluntad. Pero sólo examine la dinámica de los miembros de la familia que son maestros en manipular y a otros miembros de la familia que no quieren ser manipulados. Lea la historia de los grandes gobernantes del mundo. ¿Qué ve como tema común, la constante en la multitud, en la familia, en la historia del mundo? Verá a individuos que luchan por salvar su vida, dar a su vida un propósito y una finalidad saliéndose con la suya, logrando su propia voluntad. Sólo necesitamos ver en el espejo. Cuando examinamos nuestra propia vida, no nos faltarán ocasiones en que simplemente luchamos por salirnos con la nuestra o estábamos fastidiados o peor todavía que no tuvimos éxito. En la medida en que ése es el caso, en esa medida no llevamos la cruz, no negamos el *yo*.

Las guerras en el mundo y en el trabajo, las desavenencias en la familia y en la vecindad siempre tienen eso como común denominador: Alguien está tratando de ganar una victoria de su propia voluntad sobre la voluntad de alguien más. Eso es en resumidas cuentas el motivo del porqué tememos a la muerte y preferiríamos imaginar que la muerte sólo les pasa a otras personas, que de alguna manera escaparemos de ella. Porque la muerte es el fracaso final y completo de nuestra propia voluntad. La muerte hace imposible que mi voluntad gane más victorias sobre la voluntad de otros.

El deseo de ver triunfar nuestra propia voluntad sobre la de aquellos que nos rodean se manifiesta desde muy temprana edad. No necesitamos que nos enseñen cómo hacerlo. Por naturaleza, cada vez que tomamos aire es con la esperanza de llevar a cabo nuestra propia voluntad. En la infancia, encontramos cómo hablar debido a que queremos algo, ya sea comida, atención o solamente un cambio de pañales. Tan pronto como se satisfacen las necesidades, deseamos más. Con el paso del tiempo nos obsesionamos con la fórmula infantil: "Si tan sólo tuviera…, entonces sería feliz". Obtener el *si tan sólo* satisface la voluntad por unos cuantos minutos, para ser remplazado una y otra vez por el totalmente nuevo *si tan sólo*. El que muchos de estos *quieros* se puedan satisfacer únicamente a expensas de alguien más o con la pérdida de alguien más molesta muy poco la obsesión que tenemos con nuestra propia voluntad, si acaso.

Salirse con la suya, lograr su propia voluntad, obtener cosas, adelantarse aun a expensas de otro, todo esto es básicamente lo mismo. Es la prueba externa de la aseveración, de hecho la adoración, del *yo*. Alguien a quien se describe como un "egomaníaco" no es, de hecho, para nada un maníaco. Es lo que todos somos por naturaleza. La única diferencia real entre quien es considerado un egomaníaco patológico y el resto de nosotros es que no ha podido esconder su enamoramiento apasionado con el *yo* con tanto éxito como aquellos que no se describen así. No ha comprendido lo que el resto de nosotros ha llegado a comprender: Con el fin de salirnos con la nuestra tenemos que aprender cómo ocultar nuestra verdadera intención de lograr el triunfo de nuestra propia voluntad sobre la voluntad de otro.

Puede que algunas veces tengamos que llegar a un acuerdo para obtener un triunfo parcial. Tal vez tengamos que limitar o encontrar una forma de controlar la avaricia o la ambición o la codicia que sentimos no sea que por falta de autocontrol perdamos otras cosas que valoramos más. Tendremos que sonreír amablemente ante la victoria de otro y esperar a que venga la nuestra otro día. Pero no importa cuánto sonreímos o logramos esconder nuestro verdadero objetivo, el deseo de imponer el *yo* permanece enconado en el fondo del alma. Ese deseo nunca se extingue en este lado de la tumba; corroe; quema; estalla en todo lo que hagamos separados de Cristo. Es lo opuesto de negar el *yo*. Y no importa cuán bien lo disimulemos, su fealdad nunca desaparece.

El papel del *yo* en lo "bueno" hecho separado de Cristo

Es una verdad que se aplica aun a los actos nobles de aquellos llamados humanitarios. En el centro aun del humanitario incrédulo más noble está el anhelo de llevar a cabo su propia voluntad por sus propios motivos. Hace lo que hace porque quiere. Si hace su voluntad, simplemente porque lo hace sentirse mejor o porque piensa que de alguna manera sus obras agradarán a su Dios, no importa mucho. Si quiere hacer el bien porque secretamente codicia las alabanzas del mundo o se convence a sí mismo de que esas alabanzas le son indiferentes, tampoco importa. En el fondo sirve a su propia voluntad. En las palabras de Marcos 8, busca salvar el *yo*, salvar su vida. La negación aparente del *yo* puede ser de gran beneficio para la humanidad y en efecto digno de los galardones más altos del mundo. Pero como Jesús lo dice en otra parte y en un contexto un poco diferente: "Ya tienen su recompensa" (Mt 6:16). Esa recompensa, ya sea la alabanza del mundo o la alabanza de los propios sentimientos, no es la alabanza que Jesús da en el juicio final a las obras que fluyen de la fe y por tanto se hacen a Jesús y para Jesús (Mt 25:40-46).

El papel del *yo* en lo bueno hecho para Cristo

El que hace las obras que Jesús alaba en el juicio final puede que no siempre sea consciente de que lo que está haciendo es para Jesús, que lo ha hecho como una obra de la negación del *yo*. En Mateo 25, los que son alabados por sus obras expresan sorpresa; piensan que las obras no eran del todo dignas de recordarse o importantes, mucho menos dignas de que Jesús las note en el juicio final. No obstante, sus obras fueron fruto de la negación del *yo*; resultaron de una relación con Jesús.

Para los demás y aun para el que está haciendo las obras, esas obras pueden parecer insignificantes y que no merezcan ninguna atención. Podría ser el trabajo de un niño que ayuda a su madre con los platos o ayuda a sacudir. Podría ser la bondadosa paciencia que tiene la madre con su propio hijo o con el hijo de alguien más. Podría ser el trabajo fiel hecho por el obrero cuando todos los demás se conformaban con "es suficiente". El trabajo de la lección enseñada fielmente, la visita hecha a enfermos o el sermón terminado con amor por Cristo y su pueblo. La comida preparada para la familia o para un extraño en un refugio. Esa amabilidad con que se dice: "¡Déjame ayudarte con eso!", cuando no había ninguna esperanza ni expectativa de pago o gratificación. La obra hecha negando el *yo* es, en resumen, algo que el cristiano hace como cristiano; el cristiano tal vez no esté completamente consciente de que la obra es fruto de la fe; el cristiano puede que lo haga como un autómata, por así decirlo. Sin embargo, la obra se hizo no para el *yo* sino en cierta medida u otra por amor a Dios y en beneficio de su prójimo.

Por cierto, muchas de esas obras también las puede hacer exteriormente el incrédulo o el hipócrita. Pero el incrédulo o el hipócrita las hacen sólo por fuera. En el caso de las obras del padre o del niño del uno por el otro, el motivo es el resultado del amor natural del parentesco.

En el caso del obrero, puede ser un buen orgullo externo en el trabajo, una buena ética del trabajo. Y esos motivos no están ausentes en el cristiano. Pero en el fondo, para el cristiano, para el que lleva la cruz, el trabajo se hace para Cristo, por amor a Cristo, como resultado de una relación con Cristo. Desde luego, el trabajo se realizará con más gozo si el cristiano es consciente de la relación de su trabajo con Cristo. Hacemos bien en pensar sobre esa relación y recordar unos a otros de ello con más frecuencia de lo que lo hacemos. Por la fe en Cristo tanto al que obra como a la obra los limpia la sangre del Cordero de cualquier motivo egoísta que quede y pueda manchar la obra. En virtud de esa limpieza, Dios ve la obra como si fuera perfecta, así que tanto el que hace la obra y la obra son apreciados y alabados. No pensamos respecto a esa relación con suficiente frecuencia. Si lo hiciéramos, nos regocijaríamos más en la nobleza que Cristo ha dado a nuestras vidas mientras lo seguimos bajo la cruz. Apreciaríamos mucho más las oportunidades que nos da para servirlo en las cosas grandes y pequeñas.

Es necesario señalar que llevar la cruz de la cual Jesús habla, llevar la cruz de lo que estamos hablando bajo el título de la teología de la cruz, no es el sufrimiento escogido o causado por uno mismo. No es la pobreza que el monje elige ni la soledad del ermitaño. No es el celibato que el papado impone a aquellos que desean servir en el ministerio público. Más bien, es la negación del *yo* que vive en sumisión a la ley de Dios, en obras de servicio para nuestro prójimo por amor a Cristo. Algunas veces ese servicio puede parecer fácil y conveniente, a veces difícil y no apreciado; algunas veces ese servicio sí le importa a los demás o a todos; algunas veces no lo ve nadie ni nadie lo anuncia. Es la negación del *yo* de poner a los demás primero en el trabajo, en la familia, en cualquier puesto que ocupemos en la vida. Es comprender de buena gana y con alegría que no vivimos para *nosotros mismos*, sino para aquel que nos ama y se dio a sí mismo por nosotros. Es una vida que vive en armonía con la ley de Dios porque eso agrada a Dios. Y esa ley se resume en un servicio amoroso.

¿Cómo se relaciona el sufrimiento con la negación del *yo* y llevar la cruz?

Muchos piensan que llevar la cruz es cualquier sufrimiento o todos los sufrimientos que pasamos en esta vida. Eso no es lo que Jesús dice en Marcos 8 o en otras partes en su palabra. Llevar la cruz no es el sufrimiento que es el destino natural del género humano como resultado de la caída en pecado en el huerto de Edén. Lo que la gente sufre como resultado de la maldad de otros o de su propia maldad no es en sí una cruz. El sufrimiento de los desastres naturales de toda clase, desde terremotos y hambrunas, desde guerras y derramamiento de sangre en los cuales la propia voluntad y comportamiento no están implicados en lo mínimo tampoco es necesariamente llevar la cruz. Perder a seres queridos por enfermedad y muerte, enfermarse y sufrir dolor y finalmente morir tampoco es, por definición, de por sí, llevar la cruz.

Mientras que esta clase de sufrimiento, el cual es el destino de todo el género humano desde la caída en pecado, no es necesariamente negar el *yo* y llevar la cruz, puede *convertirse* en llevar la cruz. Puede terminar exigiendo la negación del *yo*. Porque nuestra naturaleza pecadora frente a la desgracia humana, ya sea la propia o de alguien más, puede rebelarse. Nuestra naturaleza pecadora puede gritar con los incrédulos y los burlones del mundo: "¿Dónde está ahora tu Dios? ¿Dónde está la promesa de su misericordia y de su amor? ¿Dónde está su rescate y liberación? ¿Cómo puedes creer y confiar en un Dios que permite o envía tal desgracia y tal sufrimiento?".

Cuando esas preguntas nos hacen sufrir, ya sea que vengan de otros o surjan dentro de nuestro corazón, entonces el sufrimiento se convierte en una cruz. Eso exige la negación del *yo*, la negación de nuestra propia voluntad y razón a favor de la palabra de Dios. El *yo* rechaza la palabra de Dios y sus promesas en Romanos 8 de que nada nos puede separar de su amor y de que todas las cosas nos ayudan para bien. Pero nos aferramos a las promesas de Dios y a su palabra, incluso y especialmente cuando la prueba externa del momento parezca contradictoria a la palabra. El sufrimiento requiere que neguemos nuestros propios instintos, dudas y temores. Requiere que demos la espalda y rechacemos el escarnio de los burlones. Es necesario, aunque parezca una insensatez y una locura, que confesemos: "No importa cuán grande sea el dolor, cuán terrible el sufrimiento, Dios sigue siendo mi Dios y mi Salvador porque eso es lo que dice en su palabra. Que todas las pruebas digan lo contrario. Que todo el mundo amenace con el puño en su cara ante el dolor y la desgracia. Sin embargo, adoraré a mi ayudador y mi Salvador. Porque su palabra sigue siendo verdadera cuando todos los hombres son mentirosos. Su gracia permanece segura cuando la fealdad de la muerte misma dice lo opuesto. Cedo mi voluntad a su providencia misericordiosa. Niego mi voluntad a favor de su palabra, su promesa, su gracia, su misericordia".

Así, además de la negación del *yo* que sirve a otros por amor a Cristo, llevar la cruz es negar el *yo* al aceptar la palabra de Cristo, incluso cuando los sufrimientos del momento parezcan contradecir su promesa de gracia y ayuda en cada necesidad. Hacer eso a veces puede ser muy difícil, muy doloroso. Cada paso de esa lucha es llevar la cruz. Porque es una negación de los instintos más básicos del *yo* pecador.

Sin embargo, otro aspecto de llevar la cruz es la negación del *yo* que confiesa confiar en Jesús y en su palabra en lo que Jesús llama "generación adúltera y pecadora" (Mc 8:38). Una generación adúltera y pecadora es por definición hostil a Cristo y se dedica a la satisfacción de su propia voluntad. Fuimos creados y redimidos para que fuéramos la novia de Cristo. Ese matrimonio implica renunciar a nuestra voluntad por la del Novio. El mundano, que no está unido a Cristo, vive para otro, para el *yo*. Por lo tanto, el mundano en toda su existencia forma parte integral de una generación adúltera y pecadora sin importar lo que haga. Sigue su propia voluntad, ya sea que eso parezca bueno por fuera o totalmente malvado. Unido a Cristo, el cristiano sigue a Cristo bajo la cruz y renuncia a su voluntad a favor de la voluntad de Cristo.

Como Jesús nos lo dice en Marcos 8, el que lleva la cruz lo sigue con una sumisión leal y fiel a él y a su palabra, mientras que está rodeado por un mundo adúltero y pecador. El que lleva la cruz lo sigue especialmente cuando Cristo y su palabra se ven amenazados. La amenaza vendrá algunas veces del mundo. La amenaza vendrá también de nuestra propia carne pecadora, que siempre está confabulada con el mundo adúltero y pecador. Pero la negación del *yo* le da la espalda al *yo*, rechaza al *yo*, combate contra el *yo* a causa de Jesús y su palabra. Esa negación del *yo* de principio a fin es poco natural para la naturaleza caída y pecadora. Porque al *yo*, al viejo *yo*, le gustaría mucho más estar unido a la generación adúltera y dedicarse a sus búsquedas idólatras.

Por cierto, algunas obras de negación del *yo* son más fáciles que otras. El padre que cuida a un hijo tiene el afecto natural que hará que la negación del *yo* y el servicio sean más fáciles que otras veces cuando no existe ese vínculo natural. Pero aun en esas obras hechas más fácilmente por los vínculos naturales del parentesco y el afecto, una generación adúltera y pecadora puede atacar. Con frecuencia ridiculiza al padre que insiste en criar al hijo conforme a la palabra de Dios. El padre que en la casa y hasta en público se opone a partes del plan de estudio de la ciencia o de la vida familiar en la escuela no disfrutará de los elogios de la generación adúltera y pecadora. El padre que rechaza seguir la moral de los compañeros del niño porque "todos lo hacen" puede que no experimente mucho reconocimiento aun en casa.

El mismo padre que soporta el ridículo con paciencia por fidelidad al Salvador encontrará que esa negación del *yo* es difícil, a veces muy dolorosa. Pero la esencia de los actos más fáciles así como de los más difíciles es la misma. Ambos, unos fáciles y otros más difíciles, brotan de una relación con Jesús y su palabra. Por eso, en esencia ambos actos tienen la negación del *yo* como su raíz común, Jesús y su palabra como su fuente común. Porque el cuidado del niño proviene no sólo del afecto natural; proviene también de un amor por el Salvador que dio el hijo y un deseo de imitar el amor de Jesús mostrando amor. Y ese cuidado incluye cuidar la mente y el alma así como el cuidado del cuerpo. Indudablemente, el cuidado de la mente y del alma es la tarea más difícil de las dos. Exige un grado mucho mayor de la negación del *yo* y una apreciación todavía más grande por la importancia de llevar la cruz tras Jesús en una generación adúltera y pecadora.

La conexión entre el viejo hombre y el nuevo hombre bajo la cruz

Debe resultar obvio, además, que la *negación del yo* de la que habla Jesús requiere una nueva voluntad si es que vamos a abrazar la cruz por voluntad propia, incluso con alegría, no importa lo ligera o pesada que la cruz pueda estar. Para la vieja voluntad, la voluntad natural, la cruz es dolorosa y oprime con fuerza al viejo hombre que siempre queda sin convertirse en nosotros. En el viejo hombre, es decir, en la naturaleza caída que hemos heredado de Adán y Eva, el viejo *yo* gobierna. La cruz es y sigue siendo dolorosa para nosotros, precisamente porque en esta vida nunca nos libramos por completo del viejo hombre y su voluntad corrupta

y rebelde. Pero, y es importante recordar, que quien fue quebrantado, afligido y entristecido por la cruz es el viejo hombre, no el nuevo hombre.

El nuevo hombre es la naturaleza cristiana que está en nosotros por la fe en Cristo, la naturaleza que nace en el bautismo y que el evangelio crea y sustenta. El nuevo hombre se regocija en la cruz, la ve como una herramienta poderosa para derribar las agresiones interminables del viejo hombre que permanece unido a la generación adúltera y pecadora.

No hay que equivocarse con respecto a eso: el viejo hombre viene bien armado al conflicto. Sus armas son la falta de fe, el enamoramiento con el *yo* y su amor por esta generación adúltera y pecadora. El problema que tenemos para comprender la teología de la cruz y el problema que tenemos para tratar con ella se puede rastrear directamente a esta realidad fundamental de nuestra vida camino al cielo. Permanecemos, como Lutero lo dice en latín, *Simul justus et peccator*, es decir, *al mismo tiempo*, y en nuestro mejor día, *ambos justos y pecadores*. La lucha entre los dos es muy real y tan difícil y dolorosa como es real.

Todo este asunto de la negación del *yo* y de tomar la cruz por amor a Jesús y su palabra es en realidad sólo otro ejemplo brillante que Jesús usó en la enseñanza del Primer Mandamiento. En el centro, la negación del *yo* y llevar la cruz son exactamente lo que exige el Primer Mandamiento: "Debemos temer, amar y confiar en Dios sobre todas las cosas".

¿Qué podría ser más difícil, más contrario a la carne y más doloroso para el *yo* que eso? Por naturaleza *tememos* a todo lo que desagrada a nuestra propia voluntad, sea el esfuerzo implicado en dejarla o el ridículo del mundo cuando la dejamos. Por naturaleza *amamos* al *yo* sobre todo y ante todos y sobre todo lo demás. Por naturaleza *confiamos* en nuestra propia voluntad, nuestra propia inteligencia, nuestros propios instintos, nuestro propio egoísmo y con frecuencia la definición torcida de lo bueno y lo malo: Lo que me agrada y es conveniente es bueno; todo lo demás es malo. Por supuesto, el Primer Mandamiento implica también todos los otros mandamientos por lo menos implícitamente. Por eso, Lutero en el Catecismo Menor comienza la explicación de cada uno de los demás mandamientos con: "Debemos temer y amar a Dios, de modo que…". Esas palabras son un recordatorio constante del Primer Mandamiento. No es mucho decir que todos nuestros pecados conscientes y muchos de los pecados de los que ni siquiera nos damos cuenta están relacionados con no querer llevar la cruz o son a causa de no querer llevar la cruz, es decir, el rechazo de negar el *yo*, un rechazo por lo tanto de temer a Dios, amarlo y confiar en él sobre todas las cosas.

Diferencias cruciales entre la cruz de Cristo y la nuestra

Hay varias diferencias importantes entre la cruz de Cristo y la nuestra. Esas diferencias comienzan con la diferencia entre su voluntad y la nuestra. Nuestra voluntad todavía pecadora y caída seguirá resistiéndose a la cruz; de hecho, gran parte de su peso resulta de la

lucha entre la vieja voluntad y la nueva. Esa resistencia en nuestra voluntad siempre nos impide llevar nuestra cruz perfectamente; nuestra obediencia siempre es imperfecta, siempre está manchada de esa batalla entre la vieja voluntad y la nueva.

A pesar de que Cristo oró que se le quitara la copa de sufrimiento, también oró que se hiciera la voluntad del Padre. Así que, aun entonces, cedió sumiso a la voluntad de su Padre con la cruz como su objetivo. Hizo todo en beneficio de la humanidad y al costo más grande de él mismo. Llevar la cruz al final de su vida era la cabeza del ángulo y el resumen de toda su obediencia durante su vida terrenal. Cristo murió en la cruz al final con la misma actitud que había tenido al principio. Vivió para agradar a su Padre y en beneficio nuestro, y así conformó su mente y su vida, y luego su muerte, a la misión que tenía de su Padre. De modo que sufrió su cruz de una manera muy diferente a la nuestra. Mucho de nuestro sufrimiento procede de resistirnos a la voluntad de Dios, resistencia que todavía permanece en nosotros. Por otro lado, el sufrimiento de Cristo llegó completamente de fuera de él mismo. Su peso fue la oposición del mundo y la culpa de toda la humanidad, la cual soportó en la cruz. La de él jamás fue una batalla de alguna fuerza maligna dentro de él, que se resistía a la voluntad de Dios y realmente quería pecar en vez de obedecer la voluntad del Padre. Por eso, llevar su cruz fue único, debido a que fue perfecto en todo respecto.

Por último, la cruz que llevó Cristo fue única porque logró lo que ningún otro que lleva la cruz podría lograr: la redención del mundo. Llevamos nuestra cruz confiando en el mérito de que él llevó su cruz, un mérito suficiente para ganar la vida eterna y la salvación para nosotros. Tan necesaria como es nuestra cruz, nunca podría lograr eso ni contribuir en lo más mínimo a lo que Cristo solo ya ha logrado por nosotros en su cruz.

Sin embargo, el que la obra de Jesús fuera única en su perfección y en su consecuencia final no debe usarse como excusa para que evitemos o minimicemos la necesidad del cristiano de llevar la cruz o minimicemos su importancia. Para expresarlo de otra manera, el llamado que nos hace Cristo para llevar la cruz y negar el *yo* no es sólo otra predicación del primer uso de la ley; es decir, no tiene sólo la intención de ayudarnos a ver la enormidad de nuestro pecado y que necesitamos desesperadamente su obra salvadora. Por supuesto, es eso. Pero no sólo es eso. Mientras nosotros en nuestro estado caído siempre tenemos motivos para confesar que no hemos llevado la cruz como debemos, esa confesión no nos da una excusa para hacer la cruz a un lado. La absolución, la proclamación de que nuestros pecados han sido perdonados, no es una licencia para dejar la cruz atrás en la puerta de la iglesia. Es una abominación cada vez que la confesión se considere una salida fácil de la culpa y la absolución la anulación de la voluntad de Dios. Los que predican o enseñan de esa manera caen bajo el juicio de Pablo en Romanos 3:8: “Cuya condenación es justa” (compare también Ro 6:1 y sig.). Más bien, la absolución sirve como un incentivo para ir a casa refrescado y con un abrazo renovado de esta cruz de la negación del *yo*. Porque quiero expresar mi gozo en la absolución en la forma en que el mismo Cristo ha elegido para mí expresarlo, es decir, en la negación del *yo*.

Por qué negar el *yo* es tan difícil

Entonces, ¿qué es tan difícil acerca de esta negación del *yo* que debe ser comparada con la cruz y siempre es una cruz? Eso ya se indicó al definir la lucha para tomar la cruz como la negación del *yo*. El *yo* está tan cerca y lo amamos tanto que su negación es, a primera vista, extremadamente difícil. De hecho, no hay nada más difícil que negar el *yo*.

Sólo comparar nuestro *yo* con el *yo* de Cristo ayuda a poner todo el asunto en un enfoque perspicaz. Cada pensamiento, cada palabra, cada obra en la vida de Cristo fue un pensamiento, una palabra, una obra que adoró consciente y perfectamente a Dios, amó a Dios y benefició a la humanidad. No había nada caprichoso respecto a ello, nada simplemente por casualidad. Todo era —de principio a fin— obediencia y sumisión consciente, deliberada, voluntaria, gozosa en el camino a la obediencia y sumisión final en Semana Santa. Vemos eso aun en los milagros de Cristo durante los años de su ministerio terrenal. Ni uno de ellos fue hecho para su propia comodidad y conveniencia ni para su propio descanso. Todos ellos se hicieron en beneficio de otros. Incluso en secreto, durante las tentaciones en el desierto (Mt 4:1-11), se negó a usar su poder divino en beneficio propio.

Por otro lado, es imposible que nos imaginemos un día o hasta una hora o un momento en el cual amemos perfectamente a Dios con todo nuestro corazón, nuestra alma y mente y nuestras fuerzas. Es imposible que imaginemos un día durante el cual hagamos todo conscientemente por amor perfecto para Dios y en beneficio de los que nos rodean. El *yo* está tan cerca, es tan querido, que no podemos tener ningún acercamiento real a esa clase de perfección, excepto como lo vemos en Jesús. El viejo *yo* forma parte de nosotros en una medida tan grande que hasta resulta difícil que reconozcamos la vieja voluntad como pecadora. De hecho, nunca comprenderíamos esa cuestión, si no fuera por el testimonio de las Escrituras (Jn 3:6; Ro 7:18; Ef 2:1-3).

Tan completa es la corrupción de nuestro viejo *yo* que hasta puede usar la perfección de Cristo como una excusa para deleitarse y justificar su propio pecado y corrupción. Porque a diferencia de nosotros, Cristo no podría fallar en su obediencia y sumisión. La unión personal en Cristo, es decir, la unión de sus naturalezas divina y humana en una persona, hizo que el pecado fuera imposible para él. Su servicio, por lo tanto, hablando en el sentido estricto de la palabra y como ya se ha notado, no puede ser su cruz exactamente de la misma manera que la negación del *yo* es una cruz para nosotros; porque él nunca se resistió a la voluntad del Padre. Y así, nuestro *yo* puede discutir que su sufrimiento no fue real, ya que su éxito estaba asegurado desde el principio. Por lo tanto, no puede esperar que nosotros salgamos victoriosos del pecado y de la tentación en la forma que él lo hizo, o así nuestra carne pecadora quisiera que pensáramos. Para él fue fácil; para nosotros, es mucho muy difícil aun intentarlo.

Sin embargo, el que su victoria estuviera asegurada no es lo mismo que decir que la obediencia y finalmente la cruz fueran fáciles para él. ¡No, nada de eso! La cruz de Cristo es

única en muchas formas. Pero en esto nuestra cruz tiene mucho en común con la de él: La cruz es dolorosa. La de él fue infinitamente más dolorosa que la nuestra, porque sufrió en ella por los pecados del mundo. Aun antes de su sufrimiento en Semana Santa, la lucha contra Satanás y el pecado fue una lucha real, aunque la victoria fue un resultado inevitable. Sólo considere a esas criaturas, los santos ángeles, que vinieron a servirle al final de sus tentaciones en el desierto (Mt 4:11). Si no hubiera habido una verdadera lucha para Jesús en su naturaleza humana, ese servicio hubiera sido inútil. Considere su angustia en el huerto de Getsemaní también, donde otra vez un ángel vino a fortalecerlo (Lc 22:43). Escuche el clamor atormentado desde la cruz, cuando por nosotros y para nuestra salvación, fue abandonado por el Padre al que amó y obedeció perfectamente (Mt 27:46). Todos esos pasajes que hablan de las tentaciones de Cristo y su sufrimiento, no hubieran tenido sentido si su lucha y su sufrimiento no hubieran sido reales. En realidad, una tentación por definición implica lucha; si no hubiera lucha, no habría necesidad de resistir, no habría tentación. Pero sí resistió; sí luchó; sí sufrió; y todo eso lo hizo perfectamente.

Por supuesto no diríamos de algo simplemente humano, lo cual ante nuestros ojos parece perfecto, que fue fácil porque pareció perfecto. Mencione al nadador cuya forma perfecta en un clavado ganó una medalla de oro en las Olimpiadas o a la bailarina de ballet después de la presentación impecable de *El lago de los cisnes* que la representación ha de haber sido fácil, puesto que fue perfecta. ¡Entonces fíjese nada más en la mirada desdeñosa que le dirige a usted! En efecto, lo contrario debería ser el caso: entre más se acerque algo a la perfección, más difícil de alcanzar, y mucho más de mantenerlo. Qué insensatez entonces afirmar que la sumisión de Cristo y su cruz fueron fáciles, porque fueron llevados a cabo perfectamente y sin pecado. La obediencia de Cristo, aun con toda la perfección de su naturaleza humana en su unión con lo divino, incluso con la imposibilidad del pecado, no obstante fue una lucha. Todo el concepto de perfección por sí mismo indica la mayor dificultad; las palabras *nunca* y *siempre* son, después de todo, muy grandes. Él *nunca* pecó. Él *siempre* amó a Dios con todo su corazón, su mente y sus fuerzas. Y todavía fue verdadero hombre. ¡Nos deja atónitos! Tal perfección va más allá de nuestra imaginación y muy lejos de todo lo que jamás experimentamos nosotros. Así también es la enormidad de la lucha de Jesús. Los relatos de los Evangelios sin duda alguna lo dicen. El testimonio de los escritos apostólicos está de acuerdo. Cuando hablan del sufrimiento de Cristo y nos instan a llevar nuestro sufrimiento con paciencia mientras lo seguimos, no están hablando del dolor que para él fue una mera ilusión o una metáfora (p. ej. Heb 5:7, 8; 1 P 2:21-23). Su lucha fue real; también lo es la nuestra. Su cruz fue real; también lo es la nuestra.

Por eso, la perfección de la lucha de Cristo y su triunfo en su cruz nos ofrece perdón por nuestra imperfección y resistencia para llevar nuestra propia cruz; no nos ofrecen una forma para justificar la idolatría a la cual nuestro viejo *yo* es adicto o para revolcarnos en el estiércol y en el fango del resto de nuestra imperfección. Otra vez: la lucha de Cristo y su cruz fueron reales. La cruz y la lucha a la cual él nos llama es también real. La lucha de Cristo y su cruz

vinieron a él de fuera. Nuestra lucha está dentro, contra el viejo *yo*, que el diablo y el mundo apoyan e instigan.

Si examinamos esa lucha, especialmente cómo obra en los mejores momentos de nuestra vida, podemos comprender un poco mejor por qué Jesús llama a la negación del *yo* una cruz. ¿Qué encontraremos en cada esfuerzo nuestro para hacer lo que agrada a Dios simplemente por amor y gratitud por su gracia? ¡Resistencia del *yo*! Por lo menos, el *yo* causa duda para obedecer su palabra, luego renuencia, seguida por alguna medida de oposición y hasta remordimiento de que el *yo* fuera vencido.

El más común de los ejemplos puede demostrar este punto. El cristiano en su voluntad renovada o cristiana quiere orar. El *yo* no quiere. Al principio de la oración, el *yo* nos reprime. A la mitad, el *yo* distrae e interrumpe con necedades y divagaciones. Al final, el *yo* dice: "¡Ya estuvo bien; ahora sigamos con cosas importantes!".

El mismo patrón pero con una ligera variación es fácil de encontrar cuando meditamos en la palabra de Dios. Cuando, por ejemplo, tratamos de escuchar un sermón, el *yo* es el que tal vez está más ocupado de todos. ¿No puede escuchar que el diablo conduce su propio oficio religioso exactamente en su hombro, con el *yo* predicando a su oído cada vez que trata usted de escuchar? El sermón del diablo puede que diga algo como esto: "¡Oh, no, otra vez eso! ¿No dijo lo mismo el domingo pasado? ¡Ya sé todo esto! Y mira lo que lleva puesto esa chica. Mira cómo este hombre bosteza. ¿Por qué esa mujer no saca a ese niño que está llorando? ¡Mira a ese hipócrita!". Y sigue interminablemente.

Cuando el platillo de la ofrenda se pasa, el *yo* puede protestar a gritos: "¿Tanto (¡aunque sean unas cuantas monedas!)? Piensa en lo que pudiste hacer con eso. Compáralo con lo que los demás ofrendan. Déjalos que lleven la carga por un tiempo. ¡Bueno, por lo menos no fue más que eso!". Y si la carne no da un alarido así, probablemente es porque ganó la victoria antes; hizo que la ofrenda fuera tan pequeña que no valía la pena protestar a gritos cuando finalmente se hizo. Nuestras Confesiones Luteranas se esmeran en recordarnos el hecho de que incluso en nuestras mejores obras, todavía necesitamos el perdón (p. ej. Fórmula de Concordia, Declaración Sólida IV:8; VI:21, 22). ¿Y por qué? Porque el *yo* se opone y, hasta cierto punto, mancha todas nuestras obras, aun las mejores. Con sólo estos ejemplos triviales, sería fácil ver por qué no podemos poner nuestra salvación en nuestras obras, no, ni siquiera cuando llevamos la cruz. Porque muy cerca está el *yo* siempre para eliminarlo en este lado de la tumba. El hecho simple y básico de que el *yo* frecuentemente logra convencernos de que sus pecados en realidad no son pecados y no vale la pena luchar contra ellos ya nos dice cuán difícil será siempre la lucha contra el *yo*.

La cruz y el arrepentimiento

El arrepentimiento en particular, ya sea por transgresiones que parezcan triviales o por iniquidades que clamen al cielo pidiendo venganza, es tal vez la negación más dura del *yo*. La carne se aferra con tenacidad al servicio del *yo* y no se opone a nada con tanta vehemencia como a la confesión de que es completamente digna de condenación. Dentro del pecho se aferra a sus pecados favoritos, con frecuencia sin estar dispuesto a considerarlos pecados. Uno no puede sino reflexionar sobre cuán gran victoria ha ganado la carne cuando el llamamiento al arrepentimiento y la exclamación del *Kirie* se convierten en una mera rutina. No hay mucha negación del *yo* y de llevar la cruz en la rutina. Pero el devastador reconocimiento de que no querer someterse a Cristo y a su palabra es igual que avergonzarse de Cristo y de rechazarlo, es otro asunto. Al ver el horror de la crucifixión de Cristo y comprender la realidad de la ira de Dios contra *mi* pecado, al oír el sermón de Natán para David en 2 Samuel 12 ("Tú eres ese hombre") en lo más profundo de nuestro ser, ah cuánto lo odia el *yo*. Sí, y en última instancia decirle a Dios: "¡Perdona todo! Porque no hay nada en mí, nada en toda mi vida, absolutamente nada que no merezca el infierno. Cualquier cosa que es buena es tuya. Todo lo demás es una perversidad indescriptible. ¡Y así, oh Dios, olvida todo! Entonces lo peor en mí será quitado, y lo mejor que tú me has dado y que todavía me las arreglo para corromper quedará limpio por la sangre de tu Hijo".

¡Qué carga tan terrible lleva el alma, ya sea que lo reconozca o no, cuando no quiere arrepentirse! David reconoció esa carga; describió la angustia de su alma cuando no quiso arrepentirse mientras sus huesos envejecían y su alma gemía todo el día (Sal 32.3). Su culpa se enconaba como una herida a la que le echaba vinagre por negarse a confesar su culpa. Sin embargo, ese dolor no es de la cruz que envía Dios sino una herida infligida a sí mismo del pecador que todavía se aferra a su pecado. Pero en el caso de David, Dios usó bien el dolor del sufrimiento que David mismo se infligió. Era tan inmenso que cuando Natán lo enfrentó, David simplemente exclamó: "Pequé contra Jehová". No negó su culpa ni la disculpó. No hizo ninguna comparación con otros que habían hecho tanto mal o peor que él. Se arrepintió. Lloró y lamentó su culpa la cual no podía reparar con ninguna cantidad de tristeza ni con buenas obras futuras. Como vemos en 2 Samuel 12 y en el Salmo 32 y en otras partes, la ley hizo su obra de quebrantar a David. Pero el evangelio hizo una obra todavía mayor. Porque el arrepentimiento no es sólo la profunda pena por el pecado y lo pecaminoso; también es la confianza que tiene el nuevo hombre en que el pecado es perdonado, borrado, alejado tanto como está el oriente del occidente.

El arrepentimiento tiene dos grandes obstáculos, uno tan malo como el otro, que nos enfrentan todos los días. Un obstáculo es no querer arrepentirse en lo absoluto. Es tratar el pecado como si fuera algo sin importancia que no tuviera consecuencias. Es imaginar que Dios no está en serio acerca de la palabra y nunca nos llamará a rendirle cuentas.

La negativa que minimiza la culpa y alberga la ilusión de que Dios no está en serio con respecto a su ley también termina minimizando el evangelio. Porque donde no se reconoce el

castigo y el delito merecido, se apreciará muy poco el rescate que Cristo ganó y la liberación que se da en la absolución. Con el desdén por la ley viene el desdén por el evangelio. El impenitente tiene una actitud de justicia propia que descarta la cruz. Todo lo que queda de fe en el que se cree justo es lo que llamamos fe *histórica*. Esa clase de fe simplemente reconoce que la historia de la vida, la muerte y la resurrección de Jesús realmente sucedieron. Es la "fe" que no es diferente de la "fe" del diablo. Él sabe mejor que nosotros que la historia es verdadera; él fue testigo de todo esto. Pero la mera fe histórica no salva a nadie, como Santiago nos lo recuerda (Stg 2:19). Se debe añadir a eso la confianza que el Espíritu Santo crea a través del evangelio; debe haber la confianza de que esas verdades se aplican a mí, que Cristo no murió simplemente por todos los demás. Murió por mí. ¿Y por qué murió por mí? Porque yo no podía salvarme a mí mismo ni contribuir en lo más mínimo a mi propia salvación. Porque yo tenía, por lo tanto, en mi miseria, en mi pecado, en mi culpa, una *desesperada necesidad* de un Salvador. Esa convicción, esa fe, es lo opuesto a la justicia propia.

El segundo gran obstáculo que es igual y opuesto al arrepentimiento es la desesperación. El que no quiere arrepentirse es un santurrón; imagina que es tan bueno y que la ley y el evangelio de Dios son tan triviales que no necesita arrepentirse. El que se desespera, asimismo, tiene una opinión elevada de sí mismo. Imagina que su pecado es tan grande que ni siquiera Dios puede perdonarlo, ni siquiera Cristo en la cruz podría pagarlo. Su arrepentimiento termina con pesar por su pecado, como el pesar de Saúl y el de Judas. Hace a un lado el evangelio, así que ese arrepentimiento nunca alcanza su meta final de confianza en el perdón.

Sin esa confianza, una vida nueva bajo la cruz es casi imposible bajo la pesada carga de los pecados de la vida vieja. De hecho, sin la confianza en el perdón, el pecador desesperado realmente tiene la superioridad moral como meta; espera obtenerla hasta el punto en que sea perfecta, que no tenga necesidad de sentir pesar por el pecado. Puede parecer extraño, sin embargo es la verdad: la justicia propia y la desesperación son dos caras de la misma moneda. El que está desesperado probablemente era un santurrón antes de cometer el pecado que ahora piensa que no puede ser perdonado. Y en realidad, como lo notamos ya, su meta es regresar a esa condición en la que piensa que no necesita arrepentirse. Así, la superioridad moral del fariseo y la desesperación de Judas son "gemelas".

Como la justicia propia no es la cruz sino una negación de ella, así la desesperación tampoco es la cruz. La desesperación es primeramente la negación de la cruz de Cristo y de su infinito mérito, y luego la negación de caminar perdonado bajo el peso y en la lucha de la memoria. Porque la memoria de aquellos que tienden a desesperarse siempre busca arrastrar nuevamente al pecador perdonado al viejo pecado o a la vieja culpa. La cruz es la lucha, la dificultad, para regresar tropezando una y otra vez a la cruz de Cristo en un arrepentimiento continuo. Ese arrepentimiento se aflige cada día por su vergüenza y su culpa. Pero aún más importante, ese arrepentimiento acepta cada día el perdón que ya ganó Cristo; entonces toma

la cruz otra vez para luchar contra las tentaciones nuevas y viejas, también para luchar contra la desesperación.

La cruz de Cristo debe servir como un imán para el que lucha contra la tentación de la justicia propia y un imán también para el que debe luchar contra la tentación de la desesperación. Uno debe ser atraído por la cruz para ver cuán grande es su culpa y humillarse ante ella por el perdón que viene sólo de la cruz de Cristo. Y el otro debe ser atraído por la cruz para ver cuán completo es el amor y la obra de Cristo al hacer el sacrificio que paga por los pecados del mundo y, por lo tanto, también por sus pecados.

Por lo tanto, la confesión de aquellos que luchan contra la tentación de la justicia propia es la oración de Jacob: "¡No merezco todas las misericordias y toda la verdad con que has tratado a tu siervo!" (Ge 32:10). Es la oración de Isaías: "Todas nuestras justicias [son] como trapo de inmundicia" (Isa 64:6). Y la oración del desesperado es la confesión de Juan el Bautista: "¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Jn 1:29). Es la certeza de san Juan el apóstol: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1 Jn 1:7). Tanto el que lucha contra la justicia propia como el que lucha contra la desesperación tiene una cruz pesada. Porque el viejo *yo* no renuncia a reclamar el mérito, tampoco desea ceder su culpa a otro. Sólo por la gracia de Dios y por el poder de su Espíritu en la ley y en el evangelio esa lucha es posible. Solamente debido a la gracia de Dios y al poder de su Espíritu en la palabra y en los sacramentos esa cruz puede ser llevada y es llevada con éxito por innumerables santos en la vida común.

En resumen, el llevar la cruz negando el yo es tomar a Cristo y su palabra seriamente tanto en la ley como en el evangelio. El *yo,* enérgicamente y con todas sus fuerzas, siempre se resiste a cada intento de hacer eso. Por lo tanto, a la obra de la negación del *yo* bien se le llama una cruz.

Como ya se ha observado, la cruz puede cambiar su apariencia externa de una época a otra, de una persona a otra, de un tiempo en la vida a otro. Las pequeñas astillas pueden conmover y pueden ser configuradas de manera diferente, pero su esencia sigue siendo la misma. Es la lucha de negar el *yo* y más bien seguir a Jesús. Es la lucha para seguirlo por voluntad propia, incluso con gusto, desafiando a la generación adúltera y pecadora que todavía permanece en nuestro propio corazón así como en el mundo. Es la negación del *yo* que comienza con una lucha en la voluntad, continúa con la lucha en la mente, en la razón y está plagada de obstáculos de principio a fin en las emociones.

Mucho se hace evidente cuando llevar la cruz se define como Jesús lo define en Marcos 8. Llevar la cruz es la negación del *yo* por amor a Jesús y su palabra. Por eso, cualquier cosa que trate de alejarnos de Jesús y su palabra está confabulada con esta generación adúltera y pecadora. La lucha contra la tentación es una cruz debido al *yo* que le atrae la tentación. Entre más atractiva sea para el *yo*, más difícil será la resistencia. Al *yo*, por ejemplo, le encanta que lo halaguen y lo mimen; por lo tanto, la aprobación y la alabanza del mundo hace

más difícil confiar en Cristo y en su palabra, puesto que me gusta escuchar del mundo que ya soy lo suficientemente bueno y mejor que la mayoría. Las presiones que el mundo ofrece en abundancia, apartan rápidamente mi mirada de la cruz de Cristo y de la palabra a la comodidad y a la soltura como fines en sí en los que vale la pena poner toda mi atención.

Por otro lado, la persecución externa que puede resultar de una confesión de fe en Cristo o el ridículo que sigue a tal confesión es una cruz. ¿Por qué? ¿Debido a que de por sí es dolorosa? Sin duda. Pero todavía más que eso, es la cruz debido a la carne, al *yo*, que se resiste a la causa y el origen real del dolor, concretamente, a Cristo y su evangelio. Y el *yo* está listo a señalar que esa persecución y ese ridículo se pueden evitar con facilidad simplemente guardando silencio, manteniendo la conexión con Cristo y su palabra en secreto, es decir, separando la fe de la vida. El *yo* se esfuerza sin cesar para hacer precisamente eso; porque si la fe se puede separar de la vida, la fe misma pronto morirá. Sólo con la muerte de la fe desaparece la cruz en esta vida. Entonces, la unión con la generación adúltera y pecadora está completa, y el intercambio se ha hecho: Cristo se ha ido, el oropel del mundo se ha ganado; la vida eterna se ha ido, el alma está condenada y sentenciada.

Aquí hay un contraste digno de observar: Hay veces cuando al *yo* no le importa la hostilidad del mundo. A la persona ávida o a la perezosa le puede importar muy poco la hostilidad del mundo. El borracho y la adúltera declarada y el ladrón pueden haber superado hace mucho tiempo cualquier interés en lo que el mundo piense. Los sinvergüenzas están dispuestos a soportar todo el dolor, toda la hostilidad, y hasta la posibilidad de dolor y hostilidad, en su lucha por alcanzar su propia voluntad, en su lucha por satisfacer al *yo*. ¿Pero la hostilidad del mundo por amor de Cristo y su palabra? Eso es otro asunto. La carne protesta a gritos. El *yo* chilla que si Dios fuera realmente Dios, cuidaría y protegería a los suyos. El *yo* aparta la mirada de Cristo y de sus promesas y la pone en lo visible y en el dolor del momento. El *yo* grita que todo es por culpa de Cristo. El *yo* está dispuesto a soportar toda forma de hostilidad en beneficio de la propia satisfacción; pero rechaza y huye y resiste la menor inconveniencia o molestia por amor de Cristo y su Palabra. El que la propia satisfacción termine en nada, en frustración, en muerte, mientras Cristo y su palabra tienen bendiciones eternas no altera la hostilidad del *yo* en lo mínimo. ¿No está claro? De hecho, tenemos una lucha que es muy dolorosa y una cruz que es difícil de llevar. La lucha es contra el *yo*; la cruz es negar el *yo*.

Por eso, no todo sufrimiento es una cruz y el sufrimiento de por sí no es una cruz. El sufrimiento *se convierte* en una cruz no sólo porque es dolorosa en sí, sino porque tienta al alma a alejarse de Cristo y su palabra. La enfermedad todos la padecen. Pero la enfermedad se convierte en una cruz cuando el *yo* la usa para poner en duda las promesas de la presencia del Dios bondadoso. La muerte viene a todos. Se convierte en una cruz cuando el *yo* usa la muerte para argumentar que estamos solos en el mundo, que la muerte termina todo, y que nosotros debemos por lo tanto servir al *yo* mientras todavía podamos. La lucha personal contra un gran pecado es una cruz en la que el *yo* usa la tentación como una excusa para perder la esperanza de la misericordia de Dios si caemos y una excusa para la justicia propia si no caemos. Es la relación con Cristo y su palabra la que hace que el sufrimiento y la

tentación sean una cruz. Es la atracción de la generación adúltera y pecadora al *yo* siempre adúltero y pecaminoso lo que hace que la resistencia sea una lucha y una cruz. Esas relaciones son las que distinguen llevar la cruz del sufrimiento que es la suerte de toda humanidad en un grado u otro.

Por lo tanto, la teología de la cruz es el estudio de la palabra de Dios que busca la relación entre su cruz y la nuestra. Examina nuestra cruz como ese don necesario de Dios bajo el cual entramos finalmente al reino de gloria cuando Dios determine que el tiempo para llevar la cruz ha terminado y el tiempo para llevar la corona ha llegado. En el cielo ya no llevamos la cruz, porque en el cielo el *yo* pecador finalmente ha sido puesto totalmente a un lado y Cristo se ha convertido en el todo.

2
La paradoja

La teología de la cruz contiene varios enigmas que nos resultan imposibles de resolver con nuestra razón. Para comprender y abrazar la verdad del evangelio siempre se requiere la obra milagrosa del Espíritu Santo por medio de su palabra. Sin su obra en nuestro corazón por medio de la palabra, tropezamos en la oscuridad. Eso es cierto en el caso de todo el evangelio y con toda certeza, también en el caso de la teología de la cruz. ¿Cómo podemos encontrar algún sentido en ella? Las cruces que nos manda Dios son buenos dones de un Dios misericordioso. ¿Cómo puede ser eso? Los términos *cruces* y buenos *dones de un Dios* bondadoso no parecen amoldarse a la misma oración. La teología de la cruz nos enfrenta con algunas de las paradojas más difíciles de tantas que la palabra de Dios presenta a nuestra fe. Por un lado, la cruz es un don precioso de nuestro Salvador amoroso. Por otro, la cruz es un instrumento cruel de tortura, siempre doloroso, nunca fácil. Por un lado, está la amada cruz, aun la santa cruz (¡otra vez: *das liebe Kreuz*!). Por otro, la cruz siempre está manchada por el pecado y en muchas formas importantes por el resultado del pecado; porque en la lucha por negar el *yo*, todavía tenemos la vieja voluntad que se resiste, así que permanecemos lejos de lo perfecto en este lado de la tumba. Hasta cierto punto, siempre será una cruz de vergüenza, precisamente porque la victoria todavía no se ha ganado; su dolor consiste, hasta cierto punto, en la voluntad pecadora que queda en mí que quiere pecar, que no quiere hacer otra cosa sino servir al *yo*.

El dolor doble de la cruz

Así el dolor de la cruz es realmente doble. Por un lado, está el dolor y la frustración experimentados muy dentro del *yo* pecador que no puede salirse con la suya. El resto del mundo con su mente puesta en la brutal competencia impide que el *yo* se salga con la suya; pero más importante, la naturaleza cristiana nunca deja de acosar al viejo *yo*. La conciencia cristiana condena al viejo *yo* tanto por lo que quiere hacer como por lo que realmente logra hacer. ¡Sí, hasta cierta medida el cristiano en mí le roba al viejo *yo* el placer que esperaba obtener de sus pecados! Peca y no lo goza tanto como antes, porque su conciencia lo condena y hace que se ponga de rodillas; es de esperarse que mientras la ley quebranta y condena la vieja naturaleza, el viejo *yo*, el evangelio traerá al cristiano otra vez a la cruz de Cristo para el perdón. Eso hace que el viejo *yo* se frustre y se enoje más.

El cristiano en mí hasta pone los frenos al viejo *yo*, para que algunas veces el *yo* no termine de llevar a cabo la maldad que hay en su corazón. Así, por ejemplo, el chismoso cotorrea para herir a otro. Pero la conciencia del chismoso juzga y condena, para que la boca deje su maldad antes de que haya terminado y el corazón se sienta avergonzado del sórdido comportamiento que no fue detenido a tiempo. O el viejo *yo* sigue su lujuria con pensamientos impuros y una voluntad que quiere correr libremente hacia los actos que envilecen tanto el cuerpo como el alma. Pero la conciencia cristiana condena y juzga los actos y a la persona como impura y culpable. El lado cristiano roba al viejo *yo* el placer que ve en el pecado y, otra vez, pone los frenos para que esa depravación no alcance su máxima profundidad. Entonces, el dolor de la cruz es en parte la frustración del viejo *yo* cuando el viejo *yo* no se sale con la suya.

Pero el dolor de la cruz también es la frustración de la naturaleza cristiana, el nuevo *yo*. La naturaleza cristiana está frustrada porque no conquista completamente a la vieja naturaleza, la carne/el *yo* pecaminoso. El nuevo hombre cristiano quiere obedecer y servir a Dios perfectamente, en realidad lo desea. Quiere pensar y hablar lo mejor acerca de su prójimo. Quiere apagar de una vez por todas los pensamientos impuros así como las acciones. Quiere despedir para siempre a toda la codicia y envidia, a los celos y al rencor, a la amargura y a las quejas, y especialmente a cualquier indiferencia rezagada hacia Dios y su palabra. Pero el viejo *yo* sigue tocando fuertemente a la puerta y sigue regateando. Sigue manchando hasta los mejores esfuerzos con pecado. ¡Cuán llena de angustia está la expresión de Pablo de ese dolor en Romanos 7, que termina con esta exclamación: "¡Miserable de mí!".

La cruz duele. La batalla interna en el cristiano entre el nuevo y el viejo hombre deja al viejo hombre enojado y frustrado; deja al nuevo hombre frustrado y algunas veces exhausto. ¿Cómo puede eso ser bueno? ¿Cómo se le puede llamar a eso la *amada cruz*, la santa cruz, dada a nosotros por un Dios bondadoso y misericordioso? ¿No sería mucho mejor si Dios sólo eliminara al viejo hombre, al viejo *yo* de nosotros tan pronto como nos convertimos en cristianos? Entonces no habría lucha. No habría dolor. No habría derrotas para el cristiano que lucha, ni habría culpa ni acusaciones de la conciencia frente a tales derrotas. Sí, entonces estaríamos muy cerca del mismo cielo, donde nuestra voluntad estaría perfectamente sometida a la voluntad de Cristo y nuestra conducta seguiría nuestra nueva y perfecta voluntad. ¿No sería eso mucho mejor que esta lucha constante contra el *yo* y sus fastidiosas quejas y tirones a la vestidura de santidad que realmente queremos llevar? ¿No sería eso mucho mejor que la angustia del alma culpable que nunca cesa y que siempre tiene que pedir misericordia frente a su récord poco convincente de luchas poco entusiastas y de victorias sólo parciales?

Para poner todavía más énfasis en el dilema, no es demasiado decir que para muchos entre más se acerca uno contento a la vida de sumisión a la voluntad y a la palabra de Dios, la cruz presiona y oprime más y se hace más dolorosa mientras el viejo *yo* lucha por reafirmarse y recobrar su control. Siempre tiene una nueva táctica, otra estrategia diseñada para arruinarnos. Hubiéramos esperado que fuera lo opuesto, que entre más cerca llegáramos a la

victoria, más ligera fuera la cruz. Pero con frecuencia no es la forma en que las cosas funcionan. Porque entre más se acerque el cristiano a Dios en la palabra y en los sacramentos, más se convencerá de su total indignidad y debilidad. De hecho, su mismo éxito puede traer con ello una multitud de nuevos oponentes. Y no es difícil mencionarlos:

- Tentaciones de orgullo, de justicia propia.
- Seguridad de la carne que está contenta con el progreso que ya ha hecho.
- Comparación afortunada de la espiritualidad y santificación de uno mismo con la falta evidente de lo mismo en otros, mojigatería que con frecuencia es el último refugio de una conciencia culpable – "¡Lo hice; gané! ¿Por qué no puedes tú hacerlo?".

Por eso, no importa cuán lejos hayamos llegado en nuestra vida cristiana, no importa cuánta experiencia, sin embargo permanecemos bajo la cruz, la amada cruz, la cruz de lucha que viene de un Dios y Salvador misericordioso.

La cruz que Dios quiere que soportemos y que nosotros queremos llevar

San Pablo nos ayuda a ver y aceptar la racionalidad divina que hay detrás de este enigma: Un Dios amoroso quiere que llevemos una cruz pesada y dolorosa, y también nosotros queremos llevar esa cruz pesada y dolorosa. Considere estas palabras, especialmente en Romanos 7:24 – 8:39 y luego otra vez en 2 Corintios 12:7-10.

En Romanos 7 y 8 el apóstol expresa la frustración que hay dentro de él, la lucha entre el viejo y el nuevo hombre. Clama: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?". Entonces, de una forma rápida y magistral contesta la pregunta que él mismo hace. Nos muestra por qué la cruz es la amada cruz, el don de un Dios misericordioso, amada para él y por lo tanto amada por nosotros también. Dice: "¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro! ... Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús".

¡Qué punto tan poderoso! Lea el resto del capítulo 8 y observe cómo Pablo se deleita completamente en ese punto. ¡La cruz es amada y es un don misericordioso, precisamente porque me sigue señalando y llevando a la cruz de Cristo! Si no hubiera cruz y no hubiera lucha para mí, no estaría cantando interminables alabanzas y agradecimientos por su cruz y su lucha. Tan necesarias como lo son mi cruz y mi lucha —otra vez: sin cruz, no hay cristiano— es Cristo y su cruz, es Cristo y su lucha que han ganado mi salvación. Es la esencia de la fe, su corazón y centro, su fuente y contenido y meta. Debido a lo que hizo, no hay condenación, ninguna en absoluto para mí mientras cojeo y tropiezo detrás de él bajo el peso de la cruz que me envía. Asegurado está el triunfo final, porque él lo ganó. Garantizado está el gozo de la resurrección venidera, porque él ha pagado completamente por ello. Por lo

tanto, *¡gracias sean dadas a Dios—por medio de Jesucristo nuestro Señor!* Nunca podría apreciar esa verdad o apreciarla año tras año, si no fuera por el dolor de la cruz que llevo.

¡Cuánta rabia debe darle eso al diablo! Su gran esperanza es que la cruz nos separe de Cristo. La gran intención de Dios lograda por su evangelio y llevada a cabo bajo la cruz es exactamente lo contrario. Y la gran ironía radica en que sin el dolor de la cruz, no hay gozo en la redención lograda en su sola cruz. Por tanto, la cruz es el don de un Dios verdadero y misericordioso. Por consiguiente, la amamos, sin importar cuán dolorosa sea algunas veces.

En 2 Corintios 12:7-10, Pablo contesta la pregunta acerca de la cruz y su dolor en base a su propia experiencia. Excepto por la virgen María, probablemente nadie jamás fue tan bendecido como Pablo. Vio a Cristo y fue instruido por él después de que Cristo resucitó y ascendió (Gl 1:12). Tenía la fuerza de Sansón para perseverar en la persecución y en las dificultades (2 Co 11). Había recibido revelaciones directamente de Dios, revelaciones que sabía que beneficiarían a la iglesia mientras durara la tierra, como las cartas inspiradas verbalmente que escribió y que Dios preservó para nosotros en el Nuevo Testamento. Y más allá de esa abundante bendición, hasta pudo ver el cielo mientras todavía vivía, verlo en un esplendor tan grandioso que no podía describirlo con un simple lenguaje humano.

Con esas bendiciones tan grandes vinieron dos tentaciones. Una fue que la gente que lo vio y lo escuchó concluiría que la iglesia tenía éxito debido a que Pablo era estupendo. La otra fue que Pablo mismo pudo también haber estado tentado a pensar así. Pero Pablo llevaba una cruz, un sufrimiento más grande que las persecuciones descritas en el capítulo 11. Era una cruz porque requería la negación del *yo* de parte de Pablo, una negación del *yo* que se somete a lo que es doloroso, que lo acepta, que hasta termina jactándose de ello. Lo llama "un aguijón en mi carne, un mensajero de Satanás que me abofetee" (12:7). Padecía de una aflicción que lo atormentaba tanto que pidió a Dios que se la quitara; rogó tres veces. ¿Era la aflicción física, tal vez como algunos han sugerido, una vista muy mala? ¿Era alguna otra dolencia que atacaba su fe y lo tentaba a dudar de la misericordia y del amor de Dios? ¿Era un aguijón totalmente espiritual, tal vez la tentación a desesperarse que atormentaba su conciencia, cuando recordaba su vida pasada de justicia propia y de persecución a la iglesia? Después de todo, dice de sí mismo que él *es* el primero de los pecadores (1 Ti 1:15).

No sabemos exactamente la naturaleza de ese aguijón. Y qué bueno que no lo sepamos. Podemos imaginar que su aguijón tal vez sea el mismo que podemos sufrir en nuestra carne, ese dolor del cuerpo o del alma que nunca desaparece por completo, que siempre amenaza con destruirnos. Es suficiente oír que él lo llama un aguijón. Duele. Su dolor era implacable. Y por todo su dolor, sí, debido a todo su dolor, Pablo lo consideró entre las bendiciones más grandes de Dios. Porque Dios mismo le explicó al apóstol la necesidad de esa cruz, de ese aguijón en la carne.

La explicación que Dios inmediatamente le dio es tan simple y tan profunda: "Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Co 12:9). ¡Ojalá que cada cristiano

tuviera el tiempo para escribir su propia biografía con este versículo como título! Consuelo y descanso, éxito según el mundo juzga el éxito, elogios y glorias externas—esto no es suficiente para la vida. La salud y la riqueza, la abundancia de amigos y familia, la liberación del dolor, de la frustración y del fracaso—no son suficientes para la vida. La profunda comprensión de todos los misterios y de los secretos del corazón humano, incluyendo los secretos de nuestro propio corazón, la victoria total sobre cada debilidad en cada tentación — no, ni siquiera éstas son lo esencial de la vida.

Una sola cosa es suficiente: *¡la gracia!* ¡Y únicamente llevar la cruz explica que el significado y la esencia de la vida real y de la vida eterna es *la gracia*! Es decir, Dios eligió por voluntad propia amarme. Y eligió amarme por motivos que le pertenecen a él, motivos que no tienen nada que ver con nada bueno que yo haya hecho o jamás haga. Aun antes de que el mundo comenzara, cuando él sabía ya todos los motivos que tendría para *no* amarme, sin embargo me amó. En ese amor y en Cristo, hizo todo, absolutamente todo, lo que era necesario para mi salvación eterna. Hasta controló toda la historia, para que el hecho de que yo escuchara el evangelio y confiara en él no fuera una simple coincidencia, mucho menos resultado de mi voluntad y elección; ¡sería total y solamente obra bondadosa de él conforme a su buena voluntad misericordiosa!

Sin la cruz que viene como consecuencia de la fe y, al mismo tiempo, como resultado de mi propia naturaleza pecadora, nunca sabría que la gracia fue suficiente, esa gracia es lo más importante en la vida. Supondría que tal vez esa gracia fue un buen inicio. Puedo pensar que la gracia fue una ayuda agradable. Puedo concluir que la gracia fue necesaria. Pero nunca me daría cuenta o experimentaría la verdad: ¡La gracia es suficiente! ¡La gracia lo es todo! En vez de eso, enfrentaría y caería indudablemente en la tentación de orar como el fariseo en el templo (Lc 18:9-14). Felicitaría a Dios por la sabiduría de su elección al llamarme; porque ve cómo he demostrado que soy digno de ese llamamiento desde mi conversión; ve cómo me he levantado por encima de la manada común y sus tentaciones; ve qué tan noble soy y cuán adecuado soy para la compañía de los santos.

Ah, pero la cruz y su lucha, la cruz y su frustración, la cruz y su dolor sigue tumbándome. Sigue derrumbándome bajo su peso. Sigue llevándome a la cruz de él, quien me amó y se dio a sí mismo por mí, y sigue llevándome a su gracia. Porque confío en su sola gracia y en su cruz. En él solo depende toda mi esperanza de victoria. ¡Si el dolor de la cruz me lleva a apreciar más profundamente esa verdad, entonces gracias a Dios por *das liebe Kreuz*, la amada cruz!

El corolario de la suficiencia de la gracia es esto: *que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad*. Es decir, el poder de Dios se muestra y alcanza su objetivo en la debilidad de quien lleva la cruz. En Gálatas 4:13, 14, por ejemplo, Pablo expresa su aprecio a Dios y a sus compañeros cristianos por el hecho de que lo recibieron cuando la debilidad de él era evidente para ellos. En Filipenses se goza de su encarcelamiento. Porque bajo la cruz de debilidad y persecución nadie confundiría el poder de Pablo con el poder de Dios. Pablo no

tiene poder para convencer a nadie de nada mientras está encadenado. Pero cuando en cadenas proclamó el evangelio y la gente lo creyó, estaba claro dónde estaba el poder: estaba en Dios y en el mensaje del evangelio por medio del cual Dios obró fe en los oyentes. De modo que *el poder de Dios* se perfeccionó en la debilidad. El *poder de Dios* en el evangelio alcanzó su objetivo divino. Ése fue un gran gozo y consuelo para Pablo, ver el poder del evangelio en acción. Fue también un gran gozo y consuelo para los oyentes de Pablo y para los destinatarios de sus cartas. Sí, y el poder del evangelio sustentó a Pablo en su propia debilidad, en la debilidad que tenía en cadenas, en la debilidad que fue evidente cuando no podía superar los obstáculos para su obra por todas partes. Tal como la fe de los demás evidentemente no vino de Pablo sino del evangelio, así también la propia fe de Pablo. Pablo podía regocijarse junto con sus oyentes: Nuestra fe está basada, no en Pablo —vea lo débil que es. ¡Nuestra fe viene de Dios en el evangelio —vea cuán poderoso es él en su palabra! ¡Si el dolor de la cruz me hace que aprecie más profundamente esa verdad, entonces gracias a Dios por *das liebe Kreuz*, la amada cruz!

El modelo del gozo y del sufrimiento juntos está establecido en la propia cruz de Jesús

De esta manera, la cruz es un símbolo de sufrimiento y sin embargo es amada. Es dolorosa y no obstante es preciosa. Es una señal de debilidad y sin embargo precursora de la victoria. El misterio y la paradoja son evidentes y resueltos en la pasión de Cristo. Por cierto, en la teología dogmática hacemos una distinción muy útil y bíblica entre el estado de humillación y el estado de exaltación de Cristo (Flp 2:5-11). En el estado de humillación, que comenzó en el momento de su concepción, Cristo ocultó la divina majestad y el poder que siempre son suyos y que nunca, en ningún momento abandonó. En el estado de exaltación, ya no se esconde tras el velo de debilidad y humildad; usa siempre su poder divino y no solamente de vez en cuando como en el estado de humillación. El estado de exaltación comenzó en el momento cuando Cristo resucitó de la tumba el Domingo de Resurrección. Entonces entró a su gloria. Pero mire cómo relaciona Jesús el sufrimiento con la gloria al inicio de la Semana Santa, cuando su humillación alcanzará el punto más bajo. Relaciona el sufrimiento con la gloria tan estrechamente que en su mente casi no hay distinción entre ellas. En Juan 12, Jesús se regocija y habla de su sufrimiento venidero, y el nuestro siguiéndolo a él, en los términos más elevados. Felipe y Andrés le habían informado que algunos griegos querían verlo. La respuesta de Jesús nos deja atónitos (como lo hacen con frecuencia sus palabras, especialmente cuando habla de su cruz y la nuestra):

> Ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado. De cierto, de cierto os digo que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda solo, pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y el que odia su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo esté, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará. Ahora está turbada mi alma, ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame

de esta hora? Pero para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. (vv. 23-28)

Jesús apenas puede esperar a que comience su sufrimiento. Pero su corazón está tan profundamente angustiado que sería entendible si pidiera a su Padre que le quitara la cruz. ¡Y aun así, no puede esperar alcanzar la cruz y su gloria! Hay una montaña rusa de emociones en el corazón del Hijo de Dios y el hijo de María, nuestro Salvador, mientras se enfrenta al horror real de la cruz y a la incomparable gloria de su fruto.

Jesús relaciona el gozo con el sufrimiento. La cruz y la corona son inseparables. Donde no hay cruz, tampoco hay corona. ¿Cómo puede un Padre infligir tanto dolor a su único Hijo y su Hijo llamar a ese sufrimiento el comienzo de la gloria? ¿Cómo puede él, sabiendo muy bien toda la agonía que se acerca, hablar en los mismos términos sobre el sufrimiento que espera que sus seguidores soporten, sufrimiento que él mismo enviará? La semilla debe morir para dar fruto. El Hijo de Dios debe soportar la cruz para redimir al mundo. El cristiano debe morir con él para resucitar con él.

La paradoja de la maldad y la amada cruz

Todo está hecho para que quede bajo esta necesidad de la cruz antes de la corona, aun la maldad del diablo y del mundo. El diablo y el mundo malvado están obligados a servir en contra de su voluntad a la gloriosa meta del triunfo final de Cristo. Porque la misma maldad de un Judas, junto con la maldad de un gobierno corrupto y una iglesia caída, Jesús la usa para traer sufrimiento y de este modo entrar en su gloria. Para herir al diablo, para encolerizarlo, Cristo resulta victorioso en la derrota. De la muerte viene la vida. De la maldad absoluta de la crucifixión viene la restauración de la verdadera santidad. ¡Qué divina ironía!

En nuestra vida y también en nuestra experiencia, Dios permite que la maldad sirva su propósito amoroso y salvador para nosotros. Se puede usar aquí una analogía. El diablo es como un *pit bull* feroz. Gruñe y amenaza, lo único que quiere es morder y matar. Pero está con una correa en un pozo. Nosotros estamos en el jardín de la gracia y la misericordia de Dios, limitados por la ley y alimentados abundantemente por el evangelio. Fuera del jardín, en su pozo, el diablo gruñe; las amenazas de consecuencias dolorosas por el pecado son suficientes para controlar nuestra naturaleza pecadora, para que no salgamos del jardín. Sin embargo, otras veces, nuestra naturaleza pecadora se impone y descuida la palabra y los sacramentos. Como unos tontos y obstinados dejamos la belleza del jardín por el pozo con el *pit bull*. A pesar de nuestro conocimiento de la palabra y de repetidas experiencias en la vida, decidimos que podemos salirnos con la nuestra con nuestro pecado y de alguna manera evadir sus consecuencias. Y así dejamos el jardín. Puede que pase un tiempo, pero por amor Dios permite que el perro nos muerda, y algunas veces en efecto nos muerde fuerte y dolorosamente. Sufrimos las consecuencias de nuestros pecados y de nuestro pecado más grande, descuidar la palabra. El dolor nos debería enviar penosamente lejos del estiércol y

lejos del *pit bull*, al jardín. Las fauces del perro y el estiércol del pozo hacen que nuestra tarea sea imposible. Pero nuestro Padre está esperándonos. Envía a su Hijo apresuradamente para rescatarnos. Por medio de las promesas del evangelio, el Espíritu Santo nos jala y arrastra hasta los brazos del Padre, brazos llenos de misericordia con una voz llena de gracia. El diablo, el antiguo enemigo maligno, ha servido su propósito. Dios lo usó para ayudarnos a recuperarnos, todo lo contrario de los intentos del diablo. ¡Otra vez, qué divina ironía! (¡Para ver ejemplos de Dios, compare el Sal 107!)

En el caso de la cruz de Jesús, la respuesta a la pregunta de cómo el sufrimiento puede ser fuente de gozo y gloria se encuentra en el resultado redentor de su sufrimiento. Jesús sabía perfectamente cómo terminaría todo el Domingo de Resurrección y en su gloriosa ascensión a la diestra del Padre (Heb 12:2; Fil 2:8-11). Jesús sabía perfectamente que el resultado de ello sería la redención del mundo. Lo dijo muchas veces, y muchas veces se dijo de él, que salvaría con su sacrificio. Nos acordamos de Génesis 3:15, el Salmo 22, Isaías 53, sólo para mencionar unas cuantas promesas acerca del resultado de su obra redentora en el Antiguo Testamento. En efecto, todo el sistema de sacrificios de sangre en el Antiguo Testamento, especialmente aquellos en la Pascua y en el gran día de la expiación, denota una redención y un perdón que viene sólo con sangre, con sufrimiento, con muerte (vea Ex 12:21-23; Lev 4–7; 16:1–17:22, y otros; fíjese especialmente en el resumen de todo eso en Heb 9:22). Desde el inicio de su vida terrenal hasta su fin, escuchamos una promesa tras otra sobre la trascendencia redentora de su sufrimiento y de la inseparable relación entre el sufrimiento y la redención. Incluso su nombre, Jesús, es decir, Salvador, lleva la promesa de sufrimiento. Simeón habló de ello en el templo (Lc 2:33-35). Juan el Bautista señaló a los discípulos tanto el dolor como sus resultados de salvación cuando identificó a Jesús como el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo (Jn 1:29, 36); un cordero es un animal de sacrificio por el pecado. Y Jesús mismo hizo referencias frecuentes e inequívocas a su sufrimiento y su resultado durante su ministerio terrenal (p.ej., Jn 3:16; 8:27; 10:11-18, para mencionar sólo unas cuantas de las referencias más comúnmente conocidas).

Y todo este sufrimiento sucede por medio de hombres malos y perversos que no obstante siguen siendo responsables por su maldad. No tenían la intención de desempeñar un papel en la redención del mundo ni de su propia redención. Como el mismo diablo, su padre (Jn 8:44), querían impedir cualquier bien, con mayor razón la salvación, que viniera al mundo mediante la obra de Jesús. ¡Sin embargo, estos malvados, viles y crueles secuaces del diablo fueron instrumentos en las manos de Dios para la redención del mundo! Deben soportar la vergüenza y la culpa de su maldad. Pero Dios y sólo Dios ocasiona el bien, la redención que viene de ello. ¡Cómo debe el diablo atragantarse con ese hecho!

Diferencias que distinguen nuestra cruz y corona de la cruz y corona de Cristo

En el caso de la gloria de Jesús y su corona, el sufrimiento viene de principio a fin del pecado de los demás, ya que él no tiene pecado propio. Su corona, por lo tanto, es totalmente su derecho y mérito, debido a que sufrió siendo inocente. En nuestro caso, las cosas son al revés. El sufrimiento que es llamado nuestra cruz está arraigado en nuestra pecaminosidad, mientras que la corona viene de otro, de Cristo. Pero debe haber sufrimiento si va a haber una corona de gloria. El sufrimiento debe ser la misma cruz, es decir, la lucha que nunca termina de negar el *yo*. O puede ser un sufrimiento que comienza con algún suceso fuera de nuestro *yo*, pero penetra hasta lo más íntimo de nuestro ser. Podría, por ejemplo, ser la pérdida de dones de Dios, de la salud, de miembros de la familia, de riquezas, del cargo o de amigos. Esas pérdidas, como lo notamos antes, el *yo* las usa para instigarnos a dudar de la misericordia, del amor, de la gracia de Dios.

Todas esas pérdidas pueden ser muy dolorosas para nosotros. Extrañamos lo que teníamos antes o esperábamos que pudiéramos conservar. Pero el dolor nos señala otra vez la naturaleza fundamental de la cruz, la negación del *yo* y la aceptación de cualquier cosa que Dios nos envía. Porque lo que envía es don de un Padre amoroso, aun cuando lo que envía es dolor y pérdida. En tiempo de pérdida, tal vez no se nos ocurre darle gracias por el don dado antes tan gentilmente. Tal vez no se nos ocurre alabar a Dios porque tuvimos el don de gozarlo por mucho tiempo. En vez de eso, nuestro *yo* se comporta como si tuviera derecho a lo que tenía y que es el colmo de la injusticia ahora privarnos de ello.

En otras palabras: No nos quejaríamos de ninguna pérdida si consideráramos que Cristo lo es todo. En la medida en que no es el todo, sufrimos ante la pérdida externa. Por tanto, nuestra queja ante el dolor y la pérdida son pruebas del fracaso en la lucha contra el *yo*. ¡Qué difícil lección por aprender! ¡Qué difícil cruz de soportar! ¡Qué difícil problema dentro de nuestra alma por resolver! Lutero canta en la cuarta estrofa de su gran himno de batalla: “Que lleven con furor, los bienes, vida, honor, los hijos, la mujer… todo ha de perecer: De Dios el reino queda” (Culto Cristiano 129:4). ¿Pero quién cree realmente eso? Si una de esas dádivas se pierde, sufrimos, lo cual es comprensible. Y si no sufrimos nada, sugeriría que es una falta de apreciación por el don en primer lugar. Sin embargo, hay mucho más que sólo el sufrimiento que surge de la apreciación de la pérdida actual del don. La pérdida y el sufrimiento usualmente presionan con más fuerza que eso. ¡Si desaparecen más dones o todos ellos, la pérdida presionaría muchísimo! ¡Qué difícil nos resulta dar a Dios nuestras más sinceras gracias por sus dones y al mismo tiempo estar completamente dispuestos a perderlos todos, si a Dios le agrada quitárnoslos todos! De veras que es raro darse cuenta de que no estamos dispuestos a perder sus dones hasta que perdemos uno de ellos. Sólo en la pérdida es cuando empezamos a caer en la cuenta de cuánto dependíamos de esos dones para nuestro gozo, en vez de gozarnos en el dador de esos dones.

Ésa es exactamente la lección que Dios está enseñando cuando inflige o permite el dolor. Nos está estirando y arrastrando de vuelta al Salmo 73:21-28, a Lamentaciones 3:17-26, y a las hermosas confesiones de esta verdad de Pablo en Filipenses 4:11-13 y en 1 Timoteo 6:6-8. Nos está regresando a la comprensión de que al tenerlo a él lo tenemos todo. Nos está regresando a Marcos 8, a reconocer que aun poseer el mundo entero es una pérdida sin él. En nuestra debilidad podemos objetar: "Ah, pero si tan sólo hubiéramos sabido el resultado de nuestro sufrimiento desde el principio, de la forma en que Jesús lo sabía. Si tan sólo pudiéremos saber con su divina certeza el propósito de todo esto". A esa objeción debemos contestar: "¡Pero sí lo sabemos! ¡Porque él, que no miente, nos ha dicho en su palabra cuál es el propósito y cómo se supone que va a terminar todo!". San Pablo canta el resultado y el final de todo en uno de los himnos más hermosos y jubilosos de la Biblia en Romanos 8.

El puente que conecta el dolor de la cruz con la corona del vencedor en la resurrección

En la vida y obra de Cristo está claro que la cruz y la corona están conectadas inseparablemente. En la vida de los santos —observaremos la de David y la de Pablo como ejemplos— está claro que también la cruz y la corona están inseparablemente conectadas para nosotros. ¿Pero cómo llegamos al punto donde podemos realmente aceptar tanto la verdad como la cruz misma? ¿Cómo llegamos al punto donde nosotros aceptamos con la mente y el corazón la cruz como un instrumento de dolor para nosotros y todavía como un don misericordioso de un Dios bondadoso? Dios ve perfectamente y con gran claridad el final desde el principio. Pero nos es difícil apreciar la verdad de que es suficiente para nosotros que Dios sepa exactamente cómo resultará para nuestro bien. Cuando la cruz empieza a oprimir mucho, tendemos a ver sólo el dolor. Pero *nosotros* queremos saber y *nosotros* necesitamos saber su final. La palabra es el puente. Con la cruz y su dolor a un lado, el amor y la gracia de Dios en el evangelio preparan el terreno y nos conducen a la gloria de la resurrección y a la promesa de la corona del vencedor al otro lado. El puente está cubierto y asfaltado con amor y con la gracia de Dios.

La palabra de Dios es la que nos muestra que la cruz es un don bondadoso de nuestro Dios misericordioso. La palabra hace eso, ya sea que experimentemos la cruz como una lucha para negar el *yo*, o el recordatorio mediante pérdidas terrenales de que todavía no hemos conquistado el *yo*. En la palabra está explicado el sufrimiento. En la palabra es donde vemos nuestra necesidad desesperada de la cruz si vamos a alcanzar esa bendita orilla que está en el otro lado. Allí, en el otro lado, está el triunfo final sobre nuestro *yo* y la corona fundamental de gloria en el cielo dada como un don de gracia. En la palabra está la gracia de Dios que brilla y nos hace confiar en Dios aun en el dolor y la pérdida más profunda, aun en la hora de la muerte. En ese puente, en esa palabra, el Espíritu de Dios desciende a nosotros lleno de gracia y misericordia; nos da triunfo, en parte ahora y totalmente en el cielo. Pablo lo expresa de una forma maravillosa y clara en su gran himno y confesión de fe en Romanos 8: ¡Nada,

ningún dolor o pérdida, ninguna tribulación o cruz nos puede separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús!

Pero todavía nos quedamos con la pregunta fastidiosa: ¿No podría Dios cumplir todo eso de otra manera, sin tanto sufrimiento y dolor externos? ¿Y cómo es evidente el amor y la gracia de Dios?

Dios nos muestra en la palabra que el *yo* triunfa fácilmente cuando todo le va bien, cuando no hay sufrimiento bajo la cruz. El *yo*, como un niño en época de Navidad, se apega a los regalos y rápidamente olvida al dador. Piense por un momento en los dones de Dios y qué hizo el *yo* con ellos. El *yo* supone que el don de tiempo es nuestro para despilfarrarlo en lo que nos place en el momento. El *yo* simplemente supone que otra gente existe sólo para nuestro placer. El *yo* derrocha la salud y la riqueza como si estuvieran garantizadas a durar para siempre. El *yo* no sabe valorar a la familia ni a los amigos. El *yo* considera la comodidad un derecho. El *yo* siempre se adora a sí mismo y por tanto considera todo lo creado como su derecho. En sus mejores días, el *yo* en el cristiano está ocupado reafirmando el credo de la religión de su adoración al *yo* que está en el corazón y centro de la naturaleza del hombre caído.

Los más grandes de los santos aprendieron eso por experiencia propia. Considere solamente a dos de ellos. David lo tenía todo. Conocía más del favor de Dios que la mayoría de nosotros jamás conoceremos. Pero él también era ese niño en época de Navidad. Sucedió cuando todo le había ido bien que se volvió descuidado y perezoso. Peor todavía, estaba muy cómodo en su relación con Dios; dio el favor de Dios por sentado y no temió ya su ira contra el pecado. Y así cayó. Descuidó su deber en su oficio, jugó con la lujuria, y luego cayó precipitadamente en el adulterio. No tuvo nada de compasión. Usó a otro para matar a un hombre más justo que él.

En resumen, David despreció la ley, mostró desdén por Dios, perdió su gusto por el evangelio, y dio rienda suelta a las pasiones del *yo*. Ese resumen describe a David cometiendo adulterio con Betsabé (2 S 11) y más tarde en el censo de Israel (2 S 24). Al final de los dos ejemplos, Dios envió sufrimiento como consecuencia de la adoración del *yo*. Pero el sufrimiento sirvió para rescatar a David del *yo*. David se arrepintió con la predicación de Natán, y su pecado fue perdonado. Pero el sufrimiento en forma de violencia no se separó de la casa de David. Le sirvió como un constante recordatorio de necesitar la gracia y lo valiosísima que es la gracia. El sufrimiento llegó rápidamente con motivo del censo de Israel. La muerte llegó a la gente como resultado del pecado de su rey. La gracia detuvo la plaga, pero el recuerdo de esa plaga y el recordatorio de su causa nunca se extinguieron en David. En la gracia, Dios quitó la culpa del pecado de David para siempre. Pero los salmos penitenciales de David (Sal 6, 32, 38, 51, 102, 130, 143) muestran que nunca olvidó sus pecados ni la grandeza de la gracia que se hizo manifiesta en el perdón de Dios.

En los dos ejemplos, el del adulterio de David y el del censo de Israel, la lucha contra el *yo* se reanudó, pero con sufrimiento, con dolor y hasta con la muerte. En los dos ejemplos, el sufrimiento fue una prueba del amor y la gracia de Dios. El sufrimiento le recordó a David, sobre todo, que su salvación se debía al perdón de Dios (Sal 6). Le recordó la grandeza de la gracia, que quitó el castigo eterno y devolvió a David nuevamente la fe y el favor. Sin sufrimiento, David podría fácilmente haber tomado su propio pecado a la ligera y seguido su vida impenitente, resultando en la miseria eterna de su alma. Sólo la palabra de Dios podía hacer esas conexiones para David entre su *yo* pecador, la necesidad de la gracia y del perdón, y la necesidad de sufrir que viene de la mano del Dios bondadoso y misericordioso.

En el caso de David, está el factor adicional de que el pecado fue público. Si no hubiera consecuencias por su pecado manifiesto, otros se habrían animado con el mal ejemplo a pensar que ellos también podrían pecar con impunidad. Otros pensarían que Dios era indiferente a su propia ley y que su pueblo por lo tanto tenía licencia para ignorarla. El pecado público necesita tener consecuencias públicas. Algunas veces esa consecuencia la imponen aquellos que tienen la autoridad en la iglesia, como en el caso de una excomunión para la impenitencia manifiesta. Algunas veces la consecuencia viene del estado cuando la ley civil o criminal se ha quebrantado. Y algunas veces viene del hogar, como cuando los padres disciplinan a sus hijos. Algunas veces Dios mismo visita al pecador con el recordatorio de que la palabra de Dios siempre se debe tomar en serio, como cuando el borracho destruye su salud y su reputación o el jugador arruina su nombre y sus bienes.

Cuando el pecado no es público y no se conoce, las consecuencias del sufrimiento pueden permanecer por largo tiempo chamuscadas en la conciencia del culpable, aun después de que la culpa se haya quitado en la confesión y la absolución. Algunas veces el dolor es el peor de todos los dolores. Al predicar o enseñar, al visitar el hogar y el hospital no sabemos cuántos crímenes secretos y cuánto dolor escondido puede haber en el corazón de aquellos a quienes estamos sirviendo. Pero siempre debemos estar conscientes de la probabilidad de que entre los que nos escuchan hay quienes necesitan desesperadamente el bálsamo tranquilizador del evangelio para el dolor que sólo Dios puede ver.

Ya sea que la consecuencia del pecado sea pública u oculta muy dentro del alma herida pero perdonada, la sola palabra es la que hace posible que entendamos el dolor e incluso que lo recibamos con agradecimiento. El evangelio y los sacramentos siguen siendo el único puente entre el dolor de la cruz y la corona de la gloria al final.

Considere el ejemplo de san Pablo. La promesa del gran éxito en su obra venidera ya va acompañada de la promesa del gran sufrimiento. ¿Qué promete Jesús con respecto a Saulo con la llegada de su apostolado? “Ve, porque instrumento escogido me es éste para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, de reyes y de los hijos de Israel, porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre” (Hch 9:15, 16). Jesús mismo le dijo a Pablo el significado y el gran propósito de todo ello algún tiempo después en ese famoso pasaje ya tratado, 2 Corintios 12:7-10. Allí Pablo es testigo de la necesidad de su propio sufrimiento y

de su dolor externo, para que la gracia y las bendiciones de Dios no fueran pisoteadas, no fueran dadas por sentadas y perdidas.

Para hablar de un asunto más profundo, Pablo nos dice que nunca olvidó su gran crimen, el pecado de perseguir a la iglesia antes del día de su conversión (1 Co 15:9, 10). En efecto, usó el recuerdo de su pecado para magnificar la gloria y el poder de la gracia para él y para aquellos a quienes servía. La gratitud de la gracia que cubrió su pecado hizo que fuera más celoso al compartir el evangelio que lo salvó. Porque si la gracia de Dios fue tan grande que cubrió el pecado de Pablo, entonces todos los demás podrán obtener consuelo de ese ejemplo de gracia y concluir: ¡Dios quiere perdonarme a mí también, exactamente como lo declara su palabra; aunque no soy mejor que Pablo, tampoco soy peor!

En ambos ejemplos, el sufrimiento está tan estrechamente vinculado a la lucha contra el *yo* que tanto la lucha como el sufrimiento están considerados como la cruz que Dios mismo ha enviado, la amada cruz, la cruz necesaria para la salvación, aunque no es una causa para la salvación. En el caso de David, el sufrimiento vino como un constante recordatorio de la necesidad de esa lucha. En el caso de Pablo, el sufrimiento vino para recordarle al apóstol que la lucha contra el *yo* no terminaría. Pero en ambos, el sufrimiento está vinculado inseparablemente al resultado final de la salvación y la gloria todavía por ser revelada. En ambos, el sufrimiento está relacionado con la incapacidad de la persona para triunfar sobre el *yo* sin el dolor. En ambos, el *yo* es la raíz del problema. En ambos, la palabra es la clave para comprender la naturaleza del sufrimiento como un don. En ambos, la palabra es el puente por el cual el Señor lleva a los creyentes de la cruz a la corona.

La cruz impuesta por otros

Igual que en el sufrimiento del Salvador, así también en nosotros, Dios puede usar hasta los pecados de otros para desencadenar la lucha contra el *yo*. Saúl, quien persiguió a David y a la iglesia, fue el que enseñó a David a confiar en la sola promesa de Dios en medio de sus aflicciones cuando era muy joven. Todas las evidencias externas sugirieron a David que la promesa de Dios de la realeza para David no se cumpliría a no ser que el mismo David actuara en contra de la palabra de Dios. Incluso los amigos de David lo alentaron a que tomara el asunto en sus propias manos y matara a Saúl cuando tuvo la oportunidad (1 S 24, 26). Más tarde, serían los miembros de la propia familia de David, más que los enemigos obvios de él, los que le causarían sufrimiento. También en ese sufrimiento, David tenía solamente la promesa de Dios para depender de ella. Y dependió de ella, a pesar de la evidencia externa que sugería que su confianza era en vano. ¡Qué agradables y generosas fueron esas promesas para David, cuando, al contrario de todas las expectativas meramente humanas, las promesas de Dios se cumplieron! Qué pequeños hubieran sido su gratitud y su asombro ante el Dios que cumple su palabra, si no hubiera habido tantos otros que le hicieron la vida miserable con sus pecados contra él. Nuevamente, como el mismo Salvador, Dios usó la maldad y la ignorancia de otros para su propio bien y para sus propósitos misericordiosos.

Lo hace sin convertirse en la causa del pecado, pero sigue siendo la causa fundamental del triunfo del cristiano contra el *yo* caído. Si la palabra no explicara estas conexiones, nunca las veríamos. Nos tambalearíamos y ahogaríamos en un mar de confusiones y desesperación.

El Salmo 73 es tal vez uno de los salmos más hermosos, precisamente debido a la utilidad de mostrarnos el puente de unión entre el amor de Dios y la cruz del cristiano. El sufrimiento particular del salmista es éste: Ve lo que parece ser la vida fácil del pecador que se siente a gusto comparado con el sufrimiento del santo. El contraste desafortunado no tiene sentido hasta que la palabra de Dios, como se ve y se escucha en el templo, explica todo claramente. Porque considere el final del pecador; lo pierde todo. Considere el final del santo; podría perder todo, pero todavía tiene todo porque tiene a su Salvador. De hecho, si no hubiera sufrimiento, el santo nunca se daría cuenta de lo vacío de todo aparte del Salvador; nunca captaría ni apreciaría que en el Salvador ya tiene todo.

Todo el libro de Job está dedicado en gran parte a la misma cuestión. A Job le resulta muy difícil comprender lo que le está pasando y reconciliar eso con la relación anterior con Dios. Al principio acepta el sufrimiento, sin ver la necesidad de que se lo expliquen o que Dios se justifique por enviar ese sufrimiento. Pero cuando el dolor sigue penosamente día tras día, Job se siente agotado. Su sufrimiento aumenta por la actitud sentenciosa de sus amigos, que no parecen saber otra cosa excepto la ley y atormentan al sufrido Job con acusaciones infundadas. Pero fíjese en que Job entra en razón cuando Dios habla. Nuevamente adora a su Creador, y lo hace *antes* de que Dios le restablezca o sugiera que le restablecerá a Job la familia, la salud, las riquezas y el goce anterior de paz con Dios.

Si no fuera por la conexión que hace la palabra, podríamos fácilmente tener *La Ilíada* de Homero como nuestra biblia. Allí los dioses son caprichosos y el propósito que tienen nunca está claro; los hombres luchan y forcejean, pero al final el único premio es la esperanza de la lealtad de sus camaradas, el favor fugaz de los dioses, y el gozo del momento. O podríamos elegir una biblia más moderna con Jean-Paul Sartre. Su novela *La náusea* (*La Nausée*) nos deja con un mundo que no tiene ningún sentido, una existencia humana que no tiene sentido con la muerte como la última prueba de ese sinsentido. Pero la palabra hace que la conexión y el propósito del sufrimiento estén claros. Porque demuestra la fidelidad de Dios en el celo que tiene por nuestra salvación. Tan grande es ese celo que nos permite sufrir, incluso nos envía sufrimiento, para que no nos enamoremos del mundo fugaz y del servicio del *yo* en él. No nos vuelve autómatas ni destruye nuestra humanidad para hacernos santos, obligándonos a la perfección en nosotros. Más bien, continúa como el Dios todo misericordioso al dejarnos nuestra humanidad y usar nuestra misma humanidad para triunfar sobre la naturaleza caída. ¡Qué enigma! ¡Qué paradoja! ¡Qué solución! Solamente la palabra de Dios puede dar algún sentido en ello y resolver el misterio.

La doctrina de los medios de gracia y la teología de la cruz

Pero ése es únicamente el comienzo de la conexión con la palabra. La palabra hace algo más que simplemente explicar la necesidad de sufrir si el *yo* va a ser contenido, controlado y derrotado. Aún más importante, por medio de la palabra como un *medio eficaz de gracia* Dios da al cristiano el poder de soportar la cruz y hasta de regocijarse en ella. No es suficiente para la palabra hacer la conexión, darnos la información y entonces dejarnos a nuestros propios recursos para seguir con la lucha. Somos demasiado débiles y perversos en nuestra naturaleza caída para que eso suceda. Si la cruz es en su esencia la lucha contra el *yo*, y si esa lucha requiere sufrimiento como un motivador indispensable para seguir con la lucha, entonces Dios nos tiene que dar los recursos, el deseo, la energía, sí, el gozo y la confianza para perseverar en esa lucha.

Eso es exactamente lo que Dios hace en la palabra. Ése es precisamente el propósito de gran parte de nuestra predicación, enseñanza y meditación, con la palabra de Dios como fuente para ello. El que la palabra sea un medio *eficaz* de gracia que hace posible que llevemos la cruz de buena gana, hasta con gusto, es algo que debemos recordar especialmente en situaciones de orientación. En nuestra época estamos muy inclinados a la falsa noción de que cada problema tiene una solución, con alguna suerte una solución rápida y fácil. A decir verdad, no todos los problemas tienen una solución. Por cierto, algunos la tienen. Pero con frecuencia nuestra orientación debe ir dirigida hacia la meta de soportar pacientemente, de soportar el sufrimiento que puede durar mucho tiempo. El esposo que tiene a su esposa con una enfermedad terminal o postrada en cama puede estar tentado a cometer adulterio. No hay un fin simple o fácil para su lucha; negar el *yo* puede ser muy difícil. La palabra como un medio eficaz de gracia es lo que necesita para sustentarlo y fortalecerlo para que pueda resistir. La esposa en tales casos puede estar enojada con Dios porque ahora se considera una carga en lugar de ser una ayuda para su familia. No hay un arreglo fácil para el enojo y la angustia que ella siente. La palabra como un medio de gracia eficaz no sólo debe explicar la necesidad de la cruz; debe dar más gracia en tiempo de necesidad para aceptarla y llevarla.

La teología de la cruz, por lo tanto, no puede estar separada de la doctrina de los medios de gracia. Es decir, el evangelio en la palabra nos muestra la gracia de Dios y milagrosamente hace que confiemos en él y en su gracia. La palabra no sólo es información. La palabra es poder.

Por cierto, la palabra ejerce ese poder aun antes de que actúe como un medio de gracia. En la ley, el Espíritu Santo nos conmueve eficazmente para convencernos y condenarnos debido a nuestra idolatría. En la ley, el Espíritu Santo hace trizas cada pizca de orgullo en el *yo* cuando estamos delante de Dios. En la ley, el Espíritu Santo nos trae a ese grito desesperado del odio al *yo*, que él resiste más que todo: “Dios, ten misericordia de mí, un pecador; pecador es lo que soy; pecador es todo lo que afirmo ser; pecador es mi nombre, mi ocupación, mi destino, mi condena, mi maldición”. Sólo la ley de Dios puede crear esa convicción y conclusión en nosotros. Puede ser tan obvio y tan sencillo como la nariz en mi

cara de que es así; pero tan grande es mi corrupción, que nunca la reconocería totalmente, mucho menos la admitiría, si no fuera por la obra eficaz del Espíritu Santo a través de la ley. La Biblia lo dice y nos convence de que es así en Juan 3:6; en Romanos 1, 2; y en muchas otras partes. Las Confesiones Luteranas testifican esa verdad, especialmente en la Fórmula de Concordia, Artículo I.

Pero la ley, poderosa y eficaz como es en manos del Espíritu Santo, no es un medio de gracia. La ley puede realmente mostrarnos lo difícil que será siempre la lucha, la lucha de negar el *yo*. Pero la ley no puede ayudarnos a seguir con la lucha, a querer seguirla, o a regocijarnos en ella. Ese oficio se reserva para el evangelio. De hecho, la ley, al llevarnos a desesperarnos de nosotros mismos, hace mucho más glorioso el oficio del evangelio; aumenta el poder del evangelio, el cual causa, crea y sustenta en nosotros una aceptación gozosa de la promesa de Dios, del perdón y de la vida eterna.

El evangelio es el que crea la fe en la cruz de Cristo como lo único que importa para nuestra salvación. Observe que nos da el deseo de llevar la cruz hasta el final y aun regocijarnos en ella. Note cómo Pablo relaciona el evangelio con llevar la cruz en muchos de sus capítulos sobre la santificación. Esos capítulos están llenos de lo que habitualmente llamamos el tercer uso de la ley. Este uso identifica para nosotros aquellas obras que agradan a Dios cuando las hacen los hijos de Dios perdonados y creyentes. Pero en esos capítulos Pablo nunca deja atrás el evangelio. Todo lo contrario, el evangelio es el combustible del motor, el motivo de la lucha, la fuente de gozo y triunfo en medio de la lucha y bajo la cruz. Considere, por ejemplo, Romanos 12. Después de que el apóstol ha descrito muy detalladamente la obra de Dios en lograr nuestra salvación y en crear fe en ese mensaje salvador, comienza el discurso sobre la vida cristiana, es decir, la vida bajo la cruz, con este evangelio motivador: “Por lo tanto, hermanos, os ruego *por las misericordias de Dios* que presentéis vuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios” (v. 1). Al recordar toda la misericordia de Dios frente a toda nuestra perversidad, el cristiano está dispuesto a tomar la cruz. Porque sacrificar nuestros miembros al servicio de Dios y de nuestro prójimo es lo opuesto de lo que nuestra naturaleza caída quiere hacer.

La misma palabra *sacrificio* implica sufrimiento. Aun el sacrificio aparentemente sin dolor de agradecimiento se opone a nuestra naturaleza. Pero debido al evangelio, debido a la misericordia de Dios, el nuevo *yo* quiere hacer un sacrificio total, tomar la cruz. Sí, y el hecho de que el evangelio ya ha hecho el sacrificio santo (Ro 8:1) rechaza el sentido de inutilidad que habría en tal sacrificio, siempre manchado de imperfección y pecado como es. Porque la convicción del perdón cubre el futuro así como el pasado. La misericordia de Dios cubre las manchas de las buenas obras así como borra el pecado que no tenía nada de bueno adjunto. Por lo tanto, el sacrificio de todo puede ser gozo, pureza y perfección porque está cubierto con la sangre del Cordero.

En Romanos 8, Pablo relaciona tan rigurosamente como puede los sufrimientos del cristiano con las promesas del evangelio; porque el evangelio como un medio de gracia eficaz es lo

que hace que el sufrimiento sea no sólo llevadero sino gozoso. No sólo está animando a los cristianos a guardar la compostura frente a las dificultades que llegan a la vida de todos. Está transmitiendo la confianza que únicamente Dios puede dar, una confianza que Dios da a través del evangelio. Habla del gemido de la creación. Habla del suspiro doloroso de los cristianos por el fruto final de su redención en el paraíso. Y luego se regocija confiadamente previendo la gloria que va a ser revelada, una gloria que ya se goza en la esperanza, y declara: "El Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad" (v. 26), así que somos más que vencedores (v. 37), y eso en medio de nuestra debilidad. La muy agradable paradoja que se revela sólo en el evangelio es que el cristiano, debido hasta cierto punto a su debilidad, pierde cada batalla; no obstante, está asegurada la victoria. Porque la victoria es la victoria de Cristo. Y el poder inherente en el evangelio es lo que hace que confiemos en que la victoria en realidad es nuestra. La victoria que se da cuando el pecado es perdonado. La victoria que se logra totalmente cuando aún otra paradoja se lleva a su término, cuando a través de la muerte temporal, pasamos al gozo completo de la vida eterna. La confianza en la victoria final no viene sólo del evangelio como información. Viene del evangelio como poder; viene del evangelio como un medio eficaz de gracia que crea la fe y la sustenta en la lucha, bajo la cruz, aun a la hora de la muerte.

De este modo la palabra no sólo es el puente que conecta el dolor de la cruz con la corona de la gloria en el cielo; también nos permite llevar la cruz de un lado al otro y regocijarnos por ello. Por esa misma razón, toda la Biblia nos exhorta a aferrarnos a la palabra. Como el medio eficaz de gracia, es la semilla vivificante que da la fe (Lc 8:11; 1 P 1:23), el alimento para el alma (Is 55:1; 1 P 2:2), el arma más importante en la lucha (Ef 6:17). El hecho de que el evangelio es un medio de gracia eficaz es lo que hace que el simple saludo al inicio de sus epístolas sea algo más que sólo un deseo piadoso. El saludo, repetido al principio de tantos sermones, es poder. Contiene el poder del Espíritu implantado siempre en su palabra. El apóstol dice, y nosotros repetimos después de él: "Gracia y paz sean con vosotros, de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo". Ese saludo transmite las bendiciones en el evangelio, una bendición que será doble y triple en la proclamación del evangelio en el sermón y luego se hace tan personal en la celebración del Sacramento. Al concluir el oficio religioso, todas las bendiciones del evangelio se resumirán y volverán a transmitirse en la bendición.

No es la menor de las bendiciones en el evangelio la voluntad y la habilidad para tomar la cruz y seguir a Jesús en su procesión triunfal pero torturada rumbo a la Pascua. Eso, después de suscitar la fe con la proclamación del perdón, es o debe ser uno de los principales propósitos del sermón, como lo fue de las cartas apostólicas. Con la aplicación del evangelio, queremos fortalecer a los que llevan la cruz en esa procesión, para que no se desanimen y no se queden a mitad de camino. Saber que necesitamos tan poderosa ayuda como la que proveen los medios de gracia debería impedirnos convertir la adoración en entretenimiento. La adoración es un asunto serio. Es un asunto serio porque el pecado, la cruz y el evangelio son asuntos serios. La palabra es un arma poderosa, que nuestros pastores ponen en la boca

cuando hablan por Dios en el púlpito. Es una espada de doble filo para vida y para muerte (Heb 4:12). Es la espada que mata cuando predican la palabra de la ley que condena. La espada es la que trae vida cuando proclaman la gracia perdonadora de Dios en el evangelio. Los que llevan la cruz y son de Dios siempre necesitan las dos en la lucha. Si los santos escritores, y el Espíritu Santo por medio de ellos, no pierden nuestro tiempo con lo gracioso e ingenioso, nosotros también debemos aprender de ellos y tampoco debemos perder el tiempo de nuestros oyentes. Nuestra tarea es sagrada y muy importante para eso.

Un caso muy especial: *¡Cuando Dios parece ser el enemigo!*

¡Qué pensamiento tan más terrible el que Dios podría parecer ser el enemigo! Sin embargo, Lutero dice en más de una ocasión que así es exactamente como Dios se presenta a sí mismo tantas veces en su palabra. Es como Dios se aparece a los santos más grandes. Precisamente en esas ocasiones, brilla más lo que hemos estado señalando acerca de los medios de gracia; los medios de gracia son *eficaces*. El evangelio en la palabra y los sacramentos no sólo es el puente entre la cruz del cristiano por un lado y la corona de gloria por el otro; también es el vehículo que debe llevarnos de uno al otro. De hecho, es el único medio que Dios ha prometido por el cual sobreviviremos cuando Dios mismo es el enemigo.

Considere solamente unos cuantos ejemplos. En Génesis 22:2, leemos que Dios vino a Abraham y le dijo: “Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, vete a tierra de Moriah y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré”. ¿Podría Dios haber sido más cruel? Fíjese nada más en que le exige a Abraham el único don que Abraham valora sobre todos los demás, especialmente debido a que por medio de Isaac vendría el Salvador. Observe cómo Dios retuerce el cuchillo en el corazón de Abraham: “a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas”. Note cómo Dios parece contradecir no sólo las maravillosas promesas del evangelio que había hecho respecto a Isaac, sino incluso la ley elemental dada hasta en el corazón de un hombre natural y dada por Dios después del diluvio (Gn 9:5, 6). Dios le dice a Abraham que debe asesinar a un hombre inocente. Pero eso no es suficiente; el lugar queda a tres días de camino. Abraham debía caminar con su hijo con el solo pensamiento del horror que le esperaba. ¿Quién puede soportar pensar en ello? El horror del acto exigido es suficientemente malo, pero esa exigencia venía del Dios de amor a quien Abraham e Isaac amaban, del Dios de gracia que es adorado, y el Dios de misericordia en quien confiamos.

Además está el ejemplo de Jacob en Génesis 32. El Cristo pre-encarnado se le aparece en una noche llena de terror. Jacob ya tiene suficientes problemas. Teme el encuentro inminente con su hermano, Esaú, a quién había engañado para quitarle la bendición de Isaac. Unido al temor de la posible revancha sangrienta de Esaú, debe hacer frente a su propia culpa por lo que ha hecho. Y por si fuera poco, Cristo lo ataca. Toda la noche continúa la lucha. Aun cuando amanece y a Jacob se le permite ganarla, Cristo muestra que él es verdaderamente el

vencedor. Lo hace infligiéndole una herida a Jacob que nunca olvidará; ¡por el resto de su vida Jacob camina con una cojera que procede de Cristo el enemigo!

Tampoco podemos olvidar todo el libro de Job. Allí Dios usa a Satanás para atacar a un hombre a quien Dios mismo llama varón perfecto y recto (Job1:8). Colma al inocente Job con un sufrimiento tras otro, la pérdida de su familia, de sus riquezas, de su salud y luego de todo consuelo que pudiera haber recibido de sus amigos. En el discurso de Job con sus amigos hay cosas que Job no comprende. Pero esto sí comprende: el origen de su dolor y pérdida, de su total desgracia y desolación, es Dios mismo, el Dios a quien amaba y servía, a quien había dedicado toda su vida. Dios se ha convertido en el enemigo.

Los salmos también algunas veces claman a Dios, quien ha aparecido como el enemigo. Sólo para mencionar uno de ellos, el Salmo 60 comienza clamando al Dios que se ha armado contra su pueblo y lo ha llevado al borde de la desesperación.

Tampoco faltan ejemplos en el Nuevo Testamento. El que viene a la mente de inmediato es el caso de la mujer cananea (Mt 15:21-28). ¿Podría acaso Jesús aparecer más despiadado? Ignora los gritos de ella. Le dice que es indigna de siquiera hablar con ella ya que no es de la nación de Israel. ¡Y cuando ella insiste, la compara con un perro! ¿Dónde está el Jesús afable, humilde y tranquilo? Primero es el enemigo.

Aun en el Padrenuestro, ¿no hay alguna insinuación de la posibilidad de Dios como enemigo? Clamamos a él: "No nos dejes caer en tentación". Santiago nos dice (1:13-15), y Lutero repite los pensamientos en su explicación a esa petición, que Dios no es el origen de tentaciones para hacer el mal. Pero al considerar los ejemplos mencionados, ¿no *aparece* Dios algunas veces o permite él mismo ser percibido como el origen de la tentación? Y no es ése el motivo del ruego constante del cristiano en su petición, como si dijera a Dios: "¡Oh Dios, no me trates así, como si quisieras que fracasara, cayera y pereciera en mis pecados y llegara finalmente a desesperarme de recibir cualquier ayuda o misericordia tuya! ¡No parezcas como quien me llevaría a la tentación!

Podríamos seguir todo el día con ejemplos de la Biblia y de la vida de los santos. Lutero pensó que Dios era el enemigo durante los días que pasó en el monasterio. ¿Cómo podría Dios exigirle amor cuando podía ver a Dios sólo como un juez airado que parecía querer solamente la condenación del hombre? ¿Cómo podía amar a Dios que parecía odiarlo?[2]

---

[2] El lector encontrará muy valiosos los comentarios de Lutero sobre el tema de Dios como enemigo. Compare, por ejemplo, sus comentarios sobre Génesis 22 y 32 en los volúmenes 4 y 6 respectivamente en la Edición Americana de *Luther's Works*. Aquel que tenga acceso ya sea a las ediciones en alemán de St. Louis o Erlangen encontrará el estudio de Lutero de *Anfechtung*, como interpretado en *Tischreden*, del mismo modo muy valioso (St. Louis: XXII:784-841; Erlangen; 60:80-186).

Puede ser que el lector alguna vez en la vida haya experimentado el tormento atroz del alma, la agonía de la mente y de la conciencia que viene cuando Dios aparece como enemigo. En esas ocasiones, nadie necesita convencer al que sufre de tal manera de la realidad del infierno; el alma atormentada ya huele el azufre y suda con el calor de las llamas. El abismo de la desesperación está muy cerca y se tambalea en la orilla. El hijo muere, a pesar de las oraciones angustiadas y del río de lágrimas derramadas al Dios que podía salvarlo si lo deseaba. La tentación carcome como un cáncer a pesar de la promesa de Dios de que no nos dejará ser tentados más allá de nuestra capacidad, y luego la culpa abate; parece que no hay escape ni del pecado ni de la carga abrumadora de la culpa. El problema que hace toda la vida amarga y deprimente comienza su cacería a primeras horas del día y persiste durante la noche; el alma angustiada vuelve su rostro a la pared y llora toda la noche como Ezequías, pero no hay alivio ni siquiera en el sueño o en la mañana. El paciente no puede esperar que haya cura, y la muerte no llega; tanto el dolor como el medicamento para aliviarlo hace que la meditación y hasta la oración sean imposibles. En tales circunstancias, la cruz quebranta realmente; la tentación a desesperarse por completo está siempre presente. Porque la tierra es roca que no se ablandará, y el cielo es pedernal más allá de lo que parece que ninguna oración puede alcanzar: ¡Dios aparece como el enemigo!

¿Cómo sobrevivieron los antiguos santos la experiencia de Dios como el enemigo? ¿Cómo puede resistir alguien y no desesperarse en esos tiempos? La respuesta, la única respuesta: ¡El evangelio permanece un medio de gracia eficaz, aun y especialmente cuando Dios parece ser el enemigo! La razón puede ponerse la vestidura de la esposa de Job y aconsejar: ¡Maldice a Dios y muérete! (Job 2:9). Pero el alma devastada todavía da la respuesta del hombre ante el horno encendido: “Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos librará. Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Da 3:17, 18). La respuesta puede ser débil y atormentada, viniendo de un alma que se retuerce como una lombriz en el anzuelo. Pero ésa es la respuesta. Es la respuesta que no se alejará de las promesas de Dios, aun cuando Dios parece ser el enemigo. Es la respuesta que surge de la certeza de Abraham de que Dios demostraría que la palabra del evangelio es verdadera, que Dios resucitaría a su Hijo de los muertos (Heb 11:17-19). ¡Así de poderoso, de eficaz, es el evangelio! El clamor en el *Kirie*, la perseverancia de Jacob de que no se iría de Cristo hasta que lo bendijera, resulta del poder divino del evangelio de preservar la fe en el Dios de toda gracia y misericordia, aun y especialmente cuando Dios mismo parezca ser el enemigo. Con esa fe milagrosa (¡y otra vez, la fe siempre es milagrosa!) Pablo *espera* que nos unamos a él y nos regocijemos en el sufrimiento (Ro 5:1-15). ¿Podría haber una demostración más elocuente del poder del evangelio como el medio de gracia eficaz que ésta, que preserva la fe y la confianza en Dios aun cuando él parece ser el enemigo?

Johann Gerhard, en un sermón sobre Romanos 8:31-34, señala la doctrina de la elección como un consuelo especial en tiempos así. Nos recuerda que *Dios no libró a su propio Hijo*: Dios no sólo lo dio por nosotros; no libró del sufrimiento ni del dolor a su Hijo, quien era su

corona y gozo. ¡Y todo el sufrimiento del Hijo, sus gemidos y suspiros, el Padre sin liberarlo, son pruebas poderosas del amor inmensurable del Hijo por nosotros contra nuestra desesperación bajo la cruz, cuando Dios parece ser nuestro enemigo![3] Es un punto digno de recordar —¡no, es un punto digno para aferrarse a él para no perder la vida!

El papel de la doctrina de la justificación en la teología de la cruz

Tal como no puede haber una discusión real de la teología de la cruz separada de la doctrina de los medios de gracia, tampoco puede haber una verdadera discusión de la teología de la cruz ni de la doctrina de los medios de gracia sin considerar la doctrina de la justificación. No podemos sino recordar el hecho de que muchos de los teólogos luteranos ortodoxos se negaron a usar la palabra *doctrina* (*die Lehre*) en el plural. Para ellos no había tal cosa como "doctrinas"; hay una sola doctrina. La doctrina es todo lo que la Biblia enseña. Es una tela sin costura, por así decir. En ninguna parte este énfasis es más obvio que en estas tres enseñanzas (*Lehrpünkte* en vez de *Lehren*), o si deseara insistir en ello, en esas tres doctrinas. Ninguna de las tres está realmente completa sin las otras dos. Esas tres muestran las enseñanzas de la Biblia como un magnífico tapiz, tejido con las hebras y los hilos más finos de oro y plata; saque uno de ellos y el tapiz se estropeará hasta quedar irreconocible.

Entonces, ¿cómo está conectada la teología de la cruz con la doctrina de la justificación por medio de la doctrina de los medios de gracia? La generación adúltera y pecadora empuja al *yo* débil y pecador. El mundo atrae al *yo* por el camino espacioso y fácil que conduce a la perdición. El mundo sabe, por así decir, todos los botones correctos que hay que presionar en el *yo*. Para los jóvenes, es la agitación de las hormonas y el impulso a rebelarse. Para los más maduros, la ambición de hacer un nombre para el *yo*, para salir adelante o desquitarse. Para los adultos mayores, los botones de la amargura o la desilusión en el trabajo o en la familia o los amigos son grandes y fáciles de encontrar. El temor a la soledad, a la enfermedad y a la muerte nunca está lejos. Lutero con frecuencia lamentó que con el correr de tantos siglos, la naturaleza humana se había debilitado continuamente frente a los ataques de la carne y del mundo. ¿Qué diría hoy? Con las tentaciones del Internet, la codicia de la bolsa de valores, las huestes de depredadores de niños, de débiles y ancianos, resulta asombroso que alguien sobreviva. ¿Ha llegado el día en que la última trompeta debe sonar debido a que los elegidos apenas pueden perseverar?

Frente a la fuerza de las tentaciones y de la desdicha de nuestra naturaleza todavía pecadora —de hecho, su amor por la debilidad y la tentación— tenemos muchos motivos para volver una y otra vez a la realidad final de nuestra fe y a la verdad de la piedra angular de las Escrituras. Y ésa es la doctrina de la justificación. Es esto: ¡que Dios ha declarado a todo el mundo *inocente*! debido a la obra de Cristo, que llevó los pecados de todo el mundo en su

[3] Joh. Gerhard, *Postille*, vierter Theil, J. C. Hinrichs'sche Buchhandlung, Leipzig, 1878, pp. 249-262

cruz (Jn 1:29; 3:16; 2 Co 5:14-21). Mientras tropezamos en nuestra debilidad y en la perversidad de nuestra naturaleza que todavía permanece caída, esta verdad como roca sólida nos sustenta al pie de la cruz y bajo la nuestra: Ya que el pecado del mundo ha sido pagado, así también mis pecados han sido pagados; es verdad porque Dios así lo dice; lo creo porque los medios de gracia del evangelio me lo han hecho creer. Si fuera de otra manera, regresaríamos a Homero y a *La Ilíada* o a Sartre y *La náusea* por biblia. No nos quedaría otra cosa sino confusión, entonces la desesperación, luego la muerte y por último el infierno.

Sin embargo, mi carne pecadora no es la única que tiene que vencer el evangelio de la justificación. Para hacer el asunto de mi salvación todavía más difícil, la carne está atada al mundo y esos dos están unidos en un trío pecador por su maestro, Satanás. Siembra error y herejía de toda clase en la iglesia y siembra duda en el corazón del cristiano que lucha bajo el peso de la cruz. El error, la herejía y la duda no son simplemente obstáculos para llevar la cruz; donde triunfan, son en sí una negación de llevar la cruz. Y podemos estar seguros de esto: Tal como el pecado nunca está contento de estar solo, sino siempre quiere la compañía de más pecado y otros pecadores (¡Eva ya lo demostró en el huerto de Edén!), así también están el error y la herejía y la duda. No hay tal cosa como uno solo; cada uno engendra al otro, hasta que los medios de gracia y la justificación se pierden por la superstición, el sentimiento y la mera opinión.

Al final, todo error tiene como objetivo usar un rechazo de *mi* cruz para llegar al rechazo de *su* cruz, es decir, a un rechazo del corazón y centro del evangelio, la doctrina de la justificación. La falsa doctrina siempre pone el *yo* delante de la palabra, el *yo* delante de Cristo y su cruz. La falsa doctrina siempre busca reemplazar la voluntad revelada de Cristo con la voluntad caída del hombre. La herejía es la cuña de Satanás en el dominio de Cristo en el corazón. Si el diablo llega allí solamente un poquito, siempre puede expandir su propio territorio hasta que lo que parecía ser un poco de error se vuelve un ataque frontal completo contra la cruz de Cristo y la doctrina de la justificación.

Unos cuantos ejemplos pueden ser suficientes para ilustrar esa cuestión. ¿Parece demasiado difícil el relato de la creación en Génesis 1 y 2 para que la gente lo acepte hoy? ¡Allí va! ¿Qué resulta en su lugar? Una confusa evolución teísta con un Dios que más o menos comenzó un proceso que sale de alguna manera con él o sin él. El error es lo suficientemente malo. Pero es peor la noción de que el hombre puede juzgar la palabra de Dios y tratarla según vea que se adecúe. No pasará mucho tiempo antes de que muchos que no aceptan el relato de la creación rechacen también la doctrina del pecado original que está incrustada en el relato en Génesis 3 de la caída en pecado. Allí va también. ¿Y que la sustituye? Usualmente la idea de que el hombre es en esencia bueno, o en el peor caso neutral, cuando viene al mundo. Poco después de eso, los milagros del Antiguo Testamento terminan en el basurero como leyendas adecuadas para una época poco sofisticada, pero sin duda alguna no son verdaderas históricamente. Y otra vez, el hombre juzga la palabra de Dios y decide qué es verdad y qué no lo es en la Biblia.

Algunos pueden tratar de defenderse diciendo que sólo las partes de la Biblia que tratan de la fe y la moral son la palabra de Dios; aquellas partes que tratan de la historia o la ciencia son simplemente adiciones humanas, que vinieron mientras el hombre trataba de explicar o dar cuentas de cómo sucedieron las cosas. El que la Biblia sea una tela sin costuras, toda ella inspirada verbalmente (2 Ti 3:15-17), lo rechazan por completo. Es sólo cuestión de tiempo antes de que los grandes milagros del Nuevo Testamento sean tratados como los milagros del Antiguo Testamento. El nacimiento virginal de Cristo y su resurrección se convierten para muchas personas en deseos piadosos de los primeros cristianos, en lugar de ser hechos cuyo poder como evangelio los hizo cristianos en primer lugar. Entonces el diablo ha logrado su objetivo: sin nacimiento virginal y sin Salvador resucitado no hay fe. Porque la fe sin el Cristo de la Biblia como su fuente, su contenido, su meta es imposible. La fe en el sentido bíblico del término no puede existir aparte del evangelio.

La doctrina de justificación muere sin el Hijo de Dios y el hijo de María como el que lleva el pecado sin ser pecador. Sin el Cristo de la Biblia y sin la doctrina de la justificación, la iglesia se convierte en una logia con la cruz arriba, que preserva las "tradiciones de la fe". Ya no es la casa de fe, sino el museo de una cultura casi muerta. En ella sólo se encontrará un arrogante deísmo con el hombre al centro, un hombre considerado fundamentalmente bueno y más sabio que su Creador. ¿Aparecen también muchas doctrinas que no están en armonía una con la otra? Deje que todos estén a favor de "amémonos los unos a los otros". ¿Molesta a la gente la predicación del infierno? Deshágase de la doctrina del infierno, y mientras estamos en eso, de la doctrina de que realmente hay tal cosa como el pecado y la falta de fe y que esto enoja a Dios. En resumen, no tome la palabra de Dios con seriedad y tampoco lo tome a él seriamente.

Tales son las amenazas del diablo, del mundo y de nuestra propia carne pecadora. ¿Y aun así queremos hablar de la *amada* cruz frente a esos peligros? El riesgo en llevarla es enorme para aquellos que se imaginan que es fácil, que podrían hacerlo ya sea por ellos mismos o con sólo un poco de ayuda de vez en cuando. El número de aquellos que han tropezado bajo la cruz y han sido quebrantados por su peso es imposible de contar. Entonces, ¿cómo puede haber un don precioso de Dios, una señal indispensable de un cristiano, algo con que todo el que espera entrar en el cielo debe estar provisto? Sólo recurriendo constantemente a la cruz de Cristo y a su proclamación de la justificación. Porque en la justificación permanece esa doctrina por la cual la iglesia permanece en pie o cae. Y los solos medios de gracia nos convencerán de ello y nos guardarán bajo su protección salvadora. La cruz del cristiano la diseña y la da un Dios misericordioso para llevarnos una y otra vez a esas verdades salvadoras y fundamentales. Sin la cruz, nos desviamos de los medios de gracia. Sin los medios de gracia, no podemos llevar nuestra cruz y nos olvidaremos de la cruz de él y de la justificación que ganó para nosotros con ella. Sin la justificación, tropezaremos y estaremos abatidos con el peso de la cruz y la cruz de Cristo se convertirá para nosotros en un escándalo y una ofensa. Por lo tanto, damos gracias por nuestra cruz mientras huimos a la de él y nos

aferramos a ella en el evangelio de nuestro rescate en el tiempo y por la eternidad. ¡Que siempre sea así!

3
Astillas en la cruz

Las suposiciones de nuestra cultura que son hostiles a la teología de la cruz

En tiempos primitivos era común que la gente considerara la vida difícil. Entre más nos remontemos a la historia, encontramos con más frecuencia en los escritos de los profetas y sabios la suposición de que las dificultades de la vida están arraigadas de alguna manera en la interacción entre Dios y el hombre. La mayoría de la gente supone que las tempestades o plagas, hambrunas o inundaciones, todas ellas vinieron de Dios o de los dioses como respuesta a la maldad del hombre y como castigo por los pecados del hombre. Por ejemplo, en los días de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), pastores y teólogos luteranos escribieron oraciones por el rescate y la liberación del flagelo de la guerra que sobrevino a Alemania. Dieron por sentado que la guerra era resultado de la indiferencia de tantos a la palabra de Dios. Cuando terminó la guerra, muchos fueron los himnos que se escribieron y se cantaron en las iglesias luteranas en agradecimiento a Dios por haber librado por fin a su pueblo del azote de la espada y de las plagas que siempre acompañaron a la espada. Aun en medio de la guerra, la ciudad de Ulm, rodeada de ejércitos católicos por fuera y devastada por la peste y la hambruna por dentro, llevó a cabo una celebración especial; era el aniversario de cien años de la presentación de la Confesión de Augsburgo y el cumpleaños de la iglesia luterana. ¡La celebración fue para agradecer a Dios la restauración del evangelio a través de la obra de la Reforma, por lo cual el pueblo de Dios estaba muy agradecido, aun cuando pronto morirían en la guerra! ¿Puede alguien imaginarse algo semejante sucediendo hoy?

Poco después de eso comenzó la denominada y llamada equivocadamente Ilustración. Iniciándose en Francia en el siglo XVIII, surgió una nueva generación de filósofos que quería quitar del centro del escenario a Dios y poner allí al hombre en su lugar. Voltaire (fallecido en 1778) y escritores como él consideraron el cristianismo un obstáculo para el progreso; vieron la fe en la palabra nada más como una superstición. Desafortunadamente, mucha de la corrupción de la iglesia en ese tiempo siguió el curso de esta nueva y militante falta de fe. Lo que contribuyó a perder la confianza en la iglesia fue la unión cínica del altar y el trono después del Congreso de Viena en 1815. Los gobernantes usaron la iglesia como medio para silenciar a las masas. La promesa del cielo después de la muerte a cambio de someterse a

gobernantes poderosos y a la injusticia en esta vida supuso que evitaría que el pueblo tuviera una revolución. La declaración de los marxistas y leninistas a fines del siglo y a principios del siglo XX de que la religión era el opio de las masas no causó ningún impacto a nadie. Todo lo contrario, ese sentimiento resumió muy bien la forma en que muchos vieron a la iglesia a fines del siglo XIX.

El advenimiento de la teoría de la evolución como una alternativa del registro bíblico de la creación aumentó el número y la influencia de ideologías que se opusieron al evangelio. Para fines del siglo XIX, los ataques dirigidos contra la Biblia se hicieron tan comunes que los únicos argumentos que quedaban en el mundo de los eruditos estaban entre diferentes escuelas de incredulidad. Sólo un puñado relativo de eruditos defendió todavía la proposición de que la Biblia es el fundamento primordial de verdad, inspirada verbalmente por el Espíritu Santo, y por tanto sin error en toda su enseñanza. Fueron rechazados como bellacos ignorantes de una era de antaño.

Lamentablemente, el rechazo de la inspiración y la autoridad de la Biblia se ha adoptado entre la mayoría de organismos eclesiásticos que se llaman a sí mismos cristianos. Aun algunas casas editoras luteranas que publican libros ahora compiten entre ellas en teorías avanzadas acerca del origen *real* de los libros de la Biblia. Debaten entre ellas sobre cuántas, si acaso, de las palabras atribuidas a Jesús en los evangelios realmente fueron dichas por él. Algunos hasta se preguntan si él existió. Si reconocen su existencia histórica, tienen sin embargo poco uso para su nacimiento virginal, su muerte por los pecados del mundo, su resurrección y su promesa de regresar en los últimos días. Rechazan el cielo y el infierno como nociones sostenidas por gente pre-científica que estaba tratando de que la vida tuviera un sentido con ideas que no tienen relevancia para el hombre moderno. Este rechazo supuestamente intelectual de la Biblia y su Dios como fuente fundamental de la verdad se da por sentado ahora en todos los campos de esfuerzos humanos.

Por tanto, no nos sorprende que el papel de Dios en la naturaleza y en el curso de la historia rara vez se le ocurra a la mente moderna. A unos cuantos se les ocurre la idea de que la enfermedad o la hambruna, la guerra o la tormenta tienen a Dios como el origen y el director que juzga y bendice según su propio consejo. La enfermedad la causan los gérmenes y los virus. Las tormentas vienen de frentes. Los terremotos resultan del movimiento de las placas tectónicas muy profundas, que están debajo de la superficie de la tierra y del mar y nada más.

Mientras que todos estos descubrimientos acerca de la naturaleza y las leyes de la naturaleza son muy útiles, no nos dicen nada con respecto a las causas fundamentales en la naturaleza. Pero muy pocas personas piensan acerca de eso. Pocos se asombran de la bondad y la generosidad de Dios en el tiempo, en las tormentas y en las tempestades. Menos aún consideran que Dios controla y gobierna sobre todos esos fenómenos naturales también en el juicio, para castigar a los malvados y llamar a la gente al arrepentimiento. En lugar de eso, el hombre moderno tiene la misma arrogancia que tenía el hombre de la antigüedad; ignora al Dios que bendice y juzga con su gobierno sobre la naturaleza, la gente todavía tergiversa la

naturaleza lo mejor que puede para sus propios fines y para satisfacer sus propias pasiones (Ro 1).

En las ciencias sociales, las autoridades reconocidas y que lideran suponen que el comportamiento humano tiene asimismo sólo causas naturales, causas que no tienen nada que ver con el pecado, original u otros. El delito viene de un ambiente de privaciones, de una crianza que carece de habilidades o una educación de calidad inferior; deshacerse de la pobreza, mejorar el cuidado de los niños y gastar lo suficiente en educación, y nos desharemos de la mayor parte si no de todo el comportamiento delictivo. Nadie negará que el ambiente físico, la vida familiar y la educación desempeñen un papel importante en el desarrollo social. Pero aun lo mejor en todos esos no eliminará la maldad, el delito, la desviación, la corrupción, los vicios de toda clase. Es asombroso que alguien piense de otro modo, dadas todas las pruebas de la maldad y la perversidad de todas clases también entre los más privilegiados de la sociedad.

Tan generalizada está la influencia de la filosofía incrédula, tanto en la ciencia natural como en las ciencias sociales, que para muchos aun definir lo que significa ser humano se ha convertido en algo casi imposible. Muchos suponen que somos una conglomeración al azar de genes, hormonas y cargas eléctricas en el cerebro. Se dice que éstas son condicionadas y programadas mecánicamente de tal forma que los conceptos de libre albedrío, de moral, del bien y del mal son imposibles de definir. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre un ser humano y cualquier (otro) animal? ¿Cuál es la diferencia entre un humano y una máquina? Las ideas de moralidad y elección moral son una ilusión si el hombre no es nada más que un complejo de cargas eléctricas fijadas en su sistema nervioso. Estamos destinados por nuestro propio "cableado" para actuar como lo hacemos, sea heterosexual u homosexual, trabajador diligente o perezoso, humanitario o asesino con hacha. Si hasta los mejores científicos sociales, los mejores psicólogos y psiquiatras pueden alterar de manera sustancial ese cableado es muy dudable y sujeto a debate.

La muerte también se convierte en víctima de interpretación y propaganda en la cultura que ha perdido hasta un indicio de amarradero cristiano. ¿Es la muerte el fin de todas las cosas, la prueba máxima de que la vida no tiene sentido? ¿O es el comienzo de una existencia de algo como un copo de nieve o un rayo de sol, como un popular poema fúnebre lo pondría? Con una u otra teoría, la gente trata de desaparecer con el deseo el horror de la muerte. Por uno u otro deseo absurdo, tratan de consolar al afligido con una insinuación diseñada a quitar el aguijón de la muerte. En la cultura popular, a la gente le gusta imaginar que si se come bien y se hace ejercicio, podemos posponer la muerte indefinidamente. ¿Por qué querría alguien posponer la muerte si la vida no tiene sentido o su consecuencia está en un rayo de sol?, es una pregunta que mejor se ha dejado sin investigar y sin contestar. Cuando la muerte finalmente amenace con abrumar todos nuestros esfuerzos por detenerla o negar su realidad, evitaremos a los moribundos en los hospitales y en los hogares de ancianos para que no tengamos que pensar en eso. Cuando la muerte por fin reclame a su víctima, llamaremos a un artista para que maquille y oculte su horror en el ataúd. El funeral se lleva a cabo rápidamente

con un entierro en el cementerio, para que no lo veamos y así, cuanto antes, nos olvidemos de ello.

Mientras que muchos de los avances para comprender el mundo en el cual vivimos son útiles, no avanzan en lo absoluto en que el hombre comprenda sus problemas fundamentales. Tampoco contestan con una sola sílaba las cuestiones que surgirían de la profundidad de la existencia humana. En lugar de ello, los avances en las ciencias naturales se ofrecen como prueba de que debemos buscar la verdad sólo en donde buscan las ciencias naturales, en experimentos que son la esencia del método científico. Las preguntas y los problemas que van más allá de la investigación científica son irrelevantes e incontestables. El que el problema fundamental del hombre sea la relación que tiene con Dios se les ocurre a pocos. La mayoría duda de que las preguntas básicas: *¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿A dónde voy?* tengan respuestas confiables; y la mayoría de los que quedan considera esas preguntas asuntos de fanáticos religiosos poco cultos. Escúchenlos y terminarán matando a su prójimo en una guerra religiosa si su prójimo no está de acuerdo. Por lo tanto, es mejor dejar esos asuntos sin investigar.

Por eso, la pregunta de Poncio Pilato *¿Y qué es la verdad?* ha recibido una de dos respuestas: O no hay tal cosa como verdad fuera del mundo de las ciencias naturales y la matemática, o si hay verdad fuera del método científico, es lo que yo piense en ese momento. Con respecto a esta última clase de verdad, puedo cambiar de parecer mañana, y con ese cambio, la verdad cambia. Mi verdad no es necesariamente tu verdad. La verdad de cada uno es únicamente la suya propia, y nadie tiene derecho a decir a la verdad de otro: *¡Yo tengo la razón y, por tanto, tú debes estar equivocado, y te mostraré por qué!*

¿Qué le pasa a la fe en un mundo como el nuestro? La *fe* en un mundo así no está formada por hechos; la gente no cree algo porque es verdadero, es decir, porque corresponde a la realidad, a los hechos. Más bien, algo es verdadero sólo porque lo creemos. ¿Hay un Dios? Solamente si creo que hay un Dios. ¿Hay un infierno? No, a menos de que yo crea que hay uno. ¿Hay un cielo y una forma para llegar allí? Hay un cielo si yo creo que hay, y la forma para llegar al cielo que yo mismo he inventado es la forma en que planeo llegar allí.

En resumen, hay verdad en el mundo físico que está sujeta a la investigación científica. En el mundo metafísico, el mundo del alma, de Dios, del significado fundamental y el propósito de la vida, de la vida después de la muerte, la única verdad es la que yo elijo.

¿Pero qué le pasa al hombre moderno con esta gelatina que hay en su alma cuando sufre? ¿Si está enfermo o necesitado, solo o temeroso, cuando soporta el dolor y la pérdida y finalmente la muerte? En parte, todo eso lo destina Dios para alejar al hombre de poner toda la atención en sí mismo, para motivar por lo menos una búsqueda para las realidades finales. Sin embargo, para la mayoría ésa no es la respuesta al sufrimiento ni a la amenaza de la muerte. La respuesta cubre una amplia gama, desde una aceptación estoica del destino hasta intentos de un escape absurdo en la confusión de las drogas, el alcohol, el placer o hasta el

trabajo. Nada de eso satisface, pero no evita que alguien busque satisfacción en todo eso. El hecho de que todos esos vicios sólo sirven para aumentar la sospecha del hombre de que la vida no tiene sentido, hace que pocos busquen en otra parte respuestas a los problemas básicos de la vida y la muerte. De hecho, entre más fracasa en su búsqueda por encontrar paz y propósito, el hombre moderno huye más para refugiarse en las mismas vanidades que lo dejaron sintiéndose vacío en primer lugar. La famosa oración de San Agustín en las *Confesiones* no llegaría a la boca de casi nadie, aunque la hubieran escuchado: "Señor: nos has creado para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti". Más extrañas serían esas palabras tan reconfortantes del Salmo 73:23-26: "Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre".

Tal vez somos más hijos de nuestra cultura de lo que nos damos cuenta

¿Pero qué tiene que ver todo esto con nosotros? ¿Qué tiene que ver con aquellos que proclaman y escuchan la palabra de Dios, que la creen, y que se esfuerzan por ordenar sus vidas conforme a ella? ¿Qué tiene que ver con la teología de la cruz?

Necesitamos recordar que somos también hijos de la época en que vivimos. Absorbemos más de su cultura de lo que nos damos cuenta. Sus amenazas pueden parecernos inofensivas porque nos hemos acostumbrado a ellas, porque vivimos con ellas todos los días. Vivimos en una época que niega cualquier clase de verdad absoluta y cualquier clase de responsabilidad final. No hay responsabilidad ante Dios, o aun ante la propia conciencia, una vez que se descarta a Dios como superstición irrelevante de una época de antaño. Sin ninguna responsabilidad en la cultura, la sociedad desciende a un nuevo barbarismo. Hay poco en nuestra cultura que todavía tenga los símbolos exteriores de decencia que el cristianismo una vez le dio. La delgada capa de barniz cristiano que recubría la cultura mantuvo las expresiones más burdas y ordinarias de nuestra naturaleza vil bajo el envoltorio. Pero ya no. Por cierto, gran parte de lo que pasó por la cultura cristiana fue poco más que respetabilidad puritana o victoriana. Esa respetabilidad con frecuencia era una fachada de hipocresía. Sin embargo, alguien puede discutir que algo de hipocresía en la cultura es mejor que una honestidad que alardea de sus pecados y se deleita de las más bajas perversiones de la naturaleza caída. En comparación, la hipocresía anticuada sería un paso considerable. Por lo menos, en esa cultura considerar el papel de Dios en la historia y en la vida de las personas no se descartaba sin pensarlo dos veces o se consideraba la muleta del inválido intelectual.

Entonces planteamos la pregunta nuevamente: ¿Cuánto de esta cultura la hemos hecho nuestra? Excluyendo a Dios por completo de la cultura, es muy fácil que nosotros también reduzcamos su papel aun en nuestras vidas a un rol al margen. La cultura comúnmente

aceptada pone las astillas en la cruz que llevamos. Las astillas están tan afiladas que apenas las notamos cuando penetran en nuestra alma. El diablo nos las clava con tanta destreza como la de un buen enfermero que pone una aguja. Resulta más fácil que nunca adoptar sin pensar el relativismo de nuestra época. Es tan fácil que ni siquiera nos damos cuenta de que quitamos a Dios para ponerlo en la orilla de nuestra existencia y en lo más recóndito del corazón y del alma. Como producto de nuestra época, nuestras almas pueden insensibilizarse hacia la inmoralidad. Los medios de comunicación nos entretienen con material que enseña a nuestra juventud que no hay tal cosa como la inocencia. Somos simplemente animales. Tenemos instintos que necesitamos satisfacer e impulsos que no son saludables negar.

El sistema educativo dice un *amén* esencial. Evolucionamos desde formas de vida más bajas. Y como hemos evolucionado biológicamente, así también evolucionamos en nuestra sociedad, en nuestro entendimiento de alternativas de estilos de vida y estructuras alternativas de familia. De cualquier modo, no hay tal cosa como verdad absoluta fuera de la ciencia y la matemática. Hay solamente *valores*, y todos son relativos. Algo tiene valor sólo porque yo o alguien más lo considera valioso. A los políticos les gusta alardear de su apoyo, por ejemplo, de *valores familiares*. Pero tienen mucho cuidado de no definir el término. Cada familia se queda con la suposición de que son sus propios valores familiares los que han sido alabados y apoyados. Pocos le dan la más mínima reflexión a un simple hecho de que el término *valores familiares* no tiene definición común; el significado termina en la puerta principal de la casa. En la religión hay sólo *tradiciones de fe*; cada una de éstas tiene algo que ofrecer y ninguna de ellas posee la respuesta final o la verdad absoluta. Nuestro objetivo debería ser la apreciación de cada punto de vista posible; aceptar lo que quieran y dejar el resto. Lo único absoluto es que no hay absolutos. Por lo tanto, respete cada punto de vista y no tome ninguno de ellos muy seriamente. Cada hombre es su propia biblia. Cada individuo es su propia fuente suprema de verdad.

Cuando esas ideas de nuestra época atacaron primero a nuestras almas, nos horrorizamos, avergonzamos y apartamos. Pero, gradualmente, nos acostumbramos a esas ideas. Y poco a poco, la costumbre conduce a la aceptación. La religión, la moral, la verdad absoluta, Dios, la salvación, la fe, todos ellos se relegan a un pequeño rincón el domingo por la mañana o algunos domingos por la mañana. ¡Hasta agradecemos cuando el oficio religioso se acorta debido a que se inicia temprano el partido de fútbol este domingo!

¿Cómo puede una cultura como ésa conducir a algo sino a un hedonismo, la adoración del placer? ¿Cómo puede terminar en algo sino en la suposición soporífera de la mente y del alma que lo único que es real soy yo y el momento? Y ese hedonismo de ningún modo es únicamente campo del pagano. El cristiano es tentado, tentado tan constantemente a este mismo hedonismo que ni siquiera nota ya la tentación, mucho menos se da cuenta de que la ha adoptado. En esa cultura es muy fácil escapar de las realidades importantes que son fundamentales y únicas, las realidades del pecado y la gracia, el cielo y el infierno, la cruz y la corona. Podemos ocultarnos de los demás y de nuestro deber de servirlos viviendo para al Internet. Podemos escapar de la frustración en nuestras vidas enterrando el yo en la música

tan fuerte que es imposible pensar. O podemos trabajar tan arduamente que no hay tiempo para reflexionar en el motivo de todo el trabajo. Podemos perdernos en innumerables actividades recreativas sin sentido cuando el trabajo ya no es agradable o posible.

Si la conciencia acosa, la filosofía del día sugiere que podemos necesitar orientación. El objetivo de esa orientación no tendrá nada que ver con el pecado y la gracia; estará diseñada a ayudarnos a conquistar o desestimar la conciencia, verla como una voz malsana de influencias negativas de nuestro pasado. Si el acoso de la conciencia continúa, hay medicamento para ello. O si no queremos o no podemos obtener orientación, hay más de la misma competencia en la vida moderna de trabajo y entretenimiento para apagar la voz de la conciencia y sofocar el alma.

Sin embargo, nuevamente, tenemos que recordar esto: Somos hijos de la época en la cual vivimos. Todas esas cosas tienen un impacto en nosotros. Nadie es inmune a los ataques fuertes e insistentes de la cultura contra el alma. Ya sea que siempre nos demos cuenta de ello o no, absorbemos los golpes interminables de nuestra cultura contra las realidades de la verdad y el error, el cielo y el infierno, Dios y el diablo. En una cultura así, ¿cómo puede penetrar la voz de Cristo en la oscuridad y en la inmundicia? ¿Quién escuchará su llamado para negar el *yo*, llevar la cruz, someter la voluntad de uno mismo y aceptar el dolor que acompaña la cruz como bueno para el alma y un don de Dios?

La misma proximidad de esas corrientes en la cultura a nuestros propios huesos y a nuestra propia alma amenaza que nos aferremos al evangelio así como la forma en que lo proclamamos. El mundo, adicto totalmente a los placeres del momento, es tan seductor que estamos tentados a dejar ir las verdades básicas de la Biblia con el fin de que la gente escuche algo de eso. Estamos tentados a hacer el cristianismo fácil, indoloro, simplemente entretenido. Porque tememos que el llamado a la cruz desalentará a la gente, la ofenderá, la enviará corriendo en la dirección contraria.

El encuentro de Jesús con el joven rico (Mt 19) nos recuerda que el problema no es completamente nuevo. El joven rico se fue cuando Jesús le explicó claramente que la cruz, la negación del *yo*, era el costo del discipulado. Pero en los días de Jesús, Pedro todavía podía decir, aun con mucho malentendido de su parte, que él y los otros discípulos habían dejado todo para seguir a su Señor. Dada la competencia que el Señor tiene ahora, ¿cuántos preferirían irse con el joven rico que dejar todo para seguir a Jesús? ¿Cuántos quedarían si Jesús nos dijera lo que le dijo al joven rico? Con mucha facilidad descartamos las palabras que Jesús dijo al joven rico con la observación de que Jesús dijo esas palabras a alguien que adoraba sus riquezas —¡como si alguno de nosotros jamás haría tal cosa! Enfatizamos correctamente el punto principal en la historia, que la salvación es un don de gracia; como tal es imposible que lo logremos y sólo el Dios hombre puede lograrlo para nosotros. Sin embargo, el punto de que el joven rico se alejó y así con su amor por sus riquezas perdió la salvación que Cristo vino a ganar para él, y que esa pérdida puede pasarnos a nosotros, ese punto frecuentemente se pierde o se pasa por alto. Para ponerlo de otra manera, podemos

terminar cubriendo la cruz de la negación del *yo* con el evangelio que se ha convertido en una almohada y un sofá para el joven rico en cada uno de nosotros.

Las tentaciones de la cultura para vivir la satisfacción sensual y evitar el motivo supremo de nuestra existencia hace difícil enseñar la teología de la cruz, y más difícil aceptarla. Las presiones del relativismo metafísico y moral ofrecen una salida fácil para aquellos que desean aferrarse por lo menos a algunos pecados. El resultado es un convivio cristiano donde todos traen algo de comida; un poco de esto y un poco de lo otro, leyes que creo puedo guardar, y mucho evangelio para cubrir los pecados que no puedo o no quiero dejar. Los pastores y maestros quieren ser comprensivos. No quieren alejar a la gente. Además de eso, la iglesia necesita crecer. Las personas no vendrán si esperamos mucho de ellas. Si quieren permanecer cristianas en apariencia, cristianas relativamente, siempre pueden ir a algún otro lugar, donde no se espere mucho. Por lo tanto, la aplicación de las Escrituras no debería esperar, mucho menos exigir, demasiado. Animen a la gente a hacer lo que ya sabemos que está haciendo o lo que sería una meta fácil. Nunca exploren muy profundamente el Primer Mandamiento. Estén contentos con las aplicaciones superficiales del Cuarto al Séptimo Mandamientos. El Segundo Mandamiento no parece del todo importante; y el Tercer Mandamiento puede ser demasiado controversial, demasiado conflictivo en nuestra unidad, especialmente si tomamos la explicación de Lutero en el catecismo seriamente. El Octavo Mandamiento es demasiado abstracto, y el Noveno y el Décimo se acercan mucho al primero.

¿Cómo reconoceremos esas astillas en la cruz, y cómo las contrarrestaremos?

Puede ser que ninguna cultura o época oponga más resistencia a la teología de la cruz que cualquier otra. Puede ser que en cada época, los pensadores cristianos concluyan que el fin debe estar cerca, que las cosas simplemente no pueden empeorar. Muchos padres de la iglesia lo pensaron. Lutero lo dijo con frecuencia. Que el final está siempre más cercano de lo que estaba es cierto. Pero el corolario, que cada época por lo tanto se resiste más al evangelio, quizás no se nos ocurre tan rápidamente. ¿Cuál fue la respuesta de los padres a la resistencia inherente y natural a la cruz? ¿Cuál es la respuesta a esa resistencia fortalecida por suposiciones en la cultura que no quiere ni considerar las doctrinas más importantes de la Biblia? ¿Cuál es especialmente la respuesta de una iglesia que está en peligro de tener miedo de su propia gente, porque muchas de las personas se han apegado tanto a su cultura que no quieren tener nada que ver con la cruz?

Es la respuesta audaz e inquebrantable de la Biblia misma. Ésa debe ser la respuesta. Ésa es la única respuesta posible. Frente a nuestros temores simplemente tenemos que recordar una y otra vez que la fe siempre es un milagro, un milagro que sólo Dios puede lograr; así también la vida del cristiano es un milagro cuando toma la cruz y lo sigue a él que llevó primero la cruz por nosotros. Es la palabra encarnada la que habla por medio de su palabra escrita, habla primero al corazón y al alma de los pastores y los maestros. ¡Cada pastor, cada

maestro debe, simplemente tiene que, volver a la Biblia una y otra vez, tomarla seriamente, y dejar que Dios haga su obra por medio de ella! Como Jesús frecuentemente llevó a los discípulos aparte y lejos de la multitud para que él pudiera ser objeto exclusivo de su atención, así quiere llevarnos aparte. Por medio de la palabra y el sacramento quiere arrancarnos lejos del mundo y de nuestra cultura para hablarnos en privado. ¿Qué dice Jesús en Marcos 8 acerca de la cruz? No es, como ya se ha observado, opcional. Es necesaria. No se le debe temer. Se debe aceptar. No se impone a quienes no la desean. Es un don para aquellos cuya voluntad ha sido renovada por el evangelio. Entonces los que han sido renovados, por amor a quien los salvó en su cruz y en su palabra de la cruz, llevan la cruz siguiendo los pasos del Salvador crucificado y resucitado. De cargadores de la cruz se convierten en embajadores, que llevan su palabra a aquellos que les han sido confiados a su cuidado y al mundo. La llevan a aquellos que desean oírla y a los que la rechazarán. La llevan, no confiando es sus propias habilidades e inteligencia, sino en la presencia y el poder del Espíritu que obra por medio de la palabra. Porque aquellos a quienes Dios ha escogido los salvará por medio de su palabra. La preocupación del embajador no es tener éxito externo, sino ser fiel a quien lo envió y a su mensaje. El éxito en arrancar a otros de la cultura condenada que está lista para el juicio es asunto del Espíritu en su palabra poderosa. Porque, nuevamente, la verdadera fe siempre es un milagro.

¿Y qué dice Jesús a los que son muy tímidos para predicar y enseñar *su* teología de la cruz? Dios advirtió contra la pereza e indiferencia espiritual con máximo dramatismo en sus palabras a Ezequiel. ¿Podría decirlo más claramente que en Ezequiel 3 y 33? Dios le recordó a Ezequiel que el oficio profético era en serio. Si el profeta no advertía al pecador, el pecador moriría; ¡pero Dios pediría cuentas de su sangre al profeta que no le advirtió! Los profetas indiferentes vienen a ser los falsos profetas a quienes Dios llama “zorras en los desiertos” en el capítulo 13. Son aquellos que

> Han engañado a mi pueblo, diciendo: ‘Paz’, no habiendo paz; y porque cuando uno levantaba una pared, ellos la recubrían con lodo suelto, di a los recubridores que el lodo suelto se caerá: vendrá una lluvia torrencial y yo enviaré piedras de granizo que la hagan caer, y un viento tempestuoso la romperá. Y he aquí que cuando la pared haya caído, ¿no os preguntarán dónde está la mezcla con que la recubristeis?… Así desbarataré la pared que vosotros recubristeis con lodo suelto y la echaré a tierra, y será descubierto su cimiento. Caerá y seréis consumidos en medio de ella, y sabréis que yo soy Jehová. (vv. 10-14)

El punto es ineludible. Una clase diferente de sufrimiento sobreviene a los que rechazan la cruz de la negación del *yo* en favor de un evangelio que no es evangelio, un evangelio que tiene el objetivo de agradar a la gente en vez de agradar a Dios. Esas personas, esos pastores y maestros, no importa cuán sinceras sean sus intenciones, temen más a los hombres que a Dios. Y Dios es quien les promete sufrimiento. Sufrirán la ira de Dios y su juicio justo debido a su cobardía; llamados a proclamar su ley y su evangelio, proclamaron en lugar de eso lo que

prefirieron, lo que pensaron que agradaría a sus oyentes. Cuando venga el juicio, la vergüenza del cobarde será expuesta y los fundamentos de su amor al *yo* en vez de negar el *yo* será muy evidente. Para decirlo de otra manera, esos maestros y predicadores se hicieron verdaderos hijos de su época, dedicados a su generación adúltera y pecadora. Hicieron la cruz tan tranquila y ligera que no les haría daño, sino más bien sería la clave para una vida fácil y un "ministerio" popular.

San Pablo repite las palabras de Dios a través de Ezequiel cuando llama a los falsos maestros "personas que sirven a sus propios vientres", o como la NVI interpreta el pasaje, que tales individuos sirven a sus propios deseos (Ro 16:18). No sólo se encargan de satisfacer sus propias inclinaciones, sino también las de sus oyentes. Adaptan el mensaje a las preferencias de las personas y así las ganan para alejarlas de la cruz, tanto de la cruz de Cristo como de la cruz que Cristo quiere que acepten. El objetivo sutil, tal vez hasta desapercibido, es ganar a las personas para el predicador en vez de ganarlas para la cruz de Cristo; el objetivo se convierte en ganarlas para el embajador en lugar de ganarlas para quien lo envió.

En los días de Pablo, fue popular predicar el legalismo de los judaizantes. Recurrieron a aquellos que querían una salvación que ellos pudieran lograr por su propio esfuerzo. Pero no importó con cuánto entusiasmo o rigor interpretaron y siguieron la ley, en el fondo fueron promotores del *yo*. Porque se reconozca o no, la alternativa es siempre ésta: o Cristo y su cruz y llevar pacientemente nuestra propia cruz siguiéndolo a él o fomentar el *yo*. San Pablo sostiene que no hay un término medio entre los dos. Y la prueba es ésta: Quienes rechazan la cruz terminarán inevitablemente persiguiendo a aquellos que la aceptan. Pablo lo planteó categóricamente en 2 Corintio 10–11 y en Gálatas 4–5.

Los judaizantes de los días de Pablo pueden haber desaparecido. Pero la búsqueda por obtener seguidores que nieguen la cruz todavía la encontramos entre nosotros. En nuestros días, el predicador popular puede ser el animador del púlpito con la sicología pop a su lado. Puede ser el falso filósofo o el científico social con la última encuesta disponible de lo que la gente realmente quiere escuchar. Juntos pueden tener toda la atracción que los judaizantes tenían en los días de Pablo. Porque como los judaizantes hacen que el hombre sea el centro de atención y la medida de todas las cosas. Su mensaje puede sonar religioso, pero es el camino espacioso y fácil. Ya no tiene nada que ver con Cristo y su cruz sino una referencia de pasada. Es tan profundo como el relativismo en la televisión y tan vacío como "las cosas pueden ser mejores mañana" de la orientación que se ofrece al alma que sufre o a la que está considerando suicidarse. De lo que no se trata es de la cruz de Cristo. De lo que no se trata es del llamamiento a la cruz del discipulado. Porque aquellos que predican esa cruz y los que la llevan fielmente, sólo tienen la persecución del desprecio y del ridículo y con frecuencia aun del enojo. Como en los días de Pablo así en los nuestros, es difícil oponerse a ese espíritu y es fácil ser arrastrado a su órbita.

No hay un punto medio entre la cruz y el mundo

Algunos pueden buscar un punto medio inexistente entre la cruz y lo que termina siendo una simple promoción del *yo*. Pueden convencerse ellos mismos de que finalmente llegarán a la cruz; nada más que ahora no es el momento. Pueden pensar que todavía pueden aferrarse a Cristo, mientras dejan ir las doctrinas de la Biblia que muchos las encuentran ofensivas. El resultado final es el mismo: la cruz de Cristo permanece como un escándalo y una ofensa, y la cruz de la negación del *yo* queda reducida a la trivialidad de "renunciar a algo durante la Cuaresma" o queda descartada por completo como masoquismo psicótico.

Pero ya sea el judaizante de los días de Pablo, el darwiniano relativista y social de nuestros días o el mentiroso que quiere encontrar un lugar en nuestro púlpito, el veredicto del crucificado es el mismo: "No os conozco" (Mt 25:12). El veredicto es: "Sea anatema" (Gl 1:8, 9). Las palabras de Pablo deben hacer eco y volver a hacer eco en el alma del pastor que se prepara para predicar y enseñar esa palabra como siervo fiel de Cristo: "¿Acaso busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo" (Gl 1:10). Y detrás de las palabras de Pablo están aquellas del Señor a Isaías: "Pero yo miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra" (Is 66:2).

Así, los obstáculos para predicar y enseñar la teología de la cruz están en el mundo y en la cultura que nos rodea y con mucha facilidad encuentran un lugar dentro de nosotros. Infectan como un virus y carcomen como un cáncer a nuestra civilización supuestamente sofisticada. Y encuentran un lugar en nuestro corazón al extremo de que con frecuencia ni siquiera reconocemos el peligro, el ataque, la enfermedad, la muerte inminente. Para los pastores y los maestros las astillas de la cruz pueden ser el temor y la timidez ante el mundo y aun ante los miembros de la congregación. Pueden ser las astillas de la pereza e indiferencia. Estos vicios se han insertado con tanta astucia en el alma que el ministro que ha sido llamado ni siquiera lo ha notado. Se ha convertido en un mundano con sotana. Se siente cómodo con el mundo y no quiere la molestia de oponerse al diablo y al mundo que hay en sí mismo, mucho menos en alguien más. La astilla de la cruz puede ser la meta del sonido noble de ganar almas para Cristo pero sólo con una parte de la palabra de Dios, una palabra despojada de todo lo que pueda ofender a la carne y por lo tanto impida que la iglesia crezca con la rapidez suficiente.

Precisamente porque somos hijos de nuestros propios tiempos, con frecuencia es difícil ver esas astillas envenenadas en nosotros mismos. Y precisamente porque somos hijos de nuestros tiempos, con frecuencia nos es difícil resistirlas, aun cuando las reconocemos. Mientras satisfacemos nuestras almas con el agua de vida y nos alimentamos con el pan de vida del cielo que vino a nosotros y ganó el cielo por su cruz, necesitamos escuchar la triste pregunta de Cristo: "¿También ustedes quieren marcharse?". Inspirados en su evangelio, la única respuesta posible para nosotros a diario debería ser la de Pedro en uno de sus mejores días: "Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído, y sabemos que tú eres el Santo de Dios". Entonces, aún debemos escuchar la respuesta de

Jesús, tan reconfortante y tan llena de advertencia misericordiosa: "¿No os he escogido yo a vosotros doce, y uno de vosotros es diablo?" (Jn 6:67-70).

Por lo tanto, ahora más que nunca, nuestros pastores y maestros y la gente que los apoya deben estar inmersos en la palabra de Dios. Eso parece o debería ser obvio. Pero, otra vez, porque somos hijos de nuestra época, tantas cosas pueden desplazar a la palabra, aun cuando estamos trabajando con ella. Razón de más para examinarnos y volvernos a examinar diariamente, como Lutero nos anima en el catecismo, de manera que el viejo hombre pueda ahogarse y perecer, y el nuevo hombre salga para tomar su cruz y seguir a Jesús con mucho gusto. Porque, ¿qué provecho sacará el pastor, el maestro, la persona en la banca, si ganamos el mundo entero y perdemos a Cristo? ¿Y qué le daremos a nuestra gente a cambio del abrazo cariñoso de Cristo y el cielo que ganó para aquellos que lo siguen bajo la cruz?

El que ese mensaje sea tan contracultural, tan discordante para el hombre moderno y para el hombre moderno en cada uno de nosotros, hace que sea más importante que estemos inmersos en el mensaje, que lo adoptemos y no nos apartemos ni un milímetro de él. Después de todo, ¿no es la generalización, la naturaleza de rodearnos por completo del relativismo lo que nos amenaza a nosotros y a nuestra gente? Si el evangelio pudiera expulsar la astilla venenosa y estar siempre en nuestra mente y en nuestro corazón, entonces no seríamos víctimas fáciles para los ismos del día. ¿No es eso lo que tenía en mente san Pablo cuando escribió: "Todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad. Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis y visteis en mí, esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros" (Flp 4:8, 9).

¿Acaso no atrae eso al cristiano en nosotros? ¿Acaso no hace que toda la perspectiva de negar el *yo* y de llevar la cruz sea atractiva para el alma del nuevo hombre? ¿No nos ayuda a comprender aun lo que Jesús quiere decir cuando menciona que su yugo es fácil y ligera su carga (Mt 11:30)? Escuche el gozo en la voz de alguien que tenía un doctorado en la negación del *yo*, en llevar la cruz: Juan el Bautista. Con cuánto gozo confiesa: "Yo no soy el Cristo" (Jn 1:20). ¿Pueden tal vez ver su gozo aceptando la cruz cuando declara: "Es necesario que él crezca, y que yo disminuya" (Jn 3:30)? Alabado sea Dios: ¡*Usted* tampoco es el Cristo! Eso es lo que tratan de ser aquellos que buscan una admiración para sí mismos, comprometiendo la verdad de la palabra de Dios —*ellos* quieren ser los salvadores del mundo. Hay solamente un Cristo, y ya ha logrado nuestra salvación. Por amor a él que nos amó de este modo, nos unimos a la procesión de los fieles que han ido antes que nosotros bajo la cruz. ¡Porque ésa también es nuestra meta, que no hagamos nada sino disminuir mientras él crece a través de la fiel proclamación de toda su palabra!

La temida astilla de la *acedia*

Una vez que aquellos de nosotros que somos pastores, maestros y líderes en nuestras congregaciones hemos empezado la batalla contra las astillas de la cruz que se nos clavan en particular, entonces necesitamos considerar una astilla adicional en la cruz de los cristianos en la vida cotidiana. De hecho, es una astilla muy venenosa. Se clava en el alma del joven y del anciano, tanto en aquellos que están en el púlpito como en las bancas. Se podría mantener que es una astilla que es mucho más frecuente ahora que nunca antes. El mismo relativismo de nuestros días lo hace así. Es un obstáculo para la fe y la vida cristiana tan común que apenas podemos reconocerlo. En los tiempos antiguos había una palabra para ello. La palabra era *acidia* (o *acedia*). Es una palabra griega. Significa pereza, flojera de tal clase que quien la padece sabe lo que es correcto, verdadero y bueno, pero no lucha por todo eso como debería hacerlo. Lucha pero sólo con poco entusiasmo, con indiferencia, de una manera aburrida, sin ningún interés. Dante la considera en forma destacada en el *Purgatorio* de *La divina comedia* (Canto XVII-XIX). En sus días, esta acedia, esta clase especial de pereza, era considerada de tanto peligro para el alma que se le consideraba uno de los siete pecados mortales. Lutero con frecuencia censuró este vicio, en ninguna parte con más brillo que en su prólogo más amplio del Catecismo Mayor (Libro de Concordia, págs. 374-378). En sus comentarios sobre el Tercer Mandamiento en el Catecismo Mayor, también identificó debidamente el pecado y lo censuró. Escribe:

> También será preciso censurar a los espíritus presumidos que, después de haber oído uno o dos sermones, se hartan y están saciados, como si ya lo supieran todo y no precisen de maestro alguno. Se trata del pecado que hasta hoy figuraba en los pecados mortales con el nombre *akidía*, palabra griega que significa pereza o saciedad, una peste odiosa y dañina con la que el diablo embauca y engaña muchos corazones para sorprendernos y sustraernos secretamente la palabra de Dios. (Libro de Concordia, p. 398-399)

Mientras que la Biblia no dedica tiempo al término, sí se ocupa de este mal. Esta clase especial de pereza espiritual, junto con el orgullo, es la raíz de la caída en el pecado. Adán y Eva sabían lo que era bueno y malo. Dios se lo había dicho a ellos. Pero cuando cayeron, no lo atesoraron ni consideraron que alcanzar lo bueno era de lo que se trataba la vida. En lugar de eso, desperdiciaron la santidad, la justicia, la inocencia y adoptaron el pecado y la muerte, la mortalidad, el distanciamiento de Dios, en una palabra, la *incredulidad*. En el evangelio lo vemos en la parábola de los talentos en la persona del siervo perezoso que enterró su talento (Lc 19:20-24).

Nos tropezamos en particular con una forma virulenta de esta temida enfermedad espiritual en nuestros días. Es tan común como mortal, precisamente a causa del relativismo de nuestros días. Es tan fácil que nuestra gente piense que la verdad que escuchan en la iglesia es sólo una verdad entre tantas y una que no necesitan adoptar activamente.

El materialismo de nuestros días hace el asunto mucho más difícil. La gente tiene tantas distracciones que impiden que la palabra sea el principio organizador de la vida. El evangelio ocupa sólo uno de los lugares pequeños en la mente y en el alma; el trabajo, los placeres, la familia, los amigos, hasta la página deportiva pueden ocupar lugares mayores en nosotros. Los dones de Dios que tienen la intención de recordarnos su bondad y generosidad terminan siendo fines en sí mismos; dejan de ser medios para el fin de la adoración agradecida y la responsabilidad entusiasta para él y su palabra. Las conveniencias modernas, que hacen que nuestra vida sea más fácil y ahorran tiempo, podrían proporcionar la energía y el tiempo que se podría dedicar a la palabra y a la vida de servicio. Sin embargo, en vez de eso las usamos simplemente para placeres transitorios. El tiempo ahorrado se va nada más en acumular todavía más "cosas" para disfrutarlas. ¡Ojalá recibiéramos todas esas cosas con gratitud, las gozáramos con un corazón puro, y entonces las usáramos para profundizar nuestra vida con Cristo y para servirnos los unos a los otros!

Pecados sin aparentes consecuencias animan a la *acedia*

La facilidad con la que podemos pecar y salirnos con la nuestra ayuda a completar la imagen de las astillas de la cruz, astillas tan agudas que apenas las notamos cuando se nos clavan o nos envenenan. Hay pocas sanciones sociales o civiles si acaso las hay contra la codicia o la inmoralidad. Y gran parte de lo que es vil en estos días se puede esconder en el Internet o en la contabilidad "creativa". Las parejas viven en pecado antes de casarse, y sus padres defienden su comportamiento en vez de ir al pastor (como sucedía hace años) e insistir en que él "haga algo". Los así llamados estilos de vida alternativos son considerados sólo una reflexión de "valores" diferentes. Muchos de nuestros miembros piensan que objetar, mucho menos advertir sobre la ira de Dios, no es nada cariñoso y es poco cristiano. Trate de ejercer disciplina cristiana en muchas escuelas luteranas y aprenderá del relativismo de padres enojados que atacan con vigor "luterano": "¿Qué les pasa? ¿No conocen el perdón?". No quieren saber del arrepentimiento y menos de las consecuencias del pecado. Esas personas no consideran que Adán y Eva fueron perdonados pero jamás regresaron al jardín y finalmente murieron, que David sufrió mucho después de que fue perdonado. Puesto que no quieren escuchar sobre tales cosas, es casi imposible hablarles acerca de esos escarmientos como dones misericordiosos de un Padre celestial. Es casi imposible compartir con ellos las virtudes de la cruz.

Y ése es exactamente el problema. ¡La pereza espiritual que persigue la verdad y la piedad con insuficiente vigor acepta el pecado y trata de defenderlo con el evangelio! ¡El perdón se usa como una licencia para pecar y una forma maravillosa que suena santificada de escapar de la cruz! Si la conciencia se molestara de vez en cuando durante el sermón, el reverendo Pereza subiría al púlpito del diablo y disiparía el problema: "¡No se preocupen por los pecados que el sermón reprende; antes de que termine, les dirá otra vez que todo está perdonado! ¡Qué bueno! Después de todo, la cruz duele, es difícil llevarla, y los pecados son muy amados". Pregunten a las personas lo que esperan encontrar en el cielo y las respuestas

de algunas pueden ser muy instructivas. Recitarán de un tirón una lista de aflicciones que ya no estarán allí —no más enfermedad, no más hambre ni sed, no más muerte. Y, por supuesto tendrán razón. Pero cuántos se horrorizarán al descubrir que el motivo de que esas aflicciones ya no estarán es que su causa ya no estará: ¡No habrá más pecado, ni uno solo, tampoco estarán mis favoritos! ¡No habrá más codicia, ni abierta ni secreta; no se desquitarán; no se adelantarán a alguien más; nada de Yo Primero! En vez de eso, estará —y prepárese para esto— JESÚS. ¿Cuántos estarán desilusionados al oír esto?

Es necesario tomar un cartucho de dinamita para hacer estallar esta pereza espiritual que hay en nosotros mismos y en nuestra gente o aun para que la tomemos con seriedad. Y esa dinamita la encontraremos en la palabra de Dios, si tenemos el valor de prender esa mecha. Jesús declara sin disculpas y sin estremecerse en Apocalipsis 3:15-19:

> Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Pero por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Tú dices: Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad. Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo. Por tanto, yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en el fuego para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, para que no se descubra la vergüenza de tu desnudez. Y unge tus ojos con colirio para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso y arrepiéntete.[4]

Y así notamos otra vez: La cruz no es opcional. Félix lo pensó así para su peligro eterno. También el rey Agripa (Hch 24, 26). Estaban fuera de la iglesia; todavía no querían entrar. Poniendo atención insuficiente al evangelio, escucharon sólo sobre la cruz, una cruz cuyo peso les parecía mayor que sus bienaventuranzas. Pero Félix y Agripa tienen una multitud de compañeros que se consideran a sí mismos como parte de la iglesia. Si no hay arrepentimiento el trágico final de esos santos, según el orden de Caín, no es diferente del final para Félix y Agripa. C. F. W. Walter observó en tres sermones excepcionales para el segundo domingo de Cuaresma en la lección de la Epístola, 1 Tesalonicenses 4:1-7:

> Miles de veces más caen de la gracia por la pereza y la tibieza que por los pecados declarados y los vicios. Es muy cierto que la santificación no preserva a nadie en la gracia; pero es igual de cierto que cualquiera que no quiere perseguir la santificación, sino quiere continuar con sus pecados, aleja una

[4] Observe la palabra en griego que Jesús usa para *amor*. No es, como esperaríamos, de *agapao* sino de *phileo*, es decir, el amor de la amistad, que comparte las mismas metas e intereses con el que ama.

buena conciencia de él mismo, sufre un naufragio en su fe y junto con su fe pierde la gracia, la justicia y las bienaventuranzas.[5]

Tome a Dios y su palabra con seriedad

¿No está perfectamente claro que con la proclamación del evangelio de la salvación gratuita y del perdón completo no tiene Dios la intención de que sea un escape fácil de la cruz? ¿No está igualmente claro que el evangelio no ha convertido a Dios en un padre demasiado blando, indiferente a los pecados y faltas de sus hijos? No podemos decirlo con demasiada frecuencia, enfatizarlo con demasiada energía: Dios espera que lo tomemos a él y su palabra con seriedad, todo ello, tanto la ley como el evangelio. ¿Quién entonces se atreve a imaginar que Dios se ha hecho indiferente a la timidez o la cobardía o la pereza de aquellos a quienes ha llamado a su servicio, ya sea que estén en el púlpito o en la banca? Para una vida impía, el alma aburrida y con una conciencia embotada dice: "Bueno, todos cometemos errores; nadie es perfecto. ¿Quién debe juzgar de todos modos?". Así disipa cualquiera de los llamados de advertencia de la ley de Dios y acarrea un futuro bajo la ira de Dios. Para los errores doctrinales, la misma alma perezosa ofrece el sedante: "Bueno, cuando todo esté dicho y hecho, todavía adoraremos al mismo Dios, ¿verdad?". Lo asombroso es que una respuesta así agrada tanto al que la dice como a aquellos que la escuchan. Porque por ahora nadie necesita pensar en lo que Dios ha dicho en su palabra; ¡nadie necesita pensar en ella para nada! ¡Qué fácil! ¡Qué conveniente! ¡Todos pueden ser Dios y su propia biblia!

Resultan muy numerosas para mencionar todas las exhortaciones en la palabra de Dios que nos advierten contra el estupor espiritual que usa el evangelio como una excusa para el vicio o una licencia para pecar o un remedio para las controversias doctrinales. Lea las epístolas de Pablo. Casi todas ellas, especialmente los últimos capítulos, tienen advertencias contra este vicio que asedia al perezoso que piensa que puede ser salvo no del pecado sino para el pecado. Note especialmente las advertencias de Pablo en 1 Corintios 10:1-3. Los israelitas transigieron con la maldad y Dios no se hizo de la vista gorda: "Pero de la mayoría de ellos no se agradó Dios, por lo cual quedaron tendidos en el desierto... Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga" (vv.5, 12). O esto de Gálatas 5:19-26 y 6:7-9: "Os advierto, como ya os he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios… No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará". O esto de 1 Tesalonicenses 4:6-8: "El Señor es vengador de todo esto. Dios no nos ha llamado a inmundicia, sino a santificación. Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo".

---

[5] Carl Ferd. Wilh. Walther, *Amerikanisch – Lutherische Espistel Postille Predigten* (St. Louis; Lutherischer Concordia Verlag, 1882), p. 131

A fin de volver a llevar el tema lo más claramente posible a la teología de la cruz, recuerde la exhortación más severa de Pablo en Gálatas 5:24: “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos”. No hay tal cosa como una crucifixión tibia o casual. No puede haber duda de ello; la carne se queja horrorizada de la posibilidad de la separación del pecado, mucho menos hablar de cualquier separación lograda. Pero la misma esencia de llevar la cruz es la negación del *yo*. Es hacerse cargo de esta misión tan espantosa para esa carne, la misión de clavar las pasiones y los deseos en la cruz y hacerlo una y otra vez, todos los días, a cada hora. Porque el acto pasado de *haber crucificado* es un asunto que realmente nunca se termina hasta que lleguemos al cielo. Las pasiones y los deseos siguen tratando de escabullirse de la cruz para vivir otra vez en nuestro corazón y nuestra vida.

Nuestro gran problema es hacer que la gente vea eso. El único propósito real en nuestra vida es hacer que la gente, de hecho, hacer que nosotros también, nos aferremos a ese cristianismo. Nuevamente, es la dificultad de hacer que la gente tome a Dios y su palabra con seriedad. Nuestra oración al comenzar el día no sólo es por la salud y la riqueza. Es primera y principalmente por la misericordia que sigue perdonando el pasado *y* que nos conceda nueva fortaleza para luchar contra el viejo *yo* en el nuevo día. La palabra de Dios está llena de exhortaciones para ver nuestra vida exactamente en esos términos, términos de llevar la cruz que es una lucha consciente que ocupa toda nuestra atención. Debe ser obvio que el negarse el yo a llevar la cruz no puede ser una tarea inconsciente. El *yo* se opone y protesta y se resiste en cada paso del camino.

La cruz ejerce mucha presión sobre el *yo* en cada actitud y acto. Por eso, Pablo usa metáforas tan sorprendentes en sus exhortaciones para la vida santificada. En Romanos 12, por ejemplo, el apóstol compara toda la vida cristiana con un sacrificio. El cristiano actúa como un sacerdote. Para ese sacerdote, el sacrificio es toda la ocupación del cristiano. En 1 Corintios 9, Pablo emplea metáforas deportivas para mostrarnos que el cristianismo no es solamente una diversión de medio tiempo. Más bien, el cristiano entrena como el corredor o luchador cuya meta total es conquistarse primero a sí mismo y luego obtener la victoria sobre su contrincante. Así es la inquebrantable devoción para llegar a la meta de la victoria y no permitir que nada interfiera con su entrenamiento. Todo requiere esfuerzo. Implica un compromiso total. No es para el perezoso, el descuidado, el indiferente. ¡Ellos no toman parte en la lucha y tampoco en ninguna victoria! En Efesios 6:10-18, Pablo describe con términos muy impresionantes la escena del cristiano contra las huestes del infierno dentro del *yo*, en el mundo, y del infierno. Esa lucha requiere toda la atención del guerrero y la mejor arma que Dios mismo y sólo Dios puede ofrecer es su palabra. No hay lugar en este campo de batalla para el guerrero ocasional o el soldado adicto a la *acedia* (pereza indiferente). Jesús nos trae todo el asunto a una conclusión en su parábola de las vírgenes insensatas y las prudentes en Mateo 25:1-13, cuando termina exhortándonos a todos: “Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir”.

Estos son dichos difíciles, ¿no es así? ¿Quién puede escucharlos? ¿Quién puede vivir conforme a ellos? ¿Quién puede proclamarlos? El oyente teme la ira y la resistencia de su

propia carne. El pregonero teme la ira y la resistencia del oyente. Para ambos sigue siendo siempre imprescindible que la conexión entre la teología de la cruz y la doctrina de los medios de gracia con la doctrina de la justificación no se pierda. Si no fuera por la promesa de que Cristo ya ganó nuestra salvación, nos rendiríamos aun antes de comenzar la batalla. Si no fuera por el poder inherente al evangelio, la predicación de la cruz de Cristo y la justificación que mana de ello resultarían en vano, sin importar cuán ingeniosamente hagamos nuestra presentación. Si no fuera por el poder inherente al evangelio de la palabra y los sacramentos, el llamado para llevar la cruz sería asimismo en vano; porque solamente el evangelio mismo puede darnos una respuesta gozosa y entusiasta para el mensaje de la cruz —tanto la cruz de él como la nuestra.

Ni la predicación de la cruz de Cristo ni la nuestra es en vano. Como ya lo vimos, Cristo le mostró al apóstol al inicio de su apostolado que sufriría por el evangelio (Hch 9:16). Tan poderoso fue el evangelio que Saulo se convirtió en Pablo. Y cuando todo había terminado o estaba casi por terminar, pudo decir con confianza a su querido hijo en el Señor: “He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida” (2 Ti 4:7, 8). Él considera la gloria final como un don de Dios, de ninguna manera ganada por su batalla, su carrera ni siquiera por su fe. Pero también considera que esa batalla, esa carrera, esa fe es esencial en su vida, no opcional, como que define su vida, no simplemente que la describe de vez en cuando.

Así las astillas de la cruz son de hecho peligrosas, no importa con cuánta facilidad entren desapercibidas en el alma para clavarse y envenenar. La timidez en algunos y en otros una adicción impía al éxito como lo evalúa el mundo impide que muchos predicadores y maestros proclamen la cruz. Y el mismo obstáculo impide que muchos oyentes la adopten. Los grandes obstáculos del relativismo moral, del materialismo y de la pereza espiritual impiden que muchos ni siquiera compitan contra el *yo* a lo cual la teología de la cruz nos llama a cada uno de nosotros. Pero no se puede evitar si vamos a ser fieles al Señor, quien nos llama a amarlo porque él nos amó primero. Y este amor por Cristo, una vez que hemos venido a la fe en Cristo, se muestra primero y principalmente en la batalla constante, de tiempo completo contra el *yo*.

4
Astillas bajo la cruz

Llevar la cruz en la gran procesión de los santos camino al cielo es negar el *yo*. El desfile es desagradable. Por el camino están esparcidas las almas muertas de aquellos que se rindieron por el camino, debido a que fueron perezosos espiritualmente. Algunos fueron perezosos porque nunca escucharon realmente el llamamiento de Cristo en primer lugar. Jesús les habla en su gran historia paradigmática de la semilla que cae junto al camino, sobre las piedras y entre los espinos (Lc 8:4-15). Algunos recibieron ayuda en su pereza de parte de predicadores y maestros que ellos mismos eran perezosos o tímidos o estaban más ocupados ganando seguidores para ellos mismos que discípulos para Aquel que fue crucificado. Pero la procesión continúa, poblada por aquellos que han hecho caso a la palabra de Cristo, aquellos que han tomado esa palabra seriamente. Porque ésa es la esencia de la fe, que tomamos a Cristo y su palabra con seriedad. Realmente hemos sido redimidos del pecado, de la muerte y del infierno. En realidad, somos llamados para negar el *yo* en respuesta a esas buenas noticias. Verdaderamente somos llamados a seguir a Cristo, llevando por voluntad propia, aun con gusto, la cruz que nos envía por amor a nosotros.

Los obstáculos que hay en nosotros para triunfar son aquellos conjuntos de pecados que infectan el *yo* y por los cuales el *yo* realmente quiere vivir. Los obstáculos en nosotros vienen de nuestra propia naturaleza pecadora así como del diablo y del mundo. Son obstáculos de indiferencia descuidada hacia Cristo y su palabra por una parte y devoción apasionada a la voluntad de uno mismo por otra. Incluso después de reconocer esos obstáculos en nosotros, no hemos terminado todavía de identificar y ocuparnos de los impedimentos para negar el *yo* y llevar la cruz.

Lutero sobre la libertad del cristiano bajo la cruz

Hay todavía otras astillas en la cruz que presentan un peligro siempre presente para el que lleva la cruz. Si el principal obstáculo dentro de nosotros es la naturaleza pecadora que el diablo y el mundo incitan, entonces un obstáculo principal que permanece fuera de nosotros es la naturaleza pecadora de los que nos rodean. No llevamos la cruz en el vacío, y no ejercemos la negación del *yo* en una isla desierta. Vivimos, como san Juan nos lo recuerda, *en* el mundo pero no vivimos como aquellos *del* mundo (1 Jn 2:15-17). ¿Pero qué hay de esta

vida *en* el mundo pero no *del* mundo? No es una vida de aislamiento magnífico. Es una vida en una comunidad, en un hogar, en una sociedad civil, en la iglesia, en una nación. Es la vida con otras personas. ¿Y cómo se conecta la negación del *yo*, llevar la cruz con una vida con otras personas? Lutero responde extraordinariamente en su famoso tratado de 1520 *La libertad cristiana* (*Obras de Lutero*, Volumen 1, págs. 149-167). Permita un breve resumen de los pensamientos de Lutero en este famoso tratado.

Lutero hace dos observaciones principales: Primero, el cristiano está libre y no está sujeto a nadie; segundo, el cristiano es un siervo y está sujeto a todos. Es libre, ya que Cristo solo ganó nuestra salvación completamente; es libre, ya que en el evangelio del perdón, Cristo nos da toda la perfección que la ley exige. Por lo tanto, nadie puede exigir nada de nosotros para nuestra salvación, puesto que Cristo ha dado todo a la fe, ha dado gratuitamente el perdón y la paz, el cielo y las bienaventuranzas eternas. En ese sentido, el cristiano está completamente libre de todas las leyes y los mandamientos. Porque todos los cumplió Cristo en nuestro lugar. El alma que cree en Dios, que confía en sus promesas, está unida a Cristo como una novia a su novio. Y en este sagrado matrimonio se lleva a cabo un intercambio. La virtud y la santidad y las bienaventuranzas de Cristo, el novio, han llegado a ser posesiones de la novia. El pecado y la culpa de la novia se han convertido en propiedad de Cristo, quien ha quitado todo en su cruz. Así el cristiano con Cristo como su novio y cabeza es un rey y señor sobre todo; incluso es un sacerdote a quien Dios escucha y cuyas oraciones Dios contesta con gusto. Y todo esto es por medio de la sola fe, totalmente sin las obras.

Pero mientras que el nuevo hombre es perfecto debido al perdón que Cristo ganó y dio en el evangelio, vive en la carne, en el mundo, con la gente. Y el nuevo hombre que vive todavía en la carne necesita disciplinar la carne por medio de esas buenas obras que agradan a Dios y son útiles a su prójimo. De este modo, el cristiano es siervo de todos y está sujeto a todos, por el bien de la disciplina. Sin tal disciplina, nuevamente se enamoraría por completo del mundo; a la larga abandonaría a Cristo y la fe totalmente. Pero cuando disciplina y crucifica la carne, cuando obedece la ley, cuando sirve a su prójimo, agrada a Dios que lo ha hecho ya hijo libre y heredero. Y así el cristiano está sujeto a todos porque a Dios le agrada que discipline la carne sirviendo a su prójimo; y todo lo que el cristiano realmente quiere hacer es lo que agrada a Dios. Igual como Adán y Eva en el jardín antes de la caída no necesitaban obras para convertirse en hijos de Dios, así el cristiano no necesita obras para ser justo; ya lo es. Pero igual como Adán y Eva tenían que trabajar en el jardín, lo cual antes de la caída lo hacían con gusto y de buena gana, así también el cristiano tiene trabajo por hacer. Hace el trabajo con gusto y de buena gana. Sí, se deleita sirviendo porque eso agrada a Dios.

Así las obras buenas y piadosas no hacen a un hombre bueno y piadoso, pero un hombre bueno y justo produce y hace obras buenas y piadosas. Eso es exactamente lo que Jesús nos dice en Mateo 7 —un buen árbol da buenos frutos; un árbol malo da frutos malos. Por cierto, por sus frutos exteriores y visibles vemos si el árbol es bueno o malo, pero el árbol sin embargo primero debe ser bueno antes de que pueda dar buenos frutos. Así el cristiano:

cuando hace buenas obras, las obras son visibles y exteriores y una prueba necesaria de que es cristiano; pero éstas no lo hacen un cristiano.

El cristiano no vive aislado y solo, sino vive con otros. Debido a que es cristiano, lo único que desea para ellos es lo que es bueno para ellos. Para decirlo de otra forma, no tiene motivo para la codicia o el egoísmo en el cual desearía beneficiarse a expensas de su prójimo; porque como cristiano ya tiene todo en Cristo y en el evangelio. Eso lo hace alegre y generoso en la vida que lleva en beneficio de los demás. El amor que él goza en Cristo y de Cristo no puede sino manifestarlo y compartirlo con aquellos que lo rodean. Lo hace haciéndose él mismo siervo de todos, para que todas sus obras vayan dirigidas en beneficio de su prójimo. Al hacer eso, no hace sino lo que Cristo, su cabeza, ya ha hecho por él. Cristo voluntariamente y por amor hizo todo por mí; ahora yo voluntariamente y por amor hago todo para mi prójimo. Y al hacerlo para mi prójimo, lo hago para Cristo, que me ha dado a mi prójimo sólo por este motivo, para que pueda servirlo. ¿Y quién es mi prójimo? Cualquiera y todos a quienes yo pueda servir es mi prójimo, ya sean miembros de mi familia, mi vecindad, mi iglesia, mi nación o alguien más en el mundo a quien tengo la oportunidad de servir.

Obstáculos en el camino de una vida de libertad total en servicio total

¡Qué mundo sería éste si esas expresiones de Lutero se hicieran realidad en la vida que llevamos unos con otros! Cada vida tiene un principio organizador. ¡Si el principio organizador en la vida de alguien fuera de total alegría porque tiene todo en el evangelio y por lo tanto es libre para vivir para servir totalmente a los que lo rodean, qué cielo en la tierra lo rodearía! Desde luego, Lutero lo sabía perfectamente bien, y mejor que la mayoría, qué poco de este principio organizador llega a los corazones y a las vidas, aun a los mejores entre nosotros. En el capítulo anterior, consideramos algunos de los obstáculos importantes en nosotros que combaten entre nosotros ese principio organizador de la vida. En este capítulo, vemos el obstáculo de la negación del *yo*, para llevar la cruz, que encontramos entre los que nos rodean. Son astillas bajo la cruz. Esas astillas rasgan nuestros pies y resulta difícil ir por el camino de servicio a todos.

Lutero no era un idealista que veía todo de color de rosa ni edificaba castillos en el aire, que no estaba al tanto de la realidad de la vida como se vive a diario en una familia, una parroquia, una sociedad civil. Expresó su realismo en forma tan enfática en su Catecismo Mayor (p.ej., sus comentarios sobre el Quinto Mandamiento) que algunos lo han llamado un cínico sin esperanzas. Pero no era un cínico ni un pesimista deprimido, que se había rendido en cuanto a servir en un mundo impío e ingrato. No, nada de eso. Por el contrario, Lutero tiene en cuenta la realidad del pecado en el yo *y* el pecado en quienes nos rodean cuando repite el llamamiento de Cristo en la teología de la cruz. Es muy común en nuestros días que la gente diga que hay algo bueno en todos, que la gente es por naturaleza buena y decente, amable y sincera. Eso forma parte de la herejía arminiana, que niega la doctrina del pecado original. El arminianismo es un componente esencial de las iglesias bautistas y metodistas y

de sus iglesias primas pentecostales y liberales. El arminianismo es prácticamente la religión del estado del mundo de habla inglesa. Lutero, por otro lado, junto con todos los apóstoles y profetas, no tenía tales ilusiones acerca de la gente. Tampoco tenía esas ilusiones respecto a él mismo. Tomó la doctrina del pecado original seriamente. La depravación y la hostilidad hacia Dios que todavía vive en la carne pecadora, aun en la de los santos más grandes, encuentra formas de expresarse a sí misma. Lo hace en mí *y* en aquellos a quienes mi yo cristiano quiere servir.

Es fundamental para la vida de servicio del cristiano que reconozcamos el hecho básico— el hecho del pecado no sólo en nosotros, sino también en todos los demás. Si caemos en la herejía arminiana de que todos son fundamentalmente buenos, muy pronto nos sentiremos decepcionados, luego desilusionados, entonces desesperados y amargados. Porque las personas demostrarán que son pecadoras. Las personas con frecuencia no apreciarán nuestros mejores esfuerzos a su favor, hasta se pueden molestar con nosotros por esos esfuerzos. Muchos serán ingratos. Muchos tratarán de aprovecharse de nuestra bondad y generosidad. Muchos nos insultarán por ello, nos difamarán o encontrarán formas de perseguirnos, si no es por otro motivo porque alguna señal de virtud en los demás les da una conciencia culpable y resalta sus propios vicios.

¡Ah, pero sabemos desde el principio— como resultado del pecado en el mundo, que eso es exactamente lo que deberíamos esperar! Y si lo esperamos, entonces no nos sentiríamos desilusionados o disuadidos fácilmente en nuestro servicio. ¡En realidad, en esas ocasiones cuando las cosas nos van bien, cuando hay alguna comprensión, aun apreciación, entonces qué agradecidos estaremos por ello! Porque no esperamos agradecimiento y no servimos buscando reconocimiento. Algunos hasta verán nuestras buenas obras y alabarán a Dios por ellas (Mt 5:16). Nuestro ejemplo y nuestro servicio puede inspirarlos a escuchar el evangelio. Algunos de ellos, por medio del poder creador de la fe del evangelio, hasta creerán y se unirán en la procesión que sigue a Jesús bajo la cruz. Cuando esas cosas suceden, es una sorpresa agradable y encantadora, otra forma del don de un Dios que siempre es muy generoso. Por otra parte, si esperamos siempre que la gente sea buena y cordial, amable y agradecida, entonces seremos víctimas fáciles de la amargura cuando veamos que con frecuencia no lo son. Muy pronto nos replegaremos al curso del mundo, mientras tiramos la cruz y regresamos a una vida vivida sólo para el yo.

Tenemos que entenderlo. Hay sólo dos alternativas. O vivimos para los demás, esperando desilusión y luego nos sorprendemos con agrado cuando esa desilusión se reemplaza por una aceptación con agradecimiento; o vivimos esperando agradecimiento y terminamos retirándonos amargados, cuando descubrimos que la mayoría de las personas son tan pecadoras como nosotros y no tienen temor de demostrarlo.

La teología de la cruz y 1 Corintios 13

Con estas realidades en mente vemos lo que Lutero dice *en La libertad cristiana.* Con estas realidades en mente, junto con los comentarios de Lutero en el Catecismo Mayor, consideramos la teología de la cruz y la relación con nuestras vidas en todas las diferentes asociaciones que tenemos con otras personas. Un capítulo de la Biblia que hay que leer para esa meditación es 1 Corintios 13. Pablo no se hacía ilusiones con respecto a la naturaleza caída, corrupta y depravada del hombre. Eso es exactamente lo que hace que su ánimo inspirado para la vida que llevamos unos con otros esté tan completamente relacionado con la teología de la cruz. Con mucha frecuencia, como en muchos sermones de bodas, se presenta a 1 Corintios 13 como una expresión sentimental y sosa de la vida cristiana. ¡Es todo menos eso!

El *amor* y la teología de la cruz

Es importantísimo para cualquier interpretación correcta de 1 Corintios 13 entender correctamente la palabra *amor* en ese capítulo. Eso es esencial así como para cualquier comprensión correcta de la vida que llevamos unos con otros bajo la cruz. El amor del cual habla el apóstol en griego es *agape*. Ése es un amor en el que su esencia, por definición, *busca el bien y el mejor beneficio del objeto, del amado*. Es la palabra que se usa más comúnmente en el Nuevo Testamento para el amor que Dios tiene por nosotros. Un amor que busca el mejor beneficio del amado no es simplemente una emoción o un sentimiento. De hecho, tal amor no radica principalmente en las emociones; radica en la *voluntad*. Es un amor de *elección*, no necesariamente un amor de *atracción*. Es un amor expresado en *acción*, no simplemente en sutilezas. *Agapao*, la forma del verbo del sustantivo *agape*, es el verbo que se usa para el amor de Dios en Juan 3:16. Así es como amó Dios al mundo: *Eligió* amar al mundo y luego puso su amor en acción y dio a su Hijo para rescatar al mundo. ¡Eso va más allá del sentimiento! Asimismo, es la palabra que se usa para amor en Hebreos 12:6: "El Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo". Así, mientras un amor sentimental no inflige de manera voluntaria dolor en el amado, esta clase de amor puede algunas veces hacerlo. Otra vez, es un amor que busca el mejor beneficio del amado. Como un padre disciplina a su hijo por amor que va más allá del sentimiento, de igual manera Dios nos disciplina en formas que pueden ser dolorosas en ese momento. Pero está buscando nuestro mejor beneficio, y procede de un amor que él elige tener para demostrarlo en acción.

Compare este significado de *amor* con la forma en que la palabra se usa con frecuencia en inglés. En inglés se habla de amor para cierta clase de comida o del tiempo. Esa clase de amor es poco profundo y sensual, tan fugaz como una comida o un día soleado. Un personaje en la televisión o un predicador en la televisión puede con frecuencia decir algo como esto: "No olviden que los amamos". Pero ese amor no conoce acción, no da nada, no logra nada, no ofrece nada, no promete nada. En una palabra, es un amor sin sentido. Compárenlo también con el amor romántico. Él o ella se deshace en amor y entusiasmo que puede ser muy

real. Pero es un amor que quiere algo del amado o amada para completarse a sí mismo. No es realmente libre. No es realmente incondicional. De hecho, por eso se deshace en amor y se entusiasma, para que pueda, por lo menos, obtener tanto como da. Puede que no haya nada malo con eso en relaciones que son honorables. El caso es que no es el significado de *agape*.

Por cierto, el amor de Juan 3:16, el amor de Dios, también quiere algo. Pero lo que quiere es dar, rescatar y redimir por el sacrificio en la cruz. Ése es un amor que busca siempre agradar al Padre y redimir al mundo perdido y caído. Desde el punto de vista del mundo, no hay nada que el mundo caído pueda ser o dar o hacer para ganar esa acción amorosa. De hecho, el mundo hace todo lo posible para rechazar ese amor en la cruz. Considere la pasión de nuestro Señor. Sus discípulos lo abandonaron. Su iglesia tramó su destrucción. Su institución del gobierno torció el curso de la justicia para deshacerse de él. Su mejor amigo, su madre y unos cuantos más sólo pudieron quedarse a la distancia y llorar. Aun Simón de Cirene, quien llevó la cruz de Jesús, lo hizo de mala gana; por su acción, sólo apresuró el proceso de ejecución. Nadie ayudó. Todos contribuyeron a su tristeza y su dolor. Y éste fue su amor: ¡Es exactamente la forma en que lo quiso! La obra de amor que gana al mundo debe ser y fue sólo suya. ¡Tan perfecto, tan completo es este amor de Dios en Cristo por nosotros! Nuevamente, considere el contraste con la forma en que la palabra amor se usa en expresiones comunes; el uso común de la palabra ni siquiera comienza a comprender lo que esta clase de amor es.

El amor imitador del cristiano bajo la cruz

Este amor activo, totalmente entregado de Dios en Cristo inspira el amor del cristiano. Hace que la imitación sea el objetivo de la vida cristiana en el mundo después de que ha recibido el beneficio del amor de Dios y la cruz de Cristo. San Juan lo resume maravillosamente cuando declara: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios así nos ha amado, también debemos amarnos unos a otros.” (1 Jn 4:10-11). San Pablo habla de la misma forma cuando presenta su magistral resumen de la vida cristiana en Efesios 5:1, 2: “Por tanto, imiten a Dios, como hijos muy amados, y lleven una vida de amor, así como Cristo nos amó y se entregó por nosotros como ofrenda y sacrificio fragante para Dios”. Jesús estableció el modelo para los discípulos y para nosotros cuando estaba precisamente en el umbral del abismo en el cual pronto caería; dijo, y luego volvió a decir: “Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Jn 15:12, ver también v. 17).

Comprender correctamente esta palabra *amor* contribuirá mucho para quitar uno de los principales obstáculos con los que las personas tropiezan cuando leen 1 Corintios 13. El capítulo no exige querer con un apego sentimental o emotivo. Aun a Jesús no le gustó el mundo como era, con un apego simplemente sentimental. Porque el mundo estaba enterrado

bajo los escombros del pecado con el hedor de la muerte por todos lados. No, amó al mundo y actuó para llevar los escombros del pecado del mundo en sus propios hombros en la cruz y para quitar la muerte y su hedor en su propia tumba. Para decirlo de otra forma: El amor que hubiera sido un apego sentimental por el mundo en su estado caído era totalmente imposible. Por cierto, el amor que 1 Corintios 13 exige e inspira con frecuencia puede tener un componente emotivo en él. Hay muchas personas a las que queremos de una forma emotiva, personas que nos agradan y nos atraen o nos encariñamos con ellas. Y no hay nada de malo en eso. Pero no es la esencia del amor de lo que se habla aquí. Si fuera, entonces tendríamos que desesperarnos cuando Jesús nos dice: "Amad a vuestros enemigos" (Mt 5:44). No nos está diciendo que sintamos cariño o un fuerte apego sentimental o emotivo por ellos. Nos dice que busquemos activamente lo mejor para ellos a costa nuestra, sea aceptado, comprendido y apreciado o no.

Está clarísimo que ese amor exigirá un alto grado de negación del *yo*. Entonces, ¿no es fácil ver que ejercer ese amor es unirse a la cruz? Porque aparte de la cruz de Cristo, ¿quién podrá comprometerse con esa clase de negación del *yo*? Su cruz está envuelta en el amor de Dios. Ese amor es lo que hace imaginable que queramos imitar su amor, es decir, activa y desinteresadamente buscando sólo el bien de aquellos amados.

Es ese amor, el amor de Cristo por nosotros, lo que hace que soportemos las astillas bajo la cruz, astillas en nuestros pies por el camino de servicio que brinda amor a aquellos que nos rodean. En 1 Corintios 13 cada línea supone obstáculos para el amor que se nos pide expresar. Toda la epístola es un testimonio elocuente de obstáculos que el apóstol superó por amor a los corintios. Si no hubiera sido por ese amor que había en el apóstol, hubiera renunciado a esa congregación a la que evidentemente le faltaba el amor. Ellos pelearon unos con otros por cosas sin importancia, sobre cuál pastor o apóstol era su héroe. No comprendieron que la disciplina de la iglesia es una prueba de amor por los caídos; y así no practicaron la disciplina de la iglesia, sino que sin amor permitieron que los pecadores siguieran sin ser reprendidos y por lo tanto impenitentes. Se pelearon unos con otros en los tribunales para aprovecharse unos de los otros. Aparentemente, tenían miembros que pensaron que la gracia y el perdón eran una licencia para la codicia. Hasta convirtieron la mesa del Señor, esa expresión sublime del amor de Cristo, en una ocasión para el exceso y para tratarse con prepotencia unos a los otros.

Por tanto, cuando Pablo escribe este hermoso himno de alabanza al amor cristiano, está hablando de un amor que para él también requería negar el *yo*. Requería una victoria sobre los obstáculos que la congregación presentó a su amor. Lea el capítulo en el contexto de los esfuerzos de Pablo en Corinto y luego el fracaso posterior de la congregación de poner en práctica lo que él les había enseñado incluso arriesgando su vida. Considere los aspectos concretos del capítulo con mucho cuidado; entonces verá que el amor del cristiano no es algo salpicado de sentimentalismo poco profundo.

"El amor es sufrido, es benigno", o como lo dice la NVI: *"El amor es paciente, es bondadoso"* supone que nuestro prójimo frecuentemente pone a prueba la paciencia y la bondad. El prójimo que es miembro de nuestra familia o con quien trabajamos a diario frecuentemente pone a prueba la paciencia y la bondad. Algunas veces es más fácil ser pacientes y bondadosos con un extraño que con aquellos que conocemos, con los que vivimos y trabajamos. Sin embargo, por difícil que un desconocido haga que seamos pacientes y bondadosos, los obstáculos que presenta son de corto plazo. La paciencia con aquellos a quienes conocemos es otra cosa. Después de todo, algunos de esos seres queridos siguen cometiendo los mismos errores una y otra vez. Puede ser difícil ser pacientes con nuestros propios hijos cuando no aprenden como deben, no se comportan como deben. Puede ser difícil ser paciente con el cónyuge o el compañero de trabajo cuando él, o nosotros, está cansado o irritado. ¡*Ten paciencia*! Es mucho más fácil decir palabras como éstas a un hijo o hija, al cónyuge o a un compañero de trabajo: "¿Cuántas veces te tengo que decir…?". Ser pacientes y bondadosos con un extraño puede ser más fácil en comparación. Pero hasta con un extraño, algunas veces puede ser difícil. Cuando tenemos que tratar con el que vende por teléfono, el maleducado y agresivo que está en el tráfico o en una cola, la exhortación: ¡tenga paciencia! puede estar muy lejos de nuestra mente y boca.

"[El amor] no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor". El apóstol no nos está diciendo que amar es ser indiferente a lo que está mal. Él ya había reprendido a la congregación por ser indiferente al pecado de un miembro que vivía con la esposa del padre. Está hablando al espíritu de amor que olvida el *yo* y busca sólo lo bueno del amado, aun cuando eso requiera disciplina. La disciplina sin el egoísmo, es decir, sin el placer de desquitarse o de desahogar la frustración en disciplinar a otro; con mucha frecuencia el hijo recibe una nalgada muy fuerte simplemente porque el padre fue muy indiferente para disciplinarlo a su debido tiempo; el padre esperó hasta que su enojo fue el principal actor en la disciplina, no el amor por el hijo. Entonces la disciplina resulta ser una acción grosera; entonces es disciplina egoísta. El orgullo en sí mismo se interpone. El orgullo o la terquedad en el que necesita corrección asimismo se interpone y hace que sea fácil gritar, regañar, sacar a relucir el pasado.

"[El amor] no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad". Es muy obvio en nuestra sociedad que haya gente que se deleita haciendo el mal. Pero uno se puede deleitar con la maldad aun sin hacerla. Alguna gente siente una emoción perversa viendo la maldad de otros. Pero hay otras formas sutiles de deleitarse con la maldad. Disfrutamos la maldad cuando nos da una excusa para alardear de nuestra inocencia, al menos con respecto a la maldad que vemos en otros: "¡Bueno, al menos yo no hice eso!". No se expresa la verdad de que pudimos haber deseado hacer lo malo y sólo nos lo impidió el temor. La verdad de que hemos hecho otras maldades que nos hacen tan culpables asimismo se omite con un silencio discreto. El orgullo y la justicia propia corrompen la verdad. Regocijarnos con la verdad es lamentarnos por la maldad, esforzarnos por corregirla por amor a *la* verdad —Cristo murió por todos. En el caso de un cristiano caído y sorprendido en un pecado, es regocijarse en el

Cristo que vino a vivir en ese cristiano también con el mensaje de gracia y perdón. Aun si se trata del incrédulo y del impenitente, nos regocijamos con la verdad de que Cristo también vino para librarlo. No importa cuán grande sea la maldad, Cristo la llevó en su cruz. No importa lo atado que esté el pecador a su pecado, Cristo murió para librarlo. Nos regocijamos en compartir la verdad con el esclavo caído en pecado, ya sea que oiga la verdad o no, la crea o no, venga a regocijarse con nosotros o se vuelva contra nosotros.

¿Cuándo me toca a *mí*?

"[El amor] todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta". No podemos dejar de notar que en esas palabras no hay una sílaba acerca de cuándo me tocará a *mí*, qué tal *mis* derechos, *mis* sentimientos. Eso hace que las palabras sean un eco del llamado que nos hace Jesús para negar el *yo* y seguirlo. Ya sea que aquellos que recibieron beneficios de mi parte los devuelvan o no realmente no importa, cuando tengo la confianza en que el Señor cumplirá su palabra y nunca me dejará.

No es una lección fácil de aprender. ¿Quizás ha pensado cuando lee las exhortaciones de Pablo a los esposos y las esposas en Efesios 5, que sería mucho más fácil ser la clase de esposo que Pablo dice debería ser un esposo si sólo la esposa fuera la clase de esposa que debería ser? O sería mucho más fácil ser la clase de esposa que Pablo dice debería ser una esposa si el esposo fuera la clase de esposo que Pablo dice debería ser. Pero no hay ni una palabra en Efesios 5 que sugiera "Sé de esta forma si tu esposa es de esa forma". No sugiere que la esposa será de la forma en que la esposa debería ser si usted primero es de la manera como debería ser. Cada uno debe amar incondicionalmente como Cristo nos ama —no necesariamente como el otro nos ama, tan deseable como sería para el otro amarnos como él o ella deban. Otra vez, mostrar el amor como el amor de Cristo *tal vez* a veces pueda ser correspondido con un amor así. Pero ése no es el motivo para mostrarlo. Tampoco es una excusa para renunciar al amor cuando no es correspondido. Si el amor es correspondido con amor, entonces eso es algo hermoso, un don agradable de Dios. Pero no es la causa, ni el motivo ni la condición para mostrar amor.

Pero, ¿cuándo me toca a *mí*? La pregunta sigue asomándose en nuestra mente y se interpone en el camino de amor que actúa únicamente para beneficio del prójimo. ¿Acaso no tengo yo necesidades que necesitan atención? La pregunta no se puede pasar por alto. Sin embargo, la respuesta no se va a encontrar en el prójimo. Se encuentra en Cristo. Dice: "Toma tu cruz y sígueme". Él continúa llenando nuestra vista. Si viéramos a otra parte o a alguien más, tropezaríamos; lo perderíamos de vista y terminaríamos en la zanja. Pero lo estamos viendo a él. Y él es quien satisface nuestras necesidades así como nuestra vista. Para decirlo de otra forma: ¿Cuándo me toca a *mí*? Ése es problema de él, no el mío. Cuando necesitemos que nos cuiden, él encontrará a alguien que nos cuide. Cuando haya llanto en el corazón y dolor en el alma, él proporcionará un santo que él elija y nos secará las lágrimas y calmará el dolor. Dejar de seguir a Cristo para buscar y exigir servicio de aquellos a quienes nosotros debemos

servir es hacer a un lado la cruz antes de llegar al cielo. Él sabe mejor que nosotros lo que necesitamos. Él satisface aquellas necesidades en formas que son siempre mejores que las que encontraríamos por nosotros mismos y separados de él.

Para decirlo de un modo más simple, nos dice por medio de san Pablo: "Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros" (1 P 5:7). La solución a los problemas de *mi* turno y *mis* necesidades son problemas de Cristo, problemas que indefectiblemente él los resuelve mucho mejor de lo que pudiéramos imaginarnos o recomendar a él.

San Pablo lo dice de una manera un poco diferente y en forma muy interesante en Gálatas 6. Nos dice: "Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo" (v.2). El énfasis está en lo que cada uno debe dar al otro. Pero dar a otro presupone o incluye también recibir; presupone que en cierto nivel otros hacen lo mismo. Dios dará a otros para que me ayuden a sobrellevar mi carga; pero mi *principal* preocupación es que yo sea el que esté ocupado ayudando a otros a llevar sus cargas. Para que no perdamos el énfasis añade: "Porque cada uno cargará con su propia responsabilidad" (v.5). La cuestión no se podría poner en forma más enfática; nuestra pasión es servir a otros; la pasión de Dios es servir a nosotros por medio de otros que él elija y a su debido tiempo. Tal vez la persona que Dios elija esté enseguida de nosotros, tal vez es un padre sabio o una hija o hijo comprensivo; tal vez sea el maestro amable, un pastor comprensivo, un amigo fiel. En su providencia, Dios da esos dones para que podamos servirlos a ellos; y en su providencia, da esos dones para poder mostrarnos su bondad cuando necesitamos que nos sirvan a nosotros. Pero aun en el servicio necesario que ellos nos prestan, nuestro enfoque y objetivo normalmente será regresar a la normalidad, para que podamos otra vez servirlos.

A medida que nos enfocamos en las necesidades de otros y confiamos en Dios para que supla nuestras necesidades, hacemos bien en tener en cuenta la analogía que Pablo usó precisamente antes de su discusión sobre la vida de amor del cristiano en 1 Corintios 13. Nos dice en 1 Corintios 12 que somos miembros del cuerpo de Cristo. Cada miembro de un cuerpo tiene habilidades y funciones especiales. Las partes de un cuerpo no actúan unas con otras indiferentemente. Más bien, sirven al conjunto haciendo lo que se designó que hiciera cada uno —los ojos ven, los pies caminan, las manos hacen, los oídos oyen. Cada uno es un miembro de su cuerpo. Cada miembro por amor a todo el cuerpo, y especialmente a Cristo la cabeza, busca su propia función, sus propias habilidades. Luego actúa apropiadamente en el lugar que le corresponde en el cuerpo. Acaso los ojos dicen: "¿Puesto que los pies duelen, dejaré de ver?". Acaso los oídos declaran: "¿Puesto que la mano está adolorida, no escucharé?". ¡De ninguna manera! Cada miembro hace lo que es debido en beneficio del todo, aun si los otros miembros por algún motivo no pueden o no funcionan como deben. Por supuesto, sabemos que en un cuerpo, el oído del ciego se hace más agudo para compensar la falta de la vista. Del mismo modo en el cuerpo de Cristo; puede haber muchos miembros que por cualquier motivo no realizan todas sus funciones como deberían. Eso sólo sirve para destacar la necesidad de otros miembros de llevar a cabo su propia función con fidelidad

particular; así pueden hasta cierto punto compensar la pérdida que sufre todo el cuerpo que viene como resultado del fracaso o debilidad de algunos de sus otros miembros.

Nuevamente, puede haber astillas bajo la cruz, es decir, personas que hacen que sea más difícil para mí llevar mi cruz. Aumentan el dolor y puede parecer que no añaden casi nada a la paz y al gozo del cuerpo de Cristo. Pero su debilidad, aun cuando causan dolor al cuerpo, nos presenta la oportunidad de servir con amor y abnegación. Como nuestra necesidad movió a Cristo a la compasión y a la acción por nuestra salvación, así la necesidad de ellos y la necesidad de todo el cuerpo debe movernos también a la compasión y a la acción; porque el amor de Cristo es el que ha creado nuestro amor. Y debajo de la cruz es donde se ejerce ese amor.

Tabla de deberes

Lutero nos ayuda a considerar detenidamente el lugar y la función particular que tenemos en el cuerpo de Cristo por medio de la *Tabla de deberes* adjunta al Catecismo Menor. Los miembros de la congregación en Corinto se metieron en problemas, en parte, debido a que muchos pensaron que podían decidir sus propias funciones y también las de los demás. Pero si estudiamos detenidamente los roles que Dios misericordiosamente nos otorga, daremos un buen paso para comprender la manera de vivir el amor de 1 Corintios 13. ¿Soy esposo o esposa, empleado o empleador, estudiante o maestro, pastor o miembro, hijo o padre? La palabra de Dios se dirige a personas que desempeñan cada uno de esos roles.

Los roles pueden cambiar con el tiempo, y podemos cumplir más de uno de ellos a la vez. Pero todo este concepto de roles, que Dios nos ha dado, nos ayuda a comprender la bondad especial de Dios hacia cada uno de nosotros. Porque en la posición que tenemos en la vida, Dios da a cada uno las formas de servirle aquí mismo, ahora mismo. Los roles que Dios nos da también nos ayudan a no estar abrumados con la enormidad de nuestra tarea —que debemos servir a nuestro prójimo. ¿Y quién es nuestro prójimo? ¡Todos! Pero humanamente es imposible sobrellevar la carga de todos los demás. La *Tabla de deberes* nos dice por dónde comenzar. Sirvan donde estén. Amen según su posición en la vida. Esposos, amen a sus esposas en la forma abnegada como Cristo amó a la iglesia y se dio a sí mismo por ella. Esposas, sométanse a sus esposos por amor a ellos y a Cristo, obedezcan a sus padres como representantes de Cristo. Padres, amen y disciplinen a sus hijos como Dios nuestro Padre nos ama y disciplina a cada uno de nosotros. Pastores y maestros, cumplan sus oficios no por el bien propio, sino por el bien de aquellos a quienes Cristo ha encomendado al cuidado bondadoso de ustedes. Miembros y estudiantes, escuchen y obedezcan con respeto y reverencia a quienes Dios ha dado para que los instruyan. Empleadores y gobernantes, recuerden que ustedes también tienen a uno que está por encima de ustedes y que gobierna con amor en beneficio de aquellos a quienes gobierna. Empleados y ciudadanos, trabajen y obedezcan las leyes de la nación como siervos de Cristo.

Nuevamente, debemos recordar, que no hay una palabra en la *Tabla de deberes* que sugiera que debemos hacer esas cosas sólo si nuestros homólogos hacen su parte. Es algo muy bueno en verdad cuando eso pasa; pero servimos en nuestros roles por amor a Cristo, no por una expectativa ingenua de que también todos los demás lo sirven. El que otras personas realicen sus deberes no es el motivo para hacer los nuestros. Más bien, porque Cristo hizo todo por nosotros, ésa es la causa y el motivo de servirlo a él sirviéndonos unos a otros.

Cumplir nuestro deber en la posición que tenemos en la vida es la forma más importante en que podemos mostrar el amor que 1 Corintios 13 exige y motiva. Puede haber de igual forma poca duda de que mostrar amor en nuestra propia posición en la vida con frecuencia es el lugar más difícil para mostrar amor. Como ya lo vimos, algunas veces es más fácil ser amable con los extraños, que ser amable con muchos de los que vemos y con quienes tratamos todos los días. Las personas con las que tratamos todos los días pueden habernos herido el día anterior. Puede que nos hayan irritado miles de días seguidos. Puede que nos hayan dado muchísimos motivos para estar molestos con esas personas, impacientes y resentidos con ellas y deseosos por evitarlas simplemente. ¿Quién entre nosotros no puede dar nombres a veintenas de astillas bajo la cruz, de personas cuya mera existencia es como humo en los ojos o amoníaco en la nariz?

Mientras que las astillas consideradas en el último capítulo son tan agudas que se deslizan bajo la piel frecuentemente sin notarlas, por supuesto que no es el caso con las astillas bajo la cruz que hemos considerado aquí. Todas éstas son muy obvias y aparentes, como astillas clavadas en la planta del pie de un corredor. Se clavan y pican y dejan dolores y llagas en el alma que sanan sólo con dificultad. Aun después de que las llagas sanan, su origen puede regresar sin aviso para infligir un dolor nuevo y mayor. Es difícil amar al padre, al hijo, a la esposa, al vecino que es borracho o drogadicto o ladrón o mentiroso o simplemente un miserable malhumorado y cruel. Es difícil amar al pastor o al maestro que simplemente no parece comprender nuestras necesidades o que en realidad no se preocupa por ellas. Es difícil amar al miembro o al estudiante a quien es imposible complacer o enseñar. Es difícil amar a quien todo el propósito que tiene en su vida es amargarme la mía. Es difícil saber cómo amar o mostrar amor a alguien así.

Necesitamos seguir recordando que el amor que Cristo exige de nosotros en Mateo 5:43-48 y el amor que quiere que mostremos en 1 Corintios 13 es el amor ágape, el amor que busca el amor primordial de nuestro prójimo. Mientras que tal vez sea imposible que nos *agraden* algunas personas, no es imposible orar por ellas. No es imposible esperar y anhelar su salvación. De hecho, encontraremos difícil despreciar a aquellos por los que oramos y cuya salvación anhelamos. Y luego podemos descubrir que no es imposible aun buscar oportunidades para servirlos y ayudarlos como san Pablo nos exhorta en Romanos 12:9-21.

Nuestra dificultad es un recordatorio de la grandeza del amor de Cristo por nosotros. También es un recordatorio de que tenemos una necesidad constante y desesperada de su perdón que perdona la pequeñez de nuestro amor. Y es un recordatorio de que necesitamos su

presencia misericordiosa que nos ayude a llevar la cruz que nos envía y soportar las astillas bajo la cruz.

La Tabla de deberes puede impedirnos hacer demasiado

Mientras nos arrepentimos de ser impacientes con las gentes que son astillas para nosotros, sería bueno recordar que nosotros también podemos ser astillas para algunos que nos rodean —y sin que ellos por su parte tengan culpa. La humildad frente a esa realidad puede ser la madre de la paciencia. Igual como la *Tabla de deberes* es un buen lugar para empezar a practicar la negación del *yo* que consiste en servir con amor, así también la *Tabla de deberes* nos impide hacer demasiado. Puede impedirnos encargarnos de llevar a cabo las tareas que Dios ha dado a alguien más para nuestro beneficio. Fácilmente *nos convertimos* en astillas bajo la cruz para otras personas cuando nos salimos de la *Tabla de deberes* y suponemos que sabemos desempeñar mejor la tarea de todos los demás de lo que ellos la desempeñan. Puede ser que todos estarían mejor si *yo* fuera el jefe, el pastor, el presidente o el rey de Prusia.[6] Pero no lo soy. Puede ser que muchos hijos podrían dirigir la casa mejor que sus padres; sin embargo, Dios no les ha dado esa responsabilidad a los hijos. Puede ser que algunas mujeres sean mejores predicadoras y pastoras que algunos hombres que son predicadores; no obstante, ése no es el rol que Dios ha designado a las mujeres. Dios ha dado responsabilidades a cada uno, y cada uno rendirá cuentas de su mayordomía a su debido tiempo.

Muchas de las astillas bajo la cruz están allí debido a la arrogancia de las personas que pensaron que conocían mejor que nadie el asunto de los demás. Sí, a decir verdad, con su comportamiento parecen sugerir que Dios mismo ha cometido un error en los roles que les ha dado. Toda la atención, por supuesto, que esas personas dan a los roles y asuntos de los demás le resta valor a desempeñar sus propios roles con todo el celo y fidelidad posible. En la medida en que se entrometen en los asuntos que Dios les ha dado a otros, en esa medida debilitan el cuerpo de Cristo y se convierten en astillas bajo la cruz.

Nuevamente, se trata de recordar que la iglesia es el cuerpo místico de Cristo, como Pablo lo dice en 1 Corintios 12. Ejercemos el amor del que habla tan maravillosamente en 1 Corintios 13 cuando recordamos los roles que nos ha dado en ese cuerpo. Si alguien más desempeña su rol tan bien como pensamos que debería o podría es nuestro asunto juzgarlo sólo si Dios nos ha puesto en posiciones de autoridad para hacer ese juicio. Si no, aunque pensemos que

---

[6] No podemos dejar de notar aquí el dicho alemán que usan aquellos que conocen mejor los asuntos de los demás; el alemán antes de que proceda a anunciar que todo sería mejor si él estuviera a cargo puede decir: *Wenn ich nur König in Preussen wäre…* (Si sólo yo fuera rey de Prusia, entonces…). El alemán también tiene una palabra especial de menosprecio para esa clase de actitud por la cual uno se imagina que él sabe todo mejor que aquel que tiene alguna responsabilidad específica; la palabra es *Besserwisserei* (esto es, creer saber todo).

podríamos desempeñar el rol de alguien mejor que él, hasta que estemos realmente en ese rol, hacemos bien en aprender a ser humildes. Tal vez un miembro sería mejor predicador que su pastor. Si es así, entonces o el miembro debe ir a la escuela y convertirse en pastor o aprender a ser paciente y apoyar los esfuerzos del pastor para que mejore y crezca. Tal vez la esposa podría ser mejor cabeza de la familia que su esposo. Pero el rol de ella es usar sus talentos para ayudar a su esposo a cumplir el rol que Dios le ha dado de dirigir a la familia. Cuando las personas se rebelan contra los roles que tienen y sin justificación interfieren en la administración de otros en los roles que Dios les ha dado, entonces las astillas se multiplican bajo la cruz. Los resentimientos y malentendidos irritan y molestan. El beneficio que alguien pensaba hacer se vuelve en una pérdida y un problema.

La felicidad y la cruz

Si tomamos todo el asunto de llevar la cruz seriamente, si comprendemos 1 Corintios 13 en el contexto de seguir a Jesús bajo la cruz, entonces podemos hacer un descubrimiento asombroso. El descubrimiento sorprendente y maravilloso es éste: *No estábamos buscando felicidad al llevar la cruz, pero descubrimos que no hay felicidad sin la cruz.* De hecho, en la medida en que nos neguemos a nosotros mismos y sigamos a Jesús bajo la cruz, en que prestemos atención a lo que san Pablo dice en 1 Corintios 13 y en tantos otros lugares, en esa medida nos convertiremos en seres humanos y seremos felices. Ésa es otra gran paradoja de nuestra fe. La mayoría de la infelicidad resulta de servir al yo y del error de suponer que otras personas existen principalmente para el servicio de *uno mismo*.

Nada más piense en lo que hace que las personas sean infelices y vuelva a leer 1 Corintios 13. “No soy feliz en mi trabajo porque el empleador es tonto, vengativo, exigente y estoy rodeado de compañeros de trabajo que son perezosos, egoístas, malhablados; nadie aprecia mis esfuerzos; todo lo que hacen es aprovecharse de mí”. Pero san Pablo dice que el amor busca solamente lo bueno para los demás y al hacerlo así dan por sentado que el mundo es malvado. Con esa suposición en mente, el amor no se sorprende por esas circunstancias hostiles; el amor las espera y las considera como oportunidades para ejercer la paciencia, la tolerancia y la bondad. Es una gran victoria para el amor —y para mi propia paz y felicidad— cuando se espera la adversidad, luego se descarta, luego se vence.

“Soy muy infeliz porque mi cónyuge no me comprende o no me aprecia, y mis hijos/padres/otros familiares y amigos esperan únicamente que yo siga dando”. San Pablo dice que el amor no guarda rencor. Hoy es un nuevo día para negar el *yo* y servir a aquellos que Dios en su misericordia ha puesto cerca de mí; ése es el objetivo del día. El objetivo no es recibir sino dar. Y ése es un objetivo, que bajo la cruz, puedo alcanzar por lo menos en una forma limitada. Si el objetivo es obtener, entonces puedo esperar frustración y fracaso. Como Dios me dé la oportunidad, por lo tanto, aspiraré al objetivo que él ha establecido para mí. Y al mismo tiempo, tendré confianza en que me dará la bendición de encontrar a alguien que me sirva cuando eso sea lo que realmente necesite. De hecho, el agradecimiento de algunos a

los que sirvo debe ser un recordatorio convincente para estar agradecido por aquellos que me han servido y ayudado. Porque con mucha frecuencia espero que me sirvan y no comprendo que el servicio de otros es un don misericordioso, inmerecido.

Así en todas las cosas, si la bendición es servir o ser servido, lo único que deseo es seguir a Cristo bajo la cruz. Puede llegar el momento cuando me encuentre enfermo, débil y anciano; ése será el momento para que el Señor demuestre su fidelidad a su promesa de que jamás me abandonará. Entonces mi único servicio será recibir el servicio, aceptarlo y agradecerlo con alegría, aun cuando anhele los días cuando pueda otra vez ser útil y me puedan necesitar. Pero aun entonces, aun al recibir en vez de dar, el amor es paciente, es bondadoso; el amor da a otros la oportunidad de servir y recibe ese servicio con agradecimiento a Dios y a los que Dios envía para servirme cuando sea eso lo que él decida que más necesito.

Las astillas que vienen de la memoria

Tal vez uno de los desafíos más dolorosos para amar es exclamar: "Pero no sabes lo que me hicieron". ¡Qué difícil es amar y buscar oportunidades para servir a los que nos han herido! Las heridas más dolorosas vienen de los que están más cerca de nosotros, de un amigo, un pariente. El resentimiento del pasado duele, las palabras crueles, la injusticia y la falta de bondad en manos de aquellos en quienes confiamos, de aquellos seres queridos, es muy difícil de superar. ¿Cuántas familias se desgarran con pleitos por una herencia, por el recuerdo de algunas palabras duras del pasado, por algunas heridas reales o imaginadas? Las heridas arden muy adentro y con frecuencia duran hasta llegar al funeral y al cementerio.

Pero san Pablo dice que *el amor nunca deja de ser*. Otra vez necesitamos recordar que el apóstol está hablando del amor que busca el mejor beneficio de la persona amada; no está hablando de un mero sentimiento o una emoción. Puede ser imposible que perdonemos y olvidemos completamente una herida pasada. El que no podamos dejarla pasar perfectamente es sólo una prueba más de la desesperada necesidad que tenemos del perdón de Aquel que sólo puede perdonar perfecta y completamente. Nuestra dificultad para seguir su ejemplo pone en primer plano la batalla continua que hay dentro de nosotros mismos contra la naturaleza pecadora que todavía está allí, todavía sin ser conquistada completamente.

Sin embargo, el que luchemos y nos esforcemos por buscar el mejor beneficio de los que nos han herido más es una señal de que todavía estamos en la gran procesión de aquellos que siguen a Jesús bajo la cruz. La esposa o el niño que ha sido maltratado lucha por amar al que lo maltrata. La lucha puede ser difícil y dolorosa porque las astillas en la memoria están clavadas profundamente en el corazón. La lucha puede con frecuencia estar teñida de odio por el abuso que desborda en odio hacia el que la maltrató. Sí, es cierto; el odio en la carne y el amor en el espíritu pueden luchar uno contra otro todos los días en algunas familias y relaciones. Pero, *el amor nunca deja de ser*. Ésa es la verdad más bendecida del amor de

Cristo. Nuestro amor es una obra en progreso. Frecuentemente es una burda imitación de su amor. Confiamos en su amor para que perdone nuestro amor aún tan imperfecto.

Por supuesto, Pablo estaba consciente de cuán difícil es vivir estas palabras: *El amor nunca deja de ser*. En la congregación de Corinto, el amor claramente dejó de ser. Se extinguió hasta el punto de que los miembros buscaron vengarse en tribunales paganos (1 Co 6:1-8). El amor de alguien dejó de ser. El miembro ofendido presentó una demanda para ajustar cuentas o para que se hiciera justicia. ¿Podría haber una demostración más pública de la extinción del amor que ésa? Pablo está hablando acerca del amor triunfante cuando exhorta: "¿Por qué no sufrís más bien el agravio? ¿Por qué no sufrís más bien el ser defraudados?". Y Jesús dice lo mismo en Mateo 5:38-48 cuando habla de las injusticias que sufrimos en manos de los que nos persiguen.

Cuanto más pensamos acerca de esto, es más importante recordar que el amor que hemos estado considerando se encuentra principalmente en la voluntad, no en las emociones. Piense de esta manera: La voluntad optará por buscar lo que es mejor para la persona amada, mientras que al mismo tiempo se arrepentirá de las emociones que luchan contra el amor, las emociones que recuerdan y se aferran a las heridas pasadas y preferirían buscar venganza. Eso puede ser difícil de recordar cuando las emociones arden de ira sobre cosas que sucedieron hace tiempo. Pero dejar que las emociones reinen y no enfocarse en la elección de la voluntad para actuar con amor es una fórmula para desesperarse frente a la palabra de Dios: *El amor nunca deja de ser*. Nuevamente, no podemos sino recordar que la cruz oprime con fuerza contra nuestra carne pecadora; sus astillas cortan profundamente. La carne sólo quiere escapar.

Sí, a la carne le gustaría descartar toda la ecuación de amor que lleva la cruz, la negación del *yo* = la felicidad. Se le podría llamar pura ilusión, imposible de lograr y por lo tanto no vale la pena molestarse en practicarla. Pero considere una vez más todos los motivos que las personas dan para su infelicidad. Pronto descubrirán que la raíz de toda o casi toda su infelicidad es negarse a amar. Es negarse a servir con amor. Es no aceptar ver la negación del *yo* y seguir a Cristo bajo la cruz como el principio organizador de la vida. ¡Donde domina esa negación a amar y servir, donde se hace a un lado la cruz, hay infelicidad y se garantiza una vida siempre de quejas y descontento!

El amor de la cruz y las consecuencias del pecado

Habiendo dicho todas esas cosas acerca del amor que busca lo mejor para la persona amada, Pablo no quiere decir que nunca habrá consecuencias del pecado. Las consecuencias del pecado son astillas bajo la cruz. Duelen; su dolor puede ser muy difícil y puede durar mucho tiempo. Hay consecuencias que Dios mismo impone. Esas consecuencias son una prueba más del amor de Dios. Dios amó a Adán y Eva, pero nunca regresaron al jardín de Edén. Dios amó a David y lo perdonó. Pero el hijo de David y Betsabé murió, y como una consecuencia

más del pecado de David, los conflictos y aun la violencia nunca se alejaron de su casa (2 S 12:10-18). Zacarías se arrepintió, pero quedó mudo hasta el nacimiento de su hijo (Lc 1:19, 20). En todos esos ejemplos y en muchos más, Dios demostró que toma su palabra seriamente, ya sea que nosotros la tomemos o no con seriedad. Demostró que el hombre no puede pecar sin consecuencias. Si no hubiera consecuencias por el pecado, hasta los creyentes serían más audaces para pecar cada vez más. Con el tiempo, abandonarían todo el amor de Dios y también su evangelio. Morirían en la incredulidad. Por tanto, por amor Dios envía consecuencias por el pecado, un amor que busca lo mejor, la salvación eterna de la persona amada. Así precisamente ama un padre y perdona una mala conducta del hijo y lo demuestra con la disciplina apropiada. Así también en la escuela cristiana, la disciplina se practica con amor que va más allá del castigo como un fin en sí mismo. Ese amor puede hasta exigir sacar del aula al niño terco y obstinado, no sólo por amor al niño sino también por todos los demás.

No obstante, hay dos cosas que debemos tener en cuenta cuando consideramos las consecuencias del pecado y nuestro propio rol en aplicar esas consecuencias a alguien. Lo primero que necesitamos recordar es el rol que Dios nos ha designado individualmente. No le corresponde a la persona ponerse en lugar de Dios aparte del rol que Dios le ha dado a esa persona en la vida. El padre debe cumplir el rol de disciplinar a los hijos en la familia. La policía y los tribunales tienen un rol que Dios les ha dado para castigar a los infractores en la comunidad. La administración de una escuela o un colegio tiene el deber de ejercer disciplina en ese establecimiento. No me corresponde a mí, como persona que no tiene una responsabilidad designada por Dios, ponerme en lugar de Dios y vengarme de alguien que me ha herido. La venganza personal es un pecado contra Dios y el prójimo, no importa que yo piense que el prójimo se la merece. A su debido tiempo, cuando se exija venganza, Dios la impondrá o aquellos a quienes ha puesto a cargo de esa responsabilidad la administrarán. David nos da un extraordinario ejemplo de alguien que esperó a que el Señor vengara los agravios de Saúl. David no quiso vengarse, incluso cuando se le presentó la oportunidad para hacerlo en gran medida (1 S 24 y 26; note especialmente 24:12).

El segundo asunto que hay que tener en cuenta es la relación entre las consecuencias y el amor. La venganza, el desquite, cuando Dios no nos ha dado un rol para llevarlo a cabo (p.ej. uno de los padres, el maestro, juez o policía) casi nunca tiene algo que ver con el amor. Pero cuando actuamos en los roles que Dios nos ha dado, nos esforzamos por imitar la forma en que él actúa con nosotros. Las consecuencias que Dios nos inflige por nuestros pecados son consecuencias que nacen del amor por nosotros. Quiere que nos arrepintamos. Quiere que veamos la seriedad de nuestro pecado, así como la seriedad de su amor por nosotros; eso es un amor que perdona y luego en amor también disciplina. Cuando actuamos como padres o en algún otro papel que Dios nos haya dado, nuestro objetivo es servir, aun cuando disciplinamos, en el mejor beneficio de aquel a quien debemos disciplinar. Eso es muy diferente de vengarse o buscar venganza. ¡No querer desquitarse cuando la oportunidad se presenta por sí misma debe ser ciertamente una gran señal del amor cristiano como Pablo lo

define para nosotros en 1 Corintios 13! Amar cuando hay la responsabilidad de disciplinar también es un arte cristiano muy sublime.

De todos modos debemos añadir: ¿Quién es suficiente para esas cosas? Entre más buscamos la mente y el corazón de Dios en su palabra con respecto a la teología de la cruz, con más ganas debemos exclamar con nuestro corazón y nuestra boca: "¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!". Aun cuando está claro que nuestra propia felicidad está arraigada y fundada en la negación del *yo* y en llevar la cruz tras Jesús, aun entonces tenemos muchos problemas para someter la carne pecadora. Aun entonces se subleva y obstaculiza lo que hemos venido a ver que no es sólo la buena voluntad de Dios, sino lo mejor para nosotros precisamente porque es la buena voluntad de Dios.

Por consiguiente, debería parecer algo muy extraño si uno se sintiera orgulloso o farisaico al seguir a Jesús bajo la cruz. Siempre habrá más cosas que han quedado inconclusas que las que se han realizado, más por esforzarse que lo que se ha logrado, más por arrepentirse que alardear. Y el alarde que es apropiado es alardear de Cristo, que todo se logra de él, para él, por él. Todo lo que falta es mío, para ser cubierto, no por mis excusas sino por su sangre. Porque los obstáculos y las astillas dentro de mí son enormes. Los obstáculos y las astillas de mi servicio a aquellos a quienes quiero servir son totalmente abrumadores. De hecho, la consecuencia más dolorosa del pecado puede ser la venganza que la conciencia toma con sus constantes recordatorios del fracaso. Aun esta consecuencia debemos considerarla un don misericordioso de Dios; porque nos conduce una y otra vez a ver nuestra salvación en su sola cruz, no en nuestra cruz que llevamos tan imperfectamente mientras tropezamos detrás de él.

De manera que las palabras de Jesús "Toma tu cruz, niégate a ti mismo y sígueme" todavía permanecen. Nuestra meta como cristianos es que el llamado de Jesús se convierta en todas formas cada vez más el principio organizador de nuestra vida en él. Lo seguimos recibiendo gracia sobre gracia; confiando en que provee todo lo que somos y tenemos y esperamos ser; aceptando su cruz, que cubre todo lo que somos por nosotros mismos mientras nos lava con su propia sangre. Lo seguimos mientras que él, sin nuestra ayuda, gana el cielo para nosotros con su muerte y nos asegura que el cielo es nuestro por su resurrección. Lo seguimos tomando la cruz de la negación del *yo* frente a los horribles obstáculos en nuestra carne que sigue siendo pecadora. Lo seguimos llevando una vida de amor por nuestro prójimo frente a los obstáculos en la carne pecadora de nuestro prójimo. La meta sigue siendo que Cristo debe convertirse en todo y ser todo.

Y mientras Cristo se convierte en el todo, el cristiano llega a apreciar cada vez más la verdad y la belleza de su promesa en Mateo 11:28-30: "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí". Dado el dolor que la cruz inflige en nosotros debido a los obstáculos dentro y fuera de nosotros, puede ser fácil concluir que todo el asunto es demasiado difícil, hasta imposible de soportar. Pero Jesús dice: "Venid a mí… que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis

descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga”. ¡Y como a Lutero le gustaba decir: Dios no nos mentiría!

5
La teología de la cruz y el Dios oculto

Por ahora a uno se le perdonaría preguntar otra vez: ¿Por qué todo esto tiene que ser tan difícil? La cruz oprime tanto contra una carne que jamás muere por completo hasta que seamos llevados al cementerio. La conciencia se entristece por la debilidad del cristiano en mí en esta lucha contra la carne. ¡Lo bueno es tan difícil, lo malo tan fácil; y eso es cierto aun después de que he visto que las cosas buenas que agradan a Dios traen paz y gozo, mientras que lo malo siempre trae dolor y sufrimiento —a pesar de las promesas del diablo de lo contrario! El dolor de la lucha por lo bueno contra lo malo sólo demuestra hasta dónde tengo que ir antes de que Cristo se convierta en el todo y la carne haya sido aporreada completamente en sumisión. ¿Por qué todo tiene que ser tan difícil y tomar tanto tiempo?

La respuesta se repite de principio a fin en las Escrituras. Dios permanece oculto en la cruz y bajo la cruz, en la debilidad y en la lucha, y elige que no se le encuentre en ningún otro lugar. Así como se encuentra en la debilidad de su Hijo, en la debilidad en el pesebre, en la debilidad en la cruz, así nos encuentra y permite que lo encontremos en nuestra debilidad, en nuestra lucha, en nuestro fracaso, en nuestro pecado y nuestra culpa. En este capítulo y el próximo, consideraremos esa verdad que se aprecia tan poco pero es fundamental en la Biblia y la teología de la cruz. El amor de Dios y la gracia se ocultan en la debilidad, en la cruz; están ocultos en la cruz del Salvador; también se ocultan en la nuestra. Donde no está su cruz, tampoco está su gracia, su misericordia. Donde no está su cruz, allí él se rehúsa estar y ser encontrado como Salvador. Y por eso se encuentra en el sufrimiento y en la lucha, tanto de él como de nosotros, y no por mucho tiempo aparte de ello.

Ésa no es la forma como hubiéramos arreglado las cosas, si Dios nos hubiera pedido nuestro consejo. Si nos hubiera preguntado, le hubiéramos dicho a Dios que se hubiera mostrado siempre a sí mismo en su gloria, no en el sufrimiento de la cruz. Eso es lo que la gente siempre ha querido de él; la gente quiere la gloria en vez de la vergüenza, la victoria en lugar del dolor, la fortaleza en vez de la debilidad, sí, quiere la vista en lugar de la fe. En el huerto, Adán y Eva no estaban contentos con la justicia y la perfección de él oculta en ellos. Querían ser iguales a él en gloria, buscar la esencia divina de él en la experiencia y en el intelecto y en las emociones de ellos. Optaron por no creer en su palabra. Quisieron ver por sí mismos. Y por eso cayeron terriblemente; perdieron la inocencia, la santidad y la justicia. Sí, perdieron a Dios.

¿Y cómo se puede encontrar a Dios otra vez? ¿Cómo se revela y entonces se da a sí mismo nuevamente? En el sufrimiento. A Adán le prometió sudor en esta vida y polvo en la tumba al final. A Eva le prometió dolor en el alumbramiento y sometimiento a su esposo. Porque sólo por medio del sufrimiento y en el dolor anhelarán la gracia y la bondad de él. En el sufrimiento y en la muerte desearán la vida eterna y la salvación.

Pero cuando promete a los seres humanos caídos sufrimiento, dolor y muerte, ¿qué se promete para sí mismo? Dios se promete a sí mismo un sufrimiento mucho mayor que el sufrimiento de ellos. Para sí mismo se promete la cruz y la muerte cuando la serpiente muerda el talón mientras aplasta la cabeza de la serpiente *por nosotros y para nuestra salvación* (compare Gn 3:15). De hecho, mientras nuestro sufrimiento y nuestro dolor nos traiga el reconocimiento necesario de la necesidad por él y su salvación, es el sufrimiento y el dolor de él lo que satisface nuestra necesidad y logra nuestra salvación.

Y el mundo vería su dolor, no su triunfo y su gloria. Su triunfo después de la resurrección solamente unos cuantos escogidos lo vieron. Aun para aquellos que lo vieron después de su resurrección, la vista de su gloria fue fugaz. Desde su ascensión, ese triunfo permanece escondido en la palabra y se puede ver sólo con los ojos de la fe.

Destellos de gloria en la vida de los profetas

Aun grandes santos como Moisés no vieron a Dios en toda su gloria. Le habló a Moisés, pero desde una nube, para que Moisés no viera o experimentara su gloria completa (Ex 19:9; 24:15-18). Moisés tenía la tarea nada envidiable de dirigir a millones por el desierto durante 40 años. En el proceso, con frecuencia sólo vio fugazmente la gloria de Dios. El poder de Dios y su grandeza fueron evidentes en el milagro que los sacó de Egipto y los preservó en el desierto. De hecho, le dio a Moisés y a su pueblo de Israel tantos destellos del gran poder y majestad que lo milagroso casi pareció una rutina. Descendió en truenos y relámpagos, en fuego y temblores en el monte Sinaí (Ex 19). Pero advirtió al pueblo que viera desde cierta distancia, que no se acercara mucho, a no ser que pereciera ante la presencia de su gloria. En otras ocasiones apoyó la obra de Moisés en formas muy dramáticas enviando un fuego consumidor (Nm 11:1-3) y abriendo la tierra para que se tragara a los adversarios que lo desafiaban (Nm 16:28-34).

Sin embargo, ¿cuál fue el resultado de estas y tantas otras ocasiones cuando Dios demostró la fracción más pequeña de su majestad? Sus apariciones en gloria nunca hicieron lo que esperaríamos. Nunca cambiaron a su pueblo de pecadores a santos, de rebeldes tercos y miopes a personas obedientes, que se amoldan a los deseos de los demás, y siervos que confían en el Señor. Y ésa debía ser la primera pista de Moisés para una realidad fundamental de la forma en que Dios se relaciona con el pueblo: sus demostraciones de poder pueden a veces y por un tiempo provocar asombro y sobrecogimiento; pueden hasta mover al pueblo a un temor de corto plazo de la ira de Dios. Pero nunca crearon fe; nunca hicieron que alguien

amara y confiara en Dios como Padre y Salvador; ni siquiera hicieron que el pueblo obedeciera la ley externamente, al menos no a largo plazo.

No obstante, Moisés quiso ver toda la gloria de Dios. Pero Dios no aceptó la petición y siguió ocultando su gloria en la nube (Ex 33:15-23). Porque la gloria transparente de Dios, su esencia develada en poder, no nos salva. Muy por el contrario, destruye, aniquila, quebranta, mata. Solamente en humildad, en la proclamación de la gracia, en unas palabras susurradas levemente se revela Dios y se da a sí mismo aun a los santos más grandes, y la mayoría de las veces en medio del sufrimiento. Aun cuando se mostró a sí mismo en tiempos de prosperidad y cuando todo iba bien, como en la terminación del tabernáculo y en la dedicación del templo de Salomón, Dios se ocultó en una nube (Ex 40:34, 35; 1 R 8:10, 11).

Así sucedió también con Elías. Estaba desmoralizado y deprimido por su aparente fracaso. Igual que Moisés, había tenido muchos destellos de la gloria de Dios. Pero ninguna de las señales de poder y majestad había logrado lo que nosotros hubiéramos esperado. Aun el fuego que cayó del cielo sobre el holocausto de Elías y el aguacero al orar (1 R 18:36-46) tuvo únicamente un efecto fugaz para Acab y el pueblo. Tal vez el profeta pensó: “Si viera solamente una vez a Dios en toda su gloria, entonces sabría que mi trabajo no ha sido en vano”. Pero no iba a suceder así. Dios se ocultó y permitió que el profeta lo “viera” sólo en un suave murmullo (1 R 19:11-18). Y luego con su gloria oculta en su palabra, Dios envió al profeta a terminar la tarea que Dios tenía para él. Elías recibió fuerzas no de una visión de la gloria de Dios, sino del poder de Dios oculto en las palabras. Y esa fortaleza de la palabra de Dios conquistó las esperanzas perdidas de Elías. Esa fortaleza de la palabra de Dios era suficiente para que Elías terminara el trabajo que Dios le había encomendado.

En el caso de Moisés y Elías, como sucede frecuentemente en la Biblia, Dios trató con sus siervos ocultando su gloria. Trató mejor y más eficazmente con ellos ocultándose en la aparente debilidad de su palabra proclamada en medio del sufrimiento. Porque Dios da el poder para salvar en la palabra proclamada bajo la cruz y en la cruz. Así es él. Así optó ser.

Isaías también aprendió esa lección al inicio de su servicio profético. En el capítulo 6 nos dice que vio la gloria del Señor en el templo. Sin embargo, ¿qué despertó esa visión en Isaías? ¿Creó alegría o amor o confianza? ¡Todo lo contrario! Isaías estaba aterrorizado. La gloria del Señor hizo que cayera de rodillas por el temor, cuando recordó su propio pecado y el de su pueblo. ¿Qué lo restableció? ¿Qué lo revivió y despertó en él un deseo entusiasta de servir al Señor con todo lo que era, con todo lo que tenía? ¡Fue el mensaje del evangelio del perdón que vino a él en medio de su terror! Y ese mensaje vino de la palabra del Señor en la mano de un ángel, sí, de una brasa que había tomado del altar. Sólo la palabra. Sólo la promesa. Sólo un mediador de gracia. Sólo fuego del altar. Así es como Dios se relaciona con nosotros, nos muestra su gracia, nos hace poseer el perdón, la vida y la salvación.

Tal vez Abraham ilustró mejor el propósito (Gn 12:1-3). Dios lo llamó para que dejara a su familia cuando ya tenía 75 años de edad, para que fuera a otro lugar. ¡Dios ni siquiera le dijo

a dónde! Debía ir y Dios le mostraría el destino a su debido tiempo. Todo lo que Abraham tenía qué seguir era la palabra, la promesa de Dios. ¿Y qué había de la suma y la sustancia de esa promesa? Dios haría de él una gran nación y en Abraham y en su simiente todo el mundo sería bendecido. ¡Qué promesa! Pero eso era todo, una promesa.

Incluso después de que Abraham era en apariencia exitoso en su nuevo hogar, no poseía tierras y no tenía un hijo que llevara la promesa del Salvador. Era extranjero y peregrino. Toda la aparente prosperidad estaba vacía sin un heredero especial, el hijo por medio del cual vendría el Salvador. Abraham reconoció el problema plenamente en Génesis 15. Después de la riqueza, después de la victoria sobre sus enemigos, después de todos los destellos de gloria, en realidad, Abraham no tenía nada sin el antepasado prometido del Salvador. Y así con su alma angustiada preguntó a Dios: "¿Qué caso tiene? ¡No tengo un hijo!". ¿La respuesta de Dios? ¡Una promesa! Eso es todo. Nada más. Aun después de que nació Isaac, Abraham todavía tenía que depender únicamente de promesas para el beneficio final, a saber, la venida del Salvador por medio de los descendientes de Isaac. ¡Qué bien explicó Dios eso en el llamamiento que le hizo a Abraham para sacrificar a Isaac, el hijo de la promesa! Dios mismo se ocultó, ocultó su gloria. Salió de su escondite sólo en la palabra de promesa.

Es imposible que agotemos este tema. Es un tema central en la Biblia y por lo tanto en cualquier cristianismo bíblico verdadero. Dios se oculta. Oculta su gloria. No se da a sí mismo a nosotros ni nos acerca a él en su majestad; lo hace sólo en la vergüenza, no en el poder sino sólo en la debilidad, no en la victoria sino sólo en la derrota, no en los hechos poderosos sino en palabras modestas, no en demostraciones espectaculares sino en las señales más comunes. Y es precisamente en esas vergüenzas, en esas debilidades, en esas aparentes derrotas que salva. Viene a nosotros velado en su palabra, sólo letras escritas y sílabas habladas. Viene a nosotros oculto en el agua unida a las palabras del bautismo. Viene a nosotros oculto en el pan común y el vino simple unido a su palabra en el sacramento del altar.

Expresado de la manera más simple, se revela a sí mismo y se da sólo en Cristo, el crucificado; porque Cristo es la palabra hecha carne, el corazón de Dios manifestado, la suma y la sustancia de todo lo que Dios tiene que decirnos, ser para nosotros, dar a nosotros (Jn 1). Somos bautizados en Cristo. Cristo es el alimento verdadero y eterno de salvación en la cena en el altar. Cristo es el centro del sermón y el corazón y el centro de la liturgia. Y en todos esos hay humildad que salva. En todos ellos nuestro Dios oculto se da a nosotros en esa humildad para nuestra salvación.

Destellos de la gloria en la vida de Cristo

Miren cómo se revela Cristo a sí mismo. Oculta su gloria, la oculta en la humildad y el sufrimiento. Ocultó al mundo sus dos grandes milagros. El mundo no vio la palabra hecha carne cuando entró en el vientre de la virgen María y nació en un establo. Tampoco el mundo

estuvo presente en la resurrección de Cristo. Esos dos milagros y manifestaciones magníficos de la majestad y poder divinos estaban velados. El primer milagro sucedió a una joven campesina en un lugar atrasado del mundo. El otro ocurrió muy temprano por la mañana en un sepulcro en un jardín fuera de Jerusalén; aun los que fueron enviados a cuidar el sepulcro se desplomaron para que no lo vieran en la gloria y la majestad de la resurrección.

Y piense en todo lo que sucedió entre el primer gran milagro: el milagro de la encarnación, y el segundo gran milagro: el milagro de la resurrección. Había destellos de gloria por todas partes. Los ángeles sirvieron como predicadores a los pastores, y los pastores proclamaron el misterio a todos los que escuchaban. ¿Pero quién de esas personas que escucharon fue a adorarlo? No tenemos récord de que alguien lo hiciera. La estrella y los sabios del oriente hicieron que Herodes y todo Jerusalén se asombraran. Pero ni siquiera los sacerdotes se conmovieron con el indicio de la gloria para ir con los sabios a adorar a aquel a quien la estrella señalaba. El niño en el templo que hacía y contestaba preguntas causó asombro por su demostración externa de sabiduría. Pero nadie hizo la pregunta correcta acerca de él, la pregunta: ¿Podría ser el Mesías prometido?

O considere los milagros de Jesús. En Juan 2 escuchamos del milagro que realizó en la boda en Caná, en donde trasformó el agua en vino. Juan nos dice que Jesús "reveló su gloria, y sus discípulos creyeron en él" (v. 11). ¿Pero quién se dio cuenta de su gloria en esa boda? Sólo su madre. Sólo los discípulos que ya creían en él y vieron en el milagro una prueba visible de lo que ya sabían y creían en base a sus palabras y aquellas de Juan el Bautista acerca de él. Aparte de eso, la gloria revelada permaneció velada. Los leprosos fueron limpiados. Miles fueron alimentados con sólo unos cuantos panes y algunos peces pequeños. Aun los muertos fueron resucitados. Sí, pruebas de poder y gloria por todas partes. ¿Pero dónde estaba toda esa gente el Viernes Santo? ¿Dónde estaban esas personas el domingo de Pentecostés? ¿Habían formado parte de la multitud el Domingo de Ramos? Si era así, ¿dónde estaban cuando murió? La gente que hoy cree que el mundo se convertiría si tan sólo pudiera ver los milagros que Jesús una vez realizó en Palestina debería pensarlo otra vez. En ese entonces no sucedió así. Ahora tampoco sería de esa forma. Todos los destellos de gloria no convirtieron a nadie.

Dios no se da a sí mismo en destellos de gloria, sino en humildad

Así es como siempre pasa. La mayor obra de todas, de traer a los muertos espiritualmente a la vida espiritual, se logró sólo por la humildad de Jesús al darse a sí mismo en la palabra humilde. Jesús declaró a Nicodemo que la venida del reino de Dios es como la venida de su Rey, sólo en mansedumbre y humildad. Es tan real como el viento es real; pero de dónde viene el viento y a dónde va, nadie lo puede decir. Así es el reino de Dios; su venida y su ida están ocultas en la mente de Dios y están reveladas y son reales sólo en el aliento de Dios, su palabra. Le dijo a Nicodemo que ni siquiera *vería* el reino de Dios, mucho menos entraría en él, excepto por medio de un nacimiento de agua y Espíritu, un nacimiento sin ayuda del que

nace y que pasa desapercibido por todos menos por su dador. Y entonces declaró que la base del reino sería su Rey "levantado" en la cruz (Jn 3:1-21).

Nicodemo había esperado más en forma de milagros y demostraciones de poder que lo convenciera no sólo a él sino a todos también. Quería estar orgulloso del reino y de su Rey, orgulloso de ser el compañero del Rey y ayudante del reino. Sin embargo, no es así la forma en que Dios obra. Sólo en humildad. Sólo en lo oculto. Sólo en la cruz. Eso es lo que Jesús prometió. Repetidamente reprendió a las personas que siempre esperaban ver todavía otra señal, todavía otro milagro. Habría sólo la señal salvadora de su resurrección. Y esa gran señal no la verían ellos; sólo escucharían acerca de ella. Igual como no vieron el rescate de Jonás después de estar tres días en el vientre de un pez, sino sólo escucharon sobre eso (Mt 12:38-40), así su levantamiento es real pero está oculto, revelado solamente en su proclamación.

Jesús comienza la obra de redimir al mundo en el último peldaño de la escalera social. Tal como fue profetizado (Isa 53), no hay nada notable, nada impresionante en apariencia ni belleza. En humildad, en el sufrimiento en la cruz se realizó nuestra salvación. ¡Qué diferente de los héroes del mundo! Abraham Lincoln es admirado con toda razón como alguien que comenzó desde abajo, en una cabaña, y por pura fuerza de voluntad, esfuerzo y perseverancia empezó desde abajo y llegó a la cumbre, para convertirse en presidente de su país. ¿A quién no le gusta una historia que va de la pobreza a la fortuna? ¿Quién no está impresionado con un desamparado a quien le va bien? Pero ésa no es la historia de Jesús. Él comienza desde las alturas y va al fondo, y luego de allí sigue su camino de *descenso*. Pablo lo describe gráficamente en Filipenses 2:6-8:

- En la eternidad por naturaleza y en su esencia es Dios.
- Tiene igualdad con Dios, por lo tanto, no es algo a lo que deba aferrarse o deba manifestar para demostrar que la tiene.
- Se despojó de cualquier apariencia de divinidad para verse como un mero siervo y se hizo hombre.
- ¡Dios murió oculto en el hombre!
- Tampoco su muerte fue cualquier muerte. ¡Fue la muerte de los peores criminales, la muerte en la cruz!

Sólo después de su total humillación, una humillación que se manifestó ante todo el mundo, Dios lo exaltó en su naturaleza humana. Pero a diferencia de la humillación, que fue manifestada en la crucifixión, la exaltación no es manifestada sino hasta el final de los tiempos. Es real y verdadera pero visible sólo ante los ojos de la fe. Es visible sólo para aquellos que creen el mensaje. Y no lo creen sobre la base de ver o experimentar la gloria,

sino sólo sobre la base de la cruz de Cristo proclamada en la palabra humilde, “vista” en el sacramento humilde (Ro 10:17; Jn 3:5; Ro 6:1-4).

No podemos, no debemos, pasar por alto el hecho de cuán decidido estaba Jesús (¿de qué otra forma podemos decirlo?) a alcanzar la humildad más baja. No sólo no quiso nacer en el palacio de un rey o en la casa de un sumo sacerdote; escogió a una campesina soltera para que fuera su madre. Si no fuera por el arreglo que hizo de la historia, que su nacimiento se llevó a cabo en el tiempo de una gran emigración interna de una nación a causa de un impuesto, los vecinos hubieran censurado a su madre como una mujer perdida.

Luego estaban los milagros. Un ser humano “normal”, alguien promocionándose a sí mismo, hubiera ejercido su poder de forma muy diferente. Tome en cuenta que en cada uno de sus milagros Jesús hizo lo suficiente para mostrar que en verdad es el Hijo de Dios con poder. Hizo lo suficiente para mostrar que es el hombre Dios que vino por amor y misericordia de Dios. Pero al mismo tiempo, cada milagro se realizó de tal forma que tendría un mínimo efecto exterior; ni siquiera quiso que el más espectacular de sus milagros inspirara un movimiento en masa que trataría de hacerlo el Dios Rey de Israel. La mayoría de los milagros tuvo lugar en algún rincón fuera de Palestina. Frecuentemente ordenó con severidad a los que sanó que no dijeran nada al respecto, que guardaran el secreto. Cuando eso no fue posible, se retiró rápidamente e incluso separó a sus discípulos de la multitud, no fuera que se convirtieran en sus líderes (note especialmente Jn 6:15; Mc 6:45, 46).

Sólo al final de su ministerio terrenal permitió tal alboroto. Aun ese alboroto tenía el objetivo final de ocasionar su muerte. Resucitó a Lázaro de entre los muertos. Lo hizo precisamente antes de la Pascua y tan cerca de Jerusalén que el Sanedrín tuvo que darse cuenta y tuvo que actuar (Jn 11:42 – 12:11). Su entrada el Domingo de Ramos en Jerusalén hizo que la historia llegara a la conclusión que él mismo había establecido. Cualquier mesías que se hubiera nombrado a sí mismo hubiera usado la entrada a Jerusalén como inicio de un éxito. Cualquier otro hubiera actuado rápidamente para consolidar el poder y tomar el control antes de que la oposición tuviera oportunidad de reagruparse. Pero nada de esto estaba en la mente de Jesús. Había demostrado su poder. Con su misma demostración hizo que sus adversarios culpables hicieran lo que habían querido hacer todo el tiempo. Ocultó su deidad. Reveló sólo humildad. Se dirigió a la cruz.

Mientras la Semana Santa avanzaba a la meta que él había establecido, se humilló todavía más y luego aún más. ¡Qué vergüenza! Un discípulo lo vendió por el precio de un esclavo. ¡Qué humillación! Todos sus amigos lo abandonaron a media noche. De hecho, él los empujó. En el huerto de Getsemaní, vemos un destello de cómo usó poder sólo para mostrar que lo tenía y luego se apresuró a envolverse otra vez en la humildad. Realizó rápidamente tres milagros consecutivos (Jn 18:4-11; Lc 22:50, 51). Primero, cuando se identificó a sí mismo, los soldados cayeron al suelo. ¡Aun en ese milagro había gracia y misericordia, porque ninguno de ellos murió, ni siquiera estaban heridos! Entonces, cuando Pedro cortó la oreja de Malco, Jesús se la puso otra vez. ¡Finalmente, y para asombro nuestro, Jesús le dijo a

aquellos que habían venido a arrestarlo que dejaran ir a sus discípulos, y los soldados obedecieron! —y entonces llevaron a Jesús. ¿Desde cuándo los oficiales obedecen las órdenes del que van a arrestar? ¡Qué asombroso!

Si lo desea, puede añadir un cuarto milagro, concretamente, que todo esto sucedió en ese tiempo en particular. Porque el Sanedrín había resuelto que Jesús muriera, pero nada debía suceder durante la Pascua; no querían una revuelta de parte de sus seguidores (Jn 11:45-57; Mt 26:3-5). Pero todo sucedió en la Pascua, en plena celebración de la Pascua; el Sanedrín no estaba en control, como sus miembros pensaron.

Jesús controlaba cada paso del camino en esta "gloriosa" humillación (Jn 12:20-36) por la que se convirtió en el Salvador del mundo. ¿No es asombroso? ¡Jesús quiso que su humillación final tuviera lugar al mismo tiempo de máxima exposición, cuando Jerusalén estaba más aglomerada, cuando los judíos de todo el mundo podrían ver su ignominia! Uno pensaría que hubiera estado de acuerdo con la conclusión del Sanedrín —"Pero no durante la fiesta"— porque en cualquier otro tiempo del año su humillación hubiera sido manifestada a poca gente. ¡Pero no! ¡Máxima ignominia! ¡Máxima exposición! ¡Máxima humillación!

Así, por cierto, había poder y evidente gloria aun en medio de la más profunda humillación. Los que estaban presentes por lo menos han de haber reconocido el poder de quien hizo que los soldados se desplomaran y de quien sanó a Malco. ¿Pero produjeron fe esos actos de poder, esas manifestaciones de gloria? En Judas, la demostración exterior de poder y gloria provocó desesperación, no arrepentimiento. En los soldados y sacerdotes que vinieron a arrestar a Jesús no provocó duda ni cuestionamiento; los soldados llevaron a quien con una simple pregunta había hecho que cayeran al suelo, y los sacerdotes persistieron en el odio incrédulo. ¡La demostración exterior del poder de Jesús ni siquiera inspiró ánimo a los discípulos, que aprovecharon la oportunidad para huir tan pronto como Jesús se entregó!

La burla, el ridículo, los azotes y la crucifixión siguieron sin que nadie lo ayudara. Por cierto, Simón de Cirene ayudó a llevar la cruz (Mt 27:32). ¿Pero qué ayuda fue esa realmente? Lo obligaron a ayudar por el camino que conducía al lugar de la ejecución. Ayudar a alguien que va a la ejecución no se podría considerar un favor. A Jesús no lo ayudó nadie; aun su Padre lo abandonó en la cruz. Todo sirvió para hacer ver el gran punto fundamental de nuestra salvación; subraya y luego pone los signos de admiración: ¡Nuestra salvación fue obra de él y sólo de él! Cumplió las profecías a la perfección y al pie de la letra (p.ej. Sal 22; Is 53; 63:1-6). Nadie puede reclamar el papel de actor secundario en el escenario de la redención del mundo. Nadie podría jamás atreverse a decir que de alguna forma cooperó, que de alguna forma contribuyó, que de alguna forma fue colega de Cristo en el drama de la salvación. ¡Todo es *tu solus, Christe*! "¡Tú solo, Oh Cristo!".

¡Y todo se realizó en la cruz, ni un paso lejos de allí! No en gloria, no en demostración espléndida del cielo. El sol se oscureció al acercarse la muerte. La tierra tembló, los muertos resucitaron y la gran cortina del templo se partió. ¿Pero quién se arrepintió por algo de esto?

¿Quién se salvó con estos destellos de gloria en el momento de su más profunda humillación? En la cruz, en la humildad, en su sufrimiento y humillación vemos nuestra salvación, y no separada de ella. Dios se reveló a sí mismo y se dio a sí mismo por nosotros en el Siervo que sufre (Is 53). ¡Eso nos deja sin palabras!

Incluso cuando ganó nuestra salvación y se dio a sí mismo por nosotros en la ignominia de la cruz, su gloria permaneció oculta. Como ya observamos, nadie vio la resurrección. Ni los discípulos la vieron; sólo "oyeron" de ella. Se apareció a ellos después de que la mujer había sido enviada del sepulcro vacío para que les informara. ¿Y cuáles de estas apariciones después de la resurrección están registradas en los evangelios? ¿Dónde estaba la gloria? Todavía permanecía velada. Él vino rápida y silenciosamente, sin sonidos de trompetas, sin el acompañamiento de multitudes de ángeles, sin siquiera una aureola en la cabeza. Estaba en plena posesión y uso de su gloria. Pero todavía la ocultó mientras señalaba a sus discípulos una y otra vez a la palabra que había hablado y que todavía hablaría después de Pentecostés por medio del Espíritu Santo (Jn 16; Lc 24; Jn 20–21). Y ellos debían confiar en esa palabra, no en ninguna gloria exterior ni en un reino mesiánico visible, ni siquiera en su presencia visible en medio de ellos.

Destellos de gloria después de la ascensión de Cristo

Pentecostés tampoco cambió su modo de operación (Hch 2). Por cierto, el gran día comenzó con una demostración de poder, con una fuerte ráfaga de viento, con lenguas como de fuego, con la habilidad milagrosa de que los discípulos podían hablar en diferentes lenguas. El sonido llamó la atención exterior de la gente. Pero, ¿quién se convirtió por el ruido del viento? Nadie. ¿Y qué hay del don milagroso para los apóstoles, el don de poder hablar en lenguas que nunca habían estudiado? Algunos de la multitud se burlaron. Muchos tuvieron curiosidad. Otros estuvieron temerosos. Pero el milagro de la fe sucedió sólo en medio de esa burla y maltrato por medio de la proclamación de la modesta palabra y por medio de la promesa de la palabra en el humilde bautismo. La palabra fue acerca del Salvador sufrido y crucificado, cuya ignominia muchos de los que estaban en Pentecostés habían visto. Fue la palabra acerca del Siervo del Señor, que había cumplido la promesa de Dios. El mensaje fue el del Salvador resucitado, cuya gloria permanece velada, cuya gloria no veremos hasta que venga otra vez en el día final.

¿Puede darse cuenta de que aun en el día de Pentecostés, los que se burlaron y rechazaron el mensaje del evangelio no cayeron al suelo? Siguieron su camino, aparentemente sin sufrir por su blasfemia. Porque el tiempo del juicio no había llegado todavía. El tiempo de gracia, de rescate por medio de la predicación de la cruz, había llegado. Las manifestaciones exteriores de poder no obligarán a nadie a la salvación. Viene sólo en la persuasión, con la suave atracción del Espíritu que obra silenciosamente en el evangelio. Dios todopoderoso permanece oculto, su gloria como Salvador velada en la palabra, dada sólo en su proclamación.

Incluso en las raras apariciones de Jesús después de su ascensión el mismo punto se enfatiza en cada ocasión. El relato de la conversión de Pablo comenzó con una aparición de Cristo en gloria (Hch 9). ¿Pero qué tal esa aparición? ¿Se regocijó Pablo? ¿Se llenó de fe y amor? ¡No! Cayó al suelo y quedó ciego. El mensaje del evangelio del perdón vino del humilde Ananías y de los discípulos en Damasco. Vino en el humilde sacramento del bautismo. Y el mensaje del evangelio no se cumplió con la promesa de gloria, sino con la promesa de sufrimiento (v. 16).

O considere la aparición de Jesús a su discípulo amado, a Juan, unos 60 años después de la ascensión (Ap 1:9-18). Esa aparición también comenzó como una aparición en gloria. ¿Y qué suscitó en el discípulo amado la gloria del Cristo resucitado? ¡Temor! ¡Horror! Ver al Salvador glorificado lo hizo caer como si estuviera muerto. ¿Qué hizo que volviera otra vez a la vida? ¿Qué hizo que se pudiera poner de pie y fuera apto para escribir las palabras finales que Jesús hablaría a su iglesia en la tierra? Fue el tacto suave del Salvador, un tacto que se suavizó con las palabras: "No tengas miedo". Seguramente san Juan recordó la transfiguración (Mt 17:1-9). Allí también Jesús se apareció en gloria. Allí también el resultado fue temor y terror. Allí también el estímulo vino solamente de la suave, pero poderosa y efectiva palabra de Jesús: "No tengan miedo". Esas mismas palabras fueron el tema que Jesús repitió a sus discípulos al aparecerse ante ellos después de la resurrección. Porque ellos lo habían negado y abandonado. Eran pecadores y lo habían demostrado. Pero la palabra humilde y tranquila de Jesús fue la que estimuló y restauró a los caídos, sus palabras de "No tengan miedo". No hubo poder exterior, ni truenos ni relámpagos, ni demostraciones ni esplendor; solo la palabra humilde y el poder velado del Cristo resucitado, cuya gloria permanece todavía bajo el velo.

Algunas repercusiones que brotan de lo oculto de Dios

Lo anterior debe ser suficiente para enfatizar ese punto. Dios oculta su gloria. Se oculta en la humildad, en el sufrimiento, en la cruz. Lo oculto de Dios en la cruz y en el evangelio tiene profundas repercusiones para nosotros en la relación que tenemos con Dios y en el entendimiento de esa relación. De hecho, se debe precisamente al hecho de quiénes y en qué nos hemos convertido como resultado del pecado que el Dios oculto es nuestro gran consuelo y gozo. Lutero captó esas repercusiones tal vez mejor que casi todos. Las expresó de la forma más clara y brillante en la famosa Disputación de Heidelberg.[7]

Para nosotros resulta lo suficientemente fácil resumir los pensamientos de Lutero en la Disputación, pero toma toda una vida para aprender esos pensamientos, aun para convertirse en un principiante para apreciarlos. Resumido con mayor brevedad, es simplemente esto: En nuestra relación con Dios, en el asunto de nuestra salvación, somos y siempre permanecemos

[7] Vea Obras de Martín Lutero, Tomo I, Buenos Aires: Editorial Paidos, 1967, p. 29-46.

desesperados, pobres, desnudos, hambrientos, pordioseros. Dios lo es todo; nosotros no somos nada. Dios cumple todo en la cruz. Todo lo que nosotros le traemos a él es pecado y vergüenza, muerte y condenación. Eso es verdad desde el momento de nuestra concepción. Es cierto antes de nuestra conversión y después de ella. Y no es menos verdadero en nuestro día más santo que en nuestro día más pecaminoso. ¡Y el mayor crimen y pecado y la mayor blasfemia de todas es imaginar y pensar de otro modo! Porque mientras su gloria permanece velada en la cruz, así la gloria de nuestra salvación permanece velada en nuestra nada, nuestro pecado, nuestra vergüenza.

Aun nuestra fe, no, especialmente nuestra fe, no es nada de lo que podamos alardear. Declarar orgullosamente: "¡Bueno, por lo menos creo!" es no ver toda la gloria de la obra de Cristo y nuestra salvación. Porque la fe de la cual tal vez queramos alardear es una fe creada y sostenida completamente por la humilde promesa en el humilde evangelio. Su inicio, su centro, su final, todo su contenido de principio a fin es para desesperarse de todo en mí y confiar solamente en él, en su cruz, en su promesa dada en la palabra humilde y en los sacramentos. Todo lo demás no es fe, sino incredulidad deplorable.

Escuche cómo Lutero lo expresa en unas cuantas de sus tesis en la Disputación de Heidelberg de 1518. Declara:

> …Dios nos humilla y nos asusta por la ley y por la visión de nuestros pecados, para que tanto ante los hombres como delante de nosotros mismos parezcamos ser nada, necios, malos tal como en verdad somos. Cuando nos reconocemos así y lo confesamos, no hay en nosotros "ni parecer ni hermosura", puesto que vivimos en lo escondido de Dios (es decir, en la simple y pura confianza en su misericordia) no pudiendo invocar en nosotros más que al pecado, a la necedad, a la muerte y al infierno… Tal hombre, por lo tanto, se desagrada a sí mismo en todas sus obras; no ve en sí mismo hermosura alguna, sino sólo su indignidad. (*Obras de Martín Lutero*, Tomo I, Buenos Aires: Editorial Paidós, 1967, p. 34)

Lutero sigue explicando que cada pizca de orgullo en nuestras propias obras le quita a Dios la gloria que le pertenece a él y sólo a él. El orgullo, por lo tanto, aun en la más brillante de nuestras obras, es una incredulidad arrogante. Por lo tanto: "La soberbia no puede evitarse ni puede haber esperanza verdadera si, ante cada oportunidad en que se obra, no se teme el juicio de condenación" (p. 37). Con frecuencia cuando pensamos en la confesión de pecados, pensamos en términos de confesar la culpa de este y otro pecado cometido. Y no hay nada malo en eso. Nos deleitamos en oír la absolución de que esto y lo otro que confesamos es perdonado. Pero aquí Lutero nos lleva a profundizar un poco. En la confesión realmente presentamos toda nuestra vida y nuestro ser ante Dios, y puesto que somos pecadores, confesamos que *todo* es pecado, nada es sano o santo. Toda nuestra existencia entera amerita la muerte y el infierno. ¡Todo nuestro ser, cada vez que respiramos, es una necesidad desesperada de la gracia, de la misericordia y del perdón!

¡Qué difícil nos resulta envolver nuestra mente en todo este concepto de total humillación ante Dios! Simplemente no lo comprendemos, que la humillación de él debe ser nuestro modelo. Él se humilló primero. Se humilló mucho más de lo que jamás podríamos humillarnos nosotros mismos. Lo hizo con un propósito. Lo hizo por nosotros. Lo hizo en un pesebre y en una cruz.

Pero preferiríamos no seguir ese ejemplo de total humillación ante el Dios que se humilló a sí mismo por nosotros. En vez de eso, queremos dividir nuestra vida al menos en dos categorías bien definidas —una que contiene nuestra bondad y la otra (nos gustaría pensar que es relativamente una categoría más pequeña) nuestros pecados y faltas. Y luego viene una tercera categoría que no parece muy buena, es una en el centro más amplia que nos gustaría pensar que a Dios no tiene por qué importarle, o a nadie más en todo caso. En esa categoría pondríamos nuestros pensamientos, nuestras palabras y obras que imaginamos son simplemente producto de nuestra libre elección y voluntad, tal vez no sean buenos, pero no del todo malos. Y pensamos neciamente que sólo un poco en la segunda categoría amerita confesión; todo lo demás merece por lo menos un poco de mérito pero por supuesto ninguna culpa.

¡No! ¡Mil veces, no! Sólo hay una categoría cuando se trata de bondad o mérito ante Dios, cuando se trata de nuestra salvación: es *pecado*, todo es *pecado* y nada más que *pecado*. Esa única categoría contiene todo lo que reconocemos y sabemos que es pecado. Contiene todo en la categoría del centro que no es tan bueno, porque nada de ello fue producto de un amor puro a Dios y un deseo para servir a él y a nuestro prójimo. Y, sí, eso incluye, más que nada, esas cosas en la categoría que llamamos buena, si imaginamos que esas cosas de alguna manera nos hacen dignos de la atención de Dios, o aun de su salvación. ¡Qué difícil es darse cuenta de ello! ¡Cuánto más difícil es confesarlo! La liturgia lo tiene correctamente. Antes de confesar que hemos pecado en pensamiento, palabra y obra, confesamos lo que *somos*, es decir, pecadores; lo que hicimos es simplemente una evidencia y prueba deslumbrante de lo que somos. Ante el mundo puede haber mucho de lo bueno y pocas faltas y mucho del centro. Ante el tribunal familiar, de amigos, incluso de nuestra propia conciencia, podemos ser súper limpios, puros como la nieve. Sin embargo, Pablo lo resume bien: Aun si no se diera cuenta de alguna culpa, no sería justificado ante Dios; porque por naturaleza somos esclavos —no sólo personas con una relación ocasional— del pecado, absolutamente corruptos en nuestra naturaleza y todo lo que ésta produce (Ro 7; 1 Co 4:4).

Oculto bajo mi aparente bondad hay un vacío, hay pecado

Nuevamente, y es digno de repetir debido a que es muy difícil de aceptar, si comienzo a ver algunas cosas en mí y en mi naturaleza que no tienen por qué importarle a Dios y desde luego no merecen el infierno, entonces he dado la espalda al Primer Mandamiento. Allí Dios declara que debo temerle y amarlo con *todo* lo que soy y tengo. Y si pienso que lo mejor en mí es de algún modo meritorio, que de algún modo al menos merece el favor y la molestia de

Dios, entonces lo mejor en mí es peor de lo que reconozco como lo peor que hay en mí. Porque lo peor en mí lo confieso; me lleva a buscar sólo la misericordia y a depender sólo de la gracia, a saber, siempre el amor de Dios totalmente inmerecido. Pero pensar que algo bueno en mí no necesita a Cristo y su cruz es robarle a Cristo su gloria como el único Salvador y el único que es bueno; ¡le roba su derecho de ser aquel que me ha perdonado *totalmente*, lavado con su sangre *por completo*, salvado de la condición que era *incondicionalmente imposible y en absoluto desesperada*!

De hecho, Lutero dice, ya que jamás nos separamos completamente de esa clase de arrogancia que presume de las propias obras y los propios logros, que siempre debemos temer la condenación de Dios. Porque sólo en tales temores de su juicio justo el evangelio puede llevarnos a confiar en él y en él solo para nuestra salvación. Condenarme a mí mismo en todo lo que soy es reconocer que sólo Dios es bueno y glorioso en su esencia como en sus obras. Lutero dice:

> Empero hablar así, no significa dar al hombre motivo para desesperarse, sino para humillarse y despertar el anhelo de buscar la gracia de Cristo… Mas no pueden ser humildes aquellos que no comprenden que son pecadores condenables y nauseabundos. No obstante, el pecado no se conoce sino por la ley. Es evidente que no se predica la desesperación sino más bien la esperanza cuando se nos anuncia que somos pecadores… En efecto, surge el anhelo de la gracia cuando ha nacido el conocimiento del pecado… Decir que no somos nada y que siempre pecamos cuando hacemos lo que es en nosotros, no significa hacer desesperar a los hombres (a menos que sean necios), sino volverlos ansiosos de la gracia de nuestro Señor Jesucristo. (p. 40)

Por cierto, san Juan nos recuerda que ese amor perfecto o completo ahuyenta el temor (1 Jn 4:18). ¿Pero dónde, en este lado del cielo, hay tal amor? ¡Por supuesto no en nosotros! Porque aún tenemos que confesar el pecado, y el pecado es la antítesis del amor perfecto, como Juan lo explica claramente en toda la epístola. Debemos esforzarnos por ese amor perfecto. Pero sólo se encuentra en Dios y de él solamente en el evangelio. Aspiramos a ello pero lo alcanzamos sólo imperfectamente en esta vida. Y así, puesto que todo permanece pecaminoso en nosotros y en nuestra naturaleza separada de él, todo lo que está separado de su evangelio está, o por supuesto debería estar, lleno de temor, de miedo, de aversión. Lutero dice:

> Es cierto que el hombre debe desesperar totalmente de sí mismo, a fin de hacerse apto para recibir la gracia de Cristo. La ley quiere, en efecto, que el hombre desespere de sí cuando lo "hace descender a los infiernos" y "lo empobrece" y le demuestra que es pecador en todas sus obras. (p. 41)

La teología de la cruz frente a la teología de la gloria

Todo esto Lutero lo ve como la esencia de la teología de la cruz, una teología en la cual la humildad y el sufrimiento, es decir, la cruz, es la verdadera gloria de Dios y de nosotros también. Las cosas aparentemente grandiosas y maravillosas de Dios no salvan. Las cosas grandiosas y espléndidas en nosotros tampoco salvan. Tan inspirador como es un atardecer para un poeta, tan majestuoso como el océano es en una tormenta o una montaña cubierta de nieve, esas grandezas no salvan. Tan brillante como es la capacidad de razonar de Aristóteles o de Aquino, ninguno de ellos nos acerca ni un paso a la fe y a la salvación. Tan santas como la madre del Salvador o la madre Teresa puedan haber sido, ninguna de ellas podría ganar ni un pedacito de bienes raíces en el cielo por su virtud. Tan espléndida como la caridad del humanitario más grande, sí, no importa cuán noble es la bondad del santo más grande, no salvan a nadie ni contribuyen en lo mínimo a la salvación.

Eso no quiere decir que la virtud y las buenas obras de los cristianos no tienen valor. No tienen valor para la salvación, pero aparte de eso su valor es grande, como Jesús mismo testifica. Las buenas obras de los cristianos pueden dar lugar a que la gente alabe a Dios al buscar el motivo para tales actos (Mt 5:13-16). La verdadera alabanza a Dios en respuesta a las evidentes buenas obras de los santos vendrá cuando la ley quebrante y mate a aquellos que vean esas obras y luego el evangelio los resucite. Y finalmente cada obra que esté de acuerdo con su palabra y sea fruto de la fe es tan preciosa para Jesús que él la guarda y la recuerda hasta el día del juicio (Mt 25:34-40).

Sí, el valor de nuestras buenas obras como frutos de la fe realizados por gratitud por el don de la salvación es tan grande que Dios hasta promete recompensarnos. Las promesas de recompensa son verdaderamente ricas; sólo considere las bendiciones prometidas en el sermón en el monte, especialmente las bienaventuranzas (Mt 5:3-12). Promete recompensar tales obras a pesar de que es sólo su evangelio lo que las inspira y nos da la fortaleza para hacerlas en primer lugar. Promete recompensarlas a pesar de que es su gobierno de la historia, su providencia, lo que nos da oportunidades para las obras y también lo que las prospera. Promete recompensarlas a pesar de que el fruto está agusanado debido a nuestra naturaleza y condición pecadora. Promete recompensarlas a pesar de que lo mejor de nuestras obras están muy lejos de ser perfectas y por lo tanto todavía necesitan su gracia, su misericordia, su perdón.

Pero aun al llevar a cabo su promesa de recompensar nuestras obras, Dios tiene cuidado de vigilarnos para que no confiemos en las obras como meritorias para la salvación, tiene cuidado de prevenir cualquier arrogancia que tan fácilmente nos aflige tan pronto como las cosas nos van bien. La Apología de la Confesión de Augsburgo tal vez lo resuma mejor:

> Enseñamos que las buenas obras son meritorias, no para conseguir remisión de pecados, gracia o justificación (pues éstas tan sólo las conseguimos por la fe), sino para otras recompensas materiales y espirituales, en esta vida y

> después de ella, porque Pablo dice (1Co. 3:8): "Cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor". A labores distintas corresponderán recompensas distintas. Pero el perdón de pecados es semejante e igual para todos, del mismo modo que Cristo es uno, y es ofrecido gratuitamente a cuantos creen y les son perdonados sus pecados por causa de él. Así, pues, se consigue la remisión de pecados y la justificación, sólo por la fe y no en virtud de obra alguna. (Apología, Artículo IV, Libro de Concordia, p. 109).

Pero lo mejor de nuestras obras pueden transformarse en las mayores maldades y en los mayores vicios, si neciamente nos volvemos a esas obras y confiamos en ellas aunque sea un poquito para obtener el favor de Dios y nuestra salvación. Debemos ver en nuestras buenas obras, hechas por amor a Dios y para el bien de nuestro prójimo, la prueba de que en verdad hemos comenzado a amar a Dios. Debemos ver en ellas el fruto y el resultado de la obra de Cristo por nosotros y la obra del Espíritu en nosotros. Pero siempre y solamente, el fruto es el resultado del árbol, no su causa. Y en sus mejores días, como ya lo observamos, es un fruto agusanado, lejos de ser perfecto, que necesita todavía ser lavado en la sangre del Salvador antes de poder deleitar y agradar a Dios. Siempre y únicamente, nuestras buenas obras son pruebas de la salvación recibida, no causas de una salvación todavía incompleta. Cuando se trata de nuestra salvación, estamos siempre desnudos, mugrientos, cubiertos de vergüenza, desesperadamente necesitamos la gracia y la misericordia; no traemos nada a la mesa excepto esa necesidad desesperada. Solamente Cristo satisface esa necesidad. Su solo evangelio nos trae la satisfacción plena y completa de nuestra necesidad, la cual ganó por nosotros con su humildad.

La adoración luterana refleja la teología de la cruz, no la teología de la gloria

Es esta verdad de que toda la gloria de Dios para nuestra salvación está oculta en la cruz y todo lo que nosotros tenemos que traerle es nuestro pecado y nuestra culpa lo que hace que la liturgia sea constantemente tan relevante, tan rica, tan reconfortante. Porque en ella perdemos las esperanzas, ya que no tenemos nada bueno que traerle a Dios como una contribución para nuestra salvación. Y en ella nos regocijamos debido a que Dios nos da todo en la cruz por la cual ganó nuestro perdón.

Una teología de la gloria es la que piensa que la salvación está vinculada a la grandeza y al éxito exterior o hasta a una santidad y virtud exteriores. Y eso está en el centro de la ira de Lutero contra la iglesia romana, que estaba ahogándose en la teología de la gloria. Las obras de monjes y monjas parecieron muy gloriosas y santas por fuera. Allí estaba, un grupo de personas, vestido monótonamente, bajo el yugo impuesto por sí mismo de pobreza, de celibato y obediencia. Pasaron toda su vida en oración, algunos encerrados y alejados del mundo completamente detrás de las paredes de sus claustros. Y con todo eso pensaron (¡y los votos monásticos hasta este día reafirman lo mismo!) que han elegido una vida cercana a la

perfección. Afirman que sus votos fueron por lo menos tan valiosos como el bautismo. Declararon que eso no sólo los ayudaría a salvarse a sí mismos por sus obras, sino que hasta tenían méritos de sobra para ayudar a otros. El que Jesús no haya pedido a nadie que hiciera tales cosas no los ha detenido en lo absoluto. El que las Escrituras condenen esa justicia propia tampoco no se los impidió en lo más mínimo.

Y luego estaba el mismo papa. Se llamó y se llama a sí mismo hasta hoy el vicario de Cristo en la tierra y sucesor de san Pedro. Es considerado y él mismo se considera tan cercano al corazón de Dios que él solo puede interpretar las Escrituras. Sí, incluso puede proclamar doctrinas que no están en la Biblia y doctrinas contrarias a las claras palabras de la Biblia. ¡Qué podría ser más glorioso, parecer más santo que eso! Sin tomar en cuenta el hecho de que Dios ha explicado claramente que su palabra sola es suficiente para toda doctrina.

Todo eso, declara Lutero, es la prole del diablo, lo opuesto del evangelio. Porque todo ello aleja nuestra mirada de Cristo y su humildad y la dirige al hombre y a su supuesta gloria. Le roba a Cristo la gloria como su único Salvador. Por lo tanto, destruye la única fuente de esperanza y consuelo del cristiano; porque aparte de Cristo y su palabra toda esperanza y consuelo es solamente desilusión diabólica, indecisa e insegura. Hasta este día el catolicismo no se ha despojado de la teología de la gloria. Con cruces por todas partes y un crucifijo a cada paso, el sacerdote en la misa sin embargo se atreve a declarar que está repitiendo en una forma sin sangre el sacrificio de Cristo en la cruz. Y el sacerdote se ha hecho digno de ofrecer ese sacrificio por su santo celibato y por haber sido ungido por el papa o sus subalternos. ¡Qué terrible! Aun los sufrimientos de los enfermos e inválidos se alaban como obras que *completan* o por lo menos participan en la obra de Cristo que salva. ¡Qué monstruosidad!

Tampoco es nada mejor la adoración al otro lado del espectro de error teológico, la adoración que está diseñada meramente a atraer los sentidos —"adoración divertida". La canción de alabanza muy emotiva que se enfoca en el poder y fuerzas de Dios, el sermón cargado de emoción que exalta a la multitud con aleluyas llenas de felicidad pueden sonar como el cielo en la tierra. ¿Pero dónde está la cruz? Ya sea el ruido de los que hablan ahora en lenguas o el drama de un "oficio religioso milagroso" o el centro de entretenimiento con una cruz colocada en alguna parte en el frente, todos tienen una cosa en común: Alejan a la gente de la confesión del hijo pródigo (Lc 15-11-32) o del recaudador de impuestos que se golpeaba el pecho (Lc 18:9-14). Alejan a la audiencia de la desesperación en todo lo que somos o esperamos ser. En lugar de eso, estimulan los sentidos con lo divertido. Desafían el alma con lo trillado y lo trivial. Animan una salvación que comienza con los sentimientos del hombre y termina con su propia obediencia de la ley.

Es una adoración que pierde la profundidad de nuestro pecado y nuestra culpa. Y como pierde la totalidad de nuestra necesidad, la gente también pierde la totalidad de la solución a esa necesidad en la riqueza de la gracia de Dios en la cruz de Cristo. Es una teología de la gloria. Debe ser tan aborrecida y rechazada como su prima romana. El gozo de la liturgia es el gozo de oír que el pecado ha sido perdonado, todo ello, en la misericordia oculta de aquel

que se revela a sí mismo en la palabra de la gracia y del perdón. El gozo de aquel que ve que su gran y su única necesidad real es el alivio del sufrimiento de la culpa y la muerte que sólo Cristo puede dar en la cruz. En la Disputación de Heidelberg, Lutero dice:

> Esto es evidente pues el hombre, al ignorar a Cristo, no conoce al Dios escondido en los padecimientos. Así, prefiere las obras a los sufrimientos, y la gloria, a la cruz; la potencia, a la debilidad; la sabiduría, a la estulticia; y en general, lo bueno, a lo malo. Son los que el apóstol llama "enemigos de la cruz de Cristo" [Fil 3:18]. Quienquiera que fuere, por odiar la cruz y los sufrimientos, ama, en verdad, las obras y la gloria de ellas… Empero, como ya dijimos, no se puede hallar a Dios sino en los padecimientos y en la cruz. Por esto, los amigos de la cruz afirman que la cruz es buena y que las obras son malas, puesto que por la cruz se destruyen las obras y se crucifica a Adán, el cual por las obras es, más bien, edificado. *Es imposible, pues, que no se hinche por sus buenas obras quien antes no sea anonadado y destruido por los sufrimientos y los males, al punto de saber que él en sí mismo no es nada y que las obras no son suyas sino de Dios* [énfasis añadido]. (Obras de Lutero, vol. 1, p. 42.)

Las buenas obras y el arrepentimiento en la teología de la cruz

Por cierto, vemos la gloria de Dios en sus actos poderosos. También los ven los paganos y van rumbo a la condenación, adorando el poder y esperando hacer uso personal de ello (por ejemplo: "La Fuerza", el dios de las famosas películas de *La guerra de las galaxias*). Por supuesto, Dios es glorificado en las obras de los cristianos, las cuales proceden de la fe. Pero las ofrecemos debidamente a él con humilde agradecimiento sólo *después* de que él nos encuentra, reclama y salva con su humilde mensaje de la cruz en el evangelio. Comprendemos, ante todo, que el pecado y la culpa nos pertenecen sólo a nosotros. Todo lo bueno que hacemos procede de Dios y es fruto de su perdón y gracia. Entonces sólo Dios es glorificado, adorado, alabado, como debe de ser. Todo lo demás es adoración propia, robar a Dios, deleitarse en la maldad.

Sí, e igualmente importante, sólo cuando comprendamos bien esto tendremos paz verdadera y real con Dios y con nuestra propia conciencia que nos condena. Porque mientras confiemos en lo visible, en lo exterior, en las obras, tenemos sólo motivos para dudar y desesperarnos. Porque nuestras obras nunca se terminan. Nunca son perfectas. Jamás son suficientes. ¿Qué está terminado? ¿Qué es perfecto? ¿Qué es suficiente? *¡Cristo en la cruz!* Allí hizo todo. Allí hasta dijo todo, cuando declaró triunfante para nosotros: *Consumado es*. No estaba simplemente hablando de su vida. Estaba hablando de todo lo que vino a hacer por nosotros y nuestra salvación. Todo eso está hecho; todo está escondido en la cruz. Todo es perfecto; todo es revelado y dado sólo en la humildad del evangelio.

Lutero expresó los mismos pensamientos en un brillante resumen en Los Artículos de Esmalcalda de 1537. Allí lo expresa de esta forma cuando habla del arrepentimiento verdadero:

> Este arrepentimiento no es parcial y miserable como aquél que no expía sino los pecados actuales, y tampoco es incierto como aquél, pues no disputa lo que es pecado o no, sino que al contrario no hace diferencia y dice: En nosotros todo no es sino puro pecado. ¿Para qué buscar, dividir o distinguir tanto? Por eso, la contrición no es tampoco aquí incierta, pues no queda nada con que pudiéramos inventar algo bueno para pagar los pecados, sino que únicamente permanece con certeza un desesperar en todo lo que somos, pensamos, hablamos o hacemos, etcétera.
>
> Asimismo la confesión no puede ser falsa, incierta o parcial, pues quien confiesa que todo en él no es más que puro pecado, incluye con ello todos los pecados, no omite ni olvida alguno. Tampoco la satisfacción puede ser incierta, pues no es nuestra obra incierta y pecaminosa, sino el sufrimiento y la sangre del inocente "Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" [Jn 1:29]. (Parte III, 3, párr. 36-38. Libro de Concordia, p. 320.)

De este modo las obras del cristiano no causan la fe ni contribuyen a la salvación, no, no en la mínima parte. Más bien, se hacen como resultado de la fe y del hecho logrado de la salvación. Porque volviendo a los comentarios de Lutero en la Disputación de Heidelberg: "Desde que Cristo mora en nosotros por la fe, nos impele a las obras por aquella *fe viviente en las suyas* propias. En efecto, las obras que él mismo ha hecho son el cumplimiento de los mandamientos de Dios dados a nosotros por la fe [énfasis añadido]" (*Obras de Martín Lutero*, vol. 1, p. 45).

De nuevo, es imposible expresar completamente la trascendencia y la profundidad de este gran tema en la Biblia, en Lutero y en la teología ortodoxa luterana. Puede llevarnos mucho tiempo aprenderlo, y se debe aprender una y otra vez durante toda la vida, como si fuera la primera vez. Los grandes santos pueden captarlo en un instante, luego lo pierden en un momento. María lo confesó tan perfecta y brillantemente en *El Magnificat* (Lc 1:46-55). Pero ella tuvo que aprenderlo todo otra vez cuando perdió a Jesús en el templo (Lc 2:45-48), al momento del primer milagro en Caná (Jn 2:3-5), y más sorprendentemente cuando Jesús estaba en la cima de su fugaz popularidad (Mc 3:21, 31, 32). Cuántas veces tuvo Pedro que volver a aprenderlo, algunas veces captándolo y perdiéndolo en unos cuantos momentos (Mt 16:16-23; 26:31-75; Gl 2:11, 12).

Nosotros también todavía estamos en la carne. Constantemente rebotamos de aquí para allá entre la arrogancia y la desesperación, ambas de las cuales exageran nuestras obras y le roban a Cristo su gloria como el único Salvador. El hecho de que somos así es lo que hace que la liturgia sea siempre fresca y nueva, y el contenido de su evangelio buenas nuevas. Jamás

alcanzamos el punto en que lo captamos por completo: Todo en nosotros clama por el perdón; todo en su cruz lo da completa y gratuitamente a la fe que el mensaje crea y sustenta.

La teología de la gloria nunca pasa la prueba

En la teología luterana desde el tiempo de la Reforma ha habido tres pruebas decisivas, por decirlo así, para determinar si la doctrina es sana. Para que la doctrina sea sana y verdadera debe:

- ╬ Estar de acuerdo con las Escrituras
- ╬ Dar toda la gloria a Cristo
- ╬ Llevar el consuelo máximo al pecador arrepentido [8]

En la consideración de la teología de la cruz de Lutero y en la consideración que nuestros antepasados luteranos ortodoxos le dieron a ese tema con tanta frecuencia, esas pruebas siempre se destacan. La teología de la gloria lamentablemente no pasa esas tres pruebas. La teología de la gloria tiene su centro en nosotros, en lo que hemos hecho o en cómo nos sentimos. La teología de la cruz, sin embargo, tiene las Escrituras en su inicio, centro y final. Se enfoca sólo en Cristo como Salvador. Y ya que la salvación es solamente de él, no hay nada en ello sino consuelo, paz y gozo para el pecador que confiesa.

Siguiendo ese precedente y esa preocupación, podemos demostrar el marcado contraste entre la teología de la cruz y la teología de la gloria de esta manera:

Teología de la cruz ╬	**Teología de la gloria**

[8] Aun una lectura superficial de la Apología de la confesión de Augsburgo, Art. IV, debería satisfacer al lector respecto a que tal demostración de la sana doctrina según este estándar estaba en la mente de los confesores; con mayor frecuencia en el Art. IV, la primera se asume pero sin embargo con mucha frecuencia se menciona; las dos últimas se repiten una y otra vez. Una muestra de citas que ejemplifican esas pruebas de la sana doctrina en las Confesiones Luteranas incluye: AC XX pp. 34-36; Ap XII, pp. 179-180,182; XV, pp. 208,209,211; XX, p. 221s; FC SD III, p. 588; IV, p. 598-599; XI, pp. 675,676. Por supuesto, hay muchas otras referencias; éstas se mencionan solamente para indicar cuán en serio estaban los confesores con respecto a esas pruebas de la sana doctrina.

No soy nada y todas mis obras son pecados. Cristo lo es todo, y en su obra en la cruz ganó el perdón por *todas* mis obras. Ya que mi salvación es completamente obra de Cristo, ya estoy seguro de mi salvación.	Tal vez no sea mucho, pero al menos creo y no he hecho esto o lo otro. Cristo es Dios cuya muerte ha hecho mi salvación *posible*. Haré lo mejor que pueda y espero que sea suficiente en el día del juicio.

No se podría poner de una forma más clara que en las palabras de san Pablo en Romanos 5:1, 2: "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios". Note que no hay nada tentativo acerca de ello; no es una justificación simplemente hecha posible, una justificación que necesita ser completada con mis obras o aun con mi fe. Porque la fe *recibe* la obra consumada de Cristo; la fe no la causa. Es la justificación ya lograda y una salvación hecha completamente nuestra sólo por la fe. Note que Dios hace todo y por lo tanto recibe toda la gloria. ¡Nosotros no hacemos sino recibir, y por lo tanto lo que tenemos es seguro! Si todo en nuestra justificación dependiera de nosotros, si la mínima parte de nuestra salvación tuviera que venir de nosotros, entonces todo sería duda y desesperación. Ah, pero todo es de Cristo, todo consumado en la cruz, todo por lo tanto cierto y seguro.

Por si acaso alguien no entiende, el apóstol repite el mismo pensamiento en Romanos 8:1, mientras sigue hablando sobre la vida cristiana bajo la cruz, el debate que comenzó en el capítulo 5. En 8:1-3 declara: "Por lo tanto, ya no hay ninguna condenación para los que están unidos a Cristo Jesús… En efecto, la ley no pudo liberarnos porque la naturaleza pecaminosa anuló su poder; por eso Dios envió a su propio Hijo en condición semejante a nuestra condición de pecadores, para que se ofreciera en sacrificio por el pecado" (NVI). La Biblia lo dice y, por lo tanto, lo creemos: Nuestra salvación es totalmente obra de Cristo en la cruz, dada a nosotros por medio de la sola fe.

Dios salva sólo por medio de la gloria oculta de la cruz

Observe también que quien busca una teología de la gloria, a la larga no tiene ningún consuelo. Parece tan reconfortante a primera vista, porque le da algo de sentido de respetabilidad al hombre caído, algo de orgullo a pesar de sus pecados. Pero todo es una ilusión que produjo la serpiente, idolatría de la peor clase y falta de fe de principio a fin. Porque la fe tiene sus raíces en todo el contenido de la palabra. La teología de la gloria le da la espalda a la palabra y prefiere la vista, la razón o el sentimiento del momento. La fe que viene de la palabra sólo quiere ensalzar a Cristo. La fe real no se "autocontempla", no se mira a sí misma ni dentro de sí misma para obtener esperanza y consuelo. Mira fuera del yo, a Cristo, a su cruz, su mérito, la gracia, la promesa del evangelio. La teología de la gloria

insiste al menos en algún mérito para el yo caído. ¿Pero cómo puede haber un consuelo sincero para el pecador si se aferra a sus propias obras para su seguridad? Porque nunca puede saber si ha hecho lo suficiente, si ha terminado lo que Cristo sólo podría comenzar.

La teología de la gloria es una fórmula para la desesperación cuando es realista, para la arrogancia cuando no lo es; no tienen nada que ver con la fe ni la desesperación ni la arrogancia; ni la una ni la otra da la gloria a Cristo; no traen consuelo real al pecador. ¡Pero la fe obtiene todo su consuelo de Cristo, de su obra y su palabra; por lo tanto, el consuelo es real, seguro, cierto y verdadero! Porque Cristo y su palabra nunca mienten y nunca fallan. Y esta fe, que recibe todo de la cruz en la palabra, se deleita nada más en dar toda la gloria a Cristo en la cruz por la salvación que fluye perfecta y constantemente de la cruz.

Que Dios siga como él lo desee, con su gloria oculta en la cruz. Que haga lo que desee, que se revele y se dé a sí mismo en la humildad del pesebre, de la cruz, de la palabra, de los sacramentos. Porque lo que a él le ha agradado hacer, revelar y dar en lo oculto en la cruz es nuestra salvación, nuestra fe, nuestra paz, nuestro gozo, nuestra vida y vida eterna. No nos gustaría que fuera de ninguna otra manera. Debemos decirle: ¡*Amén*!

Por lo tanto, Dios tiene dos clases diferentes de gloria. Hay la gloria que es suya en sus actos poderosos en la naturaleza. Hay la gloria que es suya en la sabiduría de la palabra, que aun los paganos poseen en cierta medida y la cual es útil para nuestra vida aquí en la tierra. Hay la gloria que es suya aun en las obras que los hombres hacen por bondad o compasión o por amor unos a otros; sin esas obras, la vida familiar y la misma sociedad sin duda colapsarían. A decir verdad, todas las religiones ideadas humanamente ponen toda la atención en la gloria exterior, la gloria de Dios en la naturaleza, en la razón, en las obras y logros humanos, o por lo menos en el potencial y las posibilidades humanos. Pero Dios no se da a sí mismo, no salva, por medio de nada de eso.

¡Y gracias a Dios por ello! Si él nos salvara sólo por medio de sus actos poderosos en la naturaleza, siempre huiríamos aterrorizados de él con buena razón y no nos salvaríamos ahora ni nunca. Si salvara por medio del genio de la razón humana, ¿dónde quedaría el niño, el torpe y el no tan brillante entre nosotros? Realmente, ¿quién podría acercarse a él en toda la brillantez que abarca toda su mente? Nadie podría ser salvo. Si salvara por medio de la bondad del hombre, ¿qué habría para todos nosotros sino desesperación? Porque, ¿qué bondad puede aproximarse a la bondad que es Dios en su esencia?

Así que nos salva por medio de otra clase de gloria, la gloria que está oculta. Él se revela y se da a sí mismo, y salva por medio del niño en el pesebre. Nadie huirá de *él* despavorido. Nos salva por medio del hombre de dolores en la cruz. Nadie temerá a un Dios débil e indefenso. Salva por medio del evangelio en la Biblia, por medio del evangelio en el agua del bautismo, por medio del evangelio con el pan y el vino en la Cena de su cuerpo y su sangre. ¿Quién tiene miedo de esos medios en los que Dios se revela y se da a sí mismo, y salva? Y salva tan completamente que olvida todo en nosotros y nos da todo en él. Así que nadie debe

temer que no haya hecho su parte; porque nuestra parte es recibir. Nadie debe temer que sus obras no sean suficientes, porque sólo la obra de *Cristo* salva. Nadie debe temer que su pecado sea demasiado grande; porque el sacrificio de Dios es más grande que el pecado de todo el mundo. Nadie debe temer que su fe sea demasiado pequeña, porque el gemido de la desesperación del yo y el *Amén* a él es la fe que salva; esa fe no es una cantidad que sea medida, sino un don recibido en la promesa del Dios que no nos mentiría.

No es demasiado decir que la gloria escondida es tan grande que *tiene que* estar oculta. Porque en nuestro estado caído, no soportaríamos esa gloria incomparable de Dios en toda su plenitud. Por lo menos en parte, eso es lo que san Pablo tiene en mente en 2 Corintios 3. La gloria de Dios en la Ley de Moisés era visible. Era tan gloriosa que Moisés tuvo que ocultar su rostro después de hablar con Dios, para que la gente no huyera aterrorizada. ¿Si esa gloria era gloriosa, una gloria que no sólo trajo terror sino hasta muerte, entonces cuánto más gloriosa es la gloria que trae vida y salvación? ¡Tal es la gloria del evangelio!

Aquellos que proclaman el evangelio comparten su gloria. Pero es una gloria que está oculta en las palabras humildes de la Biblia y en los actos humildes de los sacramentos. Está oculta en la humildad de los hombres que están de pie ante él en el altar y proclaman para él en el púlpito de él. Está oculta en el simple testimonio cristiano del esposo, la esposa, el niño, el amigo y el vecino. Oculta, la recibimos. Oculta, recibimos su beneficio salvador. Oculta, la comunicamos.

6
El Dios oculto en el cristiano

Dios ocultó su gloria en el Cristo que estaba acostado en el humilde pesebre. La ocultó en el Cristo que sufrió en la cruz. Sólo se revela y se da a sí mismo en el Cristo cuya gloria está velada. Y nos salva al dar a Cristo con la gloria velada. Todo sucede por medio del evangelio en la humilde palabra y en los humildes sacramentos. Cuando el Dios oculto se revela a sí mismo a nosotros en el evangelio, se da a sí mismo por medio del evangelio. Y donde Dios se da a sí mismo a nosotros, también da su gloria, la gloria que todavía está oculta bajo la cruz. La gloria del cristiano es tan real como la gloria de Cristo —y está igual de oculta.

Piense por un momento nuevamente en el marcado contraste en Cristo, el contraste entre lo que es y lo que se ve. Desde el momento de su concepción, Cristo es el Dios hombre, todopoderoso, que todo lo sabe, presente en todas partes, sin ningún límite impuesto en él por el tiempo o espacio. Pero oculta todo eso en un cuerpo que parece muy ordinario, muy limitado, que puede hasta morir.

¿Entonces qué hay del cristiano? ¿Qué es real pero está oculto, y qué se ve? La lista de cosas reales pero ocultas es larga e inconcebible. Pero tan profundas son las cosas reales ocultas que con frecuencia no nos damos cuenta de ellas y nunca estamos agradecidos debidamente por ellas o gozosos por poseerlas. ¿Y por qué es eso? Precisamente porque están ocultas en la debilidad y en la humildad bajo la cruz. Cuando miramos a Cristo, vemos la cruz. Su gloria está velada. Cuando nos vemos a nosotros mismos, vemos la cruz. La gloria está oculta. En este capítulo examinaremos las realidades y la cruz que las oculta.

La realidad de quiénes somos

Considere primero la realidad. Podemos comenzar donde san Pablo empezó en la mayoría de sus epístolas. ¿Cómo se dirige a aquellos a quienes está escribiendo? Empieza con palabras como éstas: “A todos los que estáis en Roma, amados de Dios y llamados a ser santos” (Ro 1:7); “a la iglesia de Dios que está en Corinto, a los santificados” (1 Co 1:2); “a la iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que están en toda Acaya” (2 Co 1:1); “a los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso” (Ef 1:1); “siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos” (Flp 1:1); “a los santos y fieles

hermanos en Cristo que están en Colosas" (Col 1:2); "a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo" (1 Ts 1:1).

¿Cuál es una gran realidad que vincula todos esos tratamientos juntos? ¡Es esta realidad fundamental de que está escribiendo a *santos*! Los creyentes son eso, santos. Son gente santa. Sus pecados han sido perdonados, así que desde el punto de vista de Dios son perfectos debido a Cristo y el perdón que les ha dado en el evangelio, dado a ellos en la fe. Por el bautismo han sido lavados completamente (Ro 6:1-4; Ef 5:25-27, et al.), así que ante él cada creyente es intachable, inocente, vestido con la justicia de Cristo mismo, sepultado con él, resucitado con él. Por amor a Cristo cada uno es un hijo amado de Dios, heredero y coheredero con Cristo de la vida eterna y santidad. Sí, aun ahora Cristo gobierna todas las cosas en el cielo y en la tierra en beneficio de ellos. En cuanto a Dios, cada uno de los elegidos ya vive para siempre y gobierna con Cristo en lugares celestiales. Porque Cristo no ha abandonado su iglesia. Donde está la cabeza, allí debe estar el cuerpo. ¡Vive! ¡Reina! Y hace todo en beneficio de los santos que son lavados en su sangre (Ef 1, esp. también 2:6, 7; Ro 8:37-39). Ésa es la realidad. Así nos ve Dios. Así son las cosas en realidad con nosotros.

Las repercusiones de esa realidad en nuestra actitud hacia nosotros mismos

La realidad de nuestro estatus como santos e hijos de Dios tiene o debe tener profundas repercusiones en nuestra vida aquí en la tierra. Ante todo, debe tener repercusiones profundas en cómo pensamos acerca de nosotros mismos como individuos. Si se es joven o anciano, rico o pobre, saludable y activo o está enfermo y postrado en cama, ningún cristiano tiene motivos para ser arrogante y santurrón. Y ningún cristiano tiene ningún motivo tampoco para estar deprimido y desesperado. [9]

¿Cómo es posible que seamos arrogantes y santurrones cuando nos vemos a nosotros mismos como Dios nos ve, cuando reconocemos la realidad? El que seamos santos, personas santas, es completamente don de Dios en Cristo, que nos da por la fe por medio de la palabra y los sacramentos. San Pablo nos recuerda que no hay motivo para jactarnos cuando todo lo que somos, tenemos y esperamos ser en el tiempo y en la eternidad es un don misericordioso de un Dios bondadoso, comprado sólo con la sangre de Cristo (Ro 3:27; 1 Co 1:26-31; ver también 1 P 4:10, 11).

Del mismo modo, ¿cómo podríamos estar deprimidos o desesperados? *Somos santos, hijos de Dios, herederos de la vida eterna, aquellos para cuyo beneficio Cristo gobierna sobre*

[9] No estamos hablando aquí de aquellos que son diagnosticados como clínicamente deprimidos, deprimidos como resultado de algún desequilibrio aparente en la química de sus cuerpos que afecta el desequilibrio de sus mentes.

todas las cosas —ésa es la realidad. ¿Por qué estar deprimidos? La experiencia, la razón, las emociones nuestras pueden tener sólo el conocimiento más ligero de esta realidad, a veces puede tener problemas para percibirlo. Pero Dios no miente. Que lo hayamos visto o no, entendido o no, sentido o no, nuestros únicos problemas reales todos han sido resueltos; el pecado es perdonado, la muerte es tragada en la victoria, el infierno está vencido. Entonces nuevamente, ¿por qué estar deprimidos? Cualesquiera de los otros problemas, sean que resulten de mis propios pecados o de alguien más, a su debido tiempo también serán resueltos para mi bien y para la gloria de Cristo. Ésa es su promesa (Ro 8; Mt 28:18-20; Jn 14–15).

Y en cuanto a desesperarse por los pecados pasados, ¿qué motivo hay para eso? Todos nuestros pecados fueron pagados el Viernes Santo y lavados en el bautismo. ¿O realmente queremos pensar que nuestro pecado puede ser mayor que Cristo y su mérito? ¡Que nadie piense de esa forma tan necia! ¡Que nadie piense con esa ingratitud! Si Cristo conquistó la muerte y el diablo, y lo hizo, entonces cuando me dice que triunfó aun sobre *mi* pecado, simplemente le creeré a él y su palabra y estaré muy agradecido porque Dios nunca miente.

En lugar de arrogancia y santurronería, en lugar de depresión y desesperación, el cristiano tiene motivos para regocijarse más allá de toda medida debido a la realidad de su estatus. El cristiano es santo e hijo de Dios, hermano o hermana de Cristo y heredero de la vida eterna. El que el cristiano piense que su vida no tiene significado o es insignificante o de alguna forma superficial queda descartado por el estatus que Cristo ganó y que el Espíritu Santo da en la palabra y los sacramentos. Eso no puede recibir demasiado énfasis. Ese estatus es la realidad. No es un estatus que todavía se tenga que ganar o alcanzar. No es un estatus que simplemente tenga potencial, una posibilidad solamente ganada por el mejor de nosotros y sin ser real hasta que lleguemos al cielo. No, es nuestro por la fe en él, quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. ¡Es nuestro ahora mismo!

Las repercusiones de esa realidad en la vida que llevamos unos con otros

Esa realidad tiene repercusiones tanto en la actitud que tenemos hacia nuestra vida como en la vida que llevamos unos con otros. Porque lo que es real en mi estatus es igualmente real en los compañeros creyentes. A pesar de que no puedo ver la fe que hay en los demás, ver por lo tanto su santidad perfectamente, puedo oír que confiesan su fe. Y confío en sus palabras. Si no están viviendo en pecado abierto y no están defendiendo su pecado, veo a mis compañeros cristianos que confiesan así como Dios mira a todos sus creyentes. ¿Y entonces qué clase de relación tendremos unos con otros? Somos hermanos y hermanas en Cristo. Somos uno en él, ya que Cristo vive en cada uno de nosotros, vive en cada uno no como un porcentaje o un fragmento, sino total y completamente. Usted es alguien por quien Cristo murió y resucitó y yo también. Por usted, y no menos por mí, él controla todas las cosas en el cielo y en la tierra.

¡Si tan solo pudiera tener presente esa realidad, cuánto respeto, cuánta dignidad, cuánto honor tendría usted ante mis ojos! Jamás se me ocurriría utilizarlo o aprovecharme de usted para mis propios fines. Ni pensaría en herirlo o hacerle daño. No puedo imaginar hablar mal de usted o insultarlo. Lo que más deseo es esto: amarlo y servirlo. Porque al amarlo y servirlo, amo y sirvo a Cristo, que vive en usted (Mt 25:40). Si está triste o deprimido, quiero animarlo recordándole la realidad de su estatus y de mi amor por usted y mis ansias por servirlo. Si está necesitado, es un honor para mí poder ayudarlo de cualquier manera que pueda; porque al ayudarlo, me acerco tanto como puedo a darle al niño Jesús una cobija para el frío de la noche de Judea. Al servirlo, me limpio la frente torturada camino a la cruz. Aun si está equivocado, si ha caído en pecado o hasta en el fariseísmo, sólo puedo suspirar hasta que haya hecho todo lo que pueda para volverlo al amor y la gracia y la misericordia de Cristo.

¿Y qué tal aquellos que no están en la familia de la fe? Ellos también tienen un estatus real ante Dios. Están perdidos. Están condenados. Son herederos de la muerte y del infierno. Ésa es una trágica realidad debido a que rechazan la gracia de él, a su Cristo, a la cruz de él. Pero al mismo tiempo, Dios los ama. Al mismo tiempo, es también verdad que Cristo murió por ellos. Puesto que conozco amabas realidades, vivo en un constante conocimiento de la necesidad que tienen y la posibilidad de que yo podría ayudarlos en esa necesidad. Puedo ser un espejo del amor de Cristo, con la oración de que se acerquen a su palabra por lo que ven en mí (Mt 5:13-16; Gl 6:1-10). Puedo buscar las oportunidades para compartir las buenas nuevas de salvación con ellos, para que el Espíritu Santo tenga la oportunidad de obrar en ellos como ha obrado en mí. Tal vez no pueda hacerlo tan frecuentemente como me gustaría. Puede que tenga éxito o puede que no. Tal vez no sea lo suficiente audaz o perceptivo para decir todo lo que sé o me gustaría decir. Tal vez algunas veces no pueda hacer nada más que ser como Felipe, cuando comenzó a compartir al Salvador con Natanael; Felipe simplemente dijo: “Ven y ve” (Jn 1:46). Sea como sea, la realidad de mi estatus como santo redimido e hijo de Dios le da forma a mi vida con ellos. El conocimiento que tengo de la realidad de la necesidad desesperada que tienen determina mi objetivo fundamental en la vida con ellos.

Lo primordial de esas realidades es que como cristiano mi meta es presentar toda mi vida a Dios como un sacrificio vivo, seguro de su misericordia y gracia, contento de servirle a él y a mi prójimo (Ro 12; 1 Co 12–13; Flp 4:4-7). Mi corazón se regocija, y mi vida refleja ese regocijo. La codicia es extraña. Porque, ¿cómo puede alguien que lo posee todo codiciar algo? No se me ocurre conspirar para vengarme de alguien que me hirió. Porque ¿cómo puede aquel cuyo hermano es Cristo quien gobierna el mundo ocuparse de una venganza mezquina? Mi corazón no se siente atemorizado. Porque Dios me ha dado el cielo en Cristo y gobierna todas las cosas para llevarme a esa meta comprada a precio de sangre. Las murmuraciones y los chismes insignificantes jamás encuentran una plataforma de lanzamiento en mi lengua. Porque la lengua la uso para alabar a Dios y dar a conocer su salvación; que esté muy lejos de mí llegar a usarla para la maldad y la perversidad (Stg 3:9-12).

La realidad está oculta bajo la cruz

¡Qué maravillosas realidades! Son tan reales como la gloria de Cristo en la eternidad y tan reales como lo era su gloria aun cuando estaba oculta en la humildad del pesebre y en la ignominia de la cruz. Ah, allí vamos otra vez: Como la gloria de Cristo está oculta en la humildad y en la cruz, así también esta gloria del cristiano, real como lo es, permanece oculta en la humildad y bajo la cruz.

Y así es como Dios lo ha dispuesto y ha querido. San Pablo nos da un excelente ejemplo tanto de la gloria como de lo oculto en las epístolas a los corintios. Al mismo tiempo, nos muestra el porqué de lo oculto. Los cristianos de Corinto no apreciaron lo velado de Dios, lo oculto de su gloria bajo la humilde cruz. Querían la gloria, la gloria que pudieran ver y experimentar y sentir por fuera. Buscando el evangelio maravilloso por fuera, muchos de ellos empezaron a despreciar a Pablo, a ese apóstol que se veía tan humilde. Querían a un apóstol estupendo. Él parecía muy débil, muy frágil, muy limitado para que se fijaran mucho en él. A ellos les hubiera gustado alguien más digno de admiración en apariencia o al presentar el evangelio.

Pablo les contesta con el mensaje de que la gloria de Dios está oculta, oculta no sólo en Cristo en la cruz sino también en la humildad de la iglesia bajo la cruz. Está oculta en la humildad de sus mensajeros y luego en la humildad de sus miembros. Lea las epístolas a los corintios. Pablo lo dice en una docena de formas diferentes. Les recuerda, y a nosotros también, que el mensaje a primera vista es locura (1 Co 1) y que la sabiduría humana no puede hacer nada sino reírse del evangelio. Porque, ¿cómo podría Dios convertirse en hombre y luego sufrir y morir en una cruz? ¿Cómo podría haber algo allí sino debilidad? La predicación de la salvación por la fe en el crucificado parecería ser una insensatez. Sin embargo, ésa es la única predicación que tiene el poder de Dios para salvar.

Aun así, en sus mejores días los mensajeros que Dios llamó llevan la gloria, el poder y la salvación del evangelio en ellos mismos como en vasos de barro frágiles, rompibles, intrínsecamente débiles y sin ningún valor (2 Co 4). Todo su valor está encubierto en ellos. Toda la gloria de ellos y la salvación que traen están de la misma manera en esa debilidad y bajo esa debilidad, esa precariedad, esa apariencia externa de que no tienen valor.

¿Qué hay de aquellos a quienes se les predica la locura de la cruz? ¿Qué más tienen, sino pecado y vergüenza, antes de que la oigan? No saben nada de la salvación aparte de ese mensaje y del Espíritu que lo hace sabiduría y salvación en el oyente (1 Co 2). Pero aun después de que oyen y reciben el mensaje y su beneficio, allí permanece un abismo entre su confesión de fe y su vida de fe; allí permanece tanta debilidad y fragilidad por todos lados aun en el mejor de los santos.

Porque la gloria tanto de Dios como de su iglesia está oculta, lo que parece espléndido por fuera, tan santo y tan divino, debe inmediatamente parecerme sospechoso. Lutero tiene un

tema recurrente en la Disputación de Heidelberg, como ya lo hemos observado. El esplendor del papado, de los monjes y las monjas, la gloria de Roma —todo parece muy santo por fuera. Los grandes monasterios y conventos dedicados a los santos y mártires todos parecen decir: *¡Allí es donde está Dios, donde se debe encontrar a Dios!* Pero todo eso es diabólico, una mentira, un engaño, cuando se ve como mérito del hombre ante Dios, como prueba de que la doctrina es sana porque la vida parece tan santa por fuera.

Lutero dice lo mismo acerca de los *Schwärmer*, los *Rottengeister*. Eran los fanáticos de su tiempo que despreciaron la palabra escrita de Dios a favor de sus propios sueños y de su supuesto conducto directo al Espíritu Santo por medio de sus meditaciones y oraciones. Era pura emoción. Era puro entusiasmo. Pero a la gente le gusta todo eso. Parece santo. Se ve tan "lleno del Espíritu". Pero las emociones y el entusiasmo tomaron el lugar del amor por la palabra escrita; pusieron al hombre en vez de a Cristo otra vez en el centro, igual como el hombre estaba en el centro en el papado. De hecho, Lutero dijo que el papa es el peor *Schwärmer* de todos, ya que alega tener toda la verdad oculta dentro del santuario de su propio corazón.[10]

Ya sea que estuviera hablando del papado o de los nuevos profetas autoproclamados, dijo que todos ellos tenían esto en común: Por fuera todos parecían muy santos, muy llenos del Espíritu, muy piadosos. Pero también tenían esto en común: Rechazaron la cruz a favor de la gloria exterior; no estaban tan interesados en la obra de Cristo por nosotros como lo estaban en sus obras para Cristo. Y así con celo y una sinceridad separada de la cruz, negaron el corazón y el centro del evangelio. Hicieron que la gente confiara en sus propias obras, en su propia santidad, sí, en la aparente gloria lograda por el *yo* caído. En efecto, sobre ellos debía caer la condenación expresada por san Pablo en Gálatas 1:8: "Pero si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anuncia un evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema".

El motivo de por qué la gloria del cristiano debe permanecer oculta

¿Pero por qué tiene que estar encubierta la gloria de Dios bajo la debilidad y la humildad, bajo la cruz? ¿Por qué tiene que ser de esa manera, no sólo para Cristo sino también para su iglesia, para cada uno de los cristianos? Pablo se pone como ejemplo en sus epístolas. Nos muestra el asunto con especial brillantez en 2 Corintios 10–12. Allí compara de una forma muy marcada la realidad oculta con lo que se ve. ¿Cuál era la realidad para Pablo? Era un apóstol, escogido por Cristo el Señor resucitado. Se le dio el mensaje del evangelio que había obrado poderosamente en miles que llegaron a la fe por medio de su predicación y enseñanza.

---

[10] Para aquellos que hayan olvidado un poco el alemán: un *Schwärmer* es alguien que es pura emoción, puro entusiasmo, pero en el fondo con poca sustancia; la palabra viene del verbo *schwärmen*, que es el zumbido de las abejas en el enjambre, que parecen no tener nada sino energía y entusiasmo, sin una meta o dirección. Los *Rottengeister* eran personas con el espíritu de una turba, con emociones que incitaban al frenesí, que inducía aun a la violencia, sin ningún sentido, debido a que imaginaron que el Espíritu los movía.

Era, y lo sabía, un vaso especial escogido de la gracia y la misericordia de Dios para el mundo caído. Lo instruyó el mismo Cristo resucitado (Gl 1:12). Incluso tuvo la bendición de que fue arrebatado hasta el cielo mientras todavía vivía aquí en la tierra (2 Co 12:1-4). ¿Podría un hombre tener un honor mayor que el que tuvo Pablo?

Pero con todo ese honor y gloria había además un problema potencial. ¿Qué tal si a Pablo se le subía la gloria a la cabeza y se enorgullecía? ¿Qué tal si comenzaba a pensar que los dones y la gloria recibidos no eran para consolarlo en todos sus problemas y para servir, sino más bien eran pruebas de su propia superioridad personal? Sí, ¿y qué tal si era bendecido aparentemente con tal elocuencia, tal sabiduría mundana, tal encanto y atracción personal que la gente viniera al evangelio debido a que Pablo parecía tan estupendo? ¿Entonces qué? ¿Dónde estaría la gloria de Dios? ¿Dónde estaría la alabanza a Cristo? ¿Dónde estaría el poder, el poder milagroso del evangelio para crear la fe, si la fe parecía tan razonable y sus predicadores tan irresistibles?

¡Precisamente para frustrar esas tentaciones y posibilidades diabólicas Pablo recibió, *como don de gracia*, un aguijón en la carne que lo atormentara (2 Co 12:7-9)! Como ya observamos en el capítulo 2, no sabemos y no necesitamos saber cuál era ese aguijón. El punto es que era un recordatorio constante y doloroso para Pablo de que toda la gloria le pertenece a Dios y ninguna a Pablo. Era un recordatorio constante y doloroso de que cada éxito lo lograba el evangelio, no Pablo personalmente. Fue una herramienta constante y eficaz para golpear la carne pecadora, que siempre quiere la gloria externa y siempre quiere llevarse el mérito de cualquier cosa positiva y no quiere otra cosa sino deleitarse sólo en el *yo*.

Pero también era para beneficio de los corintios que la cruz de Pablo, su debilidad y humildad, debía verse. En eso, Pablo fue imitador de Cristo, cuya debilidad se manifestaba ante todos para que la vieran y cuya gloria estaba velada en la cruz. Por otra parte, puesto que la debilidad de Pablo era obvia, nadie podía decir que la fe de los corintios era resultado lógico de tan poderoso, tan eficaz, tan encantador y afable predicador como Pablo. ¡No, la fe de ellos sólo podía haber sido resultado del mensaje del Cristo crucificado! ¡A Cristo y su palabra sola le pertenece la gloria! ¡Nada de eso le pertenece al hombre —no al pastor, ni siquiera al apóstol! Nada de eso le pertenece a quien lo cree tampoco. Todo es obra milagrosa del Espíritu Santo por medio de la humilde palabra. Es la palabra del crucificado. Es una palabra proclamada por hombres completamente frágiles y nada espectaculares. Es una palabra recibida y creída por vasos de barro caídos y con frecuencia rotos.

De este modo, en gracia, en amor, en misericordia, Cristo oculta su gloria en la iglesia, la encubre bajo la debilidad y humildad tanto en el predicador como en el oyente, la oculta bajo la cruz. Porque si fuera de otra manera, la carne pecadora se aprovecharía y se vanagloriaría. La carne pensaría que tenía razón para confiar en el *yo* y volvería a la adoración del *yo*. Entonces, ¿qué vemos por todas partes, por todos lados? Los santos tienen defectos propios y faltas propias. Tienen tentaciones y pecados que los atormentan y representan un obstáculo y un tropiezo tanto para ellos mismos como para aquellos que esperan que los cristianos sean

mejores de lo que ellos son. Todo es cruz. Todo es debilidad. Todo es gloria que está tan velada como estaba velada la gloria de Cristo en el pesebre y la gloria de Cristo el Viernes Santo.

Así las dos realidades existen una al lado de la otra. Por un lado, está la gloria de que ya somos hijos de Dios, herederos con Cristo, santos. Por el otro, la realidad está oculta bajo la debilidad y la fragilidad, bajo la cruz que está en nosotros y alrededor de nosotros. Las tentaciones constantes y recurrentes oscurecen y borran el halo en mi cabeza. Los pecados y los defectos de los santos que me rodean esconden de mis ojos su gloria como herederos perdonados de la luz y la vida eterna.

Demostramos nuestra propia debilidad en comparaciones

Sí, y todo es muy tentador para mí para enfocarme en los defectos de los que me rodean. Mi propia carne no quiere negar el *yo*, y por cierto no quiere negar el *yo* a favor de personas como estas hermanas y estos hermanos caídos que me rodean. Si me enfoco nada más en lo que veo, puedo hasta convencerme de que soy mejor que ellos. ¡Y ya que soy mejor o más santo que ellos, tiene todo el sentido del mundo que ellos deban servirme, y tiene poco o no tiene ningún sentido que yo deba servirlos a ellos!

Una vez que me haya convencido de que realmente soy mejor que ellos, sólo hay un paso para convencerme también de que mis pecados no necesitan arrepentimiento. Y puesto que mis pecados no son del todo malos, ¿por qué luchar contra ellos? Después de todo, en el fondo soy un santo; tengo el evangelio puro. Que aquellas personas, cuyos defectos y pecados obviamente son tan grandes, se arrepientan y luchen. No necesito molestarme con eso, al menos no ahora. C. F. W. Walter observa eso con su elocuencia especial. Dice:

> En efecto, entre más pura, correcta y abundantemente el evangelio de Cristo y su gracia se prediquen, mucho más seguros, descuidados y audaces se vuelven muchos en sus pecados… O piensan que todavía pueden presentarse en la gracia con todos los pecados que aún los controlan, puesto que todavía creen en Cristo, o piensan que cuando la muerte un día les toque a la puerta, entonces rápidamente querrán suspirar por la gracia, y entonces Dios desde luego los recibirá en la gracia como recibió al ladrón en la cruz. (Sermón para el noveno domingo después de la Trinidad sobre el texto, 1 Co 10:6-13, *Epistel Postille*, p. 330.)

Tales pensamientos no son desconocidos para ningún cristiano. Su mera presencia debe ser toda la prueba que necesitamos de que todavía nos falta mucho para una perfecta negación del *yo*. De la misma manera, sólo demuestran que nuestra única necesidad real es la necesidad constante y desesperada del evangelio de la misericordia y de la gracia en Cristo.

El equilibrio entre la realidad que está oculta y la cruz que es obvia

No puede haber duda acerca de esto: La realidad está oculta muy profundamente, la realidad de que somos santos, coherederos con Cristo, amados hijos del Dios santo, quien nos hizo santos con su sangre. Pero lo que se ve y lo que es demasiado aparente es la debilidad y el pecado, el fracaso y la lucha, en una palabra: la cruz. Tan aparente, tan cegadora es la cruz que la gloria oculta muy dentro se puede fácilmente olvidar. Y ése puede ser un problema. Porque cuando la gloria velada en ella se olvida, el propósito de la cruz se pierde de la misma manera. Debe haber un equilibrio entre las dos —la gloria oculta y la cruz evidente.

Dios usa las dos realidades, la de la gloria oculta y la debilidad evidente y obvia, para cumplir sus propósitos con nosotros y en nosotros. En su palabra, nos recuerda repetidamente la realidad de nuestro estado glorioso. Porque el recordatorio constante de nuestro estado impide que nos desesperemos. Ese estado de hijos, de herederos, de santos está seguro ya que solamente Cristo lo ha ganado para nosotros.

Pero si nos enfocamos sólo en ese estado, podríamos caer presas del orgullo. Y así la debilidad obvia que vemos y sentimos, las tentaciones, la culpa recurrente y hasta las dudas están establecidas al otro lado; nos ayudan a luchar contra el orgullo y la arrogancia. Hacen que nos pongamos de rodillas una y otra vez. Hacen que cada día el susurro de *Señor, ten misericordia* brote desde lo más recóndito de nuestro corazón y de nuestra alma.

Lutero resumió ese equilibrio entre nuestro estatus como santos bajo la cruz en una sola frase: ¡*Simul justus et peccator*! "¡Al mismo tiempo santos y pecadores." Eso es, santos, hasta donde le concierne a Dios en virtud del mérito de Cristo y el perdón dado completa y gratuitamente en la palabra y los sacramentos —y pecador— hasta donde puedo ver en mi experiencia diaria, mi lucha diaria contra el diablo, el mundo y mi propia carne pecadora, que siempre parecen estar a punto de ganar la batalla y llevarme a la desesperación, al pecado, a la vergüenza y al vicio.

La palabra es la clave para encontrar el equilibrio correcto

Debido a la necesidad de este equilibrio entre la gloria escondida en nuestro estado ante Dios y la cruz obvia en nuestra experiencia cotidiana, la palabra debe ser nuestra compañera indispensable y constante. Porque es en la palabra que la realidad se graba en nuestro pecho. Es la palabra la que nos asegura y nos convence de nuestro estado bendecido. Y en la palabra se nos da en gran medida la fortaleza para triunfar bajo la cruz. Separarnos de la palabra, por lo tanto, es suicidio espiritual. Sí, en la medida en que no permitimos que la palabra sea nuestra compañera constante, en que olvidamos la gloria de nuestro estado; en esa medida también, cortamos nosotros mismos la única fuente de fortaleza que tenemos para llevar la cruz en la forma en que Dios quiere que la llevemos. No nos sorprende que tantos caigan junto al camino, cuando el contacto que tienen con la palabra es irregular y esporádico. Eso

es exactamente lo que Jesús advirtió que pasaría en la parábola del sembrador y la semilla (Mc 4) y en tantas otras parábolas que se centran en la palabra como la fuente de vida en el reino de Dios.

Compartimos lo oculto y lo obvio con todos los santos de la antigüedad

La experiencia que tenemos de ser santos y pecadores que somos preservados vivos y en el reino de Dios sólo por medio del poder de la palabra es la experiencia común de todos los santos-pecadores que nos han precedido. El escritor de la epístola a los Hebreos nos presenta el ejemplo de los grandes santos del Antiguo Testamento. Después de describir la fe de ellos en medio de los sufrimientos (capítulo 11), escribe: "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro *tan grande nube de testigos*, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante" (12:1). Dios ocultó su gloria en la nube durante el éxodo. La veló en sus grandes apariciones en la dedicación del tabernáculo y luego en el templo. Y encubrió su gloria también en la gran nube de testigos. Piense por un momento en esa gran nube cuyos mejores ejemplos el escritor menciona en el capítulo 11. Su gloria está oculta como en una nube.

Con tanta frecuencia esos grandes santos parecieron como unos perdedores. La Biblia nos deja el registro no sólo de su santidad, sino también de sus fracasos aparentes y los pecados que mostraron la necesidad que tenían del Salvador. Noé fue un gran santo. Durante 120 años predicó la palabra de Dios y no se desesperó a pesar de que casi nadie le puso ninguna atención. Pero Noé fue un pecador también. Después de que Dios cumplió su promesa de salvar la iglesia enviando el diluvio, Noé se embriagó (Gn 9). Abraham fue un gran santo que dejó todo, confió sólo en la promesa del Salvador. Estuvo dispuesto hasta de sacrificar al hijo de la promesa, confiando en que Dios lo resucitaría. Pero también fue un pecador que presentó a su esposa como su hermana, porque tenía miedo y no confió en la promesa de Dios de protegerlo a él y a su familia. ¡Eso sucedió dos veces (Gn 12, 20)! ¿No aprendió nada de la primera vez que sucedió? Moisés fue un gran santo. Confiando en la promesa de Dios, guió a su pueblo durante 40 años por el desierto. Pero también fue un pecador que enojado desobedeció la palabra del Señor y por eso no se le permitió entrar a la tierra prometida (Nm 20).

Y la lista continúa. Cada uno en la gran nube de testigos es a la vez santo y pecador. Cada uno demostró su gozo en el estatus que tenía con Dios por la fe. Cada uno mostró además cuán necesario era que ese estado viniera completamente como un don de la gracia. Cada uno vivió por la fe en la promesa de la palabra de Dios, no por vista de su propia perfección. Así cada uno vivió bajo la cruz. Con tanta frecuencia parecen estar al borde de la destrucción. La gloria de ellos como herederos de la salvación y hasta como antepasados del propio Hijo de Dios está oculta en la debilidad y el dolor, en una calamidad tras otra, y finalmente en la misma muerte.

¿Qué pasa cuando la gloria se hace obvia y la cruz se oculta?

Así permanece como siempre ha sido. La iglesia en general y aun cada cristiano con frecuencia parece estar al borde de la destrucción. La realidad de la gloria está totalmente encubierta. Y así debe ser, para que Cristo y su palabra reciban toda la gloria para la conservación de la iglesia en general y la fe de cada cristiano en particular. De hecho, cuando todo va bien en la iglesia, cuando aparece totalmente gloriosa y atractiva por fuera, ha dejado de ser la iglesia, como Jesús nos lo recuerda (Lc 6:26). Por lo menos, va camino de la corrupción y del deterioro. Miren el ejemplo de la iglesia después de edificar el templo de Salomón. Todo iba tan bien que se convirtió en malo. Miren la iglesia cristiana a fines de las persecuciones y al comienzo de la legalización del cristianismo bajo Constantino en el siglo IV. Todo iba tan bien que se convirtió en malo. Y el caso podría repetirse en cada época de la iglesia.

El mismo lamentable paralelo existe con los individuos. Cuando las cosas van muy bien, están tentados a caer fácilmente en la pereza espiritual, en la corrupción y el deterioro. ¿Y por qué pasa eso? ¿Por qué es así para la iglesia? ¿Por qué pasa así con el individuo? Porque en nuestro estado caído con nuestra naturaleza todavía caída, todos pasamos fácilmente de ser fieles agradecidos del Dador a ser fieles idólatras de los dones externos y las pruebas materiales de la bondad y la generosidad de Dios.

Es la cruz de la pérdida la que recuerda a la iglesia en general y a cada uno de nosotros por separado, que siempre necesitamos desesperadamente la misericordia. Es la cruz de la tentación la que recuerda a la iglesia en general y a cada uno de nosotros por separado que, venga lo que venga, tenemos motivos para regocijarnos y dar gracias a Dios por su incomparable bondad. Nos envía cosas que nos hacen felices al instante y lo hace por amor a nosotros. Nos envía penas y pérdidas, que en el momento nos hacen llorar, pero que también son únicamente por amor a nosotros, para aumentar en nosotros la gratitud y la confianza en la promesa de la gloria que se encuentra bajo la cruz y se da únicamente bajo la cruz. Porque aun el último enemigo, la muerte, ha sido derrotado para nosotros con su muerte. Aun en el dolor y en la fealdad de la muerte, seguimos siendo hijos de Dios, herederos de la gloria con Cristo, santos.

Otra razón de por qué la gloria está oculta bajo la cruz

La Biblia nos da todavía otra buena razón de por qué Dios oculta su gloria en nosotros bajo la cruz. Pablo habla sobre ello en 2 Corintios. El que lleva una vida sin problemas y siempre está libre de las tentaciones o del dolor puede caer en la trampa del diablo de pensar que lo que tiene es realmente de él, para hacer lo que le parezca. No comprenderá que Dios da las bendiciones, incluyendo la bendición de la cruz, para que así podamos ser útiles y podamos servirnos unos a otros. Escuchen a Pablo, el apóstol que tenía todo pero lo tenía velado bajo

la cruz. Escuchen la descripción de Pablo del motivo detrás de los dones de Dios de los días de alegría y los de tristeza:

> Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, *para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación*, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios. Así como abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación. Pero si somos atribulados es para vuestra consolación y salvación; *o si somos consolados es para vuestra consolación y salvación, la cual se realiza en el sufrir las mismas aflicciones que nosotros también padecemos*. Y nuestra esperanza respecto de vosotros es firme, pues sabemos que *así como sois compañeros en las aflicciones, también lo sois en la consolación.*
>
> Hermanos, no queremos que ignoréis acerca de la tribulación que nos sobrevino en Asia, pues fuimos abrumados en gran manera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, *para que no confiáramos en nosotros mismos, sino en Dios* que resucita a los muertos. Él nos libró y nos libra y esperamos que aun *nos librará* de tan grave peligro de muerte. *Para ello contamos con vuestras oraciones a nuestro favor; y así, siendo muchos los que interceden por nosotros, también serán muchos los que darán gracias por el don concedido a nosotros* (2 Co 1:3-11).

Por supuesto, es evidente que Pablo no dice ninguna de estas cosas desde una torre de marfil, aislado en un claustro de la vida real, del dolor real o del sufrimiento. Lucas, el compañero de Pablo en algunos viajes, nos dice en el libro de Hechos acerca de tantos problemas que tuvo Pablo como misionero. El mismo Pablo nos cuenta también sus luchas físicas y espirituales con algunos detalles en 2 Corintios 7 y 11 y en otras partes con menos detalles. El punto es que en realidad llevó una vida difícil. Pero vio en toda la debilidad, en toda la lucha, en todos los sufrimientos, la mano bondadosa y generosa del Salvador; porque por medio de esas experiencias aprendió cómo consolar a los que estaban tentados y los que estaban sufriendo. Consolar a los que sufrían y animar a los que estaban tentados no fue sólo en teoría para el apóstol. Sabía lo que a él lo había consolado en su debilidad y lucha. Y sabía que lo mismo consolaría y fortalecería a quienes él servía. Sí, y además quería que ellos supieran: Ustedes también sufren, no sólo para que sean consolados, sino para que luego ustedes también puedan consolar y ayudar a quienes los rodean y a quienes la cruz los está oprimiendo mucho.

El sufrimiento que experimentamos viene de manos de un Dios amoroso, que nos enseña con ello a confiar solamente en él para rescatarnos. Y una vez que hemos aprendido eso, también nos deja probar su bondad y su generosidad en experiencias agradables y en una

medida de paz y prosperidad exteriores. Entonces quita esa paz y prosperidad otra vez o permite que algo venga a perturbarla. ¿Y por qué lo hace? Para que habiendo gozado de su generosidad exterior y además habiendo sufrido al perderla, podamos confiar en él para rescatarnos y tener un corazón compasivo con nuestros hermanos y hermanas que sufren. Dios diseñó nuestra pérdida y nuestro rescate para formar en nosotros corazones compasivos con otros que sufren. Tampoco esa compasión es meramente pasiva. Anhelamos tanto ver a los que sufren ser rescatados y ser nosotros mismos instrumentos de Dios para ese rescate. Por eso sufrimos bajo la cruz. Es así para que primero podamos estar agradecidos por el rescate de Dios y luego anhelemos ayudar a los que todavía esperan ser librados.

A veces escuchamos decir de aquellos que lo "han logrado" en esta vida. Los escuchamos decir que ahora que han tenido tanto éxito, quieren "devolver algo". Y con ese espíritu pueden mostrarse muy generosos de verdad. Pero la idea del mundo de devolver está muy lejos de la actitud que Dios busca para formarnos por su generosidad. El mundano que solamente quiere devolver algo por lo general ve su riqueza y su éxito como suyo para hacer con ello lo que le plazca. Puede que se felicite a sí mismo, y nosotros también lo podemos felicitar, porque es motivado a ser generoso con una parte de lo que tiene. Pero mire qué lejos está eso de la actitud de Pablo. Toda la iglesia está bajo la cruz. Todos sufren, ahora éste sufre un poco más y el otro un poco menos. Y cuando me toca a mí sufrir menos y gozar cierta medida de paz y prosperidad, toda la razón para ello es que pueda alabar a Dios y servir a los que están bajo la cruz más pesada del momento. "¿Devolver algo?". Todo le pertenece a Dios, los días y experiencias agradables y los días de pérdida o sufrimiento. Todo le pertenece a Dios, y yo lo tengo todo prestado de él, o como un don misericordioso, para usarlo para su gloria y el bien de mi prójimo. Sólo somos mayordomos de sus múltiples bondades, de su bondad en días de gozo y no menos en los días de tristeza.

¿Quiere decir que no gozamos, o debemos sentir culpa si gozamos, el éxito y la prosperidad que Dios nos concede? ¡Por supuesto que no! Damos gracias y alabamos a Dios por todos esos tiempos, como los salmos nos animan especialmente a que lo hagamos (p.ej. Sal 103–108, 111–113, 116–118). Por tanto, gozar de los dones de Dios es desde luego algo bueno; pero el motivo primordial de esos días de alegría es esto: que sean otro motivo para alabar y agradecer a Dios por su bondad. Entonces nos estimulan para desear servir a Dios sirviendo a los que nos rodean, especialmente cuando la bondad de Dios está oculta bajo el dolor de una cruz. Pero en todo ello, en los días agradables y los días que no lo son, la meta sigue siendo la misma. Pablo lo resume bien cuando escribió a la iglesia en Roma: "Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos o que muramos, del Señor somos" (Ro 14:8). Y otra vez: "Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios" (1 Co 10:31).

De manera que hay una gran procesión maravillosa bajo la cruz. Hoy soy débil y pobre, lucho y tengo necesidad. Mi estatus como santo, rey y sacerdote, uno por el que Cristo gobierna el mundo, no es evidente. Mi gloria está oculta bajo el sufrimiento de la cruz. Y otro viene a mí, otro santo, otro heredero conmigo de la vida eterna. Ve mi dolor y le hablo de mi

sufrimiento. Comparte el consuelo del evangelio conmigo. Me recuerda de la gloria oculta bajo la cruz. Si es posible, me ayuda en alguna forma tangible. ¡Y quién lo iba a decir! El mensaje tiene su efecto divino intencionado. Mi espíritu revive. Puede ser que las circunstancias no hayan cambiado. Pero animado por la palabra, reconfortado por la promesa de la presencia misericordiosa de Cristo, me levanto y sigo. Sigo adelante bajo la cruz para esperar alivio y liberación en la vida o en la próxima vida, si ésa es la voluntad del Salvador.

Mañana el que me consoló y fortaleció con el mensaje puede que necesite ser consolado y reconfortado. Y si no es él, entonces alguien más estará abrumado bajo la cruz. Como Pablo, no me avergonzaré de compartir el consuelo de la promesa del Salvador. ¡Porque sé por experiencia propia que el evangelio es eficaz! A pesar de que exteriormente son sólo palabras que en el momento pueden sonar como un cliché, incluso suenen insensatas. Sin embargo, Cristo acompaña su palabra. No obstante, el Espíritu Santo mueve el corazón para aceptar la promesa de Cristo, no importa cuán débil esa promesa parezca en la superficie. Pregunte a cualquier pastor. Le dirá que alguien que sufre en el hospital sonríe en medio del dolor y dice: "¡Gracias, pastor!" después de oír la devoción de la palabra de Dios del pastor. ¿Hubo allí algún relámpago del cielo? No. ¿Hubo el sonido del batido de alas de ángeles en el cuarto? No. ¿Se movió un poco la cama allí, indicando la presencia del Espíritu Santo? No, tampoco eso. Sólo hubo la certeza de que Jesús nos ama lo suficiente para descender del cielo y morir en la cruz; con un amor como ése, tan pleno, tan perfecto, tan grande, podemos estar seguros de que jamás nos olvidará ni nos abandonará. No, seguirá con nosotros en la enfermedad, en el dolor, en el sufrimiento, en la muerte misma.

Tampoco debemos temer que nuestro dolor sea un castigo por el pecado, aunque a veces nuestro sufrimiento pueda ser tal vez consecuencia del pecado. Al jugador arrepentido no le devuelven su dinero. El adúltero restaurado puede haber perdido permanentemente a su familia. Pero esas consecuencias del pecado, dolorosas y, sí, necesarias como puedan ser, no son castigos por el pecado. Todo el castigo Jesús lo llevó en la cruz. Es más bien la mano misericordiosa del Señor, acercándonos siempre a él por su palabra y sus sacramentos. Nos permite que suframos las consecuencias de nuestros pecados para que podamos ser advertidos de no seguir cometiéndolos. Nos permite experimentar la mano aleccionadora para que podamos atesorar más la mano perdonadora. Eso es lo que ha prometido, y no nos mentiría.

Las palabras son sencillas pero poderosas. Sólo el que ha sufrido las comparte con confianza. Porque esa persona sabe que traerán la fortaleza de Cristo al hermano o hermana que está bajo la cruz. Sabe que esas palabras resucitan al caído y al abatido para que puedan seguir llevando su cruz hasta que Cristo desee conceder el alivio.

Otra vez, la gloria de Jesús está oculta bajo la cruz. Está oculta bajo su cruz, y también está oculta bajo nuestra cruz. Es bajo la cruz donde se revela a sí mismo en las palabras que compartimos unos con otros. Y bajo la cruz compartimos unos con otros la fortaleza que allí da para soportar la cruz. Sin la cruz no conoceríamos el compañerismo bendecido que viene

de Cristo por medio de los compañeros cristianos que lo comparten unos con otros, motivados por el consuelo recibido y el consuelo ahora necesitado.

¡Así, en este lado del cielo, siempre debe haber la cruz para nosotros! Su cruz salva. Nuestra cruz viene de su mano salvadora y sin ella estaríamos perdidos (Ro 6). Porque sin ella caeríamos en la arrogancia y nos centraríamos en nosotros mismos, caeríamos en el egocentrismo y la justicia propia bajo los cuales la gloria oculta del estatus del santo se ahogaría y moriría.

María lo puso maravillosamente en el *Magnificat* (Lc 1:46-55), el cual el Espíritu Santo se lo dio en un momento de grandiosa exaltación —iba a ser la madre de Dios. Se lo dio en un tiempo de gran humillación — no estaba casada, era una pobre campesina. ¿Y cuál fue su cántico?

> *"Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador".* —En los cambios constantes de la vida, hoy oprimidos por la cruz, luego coronados con el rescate y hasta con bendiciones exteriores, ¿qué más hay allí que sea constante y qué otra razón hay para el gozo real y duradero que esta sublime verdad de que Dios es mi Salvador?
>
> "Porque ha mirado la bajeza de su sierva, pues desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones, porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso. ¡Santo es su nombre!". —Solo él es santo; yo soy tan humilde como puedo serlo, pecador desde la concepción y el nacimiento. Pero me ha dado la santidad en el mérito del Salvador y en su promesa. ¡Ella es bienaventurada; nosotros también, y por el mismo motivo!
>
> *"Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen".* —Por lo tanto, (como Lutero lo dijo en la Disputación de Heidelberg citada anteriormente), le temeré en todas mis obras y me gozaré sólo en él, porque en sus obras como Salvador la misericordia es perfecta, plena, completa.
>
> *"Hizo proezas con su brazo; esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones".* —El orgullo pone mis obras junto a las de él y piensa que entre ambos podemos lograr algo, aun la salvación; pero sus hechos poderosos en la cruz es lo que logró todo. Por tanto, el orgullo es cortado en pedacitos y lanzado como polvo al aire.
>
> *"Quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes".* —Los tronos de los orgullosos no son nada para él, como lo muestra la historia. Uno tras otro fracasó y se desvaneció en la nada. A los que en vano piensan que son señores de sus propias vidas, los lanza al polvo. Pero a los humildes, a los que bajo la cruz se desesperan y viven sólo por la fe en su promesa, los resucita.

Son santos; son reyes y sacerdotes por cuyos beneficios gobierna sobre todas las cosas.

"A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos". —Por tanto, me jactaré de que siempre estoy hambriento cuando se trata de la justicia, para que él me pueda llenar un día tras otro con su propia justicia.

"*Socorrió a Israel, su siervo, acordándose de su misericordia —de la cual habló a nuestros padres— para con Abraham y su descendencia para siempre*". —Él siempre cumple su palabra. También cumple su promesa para mí. Ya la cumplió en la cruz. ¡La cumple nada menos que en la mía!

7
Cruces – Una selección

Hemos considerado la necesidad absoluta y constante de la cruz de Cristo para nuestra redención. Hemos hablado de la necesidad de la cruz que viene como resultado de nuestra propia naturaleza pecadora, por un lado, y de la gracia y la bondad, por el otro. Hemos visto obstáculos para llevar la cruz que encontramos en nosotros y en los que están a nuestro alrededor. Hemos considerado la gloria de Dios que está oculta bajo su cruz y en su cruz, y en la nuestra también, y las razones del porqué la gloria está y debe estar siempre oculta. Y hemos considerado los beneficios que recibimos y que otros también reciben como resultado de llevar esta cruz. Debe ser evidente que toda la vida del cristiano está vinculada a la cruz y rodeada de la teología de la cruz. Bajo la cruz tenemos una gran procesión que va hacia la corona ya ganada y reservada para nosotros en el cielo.

Para concluir todo el asunto, será útil que pasemos unas cuantas páginas considerando algunas cruces muy específicas y típicas que se pueden encontrar en la familia de la fe. La cruz cambia su apariencia exterior con frecuencia en la vida de la iglesia y en la persona. Pero ninguna cruz es única y llevada sólo por una persona en toda la historia, excepto por supuesto la cruz del Redentor. San Pablo nos recuerda: “No os ha sobrevenido ninguna prueba que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser probados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la prueba la salida, para que podáis soportarla” (1 Co 10:13).

Es útil que recordemos esto: los que se han ido antes de nosotros y nuestros hermanos y hermanas en la fe aun ahora han pasado y están pasando por los mismos sufrimientos que soportamos. Bienaventurado es el que unido a la iglesia sigue a Cristo bajo la cruz, confiando solamente en él para la salvación. Bienaventurado es el que no desea otra cosa sino ser alimentado con la palabra y los sacramentos por el camino; porque alimentado de este modo, el cristiano tiene la fortaleza que Cristo le da para ponerse de pie y seguir su peregrinaje cuando se dobla bajo el peso de la cruz. ¡Bienaventurado es aquel que en compañía de los santos cristianos saca fuerzas del evangelio que comparten con él, para que pueda también ser instrumento de Dios para fortalecerlos en la hora de la prueba!

Dividiremos las cruces de la tentación y las pruebas en diferentes tipos en una forma similar a la que Lutero hace en sus comentarios sobre la sexta petición del Padrenuestro en el Catecismo Mayor (Libro de Concordia, p. 464, párrafos 107, 108). Algunas tentaciones y luchas son más comunes para los jóvenes, otras para los adultos y la gente mayor, y todavía

otras para cristianos más fuertes, para líderes o pastores y maestros en la iglesia. Desde luego, la lista de Lutero y esta selección de ninguna manera están completas. Simplemente queremos ver las cruces que son más bien típicas para fortalecer a quien piensa que está solo bajo su cruz. Además, esperamos dar, en cierta medida, el bálsamo del evangelio que sana y fortalece a los que están bajo las cruces mencionadas y a los que están de algún modo relacionados con las que mencionamos.

Las cruces especiales de los jóvenes

Las tentaciones comunes para los jóvenes con frecuencia son las más obvias. No hay nada sutil acerca de la pasión que quiere correr desenfrenada o el deseo de rebelarse. Tan ostensibles pueden ser las tentaciones y los pecados y tan dolorosos de recordar que David mucho después en la vida oró: "De los pecados de mi juventud y mis rebeliones no te acuerdes" (Sal 25:7). La carne pecadora estos días encuentra más incentivo e instigación para las pasiones de la juventud que jamás pudieron ser imaginados en tiempos pasados. Los estilos de ropa son con frecuencia deliberadamente provocativos. El entretenimiento que ofrece gran parte de lo que es popular en la música, las películas y la televisión entusiasma con facilidad a los que también se entusiasman fácilmente. Para hacer tal entretenimiento mucho más tentador, el mensaje subyacente es casi siempre la noción condenable de que no hay tal cosa como pecado o ninguna cosa como una consecuencia por el pecado. La modestia y la vergüenza en materias carnales parecen pertenecer al pasado.

Aun la decencia común ha sido eliminada a favor del principio de que lo bueno es lo que yo quiero simplemente porque "¡Tengo derecho a ser feliz!". La premisa queda sin examinarse. ¿Quién dio ese "derecho a ser feliz"? ¿A expensas de quién debe ejercerse el derecho imaginado? Si todos los demás tienen el derecho, ¿pueden ejercerlo a mis expensas? La premisa permanece sin examinarse debido a que el derecho imaginado colapsa en la insensatez tan pronto como es examinado. ¿Después de todo, qué es la felicidad? ¿En qué consiste esta quimera, este sueño imposible de la felicidad? ¿Es la vida virtuosa llevando una disciplina propia? Eso es lo que pensó Aristóteles, pero su definición parece muy lejos de la idea moderna de la felicidad. ¿Es sólo que se siente bien? Hay millones de drogadictos, alcohólicos, jugadores, adúlteros y otras personas por el estilo que han pensado así. Ahora que están enfermos, en quiebra, muriéndose, destituidos, deshonrados o en prisión, pueden estar preguntándose por qué los dioses de la felicidad han sido tan crueles con ellos.

Pero no importa el problema filosófico del *derecho* imaginado *a ser feliz*. Todavía hay más suposiciones en la afirmación. Ésa es la suposición de que la felicidad sólo se debe encontrar quitando de encima todo yugo, cualquier limitación, cualquier regulación en mi vida. En una palabra: ¡La suposición es que la felicidad se encuentra en el *pecado*! Hasta un grado considerable el pecado es la autosatisfacción, lo opuesto a negar el *yo*. En el pecado de la idolatría se encuentra el servicio ilimitado del *yo*. Es, por supuesto, una mentira que la felicidad se encuentra en el pecado. Esa mentira, sin embargo, se ha convertido en una base

de la suposición y en un principio que gobierna a millones aun cuando han dejado atrás la juventud. Es una mentira que resulta muy atractiva para la carne pecadora. El diablo y el mundo están demasiado felices para predicarla. La carne está demasiado ansiosa por adoptarla. El mensaje ha sido mucho más atractivo en nuestros días por la llegada del Internet. ¿Quién puede contar los millones de jóvenes (¡y no tan jóvenes!) que han sido seducidos para destruirse, física y espiritualmente, por el veneno del fácil acceso a esa inmundicia? Viles sinvergüenzas están bien dispuestos a llevarlos a la cloaca de la depravación, del vicio, de la enfermedad y finalmente incluso a la muerte.

¿Y por qué no? Después de todo, si debemos nuestra existencia a una evolución sin sentido, si no somos esencialmente nada diferentes de un animal, responsables ante nadie, sin guía en el cielo y nada después de la tumba, entonces por qué no comportarme conforme a eso. En los días de Pablo, los que estaban a favor del epicureísmo pensaron: Comamos, bebamos y seamos felices; porque mañana moriremos.

Unido a esos obvios estímulos y con la ayuda de la carne está el deseo común en la mayoría de los jóvenes de que cada uno encuentre su propia identidad. Un adolescente llega a una edad cuando él o ella no quiere ser simplemente la copia debajo de una hoja de papel carbón o de calco en que los padres o las tradiciones o la cultura dominante de la iglesia y del estado tengan impresas sus propias imágenes. Cada uno quiere ser un individuo, distinto y único. Esa búsqueda por la individualidad, por lo único, fácilmente se expresa en la rebelión contra la poca autoridad que queda en la vida del adolescente. Puede ser rebelión contra la autoridad de los padres o del gobierno en la escuela o el colegio y en la calle o de la iglesia.

Resulta interesante ver cómo se desarrolla este proceso de tratar de ser un individuo. De modo característico, un niño experimenta y empuja los límites más por curiosidad que otra cosa. Un niño pequeño la mayoría de las veces quiere ver si puede salirse con la suya con algo; el niño sólo quiere saber dónde están los límites. Pero el cuerpo del niño pequeño necesita toda la energía que pueda lograr precisamente para crecer. Cuando el día termina y el niño se va a la cama, duerme el sueño del exhausto si no el del totalmente inocente.

Entonces, en algún tiempo al final de la adolescencia, el mayor crecimiento físico se detiene. El cuerpo, sin embargo, continúa produciendo la energía que necesitó antes sólo para crecer. El resultado es la inquietud. Es un sentimiento persistente de frustración. Se empieza a formar en la mente el pensamiento de que los días han llegado en que el joven casi adulto esperará sentar cabeza, casarse, obtener un trabajo. Los días de algo siempre nuevo y diferente, siempre emocionante serán reemplazados por décadas de rutina. En la mente de los jóvenes la palabra *rutina* es un sinónimo de la palabra *aburrido*. ¡Es una palabra sucia en el vocabulario de la mayoría: *aburrido*! Se convertirán en sus padres, cuya vida consideran sin interés y tediosa. Y entonces comienza la rebelión. Dominan mutuamente dos exclusivas exigencias: Una es hablada; la otra, actuada. La exigencia hablada es "¡Deja de tratarme como a un niño!". La actuada es: "¡No quiero crecer; quiero seguir siendo un niño pero con libertad de adulto, sin responsabilidades, todo siempre nuevo, diferente y emocionante!".

Es una etapa peligrosa para un niño que se está convirtiendo en adulto. Otra vez, es una etapa de inquietud y frustración. Lo que lo hace tan peligrosa es que el adolescente en esa etapa busca un escape a la inquietud y la frustración. Lamentablemente, las formas de escape son demasiadas y todas fácilmente accesibles. En tiempos pasados, el muchacho o la muchacha tal vez haya probado los vicios y la maldad y rápidamente se olvidó de sus efectos. Pero ahora en su *angustia* busca escapar de la realidad, de la frustración, del temor al fracaso, de la soledad. Los experimentos se convierten en formas fatales y adictivas de automedicación contra el dolor de crecer. Algunos tratarán de huir a la niebla del alcohol u otras drogas. Otros buscarán consuelo en el sexo, sin sentido o de otro modo. Algunos evitarán cualquier posibilidad de pensar acerca de su condición o su futuro con entretenimiento y ruidos interminables que hacen que sea imposible pensar. Los más saludables y los que tienen más probabilidad de sobrevivir tratarán de perderse ellos mismos, si bien es cierto en formas más aceptables socialmente, en los deportes o estudios. Muchos rebotarán de una de estas soluciones a otras, todos en busca de… ¿qué? ¿De felicidad? ¿Identidad? ¿Olvido? ¿Alivio del dolor de crecer?

Lamentablemente, nadie parece decir a los jóvenes que la inquietud que sienten es temporal, que pasará con la madurez del cuerpo y la mente. Nadie les dice que el día vendrá más pronto de lo que piensan cuando el caos de la juventud y el deseo por el cambio constante y la agitación pasará. Esto será reemplazado por desear la calma, por cosas y personas que son dignas de confianza, por refugios de estabilidad en un mundo que es un mar de confusión y arenas movedizas de inseguridad.

En realidad, para la mayoría es necesario pasar por esta etapa de inquietud y confusión para poder alcanzar la madurez. Si un joven tiene éxito de escapar de algunas de las formas mencionadas, sólo pospondrá el crecimiento. Y entre más lo posponga, es menos probable que pase; puede seguir siendo un niño inmaduro toda su vida. ¿Quién no conoce a personas así?

Esas tentaciones hasta cierto grado u otro afligen a casi todos los jóvenes en un tiempo u otro, y por supuesto afectan al joven cristiano y lo dejan con cicatrices. Debajo de la superficie de esas tentaciones y dificultades que son comunes para la mayoría de los adolescentes, hay cruces que los jóvenes cristianos llevan, no importa el grado en que esas tentaciones los atormenten. Hay algunas preguntas durante este tiempo de la vida que oprimen tanto como las cruces.

- ¿Cómo es posible que me ame Dios, cuando lo único que hago es arremeter contra las personas que sólo tratan de ayudarme?

- ¿Cómo es posible que Dios me ame cuando he caído en este pecado u otro y no puedo librarme de ello?

- ¿Si Dios realmente se preocupa por mí, por qué permite que me atormenten las

tentaciones que simplemente no puedo resistir?

- ¿Si Dios realmente se preocupa por mí, por qué permite que sufra así solo en el mundo, sin nadie que me comprenda o realmente se preocupe por mí?

- ¿Por qué debería amarme Dios, cuando se me hace tan difícil ponerme de pie?

- ¿Qué caso tiene resistir los pecados que sé que voy a cometer de todos modos? ¿Por qué no darme por vencido en lugar de atormentarme con una lucha que de todos modos perderé?

- Si no hago lo que todos hacen, entonces no tendré ningún amigo. Y lo que es peor, descubrirán que me esfuerzo mucho por guardar un secreto: *¡Soy raro!* ¿Por qué Dios me deja tan solo?

- Si no me uno a los insultos y a fastidiar a tal o cual persona, entonces todos pensarán que soy extraño como él o ella. ¿Por qué Dios hace que ayudar a alguien sea tan difícil, tan costoso?

Algunas suposiciones comunes para los jóvenes (y pueden ser para la mayoría de los demás en nuestra cultura) agravan todos esos problemas, esas tentaciones y cruces. Las suposiciones se adoptan inconscientemente de la costumbre de ver televisión. En la televisión todos los problemas pueden resolverse rápida y fácilmente dentro de media hora o una hora, con un intermedio para comerse un sándwich o ir al baño. La noción de que la vida algunas veces puede ser muy difícil, y para algunos difícil todo el tiempo, no se le ocurre casi a nadie. La idea de que algunos problemas toman meses o aun años para resolverse, y que otros problemas no tienen solución y únicamente se pueden soportar, no está en el pensamiento.

Por lo tanto, si mi vida es difícil y mis problemas no tienen una solución rápida y sencilla, debe haber algo fundamentalmente mal en mí. *¡Soy raro!* La mayoría de los adolescentes, aun si son populares y corren en manada, tienen esos pensamientos. De ese modo, otra vez aun cuando son populares y corren en manada, un adolescente se puede sentir muy solo, incomprendido por todos, con sólo el objetivo de evitar que aquellos que lo rodean encuentren realmente lo raro que es. Ésa es una de las ironías de la adolescencia: Es un tiempo cuando pocas veces se encuentran solos y sin embargo para muchos es el tiempo de mayor soledad en sus vidas.

El problema del egocentrismo está relacionado estrechamente con esos problemas en la vida de los jóvenes. Es un problema obvio y fácil de entender. Un niño simplemente supone que las personas que están a su alrededor están allí ante todo para su beneficio. Los padres deben proveer para él y cuidarlo. La escuela existe para servirlo a él. Se supone que los amigos deben quererlo y compartir sus juguetes con él. Lo contrario nunca le entra a la cabeza —la

idea de que él existe para servir y que todo lo que se hace para él tiene eso como objetivo, que él debería estar preparado para servir, ser miembro útil y productivo de la sociedad. Pero cuando los padres y otros empiezan a esperar que él cargue con las responsabilidades, se le dificulta mucho aferrarse a esa suposición de que él es el centro de su universo. La confusión comienza a reemplazar esa ilusión. Y esa confusión fomenta el sentido de quejas de que hay algo malo, que él debe ser raro. ¿Qué tal si la gente encuentra eso acerca de él? Cada uno imagina, por decirlo de otra forma, que todos siempre lo están mirando, están listos para lanzarse sobre él, reírse de él y decir que es raro. Ése es el curso del egocentrismo. Nunca se le ocurre que la mayoría de los que están a su alrededor están pasando exactamente por lo mismo. No se le ocurre a él que ellos están demasiado ocupados preocupándose de que alguien se dé cuenta del verdadero estado en que se encuentran ellos para que se preocupen de la posible caída de él.

¡Si únicamente los padres, maestros y pastores recordaran que hubo un tiempo cuando también sintieron esas mismas inquietudes, temores y preocupaciones! Si recordamos o admitimos que una vez estuvimos tan confundidos como nuestros jóvenes lo están hoy, podríamos ser más útiles para ellos. Y éste es el punto: Queremos ser útiles para ellos; queremos consolarlos y fortalecerlos. Necesitan desesperadamente nuestra ayuda para aguantar las presiones de su propia carne pecadora y el mundo en el cual viven —bajo el peso de la cruz. Sin esa ayuda, realmente tropezarán y caerán más de lo que lo harían de otro modo. Sin esa ayuda, el dolor de su existencia sólo aumentará y la felicidad que están buscando estará cada vez más distante. La felicidad real que se encuentra sólo en los brazos del Salvador, la realización verdadera que se encuentra sólo en la negación del *yo* que sirve puede parecerles muy lejana y estar fuera del alcance para ellos.

¡Pero nunca escuchan! es la excusa que ofrecemos con mucha rapidez para no ofrecer ayuda. Ayudaría si *nosotros* escucháramos primero. Con mucha facilidad comparamos sus problemas con nuestros propios problemas de adultos. Consideramos nuestros problemas verdaderos, sus problemas sólo temporales y triviales. Se nos olvida que Dios ha ampliado nuestros hombros para llevar el peso de cruces más pesadas concediéndonos la gracia antes para soportar, o al menos para sobrevivir, las más ligeras. ¡Sí, y esas cruces más ligeras en hombros más estrechos no son tan ligeras —no lo eran para nosotros hace 10 o 20 o más años!

En realidad, ellos escuchan al que ha escuchado, hasta algunas veces a alguien que no ha escuchado. Tal vez ellos no digan que están escuchando. Tal vez ellos ni quieran escuchar. Pero escuchan. Escuchar palabras de comprensión y ánimo de los padres, de un maestro interesado, de un pastor preocupado significa mucho más de lo que el joven pueda expresar.

Algunas veces pensamos que no escuchan sólo porque no pueden expresar en palabras lo que piensan y sienten. ¡Pero nosotros podemos! Hemos estado allí. Podemos decirles: “Sé cómo te sientes…”, o simplemente decir: “Ser joven es mucho más difícil de lo que la gente quiere admitir”. O “Recuerdo cuán solo me sentía cuando tenía tu edad”. O “Recuerdo haber

pensado que algo debía estar mal conmigo, porque nadie parecía tener mis problemas y nadie parecía tener problemas que duraban tanto". O "Si hay algo que he aprendido con los años es que el mejor camino para triunfar en mis propias luchas y temores es ayudar a alguien más en sus luchas y temores. Al preocuparme por las necesidades de los demás en vez de preocuparme siempre por las mías, he aprendido que Dios también encuentra las formas para satisfacer mis necesidades". Así como necesitamos oír verdades obvias repetidamente, así también nuestros jóvenes necesitan oír esas verdades más de una vez.

Una vez más, vale la pena recordar que un adolescente supone que está muy solo y que nadie está pasando lo que él pasa. No sabe que todos sus amigos están pasando por lo mismo en una forma u otra. Y, desde luego, no se le ocurre que sus padres, maestros o su pastor también pasaron por lo mismo cuando tenían su edad. Sólo un rayito de comprensión de un padre cristiano, un maestro o pastor puede ayudar tremendamente al joven cristiano presionado bajo el peso de la cruz. Puede servir para iniciar una conversación, poner el fundamento para una futura conversación, o sencillamente dar credibilidad a otras cosas que el adulto pueda decir después para animarlo.

¡Qué cruz es ésta si el problema o la tentación amenaza al que la soporta con la desesperación! Enseñar al joven a llevar la cruz, a negar el *yo* de buena gana y seguir al Salvador, es una gran responsabilidad. Y nunca será fácil, ni para el maestro ni tampoco para el que aprende. Para una madre abrazar con paciencia al hijo rebelde que no se hace querer, especialmente a sí mismo, es la máxima imitación del amor de Cristo; nunca lo olvidará él. Para un padre encontrar el tiempo para sentarse con la hija con el dramatismo de una reina, cuya cabeza parece no tener otra cosa sino goma de mascar y chismes, y escucharla es infinitamente mucho más importante que el resultado diario de los deportes; lo recordará toda su vida. Que el hijo vea a su padre orar y a su madre leer en silencio su Biblia. Que la hija vea a su padre sostener tiernamente la mano de su esposa y que su madre ceda el liderazgo a su esposo. Que nuestros hijos oigan a sus padres hablar del sermón del domingo a la hora de comer todos en la mesa, hablar con reverencia y respeto. Que compartan algunos de los problemas que tienen sus padres. Luego permitan escuchar cómo sus padres trataron de resolver los problemas a la luz de la palabra de Dios y cómo confiaron en la misericordia de Dios para pasar por los problemas. Sí, que escuchen algunas veces las confesiones que sus padres se hacen uno al otro y el perdón que comparten el uno con el otro y luego también con los hijos.

Hacemos las cruces de nuestros hijos más pesadas de lo que necesitan ser cuando los dejamos pensar que no nos importan y que nunca comprenderíamos. Vivimos para servir. ¿A quién podríamos servir mejor con el tiempo, con la paciencia, con el amor que tenemos que a nuestros propios hijos? Tampoco es necesario un certificado de genialidad para hacerlo. En su mayor parte, requiere sólo un poco de buena memoria y desear en todas las cosas servir a Cristo, sirviendo a aquellos que él nos ha dado. No olvidemos que él estaba ocupado con la obra de redención del mundo, pero no demasiado ocupado para tomar en sus brazos a los niños y bendecirlos. ¿O estamos más ocupados de lo que él estaba?

Tal vez una de las cosas más simples pero útiles que los padres pueden hacer es recordar las primeras palabras del Padrenuestro: "¡Padre nuestro!". Lutero nos dice en el Catecismo Menor que este tratamiento nos anima a acercarnos a Dios con audacia y confianza, puesto que es nuestro querido y amoroso Padre. ¡Qué triste para los padres cuyos hijos no pueden comprender lo que Lutero quiere decir, porque nunca soñarían con acercarse a su padre terrenal, mucho menos con audacia y confianza! Bienaventurados sean los padres y madres cuyos hijos comprenden inmediatamente lo que Lutero quiere decir en el catecismo, porque ven a sus padres como cristianos que los aman con bondad y disciplina, igual como Dios los ama. No hay nada heroico acerca de ese modelo. Debería ser tan natural para un cristiano como lo es respirar. Eso es tan difícil porque para muchos es un indicio más de hasta dónde tenemos que llegar todavía en nuestra meta de negar el *yo* y seguir fielmente detrás de Cristo bajo la cruz. ¿Pero qué mayor obra podría haber que la de ayudar a los jóvenes a ser fieles seguidores de Cristo bajo la cruz? ¿Y qué misión más gratificante que cuando esa obra se realiza con nuestros propios hijos, los hijos que Dios mismo nos ha confiado a nuestro cuidado?

Cuando un joven sufre debido a la conciencia culpable, es entonces que necesita especialmente el mensaje de la ley y el evangelio puesto en una balanza y en la perspectiva apropiada. Mientras que puede haber consecuencias por el pecado para que no seamos audaces y nos aferremos a nuestros pecados, también debe haber la seguridad del amor de Dios en el evangelio. Cuando las consecuencias por el pecado agudizan el sentido de la culpa, la belleza del evangelio puede brillar mucho más. Algo tan simple como esto puede hacer al culpable darse cuenta del evangelio en una forma en que nunca antes lo hizo: "¡Sólo piensa que cuando Jesús fue crucificado, y todos a su alrededor le dijeron: '¡Desciende de la cruz!', no aceptó. ¿Y por qué? Porque pensó en ti en este mismo momento de tu vida. Pensando en ti, no quiso descender. Insistió en quedarse y llevar toda la culpa que es tuya y tu castigo eterno. ¡Así es como te amó! No sufrió el infierno y no murió por una mancha de la humanidad sin nombre, sin rostro. ¡Sufrió el infierno y murió pensando en ti!".

El hecho es que sigo siendo un fariseo con pretensiones de superioridad moral hasta que reconozca que Jesús murió en la cruz sólo por mí. Seguimos siendo personas que pensamos que lo merecemos a él y su pasión por lo menos un poquito. Pero una vez que nuestra culpa nos ha doblegado, estamos listos para el verdadero significado de la gracia y de todo lo que es él para nosotros en el evangelio. El primer indicio de que somos totalmente depravados y necesitamos desesperadamente la gracia por lo general viene cuando somos jóvenes. ¡Qué don de Dios si es usted el que trae esa chispa a la llama de la vida de un joven bajo la cruz! ¡Qué bendición ser el que lleve esta vela a la oscuridad de la noche de la desesperación. "¿Así que piensas que Dios no te puede amar o perdonar? Considera esto: Reinó sobre toda la historia para que fueras bautizado y te adoptó allí en el bautismo. Prometió ser tu querido Padre debido a Cristo, aunque sabía lo que harías. Ha reinado sobre toda la historia para que escucharas el mensaje del perdón y, sí, hasta para que comieras y bebieras el precio del perdón en el sacramento del altar. ¿No es eso más que una evidencia suficiente y una prueba

de que te ama, aun a ti, aun ahora? ¡Jamás nadie te amará más de lo que él te ha amado y te ama!".

¿Parece imposible ayudar a que los jóvenes maduren? ¿Parece imposible fortalecerlos bajo sus cruces particulares, a fin de que se levanten para sostenerlas y luego crezcan para llevar sus cruces de adultos? Que jamás un padre cristiano, un pastor o maestro renuncie a la noble obra de servir a los jóvenes. Porque hacerlo es renunciar a las promesas de Dios y al poder del evangelio. Recuerde que la fe y la vida cristiana son siempre milagros. Siempre son dones de Dios que son una sorpresa, los cuales nunca hubiéramos esperado si no fuera por su promesa y el poder del evangelio en nuestras vidas. ¿Tendremos siempre éxito? Encontrará la respuesta a esa pregunta mirándose en el espejo. ¡Debido a nuestra propia carne pecadora, el evangelio no siempre obtiene el fruto que debería de nosotros tampoco! El Espíritu de Dios obra por medio del evangelio cuándo y dónde él lo desee (Jn 3:5-7). Algunas veces toma mucho tiempo para que la semilla que se sembró germine y crezca. Algunas veces otros verán el fruto de la semilla que sembramos y lo gozarán. Nuestro trabajo y honor es ser fieles; el éxito final es obra de Dios. Esté contento con el honor que Dios ha dado y confíe en su promesa de que nuestra labor no es en vano (Gl 6: 9, 10).

¿Exactamente cuáles son las bendiciones especiales que vienen en las dificultades y en especial en las cruces de los jóvenes? Tal vez la más simple y obvia es que sus cruces especiales son con frecuencia la forma de Dios de llamar su atención. Hasta que estas pruebas lleguen, la mayoría de los jóvenes ignoran completamente que necesitan un Salvador y su constante gracia y misericordia. Por cierto, pueden haber memorizado las verdades del evangelio especialmente en la clase de confirmación. Pero esas verdades para muchos permanecen tan vibrantes e importantes en la vida cotidiana como la historia de la Guerra Civil. ¡Tan indispensable y necesario como es aprender los hechos, se necesita la cruz para traerlos a la vida! Y Dios puede usar las cruces de los jóvenes muy eficazmente para captar su atención. Pero se necesitan padres cristianos, pastores y maestros cristianos para que muestren a los jóvenes el valor eterno y salvador del mensaje del evangelio, un mensaje que ellos conocían antes, pero ahora pueden venir a comprender en una forma mucho más personal. Todos los cristianos viven gran parte de su vida en el vaivén que va de un lado a otro de la justicia propia a la desesperación. ¡Tal vez esos vaivenes nunca sean tan dramáticos y obvios como lo son en la vida de los adolescentes; por supuesto no hay un llamamiento más grande para un adulto que el de ayudar a los jóvenes en nuestra vida a encontrar su centro al pie de la cruz de Cristo!

Las cruces especiales en los que están en la madurez

Las cruces que llegan a la vida de los adultos durante los años de su mayor productividad no son menos pesadas que las que han dejado atrás en la adolescencia. En una forma particular son mucho más difíciles: Las cruces de los adultos con frecuencia son tan sutiles que pasan sin ser reconocidas. Ése es el peligro especial que los adultos enfrentan, digamos, entre los 20

y los 60 años algunas veces. Las pasiones de la juventud, tan ardientes e insistentes, son reemplazadas por la ambición y la lucha por sobrevivir en un mundo altamente competitivo, arriesgado y depredador.

¿Qué mal habría con ambicionar tener éxito en esa clase de mundo? Después de todo, trabajamos para nuestras familias. Estamos trabajando porque la alternativa es una vida carente de las cosas que marcan a uno como que es *alguien*. Trabajamos por amor a nuestros hijos, para que podamos darles una vida, una educación, cosas mejores de las que tuvimos cuando éramos niños. Trabajamos para que en nuestros años dorados no quedemos a merced del estado o de nuestros hijos para sobrevivir. ¿No resulta interesante? ¡La misma vida que nos pareció tan intimidante o tan aburrida cuando teníamos 15 años nos consume para cuando llegamos a los 30!

Quizás se puede resumir en una palabra la dificultad especial de la vida del cristiano en la madurez: *prioridades*. El asunto de ganarse la vida, de ir adelante, de lograr metas o hasta sobrevivir simplemente de un día para otro, de un año para otro en nuestro mundo caído, puede quitar nuestra mirada de la cruz de Cristo y su beneficio salvador. Nuestras prioridades pueden convertirse totalmente en mundanas, sujetas a lo temporal y lo pasajero. Porque los problemas y las posibilidades del momento son insistentes y exigentes: "¡Hazlo *ahora*! ¡Mañana puede ser muy tarde! ¡Apúrate! ¡Esta oportunidad sólo se presenta una vez!". Las exigencias del momento pueden convertirse en prioridades de alguien que coge un puñado de polvo que se imagina es oro. En verdad, exactamente ésas y sólo ésas son las prioridades de la mayoría de aquellos que nos rodean. Nos parecen tan normales, tan naturales, totalmente apropiadas. Después de todo, ¿no se supone que debemos de trabajar con diligencia? ¿No es un pecado perder el tiempo? Aun la Biblia nos lo dice (2 Ts 3:6-12). Dios ya no hace caer maná del cielo. ¿Quién proveerá para mí y los míos si yo no lo hago? ¿Qué será de nosotros en nuestra vejez si no hemos acumulado lo suficiente para el futuro?

Todas estas inquietudes tienen cierta validez en ellas. Eso hace que las tentaciones sean tan sutiles que no detectamos el peligro con facilidad. Piense de esta manera: *Al establecer nuestras prioridades, con mucha facilidad confundimos los medios con los fines.* Trabajar, adquirir respeto, obtener las cosas para hoy y para mañana no son los *fines*, no son los objetivos de la vida. Son los *medios* para alcanzar otros fines y objetivos mejores.

Si confundimos los medios con los fines, nos echamos encima una carga pesada tras otra. El diablo nos tienta para hacer el intercambio, para invertir los medios y los fines. Nos promete el mundo si tan sólo nos arrodillamos ante él en adoración. "Sólo por un momento", dice: "Pon a Jesús y su palabra en espera; puedes regresar a ellos más tarde. Por ahora, por el momento, adora ante el altar del éxito y todas tus necesidades estarán garantizadas para ti". Pero es un mentiroso desde el principio. Si le prestamos atención al seductor sólo esto estará garantizado: ¡Fracasaremos! Nunca alcanzaremos el objetivo y el fin corrupto que buscamos.

El trabajo es bueno y agrada a Dios, pero no como objetivo de la vida. Lo que el diablo promete es todo el mundo si hacemos que el trabajo sea el objetivo de la vida. ¿Qué da en realidad? Una salud arruinada, una familia en deterioro debido a la negligencia y una vida de adoración que es un desastre, porque se convierte en un impedimento para el trabajo. Trabajar como un fin, en vez de un medio para un fin mejor y más alto, es por cierto un capataz cruel que esclaviza.

El respeto y el honor son buenos, pero cuando el respeto y el honor se convierten en el fin, el objetivo de la vida, ¿qué sucede? Seguimos la opinión humana por temor a perder el respeto de alguien. ¿Qué pasa entonces con los absolutos de la palabra de Dios? ¿Caen junto al camino por ganar el respeto de la gente que no ve utilidad en la palabra de Dios? ¿Qué pasa con las oportunidades que Dios da para compartir el evangelio con aquellos que no lo tienen? ¿Nos atrevemos a compartirlo, o retenemos el evangelio que da vida a alguien que va hacia del sufrimiento eterno debido a que no queremos arriesgarnos a herir sus sentimientos?

Ahorrar para el futuro a fin de que no seamos una carga para el estado o para nuestros hijos es por supuesto una buena precaución. Pero si se convierte en el fin y el objetivo de la vida, no habrá paz en esta vida y tal vez tampoco ninguna en la próxima. El oro se convierte en el dios. Y nunca hay suficiente de eso. Miedo al futuro, a la escasez, al posible sufrimiento, a perder la riqueza son como nubes oscuras que esconden las promesas de Cristo de que nunca nos deja ni nos abandona. La seguridad de la palabra de Dios de que la providencia de Dios nunca falla se ahoga con los lamentos de "Sí, ¿pero qué tal si…?". El objetivo de ahorrar se ha convertido en tratar de que no sea necesario depositar la confianza en la providencia de Dios. ¡Si tenemos lo suficiente de nuestros esfuerzos y de nuestros ahorros, no necesitaremos la misericordia ni ayuda de Dios; habremos provisto para nosotros mismos sin él!

El problema es que todo lo que somos y tenemos aparte de él es incierto e inseguro, y en el fondo lo sabemos. Así, cuando depositamos nuestra confianza en nosotros mismos, en lo incierto e inseguro, no tenemos paz. Tenemos sólo miedo. Nos convertimos en ardillas que corren en círculos y no obtenemos satisfacción al hacerlo ni tampoco ninguna esperanza de obtener nuestro objetivo. Otra vez, nos echamos encima el sufrimiento que nosotros mismos nos hemos impuesto y luego, insensatamente, cortamos la única fuente de paz y seguridad verdadera en los brazos de quien nos ama y se dio a sí mismo por nosotros.

Si el trabajo, obtener respeto, ganar cosas para ahora y mañana se convierten en fines en vez de medios, ¿qué pasa a nuestro cristianismo? El Salvador se convierte en una interrupción en que obtengamos o ganemos nuestras cosas temporales o provisionales. Los domingos por la mañana, Dios puede tener una hora o algo así, pero la confesión y la absolución verdaderas no son el centro de nuestra vida. El tiempo durante la semana para leer la Biblia y para orar en privado desaparece como el rocío de la mañana: "Tengo que preparar a los niños para la escuela. Tengo que apresurarme para ir al trabajo". Por la noche: "Estoy muy cansado de los rigores del día. Es hora de ver televisión. Es hora de ver mi telenovela favorita. Es hora del partido". Sería mucho mejor que al atardecer, recordáramos el antiguo proverbio en latín: *Sic*

transit gloria mundi—"¡Así pasa la gloria del mundo!". Y puesto que todo pasa, ¿dónde pongo mi mirada? ¡Obviamente en lo que no pasa con el atardecer, en Jesús y su palabra, que ninguna oscuridad puede esconder!

Pero en vez de eso, Jesús y su palabra se convierten en un armario cada vez más pequeño en la vida. Él y su palabra se han convertido en distracciones de lo que es *realmente* importante. Los medios se han convertido en fines. Aun la oración común en la mesa antes de las comidas tiene un dejo de "¡Date prisa para que podamos comer!". Es la comida lo que se ha convertido en lo más importante, no el Dios que dio la comida y que nos sustenta por medio de ella.

Se ha iniciado el descenso. Ese descenso es una cuesta empinada y resbalosa y tiene efectos dañinos en cada aspecto de nuestra vida. Como nuestra vida con Cristo está dañada y nuestra caminata con él se desvía por pantanos y zanjas, podemos esperar quedar empantanados y perdidos. Sí, heriremos a quienes más quisimos ayudar por el camino. Teniendo cada vez menos tiempo para amarlos y servirlos de verdad, terminamos haciendo que tropiecen y se empantanen con nosotros. En la medida en que hemos perdido las prioridades, en que hemos cambiado los medios en fines, en esa medida todos aquellos que Dios nos ha dado para que pudiéramos servirlos sufrirán. Nuestra ayuda no estará allí. Nuestro consejo estará distorsionado por las prioridades perdidas que tenemos. Nuestro ejemplo será el del pagano.

Primero sufre el matrimonio. "Estoy muy ocupado haciendo esto y lo otro" deja cada vez menos espacio para el "nosotros" en el matrimonio. El esposo olvida aquellas líneas que ganaron el amor de su esposa. La esposa olvida las ternuras con que ganó la devoción de su esposo. El esposo vive para el trabajo y sus juguetes en su búsqueda de significado. La esposa vive para los hijos o su propio trabajo, y sus relaciones con otras mujeres en búsqueda de algún significado o de alguien que le pondrá más atención. Ni el esposo ni la esposa viven ya para servirse uno al otro; cada uno lleva una vida cada vez más separada del otro. En vez de que sea más profundo, el amor se enfría, envejece y se hace indiferente. Ella le pregunta qué quiere para cenar, y él no comprende que ésta es la forma de decirle que lo ama y quiere complacerlo. Así que en vez de contestarle agradecido, la descarta con un gruñido, la ignora, le dice que no lo moleste o que a él no le importa. Ésa es la frase que ella escucha —que a él realmente no le importa.

El esposo, por otro lado, llega a casa del trabajo a su esposa cada noche. Ella no comprende que para él esto es una forma importante de decirle que está dedicado a ella, que la ama. Porque le ha dado a ella lo más valioso que posee el hombre; la prefiere a ella a su libertad. Al no escuchar esta expresión de dedicación sin palabras, ella gruñe que ya nunca le dice que la ama y nunca lo demuestra.

Ninguno escucha las señales del otro, dejan de apreciarse uno al otro. Dejan de vivir para servirse uno al otro. La vejez llega, el trabajo se hace a un lado y los hijos han crecido y se

han ido. Entonces el esposo y la esposa se ven uno al otro como si fueran extraños. Ella piensa que es indiferente y está estorbando. Él le dice a ella que es un fastidio.

Nadie comienza el matrimonio de esa forma. Pero cuando dejamos a Cristo y su cruz detrás y hacemos algo más el objetivo y el fin de la vida —aun si es la familia— el matrimonio y la familia sufren. Cuando cada uno vuelve los medios en fines, una pareja puede esperar que el matrimonio tome ese curso. Sorprende muy poco que tantos matrimonios terminen en divorcio. ¡Resulta trágico que en nuestras congregaciones el porcentaje no sea mucho mejor! Es un milagro lamentable que un porcentaje importante de matrimonios que no termina en divorcio sin embargo resulta en una indiferencia patética entre el esposo y la esposa. Tales matrimonios hace mucho tiempo dejaron atrás la intención que Dios tenía para el matrimonio de ser "una sola carne" (Gn 2:23, 24) y la imagen en el espejo del matrimonio de Cristo con la iglesia que el matrimonio cristiano debía ser (Ef 5:22-33).

El resto de la familia, por supuesto, también sufre cuando los esposos hacen de sus trabajos o sus placeres los objetivos y fines en su vida. Toda la familia sufre también cuando las esposas consideran sus logros personales sus objetivos, con hijos o sus propias carreras u otras asociaciones los medios para alcanzar ese objetivo. Los hijos crecen sin buenos modelos cuando es hora de buscar un cónyuge. Sin modelos, toman el camino que tiene menos resistencia y permiten que las pasiones de la juventud gobiernen sus elecciones y decisiones. Confiados en que sus pasiones nunca se enfriarán, caen precipitadamente en matrimonios que están condenados a repetir los matrimonios de sus padres —una suerte que los hijos pensaron era imposible para ellos durante el noviazgo y el día de su boda.

La vida de la iglesia también se ve afectada. Los padres y sus hijos se desvían más y más del Salvador y su palabra. A los hijos los bautizan y luego los dejan en la escuela parroquial, la escuela dominical o la clase de confirmación. Pero han aprendido del ejemplo de sus padres que lo que escuchan en la iglesia realmente tiene más en común con Santa Claus y el conejo de la Pascua, que con el significado y el propósito de la vida. Cuando Santa Claus y el conejo de la Pascua se dejan atrás, también se dejan los votos que se hicieron en la confirmación. La Navidad es bonita; la Pascua es agradable; el *arrepentimiento* y *Jesús* son solamente palabras. ¿Y dónde está la señal de la cruz recibida en la frente y en el pecho en el bautismo? ¿Dónde están las palabras grabadas en el corazón: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Mc 8:34)? ¿Dónde está la respuesta del alma: "Heme aquí, envíame a mí" (Is 6:8)? ¿Dónde está la respuesta del hombre de Dios: "Habla que tu siervo escucha" (1 S 3:10)? ¿Dónde está la respuesta de la sierva del Señor: "Hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lc 1:38)?

Así, los pastores luchan por hacer obra misionera entre los miembros que piensan que ya saben todo y no necesitan más arrepentimiento. Cuando el matrimonio o los niños están en problemas, la iglesia puede ser el último recurso (¡y el más barato!) de orientación. Pero el consejo que obtienen de arrepentimiento y una vida que la palabra de Dios dirija no es el

consejo que quieren. Lo que quieren es que el pastor bendiga sus elecciones pecadoras o que se ponga de parte de uno en una lucha que los dos ya han perdido.

Al mismo tiempo, el testimonio que esos miembros dan a los vecinos, amigos y parientes que no asisten a una iglesia es trágico. La persona que no va a la iglesia ve que la vida de esos fieles no es nada atractiva, nada mejor de lo que tiene en su propia vida aparte del evangelio. ¿Por qué entonces debe preocuparse por ir a la iglesia? Le parece que la iglesia sólo busca su propio crecimiento y probablemente sólo quiere su dinero.

De muchas maneras esta lamentable historia en tantos matrimonios es realmente poco más que llevar a cabo los mismos problemas que hemos visto en los adolescentes. Cada uno supone que él o ella es el centro del universo para cuyo beneficio existe el otro. Cada uno se vuelve huraño y se aleja del otro tan pronto como se da cuenta de que el otro esperó la misma atención. Es un poco más sutil que el ensimismamiento de un adolescente. Pero en su esencia, es lo mismo. Se lleva a cabo en una forma más gradual, menos dramática. Y eso lo hace mucho más difícil de encontrarlo y cortarlo de raíz o cambiarlo una vez que la enfermedad se ha convertido en un hábito. En el matrimonio, uno de los cónyuges que no valora al otro lleva a la desilusión de los dos por la falta de devoción entre ellos. Esa falta de devoción lleva a la indiferencia, entonces a la frialdad, luego al colapso de gran parte o de todo lo que Dios tenía la intención de dar por medio del matrimonio y la familia.

Todo comienza, como observamos, con el asunto de las *prioridades*, en convertir los medios en fines. Cuando cualquier cosa aparte de Cristo y su palabra se convierten en la meta de la vida —ya sea el trabajo, respeto o ahorro o hasta la familia y los hijos— las cruces por seguro seguirán al cristiano.

- La codicia o la ambición por sí solas engendran desilusión, puesto que ninguna codicia ni ambición puede jamás estar completamente satisfecha. Luego viene la tentación ya sea de quejarse porque Dios bendice a otros más de lo que me bendice a mí o empujar a Dios todavía más al margen de la vida en la lucha vana por satisfacer insaciablemente la codicia y la ambición.

- Dios mismo puede enviar frustraciones, fracasos y pérdidas con el propósito amoroso de volvernos a él. Ya que tenemos objetivos equivocados, lo que envía es una carga pesada. El diablo quiere usar esa carga para arrastrarnos todavía más lejos de Dios con el argumento de que nuestra pérdida demuestra que no nos ama o realmente no le importamos.

- La indiferencia cada vez mayor hacia Dios o dudar de su gracia hace que cada problema en la vida sea más difícil de soportar, porque nos vemos a nosotros mismos llevando esa carga solos, sin la ayuda de Dios o sin las buenas intenciones de Dios, sin siquiera la comprensión de los que supuestamente nos aman más.

- La enfermedad física puede venir también de la mano de un Dios bondadoso como una forma de hacer que reorganicemos nuestras prioridades. Pero el diablo todavía tratará de usarla como una prueba más de la indiferencia de Dios, alternativamente, para que nos desesperemos pensando que por fin tenemos lo que merecemos por la vida idólatra que llevamos.

- Desilusionarse del cónyuge, de los hijos, de los que son amigos sólo cuando las cosas marchan bien y que están tan centrados en ellos mismos como nosotros lo hemos estado, nos tienta a retraernos todavía más en el yo y en el servicio del yo.

Desde luego, todas estas dificultades que vienen a nuestra vida y estos ataques a nuestra fe son por culpa nuestra. Pero cuando Dios o envía o permite que esos problemas vengan a nuestra vida, nos está llamando con ellos y nos recuerda: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Las lamentables consecuencias que vienen de nuestras confusas prioridades y nuestro intercambio de medios y fines son unos golpecitos en el hombro no tan discretos de Dios para llamar nuestra atención. Porque lo que pensamos que nos haría "felices", "exitosos" o "realizados" resultó ser una copa llena de amargura y frustración. Tal vez deberíamos buscar en alguna otra parte la "felicidad", la "realización". Quizás es hora de volver a arreglar el mobiliario del alma, limpiar la casa del corazón.

¿Cuál es la solución? Es volver a lo básico. Es regresar a la palabra, la cual pensamos que conocíamos tan bien que podíamos pasarla por alto a favor de otras cosas. Es volver precisamente a lo que este libro se ha tratado desde la primera página. "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". De hecho, cuando consideramos todo el dolor que nos acarreamos nosotros mismos cuando olvidamos o rechazamos esa cruz, tenemos una nueva percepción de la promesa de Dios. "Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil y ligera mi carga" (Mt 11:28-30). Todo vuelve al principio y a la oración de San Agustín: "Señor, nos has creado para ti y nuestro corazón no quedará tranquilo hasta que descanse en ti". Y esa oración es sólo un eco del salmista que suspiró cuando todo en la vida parecía vano y vacío: "¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (Sal 73:25, 26).

Todo en realidad es muy simple. ¿Por qué nos toma tanto tiempo aprender la lección, y por qué tenemos que aprenderla una y otra vez? ¿No es un testimonio de la profundidad de nuestra propia perversidad? ¿Y no es un testimonio del amor fiel y de la gracia de Dios? Nos lleva una y otra vez al aula de su corazón misericordioso en la palabra y los sacramentos. Allí repite las lecciones una y otra vez y cuantas veces sea necesario para ganarnos y volver a ganarnos. Debería estar perfectamente claro: el clamor de la iglesia de

“¡Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad; Señor, ten piedad!” nunca pasa de moda ni es innecesario para ninguno de nosotros, y jamás debe ser una mera y vana repetición.

Del mismo modo, su respuesta a nuestros gritos de misericordia, la respuesta que da en la promesa del evangelio, sigue siendo la única necesidad y la más grande que tenemos en la vida. Su respuesta de gracia gratuita y fiel hace que nos unamos a Jeremías cuando se sentó sobre los escombros de Jerusalén. La ciudad fue destruida en el juicio de Dios debido a la impenitencia. Jeremía oró sobre el montón de escombros cuando había perdido todo, y nosotros nos unimos a su oración cuando las consecuencias dolorosas de nuestros propios pecados, nuestras prioridades equivocadas, nos hieren o abaten: “Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad! ‘Mi porción es Jehová; por tanto, en él esperaré’, dice mi alma” (Lm 3:22-24).

Una vez que hemos vuelto a lo básico de la ley y el evangelio, a la confesión y absolución, podemos reexaminar todo este asunto de prioridades, de fines y medios. Es una reexaminación que tal vez se tenga que llevar a cabo frecuentemente durante nuestros años de madurez. Porque el diablo, el mundo y nuestra propia carne pecadora nunca renuncian a tratar de distorsionar nuestras prioridades; no pasa un solo día sin que conspiren para cambiar los medios por los fines.

Jesús resumió de manera breve el fin, el objetivo de la vida, cuando dijo: “No os angustiéis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir… Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt 6:25, 33). ¡Qué tesoro de instrucción y sabiduría respecto al asunto de prioridades, de distinguir los fines y los medios! El fin, que es el propósito y el objetivo de la vida, es buscar el reino de Dios y su justicia. El reino de Dios es por definición su reinado misericordioso en nuestro corazón y nuestra vida por medio de su palabra. Es la consagración de Cristo en el qué y el porqué de nuestra existencia. *Él* es el centro. *Él* es el enfoque. *Él* es el objetivo. Todo aquello que no tenga en el centro a Cristo y no lo sirva a él en su reino es pecado. En cualquier medida en que él y su reino no sean el centro, hay una corrupción de prioridades, un cambio completo entre los medios y los fines.

Si servir a Cristo en su reino es un objetivo en la vida, entonces es muy importante que su justicia sea el objetivo principal y el más destacado de la vida. Porque servir en su reino no es posible y jamás será posible aparte de su justicia. ¿Y dónde encontraremos su justicia? Otra vez, hemos vuelto a lo básico de nuestra fe. Su justicia se encuentra sólo en el evangelio. Su justicia es la vestidura blanca de inocencia con la que nos reviste cuando Dios nos declara perdonados debido a la santa cruz y pasión de Jesús. Porque lo opuesto a la justicia es la culpa. Cuando la culpa es removida, hay justicia —no hay una tercera posibilidad. Sí, y por esta justicia dada en el evangelio su reino viene a nosotros y es preservado en nosotros. Donde no está su justicia, tampoco está su reino; donde está su justicia, allí está su reino, y allí estaremos para servirle a él y a todos los que nos rodean.

Por eso, el reino de Dios y su justicia son los fines, los objetivos de la vida. El evangelio, en la palabra y los sacramentos, es el medio por el cual Dios nos da su justicia y establece su reino en nosotros. ¿Entonces, en qué se convierten el trabajo, la familia, la lucha para sobrevivir, los logros y hasta los placeres de esta vida? ¿No significan nada cuando establecemos las prioridades y ordenamos los fines y los medios?

Jesús no dice que el arduo trabajo o la ambición o el respeto y el honor o hacer planes para el futuro sean cosas malas en sí. De hecho, con frecuencia las Escrituras nos exhortan a que trabajemos diligentemente, tengamos un buen nombre en el mundo y aun que planeemos hasta cierto punto para el futuro. En efecto, Dios nos advierte frecuentemente en su palabra que la indiferencia perezosa para el trabajo y las responsabilidades en el mundo es una señal de incredulidad (p.ej. 1 Ts 4:11, 12; 2 Ts 3:6-13; 1 Ti 5:8). La cuestión no es si estas cosas son buenas o malas en sí mismas. La cuestión es: ¿Son *fines o medios*? Jesús se ocupó del problema de la ambición que se había convertido en una prioridad equivocada aun para sus discípulos. Ellos discutieron acerca de quién de ellos era el más importante. Jesús les mostró que su ambición de ser primero era buena sólo si era el medio para otros fines y no un fin en sí mismo. ¿Cuál debió ser el fin, el objetivo, que esa ambición debía tener? ¡*Servir* (Mt 5:14-16; Mc 10:42-45; Ro 13; 1 P 3:13-18)! Ése es el objetivo único del arduo trabajo, del respeto, de la planeación: ¡*Servir*! Es el servicio que se hace con sumisión a la palabra de Dios y de acuerdo con sus mandamientos. Es el servicio que busca el bien y el beneficio de la familia, de la iglesia y la sociedad en general. Es el servicio que siempre tiene en mente honrar a Dios y beneficiar a mi prójimo. Es el servicio que es útil en demostrar al mundo decadente la paz y el gozo de alguien cuya vida está escondida en Cristo.

Así, a pesar de que el trabajo, el respeto y el honor, y las cosas del mundo no son objetivos y fines de la vida, son importantes como *medios*. No son medios para *encontrar* o *ganar* el reino de Dios y su justicia, pero son medios para demostrar que *tenemos* el reino de Dios y su justicia. Porque aquellos que están en el reino de Dios y que ya poseen su justicia dada gratuitamente en el evangelio también tienen y usan las cosas de este mundo. Jesús lo dice al final del versículo —"todas estas cosas os serán añadidas" (Mt 6:33). Si estas cosas no fueran de importancia, Jesús no habría prometido dárnoslas. La comida y la ropa, los amigos y la familia, el respeto y el honor, la salud y la riqueza, y las habilidades para adquirirlos y guardarlos —todos son dones de nuestro Dios sumamente generoso. Son dones dados no como fines u objetivos de la vida, sino dones que nos da para usarlos para servir. Son medios para ese fin, para el fin de servirle. Podemos enumerar las formas en las cuales todas esas cosas son medios para un fin, en vez de fines en sí mismos. Los dones de Dios de cosas terrenales son:

- *Medios* que nos mueven para el *fin* de agradecer a Dios por su misericordiosa y abundante generosidad (p.ej. Sal 105, 106, 107).

- *Medios* a través de los cuales Dios nos da tiempo para hacer lo que nos agrada y nos da gozo para el *fin* de que tengamos energías y celo para trabajar más a su servicio. Por ejemplo, considere que instituyó el sábado del Antiguo Testamento como un día de descanso del trabajo para prepararnos para el trabajo. Piense en sus arreglos del día y la noche, para que podamos descansar del trabajo con el fin de estar en condiciones para el trabajo.

- *Medios* para el *fin* de servir a nuestra familia, de servir a la iglesia con la obra de proclamar el evangelio, de servir a los necesitados en el mundo.

¿No está claro que esas *prioridades*, todo el asunto de los *medios* y los *fines*, están todas revueltas en el mundo, fuera del reino de Dios y su justicia? Porque para aquellos que están fuera del reino de Dios y su justicia, todos esos *medios* se han convertido en *fines*. Ya sea que estemos pensando en la salud y la riqueza, en amigos y familia, comida y bebida, o trabajo y tiempo libre, para los que están fuera del reino cualquiera de esas cosas son razones para vivir y los objetivos de la vida. Se trata de tenerlas y gozarlas en la vida. Sin esas cosas la vida es amarga y no tiene sentido. ¡De hecho, aun con ellas la vida puede ser amarga si los que me rodean no comprenden que la verdadera razón de su existencia es mi placer! ¿Y cuántos comprenderán que existen principalmente para mi uso y mi placer? ¿El resultado? Otra vez, desilusión, frustración y un hundimiento aún más profundo en el abismo de la inutilidad en la adoración de los dioses muertos de la codicia y la ambición.

Sí, no podemos sino recordar otra vez las palabras de Jesús cuando nos presenta en Marcos 8 con la alternativa imaginada para llevar la cruz: "¿De qué le aprovechará al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?" (Mc 8:36, 37). Prioridades confusas. Un intercambio completo de los fines y los medios. Todo viene a ser una misión inútil. ¡Por otro lado, el reino de Dios y su justicia son gratuitos! Traen y tienen como su misma esencia el perdón de pecados, la vida y la salvación.

¿Qué mejor incentivo podría haber que el de un examen constante de nuestras prioridades, para estar seguros de que tenemos los medios y los fines en sus lugares debidos? Dios nos da todo para que podamos estar libres para servir a todos. Teniendo todas las cosas de él, trabajamos para usar todas las cosas para él. Los amigos y la familia están allí como los dones de él para mí, para que los goce con agradecimiento y, lo más importante, para servirles. La salud y la riqueza de las que gozo por un tiempo son para que pueda servir con ellas a aquellos que Dios me ha dado para servirles. Aun el evangelio es un don que me ha dado para que yo también pueda darlo, ante todo a los seres queridos, luego por medio del trabajo de la iglesia y mi propio testimonio cristiano en palabra y obra a los que están cerca y a los que están lejos.

Donde las prioridades no están en orden y los medios se han convertido en fines, la desilusión y la frustración jamás estarán muy lejos. Donde el reino de Dios y su justicia están primero, todo lo demás que necesitamos (a diferencia de todo lo demás que la carne pueda

desear) viene de la mano de Dios a su debido tiempo. ¡Ésa es la promesa de alguien que no miente! Puede haber ocasiones cuando la verdad de este pasaje sea difícil de ver. Precisamente, en esas ocasiones, el Señor en su misericordia nos llama a modificar nuestras prioridades; nos llama a echar otra mirada para ver si hemos permitido que los medios y los fines se hayan invertido. Algunas veces no nos damos cuenta hasta qué punto los medios se han convertido en fines hasta que perdemos algunas de esas cosas que hemos valorado demasiado como fines en sí mismas. Como observamos con anterioridad, a veces en la medida en que nos entristecemos excesivamente sobre la pérdida, ésa es la medida en que nos hemos adherido excesivamente a ella. La pérdida entonces puede en verdad ser *das liebe Kreuz*, la amada cruz, por medio de la cual un Dios amoroso y misericordioso nos llama a que volvamos a él.

Apenas hemos tocado la superficie de las tentaciones y las cruces especiales de los años de la madurez. Pero muchas, si no es que la mayoría de las tentaciones especiales y las cruces consiguientes, encajarán en este esquema general: Donde las prioridades son confusas, donde los medios y los fines se invierten, allí se puede esperar que venga el dolor, la frustración, la desilusión y el sufrimiento innecesarios en nosotros mismos y en aquellos que nos rodean. Todos estos pueden convertirse en cruces que el Señor envía para volvernos a él. Asimismo, todos pueden ser instrumentos de la caja de herramientas del diablo para alejarnos todavía más de Cristo y su cruz. ¿Cuáles serán para usted y para mí? La pregunta nunca es en vano. La respuesta que agrada a Dios se encuentra en la cruz y no separada de ella. Se encuentra en su cruz que nos ha redimido. Se encuentra en abrazar con humildad y paciencia, sí, con gozo y llevar las cruces que nos envía durante nuestra vida. El simple hecho de que durante esos años tenemos tantas y tan importantes distracciones debe servir para que estemos mucho más vigilantes. El incumplimiento y el descuido absolutos han hecho que naufraguen más almas que cualquier brote de maldad repentino.

De hecho, el descuido y la indiferencia son usualmente los padres de la maldad.

Las cruces especiales en los años dorados

Si la chispa más prominente de la cruz en la juventud es la pasión rebelde, si el distintivo que presagia la cruz en los años de madurez es una confusión de las prioridades y la inversión de los medios y los fines, entonces el origen de la cruz más común en los años dorados puede muy bien ser *la insensibilidad del alma*.

Para cuando llegamos a la vejez, hemos visto muchas luchas y librado muchas de ellas. Hemos sobrevivido las pasiones de la juventud. Tal vez hayamos probado frecuentemente el vino embriagador de la ambición y luego atragantado con los residuos amargos de la decepción. Hemos aprendido lecciones dolorosas acerca de la perversidad de la naturaleza humana, no sólo en nuestra propia perversidad, sino en la que se encuentra en tantas personas a quienes amamos o respetamos o servimos. Los amigos pueden irse sin pensar. Los hijos se

van y no miran atrás, por lo menos no tanto como nos gustaría pensar que debieran. El lugar del trabajo nos despide y nos hace a un lado y preferiría que no siguiéramos asomándonos, como si pensáramos que la vida no podría seguir sin nosotros.

Todos estos son indicios de la vejez. Cuando llega con toda su pesadez, todavía nos pueden esperar indignidades mayores. Ya no les decimos a las personas qué hacer; ellas nos dicen qué hacer, con frecuencia en tonos que evocan los tonos que usábamos hace años cuando hablábamos a los niños. El respeto al que pensamos teníamos derecho degenera en impaciencia con nuestra lentitud. Las gentes que están de prisa, que realmente importan porque son jóvenes y activas, nos miran como si sólo estorbáramos, sólo desperdiciando el espacio. Añadan a todo esto la debilidad y la enfermedad y toda clase de padecimientos que puedan asaltarnos en el cuerpo y en la mente en los años avanzados, y el cuadro está más o menos completo: Siempre imaginamos que estábamos al control; ahora está muy claro que no. ¡Es una pastilla amarga y dolorosa de tragar!

¿El resultado? ¡Insensibilidad en el alma! Un hombre puede caer en el malhumor sin sentido. Ha sido herido muchas veces. Ahora no deja a nadie entrar a su mente o a su alma. Vivía para su trabajo, y ahora otros lo hacen. Obtuvo respeto por sus habilidades y tenía amigos con quiénes compartir sus intereses. Pero ahora todo eso se está yendo o se ha ido. Hace tiempo cambió el interés que tenía en su esposa por el trabajo o sus pasatiempos favoritos o los amigos con quienes compartía el trabajo y los pasatiempos. Cuando todo esto se va, ya no puede relacionarse con la esposa de su juventud, a quien a su turno hace tiempo renunció a cualquier expectativa de que realmente se preocupaba por ella, por sus deseos o sus necesidades.

Su esposa, de hecho, también se encuentra en un mundo de desilusión que la deja a ella también con el alma insensible. Ya no puede realizarse ella misma manejando la vida de sus hijos; han crecido y se han ido. Así que busca significado en la manipulación. Poniendo de lado a su esposo indiferente, encuentra formas de mantener la vida de los demás en una constante confusión; con eso deja claro a todos que todavía es importante y una fuerza que tienen que tomar en cuenta. Si de vez en cuando sospecha que los objetos de su manipulación no la aman sino que la consideran una molestia, eso no cambia su comportamiento. Sólo se amarga más y se llena de resentimiento, se hace más insensible.

Cuando la enfermedad o sólo la fragilidad que se presenta en los años avanzados finalmente hace imposible que controlemos gran parte o nada de nuestra vida, la insensibilidad en el alma puede demostrar toda su fealdad. Otros tienen que cuidarnos. Dependemos de ellos. Pero ese cuidado no siempre engendra gratitud. Por el contrario, el dolor del cuerpo y la mente nos hacen mucho más huraños e impacientes, mucho más irritables y exigentes. ¡Sin duda, debe haber un lugar especial en el cielo para aquellas almas cristianas que nos cuidan cuando estamos así y que lo hacen con cortesía, gentileza, con bondad, hasta con respeto por lo poco que queda de nuestra dignidad!

¡Cuánto cambia todo sólo para quedar igual! Si pensamos, la condición descrita es el resultado perfectamente lógico de aquellos que perdieron luchas contra la pasión en la juventud y la lucha contra las prioridades torcidas en los años de madurez. Porque el anciano gruñón y la anciana manipuladora cedieron el control a las emociones y al comportamiento que tiene el *yo* y el momento en su centro. Es el comportamiento que ha empezado a ver la vanidad de toda esa codicia y ambición, su deseo de salirse con la suya y controlar las cosas. Sin embargo, tan vano e inútil como pueda ser, es todo lo que conocen y no renunciarán. Pero ahora es una lucha inútil llevada a cabo con obvia amargura, una suerte de furia vana contra los vientos y los destinos.

¿Y cómo ocuparnos de la insensibilidad del alma? ¿Cómo vemos en esas circunstancias especiales de la vejez la cruz de Cristo y nuestra propia cruz? Queremos abrazar las dos cruces como dones que han venido a nosotros del Dios de toda la gracia y misericordia. Tal vez las alternativas nunca estén tan claras en nuestra vida como deberían estar para nosotros en la vejez.

- Con los años, la ambición tiene que reemplazarse con una cierta resignación de que los años de ganancia y el ascenso social ya terminaron. Nos podemos amargar por la pérdida y dejar que la insensibilidad cubra nuestra alma. O podemos agradecer a Dios porque las insensateces y las vanidades de gran parte de nuestra vida finalmente han llegado a su fin, para que podamos ver con más claridad que sólo una cosa es necesaria; esa única cosa es todo lo que tenemos plena y gratuitamente en Jesús y en su palabra.

- El cuerpo está perdiendo la habilidad para recuperarse de la enfermedad; la vista y el oído están fallando; los órganos que antes siempre trabajaron, ahora duelen más que lo que trabajan. Nos podemos enojar y aburrir a todos por completo con quejas interminables de achaques; podemos amenazar a Dios con el puño esporádicamente por permitir que suframos de este modo. O podemos ver la cruz de Cristo y decir: “Tú aceptaste este dolor que siento y mucho más debido a que me amaste y deseaste sólo mi salvación. ¡Yo era tu prioridad, no tu consuelo ni descanso! Ahora en mi dolor me maravillo todavía más de tu amor por mí”. Podemos reconocer en la pérdida de las fuerzas y la vitalidad la mano de Dios, mientras erradica todas las distracciones y los ruidos de la vida, para que podamos enfocarnos en esa única cosa necesaria.

- Nos estamos haciendo siempre más dependientes de quienes nos rodean, para que nos ayuden y nos cuiden. La pérdida del control de nuestra vida y de nuestro cuerpo puede amargarnos y hacernos rencorosos; puede ser una excusa para desatar nuestra ira contra los que nos han quitado el control. O con nuestra gloria como hijos e hijas de Dios bien oculta en Cristo, podemos hacer que nuestra meta sea hacer el trabajo de quienes nos cuidan tan placentero como sea posible para ellos. Eso es, después de todo, un servicio que todavía podemos realizar. Dada la dificultad de su tarea, no es un servicio menor. No es una virtud pequeña saber cómo aceptar el servicio de otros

con gratitud en vez de refunfuñar. Nos alegramos en nuestros días sirviendo; ahora es tiempo de regocijarnos en el servicio de otros, hacerles saber que apreciamos su ayuda y que oramos por ellos y agradecemos a Dios por ellos.

- El espectro de la muerte se acerca cada vez más. Los amigos y seres queridos mueren cada año. Nuestra propia fragilidad junto con la muerte de los seres queridos lo hace más y más difícil pretender que la muerte sólo le sucede a otra gente. El diablo nos agarra del cuello en medio de la noche y susurra a nuestro oído: "¡Y tú también debes morir!". A él, como Lutero nos lo recuerda con frecuencia, lo que más le gusta en estos últimos días de nuestra vida es desenterrar todos nuestros fracasos, todos nuestros pecados, y echárnoslos en cara. El recuerdo de los pecados pasados, de las cosas que hirieron a otros, de las cosas que dejamos sin terminar que pudieron ayudar a otros, son en verdad cargas pesadas. Pueden llevarnos a la desesperación. O bajo el peso de la cruz, podemos correr al evangelio, correr a los sacramentos, correr a las promesas de Jesús. ¡Cuando debido a nuestra debilidad no podemos correr a ninguna otra parte, qué mejor lugar podría haber para que todavía corramos! En sus promesas y en su cruz, podemos encontrar un refugio seguro para protegernos de las tormentas que se arremolinan durante la última gran batalla por nuestras almas.

En nuestra vida y en la muerte mucho es cuestión de actitud. Podemos permitir que la insensibilidad de nuestra alma se convierta en piedra dura y fea al hacer de nosotros, fracasados y moribundos, el centro de nuestra atención. O podemos en cada achaque, en cada pérdida y decepción, mirar como los discípulos en el monte de la Transfiguración (Mt 17:8) y no ver a nadie, excepto a Jesús. Con cada achaque, con cada decepción, él está cortando las cuerdas que nos atan a esta vida y las cadenas que por tanto tiempo nos han encadenado al mundo. Nos está preparando para regocijarnos en el gran día de regresar a él y al hogar de su Padre. Está aumentando en nuestra alma su amor por nosotros que lo movió a sufrir todo el dolor y la pena, hasta los tormentos del infierno, para llevarnos a donde lo veremos como es.

Después de todo lo dicho y hecho, cuando perdemos el control en nuestra vejez sólo se hace más obvio lo que ha sido verdad todo el tiempo: Nunca estuvimos realmente en control, aun en los días en que fuimos más fuertes y más exitosos. La única diferencia entre los tiempos de fragilidad en la vejez y el vigor de la juventud es que en la vejez reconocemos la realidad mucho más fácilmente, y con el fin de las luchas vanas de la vida, tenemos muchos más motivos para dar gracias por esa realidad. La realidad es que Dios ha cumplido sus promesas. No nos ha abandonado. Ha permanecido siendo nuestra fuerza y se queda en cada paso del camino. Y en la última y aterradora lucha no cambiará sus promesas ni sus hábitos salvadores hacia nosotros.

La actitud de san Pablo enfoca todo el asunto maravillosamente. Estaba en prisión. Esperaba que su vida terminara pronto en martirio. Muchas fueron las cruces que tuvo que llevar. Muchas fueron las cargas, pruebas y aflicciones. Pero ahora ya estaban llegando a su fin. Y esto es lo que dice al acercarse ese día: "El tiempo de mi partida está cercano. He peleado la

buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida" (2 Ti 4:6-8).

¿Se dieron cuenta? ¡No hay insensibilidad! Su vida ha sido una carrera agotadora. Sus epístolas dan testimonio de que su trabajo le dio una lucha tras otra. Y muchas de esas batallas, sin duda alguna las más difíciles y dolorosas, fueron con miembros de las congregaciones que había fundado y servido fielmente. Pero no hay ningún rastro de amargura en su tono. Sólo hay gratitud por el tiempo que había servido, y sí, gratitud por el hecho de que ese tiempo ya había pasado. ¡Qué ejemplo para nosotros! Tuvimos el honor de servir; ahora tenemos el honor de hacer a un lado nuestras cargas de servicio y llenar nuestros corazones y almas con lo que está adelante: una corona de justicia puesta en nuestra cabeza por él, quien es nuestra justicia. ¡Lo que tenemos por delante es Jesús! ¿Qué hay allí para quejarnos?

Entonces no hay sino dos tareas en las que hay que enfocarse a medida que el fin se acerca: Ver cada vez más sólo a Jesús y, en lo posible, servir todavía haciendo el trabajo de aquellos que nos rodean tan fácil como sea posible para ellos, mientras oramos por ellos y les damos las gracias. En el proceso, con palabra y obra, hacemos una buena confesión; hacemos saber a aquellos seres queridos que nos sirven que nuestra confianza, nuestra esperanza, nuestra paz está toda en Cristo. Con él morimos en el bautismo y fuimos resucitados. Con él estamos preparados a pasar por el valle de sombra de muerte y a la eternidad del triunfo en el cielo. Debido a él pronto pasaremos de imitarlo a él en su humillación a compartir con él su exaltación. *Wer so stirbt, stirbt wohl!* "¡Feliz quien muere así!".

8
Las cruces especiales de los pastores y la iglesia visible

> Éste es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas a preguntarle: "¿Quién eres tú?". Él confesó y no negó. Confesó: "Yo no soy el Cristo". Y le preguntaron: "¿Qué, pues? ¿Eres tú Elías?". Dijo: "No soy". "¿Eres tú el Profeta?" Y respondió: "No". Entonces le dijeron: "¿Quién eres? Tenemos que dar respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?". Dijo: "Yo soy 'la voz de uno que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor"…"Éste es el que viene después de mí, quien es antes de mí, del cual yo no soy digno de desatar la correa del calzado"… Al siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: "¡Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Éste es de quien yo dije: 'Después de mí viene un hombre que es antes de mí, porque era primero que yo"… Al siguiente día estaba otra vez Juan, y con él dos de sus discípulos. Y mirando a Jesús que andaba por allí, dijo: "¡Éste es el Cordero de Dios!" (Jn 1:19-36).

Cuando preguntaron acerca de Jesús, cuyos seguidores habían aumentado a costa de Juan, Juan respondió: "No puede el hombre recibir nada a menos que le sea dado del cielo. Vosotros mismos me sois testigos de que dije: 'Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él'. El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo, el que está a su lado y lo oye, se goza grandemente de la voz del esposo. Por eso, mi gozo está completo. *Es necesario que él crezca, y que yo disminuya*" (Jn 3:27-30).

Juan el Bautista sigue siendo para nosotros el mejor ejemplo de la gloria y la cruz que pertenece a la iglesia y a sus pastores. Esos versículos lo resumen todo. Así también las representaciones favoritas de san Juan en pinturas y esculturas; está representado con un cordero a sus pies y una cruz en la mano. ¡Colgando de la cruz está un estandarte inscrito con las palabras *Ecce Agnus Dei!* "He aquí el Cordero de Dios". Ése es todo el trabajo de la iglesia y, por tanto, toda la ocupación del pastor: proclamar a los corderos a sus pies la obra del Cordero, que quita el pecado del mundo con su sufrimiento y muerte en la cruz. Lo único

que falta y que haría esa representación aún más apropiada sería añadir las últimas palabras de los versículos citados arriba: "*Es necesario que él crezca, y que yo disminuya*".

Y los pastores fieles hacen esto en el contexto de la promesa de Jesús a sus discípulos: "De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre" (Jn 14:12). ¡Sólo piense en eso! ¡El maestro promete que sus siervos harán obras más grandes que sanar a los leprosos, alimentar a miles, resucitar a los muertos! ¡Y eso mientras ellos se esfuerzan por disminuir siempre más, para que por las obras que realicen él pueda crecer siempre más! ¡Nos quedamos boquiabiertos! Y su palabra es verdadera. Obras mayores que ésas, obras que se comparan a las mejores de él, las hacemos. Porque día a día, año tras año, Jesús nos usa para proclamar su salvación en todo el mundo. Y ese mensaje, como lo prometió, llama y salva a los elegidos de toda tierra y toda lengua.

Aquellos de nosotros que somos pastores haríamos bien en separar el 24 de junio (la fiesta de la Natividad de san Juan el Bautista) y el 25 de junio (la fiesta de la Presentación de la Confesión de Augsburgo) para considerar de nuevo de qué se trata realmente todo nuestro servicio, tanto su gloria como sus cruces especiales. Las fechas son especialmente apropiadas puesto que para la mayoría de los pastores en los Estados Unidos caen cerca de las fechas del aniversario de su ordenación en el santo oficio del ministerio. Asimismo, caen cerca de los días de la gran fiesta de la Ascensión y del Pentecostés, días en que concluye triunfantemente nuestra peregrinación anual a través del Medio año de nuestro Señor. Hemos concluido nuestro viaje anual con nuestro *Señor de la cruz,* predicando y enseñando todo lo que ha hecho por nosotros para nuestra salvación. El 24 y 25 de junio caen también a finales de las fechas en que los pastores están más ocupados. Las clases de las escuelas terminan y la mayoría de las actividades organizativas en una parroquia tienden a disminuir.

¿Qué mejor tiempo o cuál podría ser un tiempo más conveniente para que nos concentremos o avivemos nuestro enfoque en el alto llamamiento bajo la cruz de Cristo y que imitemos a nuestro gran antepasado, san Juan el Bautista? Jamás ningún simple mortal nos mostró el camino mejor que él. Todo se trata de Cristo, no de mí. Todo se trata de señalar a Cristo, del sacrificio por los pecadores de quien yo soy el primero, como ese otro gran modelo para el ministerio lo expresó. Sí, todo se trata de que los corderos piensen cada vez más acerca de Cristo y cada vez menos acerca de mí. Aun en su muerte san Juan llevó este gran tema: "Es necesario que él crezca, y que yo disminuya". Porque jamás ningún mártir murió de esa manera vergonzosa. San Juan murió, no como un gran héroe que hizo una confesión audaz como San Esteban, sino por el capricho de un borracho que siguió lo que una joven bonita le indicó.

Si cada cristiano debe llevar la cruz individualmente, entonces sería sorprendente de verdad si los siervos de la iglesia no tuvieran también que llevar cruces. Las cruces de los pastores son como las de todos los demás y, sin embargo, lo suficientemente diferentes que ameritan alguna atención por separado. Cuando los cristianos, como ya hemos observado, fracasan en

llevar la cruz, se hacen un gran daño a sí mismos y a los demás. Pero cuando los pastores fracasan en llevar sus cruces, el daño es peor. Ellos deberían ser modelos de sumisión y obediencia humilde a la palabra, modelos que acerquen a las ovejas y a los corderos cada vez más a Cristo. El llamamiento de ellos es grande y santo. Si en vez de eso se convierten en modelos que sirven a su propia ambición, codicia, siguen una doctrina pecaminosa o una vida vergonzosa, entonces las ovejas con mayor facilidad se extravían y caen presas del lobo debido a ello.

La Biblia nos motiva con abundantes testimonios a la santidad del llamamiento del pastor tanto en las bendiciones para el pastor mismo como en las bendiciones para aquellos a los que sirve. Juan el Bautista consideró puro gozo ver a Cristo su Salvador y dar testimonio de la obra salvadora de Cristo a todos los que escucharan. San Pablo consideró todo basura y pérdida en comparación con la gloria de tener a Cristo y proclamar a Cristo (Flp 3:7, 8). En las epístolas pastorales Pablo repetidamente ruega a los pastores que abracen a Cristo y la cruz debido al beneficio para ellos mismos y para aquellos a quienes sirven. De hecho, no hay mayor alegría en el mundo que pasar una vida en el corazón de Dios; allí mismo estamos cuando estudiamos las Escrituras y proclamamos sus verdades sagradas y salvadoras en la predicación, en la enseñanza y en la administración de los benditos sacramentos.

Pero tan grandes como sean las bendiciones para nosotros y para quienes servimos, igual de grande es el deseo del diablo de robarnos a nosotros y a nuestros oyentes esas bendiciones. Por lo tanto, las advertencias de la ley dirigidas a los pastores son más urgentes y amenazadoras que para todos los demás. Si desprecian su santo oficio siendo negligentes o indiferentes, si fracasan en negar el *yo* y en llevar fielmente la cruz cuando la fidelidad es costosa, el juicio y la ira de Dios no dejarán de dar en el blanco. Llenaríamos la página mencionando pasajes de advertencia. Las advertencias llenan los libros de Jeremías y Ezequiel en particular. Nos contentaremos viendo sólo un par de ejemplos. Moisés, el más grande de los profetas, fracasó sólo una vez hasta donde sabemos. La falta al principio parece muy pequeña, especialmente comparada con las faltas frecuentes y flagrantes de su pueblo. Golpeó la peña cuando Dios le dijo sólo hablarle (Nm 20:1-12). Pero eso fue desobediencia. Estableció un mal ejemplo. Fracasó ante el pueblo para honrar a Dios con obediencia. Por ese único aparente o relativamente insignificante acto, Moisés perdió el honor de entrar a la tierra prometida.

Luego tenemos el ejemplo del profeta que envió Dios para reprender a Jeroboam en 1 R 13. Dios le dijo al profeta que entregara el mensaje y regresara a casa sin detenerse a comer ni a beber. El profeta fielmente, hasta heroicamente y con gran riesgo, entregó el mensaje. Pero luego se dejó engañar por otro; se apartó del camino para comer cuando iba a casa. Esa desobediencia parece tan pequeña comparada con la desobediencia de Jeroboam y de otros adoradores idólatras. Sin embargo todos ellos vivieron; al profeta lo mató un león. Jesús lo dijo todo: “A todo aquel a quien se haya dado mucho, mucho se le demandará, y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc 12:48).

Por tanto, abracemos la cruz con la fuerza dada en el evangelio y el ánimo ofrecido tan abundantemente para la obra de nuestro santo oficio. Gocémonos de la promesa y presencia del Salvador y la misericordiosa compañía del Espíritu Santo, mientras vela por nosotros y bendice nuestra obra con sus medios preciosos de gracia. Y tomemos a pecho las advertencias en contra de servir al *yo* y usemos los ejemplos de infidelidad como garrotes contra la carne pecadora. Pero el diablo nunca dejará de instigar la carne, para que ésta rechace la cruz y vuelva a la adoración del *yo*. ¡Si tanto el ánimo como la advertencia son necesarios para todos los cristianos, por supuesto que son muy necesarios para los siervos del evangelio!

La cruz del pastor joven

Consideremos las cruces de los líderes de la iglesia, sus pastores. En algunas formas interesantes van en líneas paralelas con las cruces de todos los demás en las tres etapas de la vida que ya discutimos. Al mismo tiempo, la vocación del pastor se presta para algunas características únicas para la forma que toma la cruz.

El joven graduado del seminario viene a su primera congregación lleno de pasión en el buen sentido de la palabra. Ha pasado cuatro años capacitándose en el seminario, además de los años de universidad y tal vez de la secundaria en cursos diseñados para prepararlo para servir a la iglesia. Es dedicado. Está impaciente. Está altamente calificado para la obra que le espera. Ha estudiado las Escrituras en las lenguas originales y ha aprendido cómo usar esas lenguas en ese estudio por el resto de su vida. Sabe que su capacitación en las Escrituras lo enriquecerá a él y a innumerables almas confiadas a su cuidado por el resto de su vida.

Tiene ambición que se enfoca en el reino de Dios y su justicia. Ha visto en la historia de la iglesia de tiempos pasados y de la historia que ha considerado de cerca cuánto daño un pastor o maestro puede causar al reino de Dios. Está determinado a no cometer esos errores que ha habido antes de él. Será el mejor pastor que pueda ser. ¡Puesto que no va a cometer los errores que ha visto que otros cometen, tiene la confianza en que tendrá éxito en donde otros han fracasado! Al mismo tiempo, sabe en su corazón que no debe ser arrogante y no debe adorar en el santuario de la gloria y el éxito externo. Sabe que debe abrazar la cruz y seguir a Cristo bajo ella, y por supuesto eso es lo que quiere hacer.

Aunque se le enseñó la teología de la cruz en el seminario, todavía no ha descubierto que la teología de la cruz también tiene que ser experimentada así como enseñada. Es decir, Dios enseña en su palabra y nos muestra de lo que realmente se trata la vida. Y así nuestro pastor joven llega a su primera parroquia. Después de años de capacitación, piensa que está preparado para contestar las preguntas más difíciles que su gente le pueda hacer. Después de su experiencia como vicario o asistente de una parroquia, espera estar preparado para seguir adelante para alimentar a los corderos, fortalecer a las ovejas y ganar a los paganos para Cristo. Después de muchos años en el salón de clase a los pies de buenos maestros y tal vez

también de algunos no tan buenos maestros, piensa que sabe lo que debe hacer y lo que debe evitar al enseñar a otros. Piensa que sabe cómo enseñar para que los niños y adultos se asombren con cada palabra que dice y luego hagan lo que les dice que Jesús quiere que hagan. Nuestro nuevo pastor quizás esté vagamente consciente de que tiene esos pensamientos o que su forma de pensar raya en la arrogancia. Pero la mayoría de los pastores con experiencia se reirán entre dientes debido a la sabiduría que viene con la edad y la experiencia en interpretar estas palabras: ¡Sí, en el fondo, eso es lo que pensé entonces!

Entonces, la vida sucede. Luego Jesús comienza a enseñarle la teología de la cruz otra vez. La cruz viene. El pastor no debe sorprenderse, ya que es lo que Cristo prometió. Pero se sorprende y se desconcierta por ello. Y quién lo iba a decir, no todos escuchan. Todos prometieron en su ordenación apoyarlo cuando correctamente aplicara la palabra de verdad. Pero cuando no quiso sepultar a alguien, cuya confesión era de un incrédulo, los parientes se enojaron con él. Cuando no casó a la pareja que insistió en un oficio religioso que descaradamente contradecía la palabra de Dios, algunas personas dejaron la iglesia. Cuando se negó a dar la Santa Cena a un pariente que no era miembro de una iglesia en compañerismo con nosotros que visitaba a alguien, más personas se molestaron. ¡El domingo pasado notó que alguien se quedó dormido durante todo el sermón! Hace dos semanas los niños en la clase de confirmación no se molestaron en hacer la tarea —sí, y madres enojadas llamaron cuando amonestó a los niños por su falta de fidelidad. En cuanto a su clase bíblica, bueno, está haciendo lo mejor que puede, pero el interés en la clase todavía es poco.

Luego vienen las visitas de evangelismo y las visitas a los miembros inactivos. Ésa es una verdadera obra misionera. Pero se asombra que tantas personas no se apresuren a ir al cielo y lo poco que les interesa la salvación de sus almas. Prometen venir, pero no vienen. Otros son rudos en su rechazo a la invitación al banquete celestial y a la vida eterna. Aún otros vienen por poco tiempo, pero se molestan por una cosa u otra; se van rechazando con más determinación el evangelio que antes.

Entonces está el problema del manejo del tiempo; necesita tiempo para preparar, tiempo para salir de estar detrás del escritorio, para aconsejar a la gente, tiempo para evangelismo y visitas a miembros inactivos, tiempo para visitar a los miembros y llegar a conocerlos mejor a ellos y las necesidades que tienen, tiempo para visitar a los enfermos y a los que están confinados en casa, tiempo para su familia, para pensar y tiempo para orar. Pero hay sólo 24 horas en un día. Después de seis meses o un año, nuestro joven pastor está empezando a sentirse viejo y por supuesto abrumado.

Por cierto, algunos escuchan gustosamente la palabra. Alguien salió de la iglesia el domingo pasado por la mañana y dijo en voz baja: “¡Gracias, pastor! ¿Cómo supo que eso era exactamente lo que necesitaba escuchar?”. Hay algunos encargados del orden y el mantenimiento de la iglesia y algunos miembros del consejo y algunos otros que fiel y gustosamente hacen todo lo que pueden para ayudar al pastor y a la iglesia. Hay algunos que sobresalen en los cursos de instrucción para adultos; ya sea en la clase o en privado, el pastor

a veces llega a ver la obra del Espíritu Santo cuando la luz brilla en los ojos de alguien al escuchar el mensaje: ¡Sí, Jesús murió por usted también!

Pero el número de aquellos que ayudan, que escuchan, que aprecian los esfuerzos que realiza el pastor por ellos y en el nombre de Jesús parece muy pequeño. Y su ánimo parece pequeño también al lado de la frustración que viene de encargarse de la indiferencia y el fastidio que resulta de tratar con aquellos que nunca están satisfechos. ¡Debería haber más ayuda y menos excusas, escuchar más y menos indiferencia a la palabra, más aprecio y menos quejas, menos quisquillosidad!

El pastor puede haber esperado mucho más, sí, mucho más de lo que Cristo prometió. Puede haber esperado más gloria y menos cruz. Puede haber esperado no disminuir sino crecer. De hecho, sus miembros pueden haber esperado esto también. ¡Muchas congregaciones dan la bienvenida a los jóvenes graduados con la expectativa de que es joven, pero posee la sabiduría que viene con 40 años de experiencia! Con su juventud puede hacer todo, y con los 40 años imaginables de experiencia, puede hacer todo rápida y perfectamente. La decepción de ellos porque no es más exitoso de lo que es sólo agrava la decepción de él.

El pastor se encuentra en una encrucijada. ¿Cómo va a manejar su propia fatiga, frustración y decepción? Para decirlo de otra manera, ¿qué hará con la cruz? El camino con Jesús a la cabeza va hacia adelante, pero está cubierto de piedras, espinos y cardos, regado frecuentemente con lágrimas. Numerosos desvíos con Jesús sólo a la vista pero no a la cabeza, dan vuelta en todas direcciones. Al principio es fácil ver a Jesús en esos caminos, y los desvíos tienen el atractivo de que parecen tener menos baches, menos espinos y cardos. ¡Pero cuidado! Entre más lejos uno vaya por ellos, más distante se hace Jesús hasta que lo perdemos totalmente de vista. Los que van por esos senderos pueden recordar a Jesús, pero él ha dejado de tener prioridad. “Es necesario que él crezca, y que yo disminuya” se convirtió hace mucho tiempo en un lema vacío.

¿Qué hay allí que tienta al joven pastor a desviarse del camino de la cruz? ¿Qué hay en esos desvíos que resulta tan atractivo?

La tentación fundamental y la más persuasiva es la que es común para todos cuando estamos jóvenes. Nos enfocamos demasiado en el yo. La pasión de la juventud, incluyendo una pasión por cosas buenas y nobles, está con frecuencia, ya sea consciente o inconscientemente, centrada en el *yo*, en vez de estar centrada en *Cristo*. Y así:

- Si *yo* no hago que crezca esta congregación, todos me culparán a *mí* cuando fracase o la cierren.

- Si *yo* fuera un mejor predicador, la gente escucharía y vendría; *yo* he de estar haciendo algo mal o *yo* tendría más éxito. ¿Cómo es posible que *yo* no les agrade?

- Tal vez si *yo* cuento más historias graciosas en el sermón surtiría efecto; tal vez *yo* les agradaría más y me escucharían más; tal vez hablar menos sobre el arrepentimiento y más sobre, bueno, cualquier otra cosa que surta efecto.

- Tal vez si *yo* no soy tan estricto en la doctrina y la práctica, tal vez si *yo* cedo un poco aquí o allá, *yo* haré que esta iglesia crezca más rápido; podemos ocuparnos de "las cosas más difíciles" después, cuando maduren más y *yo* les agrade lo suficiente para que me escuchen.

- Sí, tal vez si *yo* no hiero las susceptibilidades de muchas personas, los representantes del distrito y del sínodo verán qué buen pastor soy *yo*, y finalmente *yo* recibiré un llamamiento a un lugar donde realmente *yo* seré apreciado.

¡Ay, qué astuto es el diablo! Mientras planta estas semillas en el alma del pastor, le echa tierra en los ojos, para que nuestro clérigo joven piense que su corazón es puro y sus objetivos nobles. Sin embargo, ¿cuál es la realidad? Alguien que sucumba a eso ha empezado a olvidar las bases de su ministerio. Está olvidando la promesa de Cristo, que muchos son llamados, pero pocos escogidos (Mt 22:14). Está olvidando que Jesús no lo llamó para que tuviera éxito o fuera popular, sino para que fuera fiel —considere los ejemplos de Juan el Bautista, de todos los profetas, de san Pablo.

Para decirlo de otra forma, se olvida de que sólo hay un medio de gracia —el evangelio en la palabra y los sacramentos— y hay sólo un Salvador del mundo. El pastor no es el medio de gracia; es la trompeta, no la melodía. Es el sonido del evangelio lo que convierte y preserva la fe. Por importante que sea la trompeta, es la melodía del evangelio la que logra todo. Él no es el segundo mesías, como si fuera su responsabilidad salvar al mundo por sus esfuerzos, su elocuencia, su personalidad, su carisma. Sólo hay un Redentor del mundo, un Salvador de cada persona a quien Dios ha elegido. Cada uno de los elegidos oirá la melodía que el Espíritu Santo toca en el evangelio; cuando el propio Espíritu lo determine (¡no el pastor!) creerá y el evangelio lo salvará. El que seamos la trompeta y no la melodía, los mensajeros de la salvación y no el Mesías, es nuestro gran consuelo y el honor más grande.

Si el pastor comienza a pensar que alcanzar el éxito depende de él y que tiene que proveer la salvación con sus propias habilidades e inteligencia, entonces en efecto ha comenzado a descender por un camino arriesgado. Ha hecho la cruz a un lado. Habiendo descubierto que la gente pierde el interés cuando él habla de la cruz, deja de decir a otros que la lleven también. Puede que ahora sea más popular, más exitoso exteriormente. Pero no está preparando el rebaño de Cristo para su regreso. En el día del juicio ese pastor puede escuchar con sus miembros sin preparación las palabras pavorosas: "De cierto os digo que no os conozco" (Mt 25:12).

Eso no quiere decir que el pastor debe ser indiferente a la calidad de la obra que realiza con la palabra y con el pueblo de Dios. ¡Nada de eso! Debe esforzarse, como san Pablo exhortó a

Timoteo (1 Ti 4), por ser diligente y celoso en sus enseñanzas y predicación y también en su vida diaria. Pero la diligencia se dirige a ser fiel a la palabra y al servicio. Todo se hace por amor a Jesús y por amor a aquellos que sólo Jesús salvará por medio de su sola palabra. Nunca nadie fue salvado con la falsa doctrina o compromiso con la falsa doctrina. Tampoco nadie fue librado de las trampas del diablo debido a que su pastor no era más que popular y agradable. Lo que aquí se necesita tener en cuenta es que al principio la línea pueda ser muy angosta entre el celo por Jesús y su palabra y el amor por su rebaño, por un lado, y la creciente preocupación con el yo y el propio bienestar y popularidad, por otro lado.

¿Y cuál es la cura? El pastor en cuyo corazón se arraigan estas tentaciones es casi seguro que ha abandonado una vida de devoción privada. Está muy ocupado, demasiado ocupado. Ha buscado formas de ahorrar tiempo para que pueda realizar más trabajo al servicio del Señor. El primer atajo que toma es cortar el tiempo que pasa solo con Jesús en sus devociones en privado. Después de todo, ¿realmente necesita todo eso? Siempre está "en la palabra", ¿no es así? Está estudiando el texto para su próximo sermón. Está preparándose para la clase bíblica. Tiene una devoción en mente para su próxima visita al hospital y las vistas a los confinados en casa. Incluso tiene devociones con la familia con su esposa y los hijos. ¿Por qué necesita más que eso para él mismo?

Necesita más que eso para sí mismo debido a las tentaciones especiales que el diablo tiene precisamente para los pastores, a saber, esas tentaciones que ya describimos. Así como Jesús con tanta frecuencia en los evangelios llevó a sus discípulos aparte para hablarles en privado, así Jesús quiere llevar a su pastor aparte y hablarle acerca de las tentaciones únicas en su santo oficio. Quiere alejarlo de las tentaciones de la arrogancia cuando las cosas marchan bien y de las tentaciones de desesperarse cuando no marchan bien. Quiere alejarlo de la seducción del éxito. Quiere alejarlo del desprecio de los malagradecidos y los testarudos, de los indiferentes y descuidados. Quiere llamarlo primeramente al arrepentimiento de sus propios pecados. Quiere que vea la paciencia que Jesús todavía tiene incluso por su pastor. Quiere cogerlo una y otra vez con la red de su gracia y misericordia. ¡Quiere que el pastor siempre y otra vez quede maravillado con el amor y la paciencia de Cristo por el perdido, el desorientado, el insensato, el perverso, el amor y la paciencia de Cristo —en una palabra— por él!

¡Sí, Jesús quiere llamar a su pastor a la cruz! Quiere que su pastor vea cuán especial es el amor de Dios por su iglesia: el Señor da sus mejores dones en los apóstoles y los profetas, en los pastores y maestros fieles. Da esos dones para que se usen y se consuman para su gloria. Y en el proceso da a los que ha llamado a servir una rica y sobreabundante gracia y bendiciones para su ministerio, para su propia alma primero y para llevar su cruz especial. Y lo hace mientras lleva a su pastor aparte día tras día y le habla en su fiel palabra. Lo hace en cumplimiento de su promesa, igual como lo hizo por los apóstoles y profetas antiguos; los amó a ellos también —y la mayoría de ellos conforme a la tradición sufrió la muerte de mártir como prueba de su amor por él y su lealtad a su palabra. ¡En la iglesia primitiva, la corona del mártir se apreciaba altamente como prueba del amor especial de Dios, porque así

como Dios dio a su amado Hijo en la cruz como don para su iglesia, así por amor todavía da sus mejores dones, aun hasta la muerte, por amor a su iglesia! ¡Qué honor es el que Dios nos ame tanto, para que seamos usados y consumidos en beneficio de su iglesia!

¿Y qué descubrirá el pastor si no quiere seguir el atajo de abandonar su propia vida de devoción? ¿Qué encontrará si un día tras otro se enfrasca en el corazón de Dios, mientras escucha su voz en la palabra?

- Poco a poco, cada vez más, se maravillará de la misericordia de Dios, no sólo para sus miembros sino especialmente para él mismo. Porque nadie tiene menos excusas para sus pecados que un pastor. ¡Pero Jesús todavía ama también a los pastores!

- Poco a poco, cada vez más, se maravillará de la forma en que Dios menea la sopa de la experiencia humana. Lo notará en la vida de los miembros, mientras Dios se esfuerza por atraer su atención con su especial mezcla de cosas placenteras y sufrimiento. Y entonces lo notará en su propia vida; verá que cuando pensó que todo estaba perdido, Dios arregló algunas pequeñas bendiciones, algún éxito pequeño, alguna pequeña amabilidad de una parte inesperada que asegura a su pastor que su obra no fue en vano —precisamente como Dios prometió que no sería en vano.

- Poco a poco, cada vez más, apreciará y agradecerá los milagros de gracia que Dios usó en él para lograrlo. Dios pudo haber escogido a alguien más para bautizar a ese niño, alguien más para conducir a un miembro moribundo al cielo, alguien más para traer la salvación a esa alma perdida, alguien más para ayudar a rescatar un matrimonio que fracasaba. Pero no. ¡Dios lo eligió a él! ¡Qué maravilla! ¡Qué don! ¡Cuánta gracia! Sí, domingo tras domingo, un día santo tras otro, todavía alguien está allí para escuchar el mensaje de su palabra que Dios le dio para proclamar. Ellos podrían estar en alguna otra parte, haciendo algo más o no haciendo nada, pero están allí. ¡Qué honor le ha otorgado Dios para que pueda ser contado digno de hablarles en su nombre! ¡Qué honor le han mostrado esas personas, porque han venido a oír a Dios hablar por medio de él! “Y para estas cosas, ¿quién es suficiente?... Nuestra capacidad proviene de Dios” (2 Co 2:16; 3:5).

- Poco a poco, cada vez más, puede venir al final de sus devociones para orar la oración que Lutero aprendió a amar en el monasterio. Frente al cansancio, las frustraciones y las desilusiones, él puede ver el rostro de Dios y decir: *Benedictus Deus in omnibus donis suis!* “¡Bendito sea Dios en todos sus dones!”. Ésa es una gran oración del pastor, especialmente al comenzar el día. ¡Mientras él enfrenta desafíos y más trabajo de lo que puede hacer, el pastor hace bien en empezar la adoración del día dando gracias por todo lo que Dios ha hecho y todavía hará, aun a través de sus esfuerzos siempre tambaleantes!

✠ ¡En resumen, poco a poco, cada vez más, puede descubrir que los medios de gracia, el evangelio, realmente surten efecto! No importa qué prueba exterior haya en el momento, Dios sustenta la fe del pastor y, sí, su gozo, por medio de las promesas en el evangelio. Por lo tanto, con la fortaleza y el recordatorio de su bautismo, el pastor puede salir refrescado y renovado; el viejo hombre ha sido ahogado de nuevo y el nuevo hombre ha salido para servir y servir y, entonces otra vez, para servir.

Sí, tal vez los pastores deberíamos separar el 24 y 25 de junio para salir y encontrar una cueva en alguna parte donde podamos sentarnos por un rato y meditar sobre estas cosas. Definitivamente, valdría la pena de vez en cuando volver a Marcos 8:34: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". La cruz del pastor es que, por el bien del evangelio, soportará oposición, no sólo del mundo sino a veces con más dolor de algunos de sus propios miembros cuando es fiel al Salvador. Pero aún más, la cruz del pastor es una lucha contra sí mismo; es una lucha de poner a Jesús y su palabra primero, seguida de las almas que han sido encomendadas a su cuidado y aquellas que pueden ser encomendadas a su cuidado por medio de su fiel proclamación del evangelio.

Aún más importante, sin embargo, que un examen anual de nosotros mismos y nuestros motivos a la luz de la palabra de Dios es que no abandonemos nuestras horas diarias a solas con Jesús. Por medio de esas preciosas horas que pasamos con él, creceremos en conocimiento y en gracia, sustentados y fortalecidos por su palabra. ¡Ésa es su promesa; es una promesa que compartimos con nuestra gente y una promesa en la que nosotros debemos confiar primero!

¿Hará nuestra vida de devoción en privado que no haya obstáculos en el camino? ¿Terminarán las frustraciones y el cansancio que sentimos? Por supuesto que no. Porque Jesús nunca prometió que en nuestro camino no iba a haber obstáculos y en nuestra labor no iba a haber frustraciones ni cansancio. Lo que sí prometió fue que nos daría fortaleza para el día y que finalmente nuestra labor no sería en vano. Nos mostrará eso dónde y cuándo le agrade a él. Y cuando no lo muestre, no obstante sigue siendo verdad, porque él lo dijo. Aparte de esa palabra, sólo se encuentra el panorama de las tentaciones que nos derrotan y abruman y nos hacen incapaces en la doctrina, en la vida o en las dos cosas para el llamamiento santo y noble que nos ha dado.

Por supuesto, hay veces cuando Dios muestra el éxito de su evangelio en los corazones de aquellos a quienes servimos con él. Hay veces cuando las congregaciones prosperan y crecen incluso más allá de nuestras expectativas más fervorosas. Hay veces cuando una parroquia está en paz y cuando los miembros no son tímidos para expresar su agradecimiento a sus pastores. Cuando eso pasa, nos ponemos de rodillas en adoración y agradecimiento por el éxito de *él*. Porque si estamos ocupados felicitándonos a nosotros mismos en vez de agradecerle a él, entonces debemos culparnos a nosotros mismos cuando las cosas no marchan tan bien. El punto es que en los días buenos y en los malos nadie tiene un mejor motivo que un pastor para agradecer a Dios toda su gracia y sus bendiciones. ¡Y nadie tiene

más motivos para estar agradecido por su llamamiento en la vida que aquel cuya vocación es siempre la de disminuir, para que Jesús crezca!

La cruz del pastor maduro

Todo eso que se ha dicho con referencia al joven pastor se aplica, desde luego, al pastor de cualquier edad o experiencia. Sin embargo, hay una nueva cruz y lucha que viene al pastor que tiene alguna experiencia. Es la cruz de una clase de profesional*ismo*. Por cierto, se debe esperar de un pastor entrado en años que sea y actúe de manera profesional. Es decir, sabe la diferencia entre ser gentil y afable, por un lado, y ser amistoso en exceso, por el otro. Sabe cómo ser digno sin ser pesado. Sabe cómo presentarse a sí mismo como alguien cuya autoridad viene de Cristo para servir a diferencia de actuar como el señor y maestro del rebaño de Cristo. Sabe que está donde debe estar para servir, no para ser servido o para "hacer lo que quiere".

Pero al saber todo esto y las cosas relacionadas hay una tentación. La tentación de que se ve a sí mismo, o comienza a actuar, nada menos que como un profesional religioso. El cirujano del corazón que ha realizado mil operaciones de bypass ya no piensa en hacer una bypass de la forma en que realizó sus primeras diez operaciones. En gran medida esta operación asombrosa se puede convertir en una rutina para él. El pastor puede caer en esa forma de pensar también; puede caer en el profesional*ismo*. Renunció a su vida de devoción en privado y pasó a la actitud de la persona religiosa profesional. Sabe cómo sonreír cuando debe. Sabe cómo parecer preocupado cuando debe. Sabe cómo estar disponible para algunas personas y algunos problemas, y cómo estar muy ocupado para otras personas y algunos otros problemas.

En resumen, su vocación ha degenerado en un negocio como cualquier otro; se ha convertido en poco más que en una ocupación. Tiene tanto amor por su gente como el bodeguero lo tiene por sus clientes. Los miembros se han convertido en clientes; son los medios para un fin, el fin de proveerle a él una forma de ganarse la vida. No quiere formar parte de la vida de ellos, de llevar sus cargas con ellos ni de compartir sus gozos. La imagen de Jesús como el Buen Samaritano y el Buen Pastor, que da su vida por sus ovejas, se ha desvanecido hace tiempo de la imagen que tenía cuando fue llamado. El ejemplo de san Juan Bautista, de san Pablo, y las exhortaciones en las epístolas pastorales no lo inspiran ya. Si acaso, sólo le traen una leve culpabilidad a su conciencia. Cuando el teléfono suena, secretamente suspira: *¿Y ahora qué?*

En cuanto a sus sermones, bueno, ¿qué podemos decir? Si ha dejado una vida de devoción personal a fin de ahorrar tiempo, hay una buena posibilidad de que la segunda cosa a la que haya renunciado para ahorrar tiempo haya sido el estudio concienzudo del texto para sus sermones. Pronto olvidará para qué estaba tratando tanto de ahorrar tiempo. Pero ya sea que lo haya recordado o no, su predicación ha comenzado a tomar una larga y lamentable caída

cuesta abajo. Ya no predica realmente el texto; predica acerca del texto. Sus sermones han empezado a sonar todos iguales. Piensa que nadie lo nota. Piensa que da lo mismo. El que nadie le diga nada respecto a eso lo convence de que a nadie le importa de todos modos. Se hace un hábito hablar monótonamente en términos generales acerca del texto con historias triviales al lado y aplicaciones que no inspiran y tampoco molestan a nadie.

Lutero tiene unas palabras mordaces para esos pastores. ¡Dice que son mejores para porqueros que para pastores y que deberían ser sacados de la ciudad y lanzarles estiércol mientras van (Catecismo Mayor, Prefacio; Libro de Concordia, pp. 374-378)!

¡Qué lamentable! Puesto que la palabra es poderosa, puesto que el Espíritu Santo está siempre presente en el evangelio con la palabra y los sacramentos, la fe de sus miembros todavía puede sobrevivir. No será una fe tan saludable o gozosa debido a la indiferencia del pastor para predicar, enseñar y aplicar cuidadosamente las Escrituras a sus vidas. Pero pueden sobrevivir. En todo caso, los elegidos oirán la voz del Salvador y lo seguirán a la vida eterna, precisamente como Jesús lo prometió. La melodía que tocó el Espíritu Santo fue lo suficientemente melodiosa para superar el hecho de que la trompeta era de hojalata. ¡Aun así, qué lamentable!

¿La solución? Es la misma que ya indicamos. Es el lema de ese gran teólogo luterano, Martin Chemnitz: *Ad fontes!* "¡Volver a la fuente!". Como cualquier hábito bien arraigado es difícil de superar, así también lo es la costumbre de la indiferencia por las almas que nos cansan, pero que todavía fueron compradas con la sangre del Cordero. Si un pastor encuentra que va rumbo a esa clase de profesional*ismo*, de hecho puede encontrar difícil volver a despertar el fervor que conocía, esa buena pasión que tenía cuando se graduó del seminario. Puede llegar a la lamentable conclusión de que cierto letargo ha rebasado su alma cuando lee su Biblia y cuando ora, de modo que ya no siente la presencia de Dios en el evangelio o la exhortación del Espíritu en sus oraciones. La Fórmula de Concordia tiene un comentario interesante sobre ese estado:

> Pues respecto a la presencia, obra y don del Espíritu Santo no debemos ni podemos juzgar siempre *ex sensu*, es decir, según la manera como se experimentan en el corazón; sino que, como muchas veces actúan en forma encubierta y sin que nos apercibamos de ellos debido a la debilidad de nuestro ánimo, debemos estar seguros por medio de la promesa de que la palabra de Dios predicada y oída es verdaderamente oficio y obra del Espíritu Santo, por la cual él es de cierto eficaz y activo en nuestros corazones (2 Co 2:14 y sgte.). (Fórmula de Concordia, Declaración Sólida, Art II, párr. 56; Libro de Concordia, p. 573.)

La solución a esa condición de debilidad no es la que el diablo sugiere. Éste nos exhorta a que simplemente renunciemos y nos hundamos más en nuestra falta de vida percibida. La solución que ofrece la Fórmula de Concordia, los apóstoles y profetas, nuestro Señor mismo es lo opuesto. Nos exhortan al unísono a confiar en la promesa, sí, meternos de lleno en ella.

Porque el Espíritu está activo ya sea que lo sintamos o no. Y cuando él quiera que lo sintamos un poquito más, lo haremos. De hecho, nos quiere poner a prueba, capacitarnos para confiar en sus promesas, no sólo en nuestras percepciones, nuestros sentimientos.

Al pastor que quiera salir trepando del pantano, del estiércol y del fango del profesional*ismo*, le haría bien que regresara al kínder. Un gran kínder del alma es el Evangelio de Marcos. Un pastor puede volver a leerlo como si estuviera leyéndolo por primera vez. Puede tomar sólo unos cuantos versículos, definitivamente no más de un capítulo al día, y pensar que nunca antes escuchó la historia. Puede preguntarse en cada sección: "¿Si yo o algún otro simple mortal estuviera escribiendo la historia, cómo resultaría?". Puede preguntarse cada día: "¿Qué hay en esta historia que sea una sorpresa y un volver todo al revés de lo que esperaríamos con nuestro razonamiento?". Además se preguntaría: "¿Qué enseña esta historia o estos versículos acerca de Dios y de mí que ninguna otra historia enseñe tan claramente?". En esta última pregunta, el pastor maduro tendrá la ventaja sobre el joven, porque para este tiempo ya conoce la Biblia muy bien y debe poder hacer la comparación y los contrastes más fácilmente que el novicio.

Mientras lee, puede orar sin cesar por las bendiciones de Dios en su palabra. Puede irrumpir en las puertas del corazón de Dios con la cruz del Hijo de Dios, suplicándole que cumpla su promesa de bendecir la palabra donde se escuche y en cualquier parte que se escuche. Puede suplicar de nuevo por la gracia, la cual siempre es inmerecida, y por la misericordia en su propia alma desdichada.

Mientras se levanta después de haber estado arrodillado, quizás quiera de vez en cuando ir al kínder verdadero, ya sea de la escuela parroquial o de la clase dominical. Tal vez quiera sentarse con un pequeño y pedir al niño que le cuente la historia de Jesús. Sin duda, no se atemorizará por la habilidad del Espíritu Santo de traer a Jesús tan hermosa y claramente al corazón y a la boca de un pequeño. Si ése no es un motivo suficiente de regresar a la noble tarea que tiene como instrumento del Espíritu Santo, es difícil de imaginar qué sería suficiente. Que vaya a visitar a un miembro moribundo y le pregunte: "¿Estás preparado para partir y ver a Jesús?". Si escucha la respuesta, ya no concluirá otra vez que su santo oficio sea sólo un negocio. Porque la respuesta o lo inspirará con la fe del moribundo o le mostrará que tiene un trabajo santo por hacer para que esta alma se revista para la eternidad con la túnica de la sangre y la justicia de Jesús.

Si descubre que sólo ha estado recitando monótonamente la liturgia el domingo por la mañana, le hará bien volverla a estudiar. Puede volver y hacer un esquema de todas las grandes doctrinas presentadas allí en su debido orden. Puede recordar que el propósito del saludo en la liturgia es solemne y santo, mantener ante él y el pueblo de Dios la gran obra en la que están implicados: ¡Están a punto de invocar al Todopoderoso y al Rey de gracia! Él puede preguntarse el propósito que tienen las bendiciones antes del sermón y después de éste y al concluir el oficio religioso. Puede recordar que tanto en las bendiciones como en las lecturas él viene del corazón de Dios con bendiciones para su pueblo, no sólo con los *holas* y

adioses de la iglesia. Él puede grabarlo otra vez en su corazón y en su alma, que los que están sentados delante de él necesitan desesperadamente lo que él tiene que decirles. Quizás no siempre sepan eso, pero con toda certeza ambos deben saber y apreciar que él es a quien Dios ha llamado para satisfacer lo que ellos necesitan desesperadamente.

Así como con el pastor joven, la cruz principal no es el problema que otros nos crean. La cruz principal es la renuencia que tenemos para negar el *yo* y seguir los pasos de quien nos ha amado y se ha dado a sí mismo por nosotros.

La cruz del pastor anciano

No hay mucho que decir aquí que sea diferente de lo que se dijo en el último capítulo acerca de la cruz de los ancianos en general. La tentación para el pastor también es la tentación que *la insensibilidad del alma* presenta. Habiendo pasado las pasiones de la juventud y las luchas para estar lozano y comprometido en los años maduros, el tiempo llega para dejar las cargas del oficio. Surgen nuevos problemas en la congregación y en la iglesia en general, y ya no se siente capaz de enfrentar los desafíos. La agilidad de la mente y la energía del alma comienzan a declinar.

Si el pastor ha perdido las batallas anteriores, será más difícil ganar la batalla contra la insensibilidad del alma. Se irritará porque los más jóvenes no parecen tan interesados en el consejo basado en cómo hizo él las cosas en su tiempo. Si es perceptivo, puede empezar a notar que están un poco desconcertados cuando comienza a ofrecerlo muy libremente y sin que se lo pidan. Si es un poco más perceptivo, puede recordar cómo sonrió hace 40 años o algo así, cuando algún anciano sabio pensó que estaba dando la sabiduría de las edades al decir: "¡Por supuesto, cuando todavía teníamos los oficios religiosos en alemán, no teníamos estos problemas!", o algo que puede ser igual de cierto pero también igual de irrelevante.

La cruz del pastor anciano puede ser difícil si tiene que luchar contra el resentimiento de que su tiempo ha pasado y que debe hacerse al lado o ser empujado allí. Pero no tiene que ser de esa forma. Puede crear este sufrimiento en sus años que se deterioran o puede triunfar sobre ellos.

El triunfo, como es lógico, se encuentra en las promesas de Dios. Sólo que ahora el pastor anciano tiene el lujo de recordar los años de servicio y notar con más agradecimiento cómo Dios ha cumplido su palabra. La iglesia ha sobrevivido. Personas han oído de él la palabra de Dios, han crecido en la gracia, han muerto con la fe salvadora. Sin duda incluso verá pruebas de ello; cada año recibirá tarjetas y cartas de personas a las cuales él ha servido. En particular a quienes ayudó a salir de algunas ocasiones especialmente difíciles en sus vidas pueden expresarle su gratitud porque el Señor lo envió para ayudarlos. No envían tarjetas ni cartas a su buen plomero o gasfitero o a su estupendo bodeguero, o tal vez ni a su buen doctor; las envían a su pastor con un reconocimiento de que su servicio para ellos fue por un tiempo y,

más importante, para la eternidad. ¡Qué placer! Qué alegría recordar los años así transcurridos al servicio de quien nos hizo suyos en el bautismo y luego aún no podía darnos suficiente; nos otorgó el santo oficio del ministerio para el tiempo que tuvimos y pudimos ser útiles en él.

Si a pesar de todo eso, todavía estamos tentados a quejarnos de ser irrelevantes, hacemos bien en recordar el ejemplo de David y Salomón. Y todos hacemos bien en tomar en cuenta el ejemplo de Pablo con Timoteo y Tito en las epístolas pastorales y con los ancianos en la iglesia en Éfeso (Hch 20).

En el caso de David y Salomón uno se pregunta: ¿Acaso pensó David que podía preservar la iglesia desde la tumba? Cuánto cuidado tuvo David en proveer todo lo que era necesario para construir el templo después de su muerte. Ningún detalle fue demasiado pequeño para la preocupación que tenía. Ninguna provisión demasiado costosa para su generosidad. ¿Acaso pensó que con todo su servicio de devoción y dedicación para la próxima generación, estaba asegurando la ortodoxia y la devoción de la próxima generación? El simple hecho es que no importa lo que hagamos en nuestro tiempo y con nuestra fidelidad, cada generación tiene que ganar la batalla de la fe otra vez y de nuevo (Judas 3). Si pensamos que podríamos hacerlo para las eras venideras, entonces fuimos arrogantes e insensatos.

Pablo nos muestra la actitud apropiada en sus exhortaciones a Timoteo y a Tito en las epístolas pastorales y a los ancianos en Éfeso en Hechos 20:13-35. Los que seguirán tendrán nuevos problemas, nuevos oponentes, nuevos desafíos y nuevas amenazas y oportunidades. Lo mejor que Pablo podía hacer, y lo mejor que nosotros podemos hacer, es ser un modelo de amor por Jesús y su pueblo y un ejemplo de lealtad inquebrantable a su palabra. Si la próxima generación ve en nosotros modelos de doctrina sana y una vida piadosa digna de seguir, pueden animarse a seguirla. Y al seguirla, Dios les mostrará en su palabra cómo enfrentar los desafíos de su época, desafíos que nosotros ya no estamos preparados a enfrentar. ¡Tampoco nos descuidaremos en orar incesantemente ante el principal Pastor y Obispo de nuestras almas, para que preserve su iglesia con fidelidad y a sus pastores en la pureza de la doctrina y en la vida para la gloria de su propio nombre santo y salvador!

Encontraremos un hermoso resumen de todo el asunto si ocasionalmente asistimos a una graduación o a un oficio religioso de llamamientos en el seminario y luego a un funeral por un pastor. Vaya a esas dos clases de oficios y note cómo se parecen. De principio a fin, las dos clases de oficios son sinceros y con frecuencia son horas emotivas de adoración y agradecimiento a Dios por su gracia gratuita y fiel. No hay nada mejor; no hay nada más. No quisiéramos que fuera de otra manera. Para la imitación, entonces volver a leer 2 Timoteo, Tito y 1 Pedro para reavivar o refrescar la gratitud que debemos tener más que todos los demás por la gran bondad de Dios hacia nosotros. Eso debe ser una buena cura para la insensibilidad del alma.

La iglesia bajo la cruz

En su esencia, la iglesia es gloriosa como Cristo es glorioso. Es el Novio y la iglesia es la novia. Todo lo que hace, lo hace por ella. Todo lo que tiene, se lo da a ella. Ella es santa debido a que él la ha lavado en las aguas del bautismo, para que todos los pecados de ella desaparezcan en la preciosa sangre. Y, sí, es santa porque lleva las únicas obras en el mundo que son santas; escucha la voz del Novio y con mucho gusto se somete a la voluntad de él. Entonces ella se apresura a ir hasta el último rincón del mundo para compartir las buenas nuevas de la salvación que él ha obrado. Ella alimenta con ternura a sus hijos con la leche pura de la palabra. Los lava con el agua que a ella la lavó. Los alimenta con el pan de vida en la palabra y los sacramentos con los que únicamente se sostiene.

Es imperecedera porque el Señor celestial y terrenal es su protector, su escudo, su fortaleza y su fuerza. Él reina sobre toda la historia en beneficio de ella. Nunca será destruida porque su palabra jamás puede ser destruida. Su mera existencia en el mundo proclama en cada era la resurrección y ascensión de su Novio. Porque en cada época, si el mundo se hubiera salido con la suya, hubiera perecido. No hubiera podido preservarse por ella misma; sólo el Todopoderoso, cuyo amor por ella es ilimitado como su poder, la pudo preservar.

Así, permanece hasta los fines de los días como una ciudad asentada en una montaña, la cual es la única que tiene la luz del evangelio que salva en el tiempo y en la eternidad. Porque todavía es cierto y siempre lo será: *¡Extra ecclesia nullus salus!* "¡Fuera de la iglesia no hay salvación!". Sí, fuera de la iglesia, la vida no tiene caso vivirla y la muerte es sólo el comienzo del terror eterno. Pero en su abrazo tierno no hay nada que no pueda soportar en esta vida y soportar aun en paz y con alegría; porque allí espera el banquete eterno de la novia y el Novio, donde sus hijos estarán siempre con el Señor. Allí compartirán la gloria de él, lo verán como es, y jamás desearán estar en otra parte o hacer algo más que los deseos y la voluntad de él.

Si no fuera por la presencia de ella en el mundo, es el mundo el que perecería. Prosigue sólo debido a que ella está en el mundo; prosigue porque la obra que el Novio le ha encargado aún no ha terminado. Así, las naciones van y vienen. La gente se pavonea por el escenario y luego desaparece. Los sistemas políticos, las empresas, los sindicatos o gremios culturales o sociales o hasta los propósitos religiosos parecen todos tan importantes cuando hacen su aparición y llegan a ser prominentes. Pero todos perecen y sus grandes héroes mueren, algunos son recordados, la mayoría no. Sólo la iglesia perdura con sus lámparas encendidas vivamente, esperando el regreso del Señor. No hay suficientes superlativos en la lengua para describir adecuadamente su gloria y su belleza.

Pero la iglesia vive bajo la cruz. Y más vale que nunca lo olvide. De hecho, ¿cómo podría olvidarlo? Todos sus hijos e hijas marchan bajo la señal de la cruz. Nadie vive sin ella mientras su peregrinaje dure en la iglesia militante en la tierra. Nuestras confesiones tienen varias expresiones nítidas de esta verdad de que la gloria de la iglesia está oculta bajo la cruz.

Repiten el tema citado anteriormente de las Disputaciones de Heidelberg. En el Catecismo Mayor, Lutero nos recuerda que la cruz no es opcional para la iglesia como tampoco lo es para la persona creyente. En efecto, siempre es una maravilla que la iglesia sobreviva y un milagro del evangelio que alguien sea atraído a ella, dada la cruz bajo la cual ella vive, ama y labora. Qué poco atractiva es en la forma en que Lutero la describe:

> Donde hay predicadores y cristianos auténticos, son calificados, según el juicio del mundo, de herejes y apóstatas. Aun más: Se les tacha de malvados revolucionarios y desesperados. Además, la palabra de Dios está obligada de la manera más vergonzosa y dañina a dejarse perseguir, blasfemar y acusar de falsedad, trastrocar y citar e interpretar erróneamente. Pero, que siga esto su camino, ya que es cualidad del mundo ciego condenar y perseguir a la verdad y a los hijos de Dios, sin considerarlo un pecado. (Los comentarios de Lutero sobre el Octavo Mandamiento en el Catecismo Mayor, Parte I, párr. 262; Libro de Concordia, p. 424-425.)

La Apología del mismo modo describe a la iglesia bajo la cruz, con su gloria real pero totalmente oculta de la vista del mundo y hasta de la vista de quienes debían de conocerla mejor:

> …por no haberse manifestado aún el reino de Cristo, estén mezclados a la iglesia y desempeñen cargos en la misma. Ni tampoco son los impíos el reino de Cristo por no haberse producido aún la manifestación de este reino. Porque el reino de Cristo siempre es aquel al cual él vivifica con su Espíritu, ora sea un reino revelado, ora esté cubierto por la cruz —así como el Cristo glorificado ahora es el mismo que el Cristo afligido de antes… y enseña [Cristo] en tono de advertencia que la iglesia está cubierta de una multitud de malos, a fin de que este escándalo no ofenda a los piadosos, y además para que sepamos que la palabra y los sacramentos son eficaces aunque sean administrados por los malos. (Apología, Art. VII y VIII, párr. 17-19; Libro de Concordia, pp. 153,154) [11]

La parte más fácil de la teología de la cruz como se aplica a la iglesia es que sufre oposición y persecución de enemigos declarados fuera de la iglesia y de enemigos ocultos dentro de ella. ¿Y quién puede calcular el daño que esos enemigos han ocasionado? En cada época ha habido tiranos que la han visto como una amenaza contra su propio poder y han trabajado para aplastarla sin misericordia. Caín comenzó asesinando a Abel. Acab y Jezabel quisieron

---

[11] Para considerar un excelente resumen de la historia de la teología de la cruz como se aplica a la iglesia, el lector tal vez desee consultar "La teología de la cruz de Lutero", por Hermann Sasse. Fue originalmente la Carta 18 en su *Briefe an lutherische Pastoren*. Una traducción en inglés por Arnold Koelpin se puede encontrar en el archivo de ensayos en línea de la Biblioteca del Seminario Luterano de Wisconsin, www.welsessays.net. He tratado de resumir la carta de Sasse en el Apéndice 1.

matar a todos los profetas fieles. Herodes mató a san Juan el Bautista. ¿A cuántos cristianos mataron los judíos antes y después de la conversión de Pablo? ¿Cuántos murieron en las persecuciones locales y universales de los emperadores antes de la conversión de Constantino y después durante el reinado de Julián el Apóstata? En el siglo XX el número de cristianos que Hitler y Stalin masacraron sin duda excedió el número total de mártires de toda época anterior.

Luego hay un daño peor dentro de la iglesia que los falsos maestros y sus adherentes ocasionan. Otros que se han llamado a sí mismos cristianos y que insistieron en que ellos eran la iglesia mataron a miles de fieles. La Guerra de Esmalcalda y la Guerra de los Treinta Años en Alemania fueron en parte cruzadas destinadas a destruir el luteranismo ortodoxo. Eso significa, por supuesto, la matanza de luteranos ortodoxos mientras les quemaban las iglesias, las bibliotecas y les cerraban las escuelas. Y todo se hizo bajo el nombre del cristianismo, con la salvación de almas como excusa y justificación para ello.

Pero el daño que los tiranos hicieron por fuera y el de los herejes e hipócritas por dentro es sólo el inicio de las tribulaciones y las cruces de la iglesia. Aun los pastores, los maestros y los miembros fieles de la iglesia, que sólo desean lo mejor para ella, pueden hacerle daño, a pesar de sus mejores intenciones. Imponen en la iglesia visible las mismas cruces con las que ellos luchan como personas. En la iglesia como una institución, como una congregación o una escuela, como un sínodo o una denominación, ¿qué encontraremos siempre? ¡Cada uno a su vez tiene que luchar contra las pasiones rebeldes algunas veces, prioridades equivocadas otras veces, la insensibilidad de las almas aún otras veces! Las pasiones rebeldes pueden infectar la iglesia como una institución. Un cierto profesional*ismo* puede tentar a sus líderes. La insensibilidad en el alma de las organizaciones puede amargar y distanciar a quienes de otro modo con gusto la apoyarían.

La pasión quizás desee el crecimiento como un fin en sí mismo. Eso puede conducir a una proliferación de programas que son poco más que un ardid. ¡Y ay del pastor que se cansa de los programas siempre nuevos de arriba, que prometen ser la solución para el estancamiento organizativo! O la pasión por salvar almas puede conducir a fundar más iglesias y campos misioneros, cuando no hay suficientes recursos para apoyar los que ya existen. Los campos están maduros para segarlos y las oportunidades siempre parecen más grandes que nuestras habilidades para aprovecharlas. Entonces los campos viejos, tal vez ya no tan maduros, pueden morirse de hambre para beneficiar a los nuevos que por fuera parecen más atractivos. De hecho, la iglesia visible también puede desarrollar un complejo mesiánico; puede imaginarse que esta organización es la única y exclusiva esperanza para salvar al mundo. Así, de alguna manera tenemos que hacerlo todo. En el intento, el mensaje se hace superficial debido a que es simplemente muy costoso y consume mucho tiempo para que sea de otro modo. Tenemos que apresurarnos para el próximo proyecto.

Los que tienen la responsabilidad de decidir qué abrir y qué cerrar tienen una carga pesada. La atracción del nuevo campo es tan urgente y la esperanza para su éxito muy convincente.

El clamor del campo viejo, para que las almas preciosas no sean abandonadas, es desgarrador. No importa cuál sea la decisión, las críticas serán agudas en su denuncia. De este modo entra la tentación para el profesional*ismo*. Los que tienen que tomar las decisiones que saben que van a disgustar a pastores y miembros bien intencionados, cuyas peticiones fueron rechazadas, pueden desarrollar mal de oído. Sólo pretenden escuchar. Están tentados a sentir desdén y desprecio por la manada que simplemente no entiende o no quiere entender. Su preocupación es "hacer girar" lo que se decidió, declarar que fue la voluntad de Dios, y amedrentar a los que objetan a una conformidad silenciosa (y por consiguiente amargada). Los que han sido aporreados para que guarden silencio del mismo modo tendrán que enfrentar sus batallas. Pueden ceder en las luchas contra el resentimiento y la tentación a rechazar con hostilidad cualquier voz que no sea la propia ni ofrecer alguna clase de apoyo o cooperación futura.

Entonces la insensibilidad aumenta en las almas tanto de los líderes como en aquellos a quienes guían, en perjuicio del trabajo y del gozo en el trabajo. Sólo el diablo está contento. La unidad exterior de la iglesia está amenazada y la unidad interna de la iglesia en la doctrina y la práctica se pone en peligro. Porque cuando llegue el día en que la falsa doctrina invada la organización, los pastores y los oficiales igualmente estarán demasiado ocupados "haciendo lo suyo" para actuar resueltamente contra ella. ¡Y ese día desde luego vendrá! Ha llegado a cada iglesia cristiana visible en el pasado. Sólo los arrogantes pueden pensar que ese día no llegará a su propia iglesia. De hecho, suponer que nunca caeremos es ya el principio de la caída. Porque ha nacido del orgullo pecaminoso y engendra una indiferencia despreocupada para la exhortación repetida del Señor de velar y orar para no entrar en tentación y caer.

Jesús dice: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame". Sus palabras se aplican a todos nosotros. Cada uno en su lugar, cada uno en su llamamiento, necesita regresar al llamado de Jesús una y otra vez. Cada día es, como Lutero también nos lo recuerda en la primera de sus 95 Tesis, un día de arrepentimiento. El arrepentimiento que predicamos siempre necesita comenzar con nosotros. Si no es un clamor arraigado profundamente en el corazón de la iglesia y de sus líderes en sus estudios y en el púlpito, probablemente será un llamado hueco cuando lo den a otros. Sin un clamor ferviente por misericordia y un entusiasmo obrado por el evangelio para tomar la cruz, para negar el yo y seguirlo, hablar de arrepentimiento, insistir en la pureza de la doctrina y la práctica, sí, el llamado a la cruz, todo termina siendo empujado a la "parte trasera del autobús".

Necesitamos reconocer y admitir que la carne, nuestra carne y la de nuestros miembros y posibles miembros, nunca desea oír del arrepentimiento sobre el que la Biblia y las Confesiones Luteranas hablan. Ése es un arrepentimiento que consta del horror y terror en presencia de la ira de Dios proclamada en la ley. Es el horror y terror que solamente lo puede acallar la voz de Cristo en la absolución, en el evangelio, en la palabra y los sacramentos. Todo el Artículo XII de la Apología trata del arrepentimiento que es concienzudo, serio y sincero. Cuando el uso fiel de la ley y del evangelio no produce ese arrepentimiento, la Apología advierte que "los corazones seguros de sí mismos y que no experimentan la ira de

Dios sienten repugnancia a la consolación". Y luego unas líneas después: "Éstas son en efecto, las dos obras principales de Dios en los hombres: Aterrorizar, y justificar y vivificar a los aterrorizados" (Apología, Art XII, párr. 51, 53; Libro de Concordia, p. 175). Lo que la Apología afirma no es otra cosa sino lo que la Biblia menciona en cada libro y en los salmos penitenciales y lo que tantas parábolas de Jesús dicen muy dramáticamente.

Los trucos pueden entretener y divertir y dar un momento de popularidad externa a sus maestros. Pero no provocarán el terror del pecado que sólo el Espíritu Santo puede obrar por medio de la ley, y no darán la gloria a Cristo como el absolutamente necesario y el único posible Salvador del pecado y de la culpa ahora y por la eternidad. Sólo el Espíritu Santo puede hacer eso por medio de la proclamación del evangelio. La alegría que viene con los trucos que entretienen por consiguiente y más probablemente serán simples sentimientos superficiales en la carne. El verdadero gozo del alma es el don del Espíritu en la proclamación del evangelio para el corazón enfermo del pecado. Otra vez, el Artículo XII de la Apología cita uno de los famosos sermones de san Bernardo que se ocupa del asunto de la mejor manera:

> Es una confianza infiel, que contiene sólo una maldición, cuando pecamos en la esperanza [esto es, el pecado que pensamos que realmente no importa puesto que de todos modos será perdonado]. Sin embargo, a eso no se le debería llamar confianza, sino insensibilidad y engaño pernicioso. Porque ¿qué es la confianza para quien no presta atención al peligro? ¿O qué remedio hay para el temor donde ni el temor ni su base real se sienten? La confianza es consolación. No obstante, aquellos que se regocijan cuando han hecho algo malo y se felicitan en las peores cosas no tienen uso para la consolación. Por tanto, pidamos, hermanos, que se nos hagan ver cuán grandes son nuestras iniquidades y pecados, y deseemos que nuestras faltas y ofensas se nos muestren a nosotros. Escudriñemos nuestros caminos y con ferviente atención examinemos todos nuestros esfuerzos y peligros. Que cada uno diga en su ansiedad: "Iré a las puertas del infierno", para que ahora no podamos animarnos en ninguna otra forma sino en la sola misericordia de Dios. Ésta es la verdadera confianza que renuncia al yo y depende del Señor (Apología, Art. XII, párr. 58; Kolb, p. 196.) [Traducción propia, debido a que no está incluido en el Libro de Concordia, Editorial Concordia 1959.]

Esta clase de arrepentimiento nunca será popular entre la masa de la humanidad. ¡A nuestra propia carne tampoco le gusta! Como en los días de los profetas, como en los días de Jesús y los apóstoles, como en los días de Lutero y los confesores, la mayoría huye del arrepentimiento tan rápido como puede. La mayoría huirá aun cuando la promesa del gozo real, eterno y duradero invita al arrepentimiento sincero (como en la invitación en la liturgia antes de la confesión de pecados). De hecho, quienes son ganados por medio de trucos (¡y por lo tanto no son ganados!) huirán si el que los ganó alguna vez trata el asunto del verdadero

arrepentimiento y del gozo del evangelio que viene a los que pierden las esperanzas de nunca poder salvarse a sí mismos.

El llamado bíblico y confesional al arrepentimiento necesita grabarse en todos y a diario. Cada día es otra oportunidad para apartarse y escuchar la voz del Salvador, como en la ley y el evangelio nos llama a escucharlo y a servirlo sólo a él. Escuchar y servir requiere siempre y de nuevo ahogar al viejo hombre en el bautismo. Escuchar y servir requiere una actitud de humildad que se inclina ante la cruz de quien murió y se levanta ante su sepulcro vacío con una sola ambición: servir. Servimos a Cristo en aquellos a quienes servimos. Servimos en el reconocimiento de que ninguno de nosotros es infalible. Servimos comprendiendo que nuestra carne es el principal obstáculo para servir y la carne de aquellos a quienes servimos el segundo obstáculo.

Pero en todo hacemos que nuestro objetivo y esfuerzo sea ser fiel a él y a su palabra. Todavía él cumplirá su promesa de reunir a los elegidos por medio de la pura proclamación de la palabra. Sí, y además cumplirá su promesa de darnos suficientes cruces de frustración y de fracasos aparentes, para que aprendamos de nuevo a depender de él y no de nosotros mismos. Todavía nos enseñará que la fe es siempre un milagro y la excepción. Todavía nos enseñará que en cada época la iglesia pudo haber perecido; fue preservada sólo por su providencia en la historia y su efectividad en el evangelio. Cuando hayamos hecho todo, nos gozaremos para confesar que verdaderamente somos instrumentos indignos de su gracia pero de todas maneras somos instrumentos. Y por último, cuando él venga, tendremos una eternidad para decir maravillados y asombrados: ¡Gracias sean a Dios, que nos ha dado la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!

Apéndice 1

Un resumen de “La teología de la cruz de Lutero”, de Hermann Sasse, originalmente la Carta 18 de *Briefe an lutherische Pastoren*, Octubre de 1951.

Para Lutero, la cruz del Crucificado es fundamental para todo. Es la cruz la que le da significado a la encarnación; la Pascua es la resurrección del *Crucificado*. La teología de la gloria, por otra parte, encuentra un centro diferente, un centro en la Pascua o en la encarnación sin referencia a la cruz. Pero es la teología de la cruz por la cual se sostiene o cae la iglesia. *Cur Deus Homo?* de Anselmo (¿Por qué se hizo Dios hombre?) hace de la encarnación el centro como el suceso verdadero de nuestra salvación. Ireneo en *Contra las herejías*, V, Prefacio, dice: “Debido a su infinito amor Dios se hizo lo que somos, a fin de que pudiéramos ser lo que él es”. Para la iglesia oriental la cruz está oculta en el milagro de la Navidad y en el milagro de la Pascua. La oscuridad del Viernes Santo se desvanece en el esplendor de estas fiestas. La divina gloria de Cristo encarnado y el Señor resucitado eclipsaron la cruz. En la medida en que la cruz está presente, no es la cruz del sufrimiento de Cristo sino del Cristo triunfante y no afligido, el Cristo de “*In hoc signo vinces*” (con este signo vencerás). El motivo de esta teología de la gloria en el oriente es que en el oriente la idea de la depravación total del hombre resultó repugnante; el oriente vio el pecado sólo como una enfermedad que debe sanar, no un delito por el que se tiene que pagar, como en el occidente.

Pero aun en la iglesia occidental, la cruz es más bien una señal de la teología de la gloria que de la teología de la cruz. Ésta o sus reliquias aparecen como esa señal poderosa ante la cual caen los enemigos. En ella, el poder de Dios se hace visible y real en el mundo.

No es sino hasta la mitad y la baja Edad Media que la cruz se convirtió no en una señal del Cristo victorioso sino del Cristo afligido, el hombre de dolores. Es Anselmo en su *Cur Deus Homo?* quien, a pesar de su racionalización, primero desarrolló plenamente la doctrina de la expiación vicaria. Su expresión de la satisfacción vicaria es la única doctrina que salió de la Edad Media que a la larga se expresó universalmente en todo el cristianismo del occidente. Los luteranos, los católicos y los reformados todos tienen alguna expresión de la doctrina de que el Cristo afligido pagó por el pecado de todos. Aun en el catolicismo, la *sola gratia* permanece una posibilidad; está en el canon de la misa, en el *Agnus Dei*, en el *Tu solus sanctus*, en el *Rex tremenda* de la misa por los muertos, en la fórmula bautismal; lamentablemente es sólo una posibilidad entre muchas.

Por lo tanto, Lutero no descubrió la teología de la cruz, ni aun que ésta siempre debe ser superior a la teología de la gloria; eso ya estaba allí en la Edad Media. Lo que sí vio fue su profundidad, que el hombre, como Moisés (Ex 33), siempre quiere ver la gloria de Dios pero no puede. La búsqueda de Dios en la filosofía, en el mundo natural, y en la experiencia mística es toda una búsqueda por una teología de la gloria, la teología de los paganos; entonces (en sus comentarios sobre el Sal 65:17) hablamos de Dios como el zapatero que habla acerca del cuero que usa, tan expertos nos hemos vuelto junto con Aristóteles. Dios es reducido a un objeto (compare también la Tesis 29 de Heidelberg). Lutero no niega que los atributos de Dios se manifiesten en el mundo; sólo niega que saber eso tenga en última instancia valor. Porque la teología de la gloria no puede salvar a nadie. Sólo en la insensatez de la predicación, la predicación de la cruz, somos salvos (1 Co 1:18).

En la teología de la gloria, buscando a Dios en la naturaleza, percibimos al Dios invisible por sus obras visibles, su poder, majestad y gloria; pero Dios mismo permanece invisible. En la cruz— la ignominia de Dios, su humildad, su debilidad, su sufrimiento y muerte —allí Dios permite que lo veamos. Aquí Dios, quien en las obras de la creación permanece invisible, se hace visible. Eso quiere decir que Dios se hace visible hasta donde puede hacerse visible a los mortales, como se hizo visible para Moisés al permitírsele ver la *posteriora Dei* (la espalda de Dios).

De este modo, la cruz es *la* revelación de Dios. Por definición, una revelación es salir de lo oculto, de lo secreto. En su esencia se oculta en luz inaccesible a la cual el hombre no se puede acercar (1 Ti 6:16), en la oscuridad (1 R 8:12), en lo oculto (Is 45:15), cuyo rostro no se puede ver (Ex 33:20); Jn 1:18; 1 Jn 4:12). Sólo en el cielo lo veremos (1 Jn 3:2; 1 Co 13:12; Ap 22:4). Lo vemos ahora solamente en Cristo; es la palabra encarnada, y vemos su gloria en la encarnación, en la palabra/ Palabra hecha carne; sale de lo secreto. No *Deus nudus* (Dios como realmente es) para todo el que quiera vivir; sólo en Cristo se convierte el *Deus absconditus* (Dios oculto) en *Deus revelatus* (Dios revelado). Pero aun así permanece oculto; porque no vemos su gloria excepto en el sufrimiento en la naturaleza humana. Así que aun revelándose a sí mismo en Cristo, Dios está oculto, como en Getsemaní y en la quinta palabra de la cruz. Aun en los milagros su gloria está oculta: en Caná fueron sus discípulos los que creyeron en él, no la multitud que asistió a la boda; tampoco los cinco mil alimentados; ni siquiera necesariamente los enfermos que sanó o los muertos que resucitó. Sólo por la fe (¡creada por la palabra!) la gloria es evidente bajo el velo de humildad y la cruz.

Y así la iglesia del mismo modo está oculta, aparente sólo por la fe y para la fe (Apología VII, VIII:18). De hecho, todas las cosas en que se cree están ocultas, como la palabra de Dios está oculta en las letras y la gramática. La cruz exige fe *contra la evidencia*. Y así contradice a la razón en cada nivel: bajo la carne y en la cruz Dios es la expiación de los pecados de todo el mundo, la misma ira verdadera de Dios realmente se disipa y todos los esfuerzos humanos para ese fin son por lo tanto el mal final. Sólo no hacer nada es bueno.

Asimismo en el hombre, la buena fortuna, la buena salud, las riquezas, la paz mundana, todas ésas pueden ser buenas en la teología de la gloria, pero en la economía de Dios hacen daño, de modo que por amor las retiene y da lo opuesto para nuestra frustración y desesperación saludables. Es al pie de la cruz donde el hombre aprende que la forma de actuar de Dios es matar a fin de hacer vivir. ¡Piense en el ejemplo de Abraham y el sacrificio de su hijo; aun en las palabras de Dios, su mandato, Dios aparece como el enemigo, como insensible y cruel más allá de toda medida; la fe se aferra a él a pesar de la evidencia que Dios mismo da contra sí mismo! Todo lo demás es una teología de la gloria deplorable, la gloria de la razón, del hombre al centro de todo, del hombre como dios.

Apéndice 2

¡He aquí la gloria oculta de la cruz!
Una serie de sermones para Cuaresma y Semana Santa

Sermón 1: Miércoles de Ceniza
Está oculta en la soledad del Salvador

Texto: Lucas 18:31-34

I. Nuestro mayor pesar es que no podemos ayudarlo.
   A. Nos gustaría ayudarlo un poco o tal vez por lo menos volver a escribir el guión.
   B. No sólo no podemos ayudarlo; nosotros le causamos todo ese pesar en primer lugar.
   C. El mayor crimen de todo es imaginar que pudimos ayudar o hasta lo hemos ayudado en su pasión.
II. Nuestro mayor gozo es que no podemos ayudarlo.
   A. Él mitiga nuestro pesar haciendo todo por voluntad propia.
   B. Todo nuestro consuelo y confianza es que él solo llevó la cruz.

Nuestro trayecto en la Cuaresma este año comienza como el trayecto de Cuaresma de Jesús y sus discípulos hace muchos años. Oímos el llamado de Jesús para llegar con él a Jerusalén y a la cruz de la primera Cuaresma en Lucas 18:31-34:

> Tomando Jesús a los doce, les dijo: "Cuando lleguemos a Jerusalén se cumplirán todas las cosas escritas por los profetas acerca del Hijo del hombre, pues será entregado a los gentiles, se burlarán de él, lo insultarán y le escupirán. Y después que lo hayan azotado, lo matarán; pero al tercer día resucitará". Sin embargo, ellos nada comprendieron de estas cosas, porque esta palabra les era encubierta y no entendían lo que se les decía.

I.

En el llamado que Jesús nos hace el Miércoles de Ceniza, nos da un avance aterrador de lo que vamos a ver en este gran drama de Cuaresma. Es extremadamente horrible y espantoso. ¿Se burlarán del Creador del universo y lo insultarán? ¿Cómo puede ser posible? Al que dio su aliento en el nacimiento, ¿lo azotarán hasta dejarlo a un paso de la muerte? ¿Es posible? Al que es autor de cada don bueno y perfecto que siempre hemos tenido desde que nacimos, ¿lo

atormentarán cruelmente y luego lo ejecutarán de manera vergonzosa? Su gloria está oculta, oculta completamente en la cruz.

¿Tal vez piensan que les hubiera gustado estar allí? Quizás venga a su mente este pensamiento: "¡Ah, Señor, si sólo me hubieras llevado a mí! Quizás te hubiera ayudado. Tal vez pude haber limpiado tu cara con una toalla húmeda. Tal vez pude haber gritado a la multitud que estabas haciendo esto para salvarlos. Quizás pude haber sido por lo menos un testigo para defenderte en la corte del sumo sacerdote o en tu juicio ante Poncio Pilato. Tal vez pude haber hecho algo, algo pequeño, para aligerar tu carga, mostrar amor y gratitud por lo que estabas haciendo por mí, aun por mí". ¿Acaso no quieren decirle eso mientras comienza su trayecto a la cruz en Cuaresma?

Jesús nos lleva aparte con los Doce y nos dice: "Cuando lleguemos a Jerusalén". Y queremos tener en cuenta su llamado. Queremos responder yendo detrás de él mientras va a la cruz. Y nuestro mayor pesar es que no podemos ayudarlo en todo lo que está a punto de hacer por nosotros y para nuestra salvación. Los Doce no pudieron ayudarlo tampoco. Pero ésa es exactamente la gloria oculta en la cruz que se aproxima. Jesús lo dice claramente en su llamado a los discípulos para que lo acompañen en su trayecto final a la santa ciudad. Porque les dice: "Cuando lleguemos a Jerusalén". Pero después de la palabra *lleguemos*, el sujeto de la oración cambia. No dice: "Cuando lleguemos a Jerusalén, sufriremos". No. Cuando lleguemos. Pero es Jesús solo el que sufrirá allí en la forma que lo describe. El Hijo del hombre cumplirá las Escrituras. Ridiculizarán, insultarán, escupirán y matarán al Hijo del hombre. Todos los que lo siguen a la cruz, sus primeros discípulos y nosotros también, podemos por lo tanto ser únicamente espectadores de este gran drama que está a punto de desarrollarse. Su gloria es que él solo es el Salvador. Su gloria encubierta en la horrible soledad de todo lo que sufrió es que nuestra salvación debe ser completamente el don que viene por medio de su cruz y sólo por su cruz.

Llegamos a Jerusalén. Pero Jesús sufrirá allí, y lo hará solo. Pero, ¿acaso no quieren ser como Pedro y por lo menos llevarlo aparte y volver a escribir el guión? No quieren decirle el Miércoles de Ceniza: "¡No, Señor Jesús! ¡Ésa no es la forma en que debería ser! Si no podemos ayudarte, al menos permíteme verte que vas allí triunfante. Permítenos verte con tu túnica tan blanca como la nieve y tu rostro tan brillante como el sol. Permítenos verte hablar con los santos profetas de la antigüedad. ¡Pero no de esta forma! No en la ignominia y la desgracia. Si debes sufrir, entonces permite que al menos el sufrimiento esté oculto de la vista. Porque nadie quiere que su ignominia y desgracia sean expuestas públicamente. Debemos ocultar esto de la vista. ¿Cómo podemos soportar verte así, cubierto de escupitajos, con moretones rojizos y azulados, cubierto de sangre? No, no, eso jamás debe ser. Permítenos verte glorioso y triunfante. Por lo menos, permítenos a nosotros y a todo el mundo ser espectadores del triunfo de tu resurrección".

Pero si le dijéramos eso a Jesús, sin duda se volvería y nos reprendería duramente, como lo hizo con Pedro cuando le expresó sentimientos parecidos. Ésta es la forma en que tiene que

ser, Jesús nos diría. Porque va a cumplir las Escrituras, cumplir todo lo que está escrito acerca de él en el Antiguo Testamento. Nada mitigará los golpes. Nadie lo ayudará. Y todo tiene que ser hecho a plena luz del día, en público, así todos verán su ignominia. Nadie verá la gloria de la resurrección. Estará oculta y será dada a conocer no por vista sino por su palabra y su presencia en la palabra y el testimonio de los pocos que lo vieron después de ese acontecimiento glorioso.

¡Oh, qué tristeza que no podemos ayudar a quien amamos y adoramos! Sí, qué desgracia para toda la humanidad que nadie lo ayudó a llevar la carga de los pecados de todo el mundo, ni su madre ni los Doce, ni la iglesia ni el estado; nadie lo ayudó. Por cierto, los ángeles le sirvieron por un momento. Le sirvieron en Getsemaní. Pero mientras soporta lo que nos dijo que pasaría durante su juicio y ejecución, aun los ángeles no aparecen por ninguna parte. Después de Getsemaní no aparecen otra vez sino hasta el Domingo de Resurrección.

Pero hay más. Jesús no acepta el consejo de Pedro ni nuestras sugerencias de que el guión se debe volver a escribir. Y él arregla todo de tal manera que los Doce no pueden ayudarlo en su sufrimiento, y nosotros tampoco. Pero todavía hay algo más que eso. No sólo no le ayudamos en su agonía. Nosotros la causamos en primer lugar. De principio a fin, todo lo que dijo que haría en ese trayecto lo está haciendo en nuestro lugar, por nuestro bien. ¿Fue despreciado y rechazado? Nosotros debimos serlo. ¿Se quedó solo sin ninguna ayuda en la hora del dolor y la pena? Nosotros debimos estarlo. ¿Lo abandonó aun su Padre en ese momento crucial en la cruz, para que en plena vida sufriera los tormentos de los condenados en el infierno? Ésa era nuestra suerte. Fuimos concebidos y nacimos mereciendo eso. Nos hemos alejado de su palabra y hemos pecado todos los días, así que merecemos su sufrimiento todo el tiempo y también toda la eternidad. Y para decir verdad, ni siquiera nos importó que nuestros pecados le trajeran tanto sufrimiento, tanto maltrato, esa muerte. ¿Cuántas veces al día nos apartamos de él sin siquiera pensar y nos negamos a llegar con él a Jerusalén? Tenemos otras cosas mejores por hacer. Tenemos nuestra mente y nuestro corazón puestos no en él, sino en nuestro propio placer y conveniencia. Es más fácil ver televisión que orar. Es más conveniente que nos guste el chisme o la codicia de la carne que su cruz. Para discusiones en la familia, siempre hay tiempo. Para su palabra y una devoción familiar, bueno, tal vez más tarde. Es hora de ver la página deportiva, no una página de la Biblia.

Y las cosas siguen empeorando. Imaginamos en nuestra maldad y depravación total que no somos del todo malos ni depravados. Pensamos que realmente no merecemos lo que soportamos; y bostezamos o tal vez hasta nos irritemos cuando alguien lo señala, especialmente durante la Cuaresma. Vanidosamente suponemos que de alguna manera u otra hay una pizca de mérito en nosotros por lo que no debimos haber sufrido o por lo que él por lo tanto tampoco tuvo que haber sufrido. Tan necios somos, para decirlo de otra forma, que imaginamos que hay algo bueno en nosotros que no requiere su trayecto a la cruz. Es otra manera de decir que muy dentro pensamos que en realidad lo ayudamos de alguna forma, por lo menos de vez en cuando, por lo menos en algún momento u otro. Ése es el mayor pecado de todos y el que es más probable que no reconozcamos, mucho menos confesemos. Es el

pecado de la arrogancia. Es el pecado de pensar que por lo menos un poquito en nosotros no necesita perdón, y, sí, incluso merece algún premio eterno.

Pero en Jerusalén Jesús sufrió por todo lo que nosotros somos y hemos sido cuando no amamos a Dios perfectamente y no lo servimos con todo nuestro corazón, toda nuestra mente, toda nuestra fortaleza. ¿Y cuándo fue eso? ¡En cada momento de nuestra vida!

II.

Entonces, nuestro pesar se agudiza. Porque vamos a Jerusalén, a la cruz con él en Cuaresma. Pero no sigan muy de cerca, como si fueran a ayudarlo de alguna forma en su pesar. Porque, otra vez, no podemos hacer nada para ayudarlo. Todo lo que hemos hecho sólo aumenta su pesar, su dolor, su sufrimiento, su muerte. Nosotros somos la causa hasta en nuestros mejores días, aun con nuestras mejores obras; porque nunca son perfectas. Somos su maldición. Y vamos allí con él, siguiéndolo a la distancia, mientras lleva solo su cruz. Es Jesús el que debe sufrir y morir. Él, y él solo, debe hacerlo todo, o somos maldecidos y condenados. ¡Sólo piénsenlo! Si hubiera necesitado nuestra ayuda para logar nuestra redención, hubiéramos arruinado todo. Porque nuestra obra está, en nuestros mejores días, manchada por el pecado. Pecadores, eso es lo que somos. No podemos, por lo tanto, hacer nada que no lleve el hedor del pecado, el olor de la muerte, el azufre del infierno. Vamos a él. Pero él debe hacerlo todo, o estamos perdidos. Ésa es la gloria encubierta en la soledad de la cruz, la soledad que Jesús debe hacerlo solo o debemos perecer.

Nada lo librará de su angustia en la soledad de su cruz cuaresmal. ¿Quién nos librará de la nuestra? Porque mientras seguimos a Jesús a Jerusalén en respuesta a su llamado, somos como gusanos que se retuercen al final del anzuelo. Nos ha invitado a ver lo que le hicimos. Nos ha llamado para ver lo que merecimos. ¿Quién nos librará del pesar en la Cuaresma? ¡ÉL LO HARÁ! ¡ÉL LO HACE! Porque así como nuestro mayor pesar es que no podemos ayudarlo en Cuaresma, así también ésa es nuestra más grande alegría en Cuaresma. Sí, es nuestra paz, nuestra vida, nuestra salvación. Escúchenlo en el llamado que nos hace para llegar con él a Jerusalén. No hay ni una palabra de queja que salga de su boca. No hay ni el menor indicio de amargura o enojo en su tono. No nos acusa como lo merecemos. No nos avergüenza como esperaríamos. No, nada de eso. Sufrirá solo, y él solo sufrirá. Y ésa es exactamente la forma en que lo desea. Su trayecto a Jerusalén es un camino de condena para él, pero de triunfo para nosotros. Es una derrota y muerte para él, pero un desfile victorioso para nosotros. En su rostro hay determinación para hacer todo lo que tenga que hacer para cumplir las Escrituras por nosotros. Su voluntad es como hierro y no puede doblegarse para alejarse de su propósito de pagar el precio de nuestra maldad y nuestra total depravación. Tan pleno, tan perfecto, tan completo es su anhelo para nuestra salvación. ¡Quiere hacerlo! ¡Y no sólo no necesita nuestra ayuda; tampoco la desea! Cada poro, cada fibra exige el máximo esfuerzo camino a la cruz y en la cruz logra nuestra salvación. Sin nuestra ayuda, nos hizo. Sin nuestra ayuda, también nos redime.

¡Oh, entonces vayamos a Jerusalén con él! Sigámoslo en la Cuaresma, pero no muy de cerca como si fuéramos a ayudarlo. Vayamos con él y sigámoslo a la cruz. Llenémonos de pesar por nuestros pecados que causaron todo eso. Pero entonces llenémonos de alegría más allá del pesar, porque él lo hizo todo y lo hizo solo. Vigilemos con él por un rato y veamos cuán grande es su amor por nosotros, cuán perfecta es su soledad por nosotros, cuán completo su sacrificio expiatorio por nosotros. Porque ésa es la gloria oculta en la cruz, la gloria que quiso y ganó, la gloria de redimirnos por su obra allí. Vigilemos y sigamos vigilando hasta escuchar la exclamación de victoria: ¡ES CIERTO! ¡El SEÑOR HA RESUCITADO! Amén.

Sermón 2
Está oculta en los gemidos del Salvador

Texto: Lucas 22:39-46

I. El amor exige toda la atención de él.
    A. Gran amor debido a la cruz que se aproxima.
    B. Gran amor debido a aquellos por quienes la llevaría.
II. La necesidad exige toda nuestra atención.
    A. Cuando no tomamos su cruz en serio, aumentamos enormemente el peso de nuestras propias cruces.
    B. Su amor en la cruz no sólo expía nuestras faltas, sino nos inspira a seguirlo.

Mientras seguimos buscando la gloria de Cristo oculta en la cruz, vayamos con Jesús y sus discípulos al huerto de Getsemaní. Allí veremos que Jesús toma seriamente su trayecto a la cruz, así como las lamentables consecuencias cuando fracasamos en tomar con seriedad ese trayecto y la cruz. Leemos del evangelio según san Lucas, capítulo 22, comenzando en el versículo 39:

> Salió y se fue, como solía, al monte de los Olivos; y sus discípulos lo siguieron. Cuando llegó a aquel lugar, les dijo: "Orad para que no entréis en tentación". Se apartó de ellos a distancia como de un tiro de piedra, y puesto de rodillas oró, diciendo: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Entonces se le apareció un ángel del cielo para fortalecerlo. Lleno de angustia oraba más intensamente, y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra. Cuando se levantó de la oración y fue a sus discípulos, los halló durmiendo a causa de la tristeza; y les dijo: "¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación".

I.

En la Cuaresma, seguimos a Jesús a la cruz. La Cuaresma es especial. Está llena de gloria. Pero la gloria está oculta en la cruz. Los que no la toman en serio nunca la verán, mucho menos la gozarán ni la recibirán. Esta noche esa gloria está oculta en los gemidos del Salvador. Y no hay nada trivial acerca de eso. Los gemidos que terminan en la cruz son el principio y el medio, el corazón y el centro de lo que Dios tiene que decirnos acerca de nosotros mismos y de él. Sigamos a Jesús esta noche a la oscuridad del huerto de Getsemaní en el monte de los Olivos. Allí vemos cuán seriamente Jesús tomó la Cuaresma.

Pide a sus discípulos, y a nosotros con ellos, que velemos y oremos mientras se prepara para la gran lucha que está a punto de comenzar. Jamás pensemos que esa lucha fue fácil para él. Nada más mírenlo en el huerto. Se postra sobre su rostro. Como el escritor de la epístola a los Hebreos nos dice, ofreció ruegos y súplicas con gran clamor. Ve todo lo que está a punto de suceder. Incluso cuando ora, su querido amigo Judas está en proceso de venderlo por unas cuantas monedas de plata. Los soldados están en camino. Jesús ve todo. Pronto empezará el sufrimiento. Pronto comenzarán los escupitajos y los golpes. Pronto vendrán los azotes. Pronto aparecerá el peso abrumador de la cruz. Entonces seguirán los clavos en las manos y los pies. Luego un día en que estará colgado en la cruz desnudo, avergonzado, objeto del ridículo y la burla. Y entonces la muerte. Pero eso no es ni la mitad. Todos lo abandonarán, nadie lo consolará, toda la maldad, todo el pecado, todo el vicio del mundo entero será descargado en él. Y absolutamente toda la ira justa de Dios contra el pecado será arrojada en su cara y en su alma.

Oh, sí, Jesús tomó la Cuaresma con seriedad. ¡Cuánto amor tuvo por su Padre! ¿Quién puede comprender o entender eso? Porque todo esto lo hace por amor al Padre. Viendo todo lo que está a punto de soportar, ruega y suplica con gran clamor al Padre, a quien ama con cada fibra de su ser: Si hubiera otra forma, Padre, querido Padre… pero hágase tu voluntad. Jesús suplica tres veces. Un ángel viene a consolar, o fortalecer, su naturaleza humana ante tal agonía. ¿Pero mitiga el ángel su dolor? ¡Para nada! En vez de eso, el ángel de alguna manera fortalece la naturaleza humana de Cristo para resistir y soportar todavía más. Ora, clama, ruega más ante la aterradora perspectiva de la ira del Padre y el tormento que le espera a su alma y cuerpo inocente cubierto con el pecado del mundo. Por supuesto, fue muy doloroso soportar la ignominia y el maltrato de los hombres. Desde luego que fue muy doloroso que lo abandonaran aquellos a quienes él ayudó y amó, su familia y sus amigos lo abandonaron. Pero ser castigado y luego abandonado por su Padre —¿quién puede siquiera comenzar a comprender lo que esa agonía significaba? Y así, clama a su Padre pidiendo alivio. Pero solamente viene el ángel. Y luego el ángel se va. El tormento decretado por los pecados del mundo no se quitará, tampoco disminuirá en lo más mínimo.

¡Y cuánto amor por nosotros! Estamos allí en el huerto con los discípulos. ¿Y qué están haciendo? Sin duda escuchan el clamor de Jesús. Con seguridad ven la sangre y el sudor que corre por su frente angustiada. Desde luego que luchan con Dios orando y dándose golpes de pecho durante esta gran lucha que está teniendo lugar sólo una hora antes de que comience la lucha mayor. Seguramente que toman la Cuaresma y la cruz con seriedad. Después de todo, Jesús está pasando todo esto por amor no sólo a su Padre, sino por ellos, por nosotros.

¡Pero no! ¡Miren! Los discípulos están durmiendo. No velan con Jesús. No lo acompañan a orar. No luchan siquiera por mantenerse despiertos. ¿No parece increíble? San Lucas nos dice que duermen debido al pesar. Todo esto es demasiado para ellos. Un niño no puede dormir en la Nochebuena por la emoción de la venida de la Navidad. ¡Pero los discípulos, la noche antes del sufrimiento que logra la salvación, duermen!

Es increíble que Jesús al llegar a esto no se rinda disgustado y diga: "¡Si es todo lo que se preocupan sobre la Cuaresma y lo que estoy pasando por ustedes, entonces olvídenlo! Vuelvo a la alabanza de los ángeles que gocé antes de que el mundo comenzara. Ustedes, discípulos, no valen ni la mitad, no, ni la mitad del fragmento más pequeño del esfuerzo".

Oh, cuánto nos picarían esas palabras en los oídos. Porque conocemos muy bien el sueño que tenían los discípulos. Con ellos somos expertos en no tomar la Cuaresma con seriedad. Sabemos cómo decir a Jesús: "Bien, Señor Jesús, sé que esto y esto es lo que quieres que haga, pero francamente es demasiado esfuerzo para mí. Además, estoy seguro de que comprendes. Estoy seguro de que me perdonarás. Así, Señor Jesús, sólo discúlpame mientras sigo con lo mío, me tomo una siesta, un descanso después de seguirte. Por supuesto que no me gustaría sufrir ninguna carencia o mucha inconveniencia bajo la cruz. No, no es sufrimiento lo que quiero, sino gloria, la gloria que yo pueda tocar, probar y ver. Me gustaría mejor que me dieras tiempo y tesoros, amigos y familia, trabajo y juego, todo lo que mi corazón desee para que pueda hacer con eso lo que yo quiera, disfrutar todo eso para mí y los que amo. Tú sabes, Señor Jesús, cómo es eso".

Oh, sí, lo sabe. Lo vio en los discípulos en el huerto. Lo ve en nosotros. ¿Y qué responde a eso? "Padre, querido Padre, con ruegos y súplicas y sudor como gotas de sangre, vengo ante ti y te pido —te ruego que se haga tu voluntad. Mientras ellos duermen indiferentes y despreocupados, te suplico, permíteme redimirlos. ¡Y si ésta es la única forma, entonces obedezco! Todo con tal de pagar la deuda de ellos y que su rescate sea completo y seguro". Ésa es la gloria. Ésa es la gloria de la cruz oculta en los gemidos del Salvador, la gloria que nos redime por toda la eternidad de la muerte y del sepulcro, del infierno y los gemidos eternos de la angustia y la desesperación. Debido a su gran amor por su Padre y a su gran amor por nosotros, la Cuaresma y la cruz absorben todo su ser, cada partícula de la fortaleza de su mente, cuerpo y alma.

II.

Oh, que nosotros también tomemos la Cuaresma en serio mientras seguimos a Jesús al huerto. ¿Y cómo lo hacemos? ¿Cómo la tomamos en serio? Jesús dijo a los discípulos, y nos dice a nosotros: “Velad y orad para que no entréis en tentación”, en la trampa y la red del diablo. Nuevamente, tenemos que prestar mucha atención a estas palabras de Jesús. No les dice a los discípulos que velen y oren para que puedan ayudarlo a llevar la cruz por los pecados del mundo. ¡No, jamás dice eso! Debe llevar la cruz para nuestra redención completamente solo. Les dice a los discípulos que velen y oren debido al gran peligro y a la gran batalla que tienen por delante. Ellos también tienen que llevar una cruz. También tienen que soportar una gran batalla. Y el diablo los está esperando, ansioso de que caigan en su trampa y en su red. Si ellos no escuchan las palabras de Jesús, no tendrán una armadura de defensa. Si no velan, es decir, llenan los ojos de su corazón y su alma con él y lo que está haciendo por ellos, entonces caerán en la trampa y en la red del diablo. Sin Jesús y su palabra en los ojos de la mente y del alma, no clamarán por ayuda y nadie vendrá. Sí, sin su palabra y sin su ayuda en respuesta a sus oraciones, sufrirán mucho más de lo que deben sufrir en las horas y días venideros.

Porque los discípulos deben sufrir. El día llegará cuando los despreciarán a causa de Jesús. Sí, el día llegará cuando ellos también llevarán una cruz y su gloria como hijos de Dios y herederos de la vida eterna se ocultará en gemidos de dolor y de pesar. Porque todos ellos sufrirán persecución a causa de él. Cuántos gemidos les esperan en las próximas horas cuando vean el arresto de Jesús. La tentación llega. El diablo ataca. Y con el arresto de Jesús, todos ellos caen y fracasan. Huyen y se esconden. ¡Qué amor el de ellos! ¡Qué lealtad! Al primer tufillo de problemas, desaparecen. Pedro, el más fuerte y el más audaz, niega a Jesús con fuertes juramentos y maldiciones. El resto, excepto Juan, desaparece quién sabe dónde. Si tan sólo hubieran escuchado. Si tan sólo hubieran velado con Jesús y orado como les dijo que lo hicieran. De todos modos hubieran sufrido. Pero hubieran sufrido con la esperanza, con la fortaleza de las palabras de él, apoyados en cada paso del camino con la respuesta de él a sus oraciones por fortaleza y ayuda por medio de su palabra. Debido a que no lo escucharon, no llenaron los ojos del corazón y del alma con él, debido a que no clamaron por ayuda, pasaron esos próximos días sin tomar nada sino lágrimas y sin comer nada sino desesperación.

Entonces, ¿sobre qué huellas pondrán ustedes sus pies? Jesús les pide a ustedes que velen y oren mientras escuchan su palabra y siguen la cruz en la Cuaresma. Los discípulos desvían sus pasos del sendero a la cruz y se apartan para dormir. Si ustedes se suman a los discípulos, entonces pueden estar seguros de que cuando les llegue el tiempo de llevar una cruz, la llevarán con un pesar mucho mayor de lo que sea necesario. Peor todavía, la cruz que el propio Dios les envíe los llenará de tanto pesar que la harán a un lado y nunca probarán la gloria oculta en los gemidos bajo la cruz. Caerán y fracasarán. Huirán y se esconderán. Lo negarán a él e irán tras el pecado del momento en vez de sufrir con él mientras esperan la gloria de la resurrección.

Tal vez ya sepan eso debido a una experiencia amarga y dolorosa. Piensen en los momentos en su vida cuando estuvieron tentados, tropezaron y cayeron. ¿Por qué? No fue la voluntad de Dios que cayeran. Fue debido a que no lo escucharon a él, no velaron con ojos puestos en él y su amor por ustedes. No oraron, o si lo hicieron, pidieron las cosas secundarias como si esas oraciones fueran las más importantes. Hay un tiempo para orar por cosas secundarias, y esas oraciones en verdad son importantes. Son oraciones por la salud y una medida de riqueza; son oraciones por el calor de la familia y los amigos. Pero más importante es la oración que Jesús nos pide orar junto con los discípulos en el huerto. Es la oración para que no caigamos en tentación. Es la oración para que velemos con él a fin de que él y su gracia llenen nuestra vista y nuestro corazón y nuestra mente. Es la oración de que él siempre debe ser primero y su palabra lo más importante para nosotros. Es la palabra para que a la hora de la tentación de abandonarlo en tiempos de persecución o dudar de su amor en tiempos difíciles —que en esas ocasiones nos aferremos a él y velemos con él.

Porque ya sabemos lo que es no velar y orar. Ya sabemos lo que es seguir el ejemplo de los discípulos y caer dormidos y hacer a Jesús y su palabra a un lado. El alma, después de todo, es como un vacío. Si no se llena con el gemido de Jesús y su gracia, entonces muy pronto se llenará con algo más. Sí, muy pronto llegará el tentador en el vacío para llenarlo de dudas, temor, codicia, orgullo y con toda la hueste de pecados que conocemos tan bien. Piensen en el tiempo en su vida cuando tuvieran miedo de que tal vez Dios finalmente los había abandonado, de que se había cansado finalmente de las excusas suyas y los dejara sufrir por un tiempo. Se enfermaron. Perdieron el trabajo. Un ser querido falleció. El pasado es vergonzoso. El futuro los atemoriza. Pero Jesús dijo: ¡Velen y oren! Escuchen mi palabra y mis promesas. Síganme a la cruz; sí, despejen la mente de todo lo demás y consideren todo como nada para que puedan unirse a mí bajo la cruz.

Si hacemos eso, de hecho sufriremos. Pero sufriremos con Jesús. Sufriremos confiando en la resurrección y la victoria que él ha ganado por nosotros en su cruz. Sufriremos sin desesperarnos. En resumen, experimentaremos la gloria oculta con Cristo en los gemidos bajo la cruz.

Tomen la Cuaresma en serio. Tomen su cruz en serio. Que el amor incomparable de Jesús en la Cuaresma los inspire para seguirlo a la cruz. Porque allí es donde quiere encontrarlos y quiere reunirse con ustedes y estar con ustedes: bajo la cruz. Vamos a recibir con él toda la gracia y el beneficio que tanto anheló ganar para nosotros. Vamos a ahogarnos en el torrente de su misericordia. Vamos a vivir por él como vivió y murió por nosotros. Sí, vamos a compartir su cielo, puesto que ya soportó el infierno en nuestro lugar. Lo tomó todo muy en serio. ¡Que sigamos sus pasos ahora y hasta las puertas de la muerte y del cielo que ganó por nosotros en la Cuaresma! Amén.

Sermón 3

Está oculta en el rechazo del Salvador de parte de los suyos

Texto: Mateo 26:57-68

I. Ese rechazo viene de aquellos que deberían saberlo mejor.
    A. Sabían de memoria la ley y las promesas.
    B. Declararon amor y lealtad a ambos.
II. Nuevamente necesitamos oír: "Velad y orad para que no entréis en tentación".
    A. Aférrense a la verdad poniendo su mirada en Jesús y su palabra.
    B. ¡Velen y oren, para que no estén entre aquellos que causaron la cruz en vez de aquellos que la llevaron!

Nos estamos acercando cada vez más al momento cuando todas las promesas se cumplen. En nuestra lectura de esta noche, llegamos a uno de los momentos más horrorosos, más espeluznantes, más dolorosos en la historia de la pasión. La palabra de Dios había prometido más de una vez, no sólo en las palabras de Jesús sino en las profecías del Antiguo Testamento, que el Salvador sufriría. Pero escuchen el origen del sufrimiento en la lectura de esta noche. ¿Quién lo hubiera creído? Leemos en Mateo 26:57-68:

> Los que prendieron a Jesús lo llevaron al sumo sacerdote Caifás, adonde estaban reunidos los escribas y los ancianos. Pero Pedro lo siguió de lejos hasta el patio del sumo sacerdote; y entrando, se sentó con los guardias para ver el fin. Los principales sacerdotes, los ancianos y todo el Concilio, buscaban falso testimonio contra Jesús para entregarlo a la muerte, pero no lo hallaron, aunque se presentaron muchos testigos falsos. Pero al fin vinieron dos testigos falsos, que dijeron: "Este dijo: 'Puedo derribar el templo de Dios y en tres días reedificarlo". Se levantó el Sumo sacerdote y le preguntó: "¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti?". Pero Jesús callaba. Entonces el Sumo sacerdote le dijo: "Te conjuro por el Dios viviente que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios". Jesús le dijo: "Tú lo has dicho. Y además os digo que desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios viniendo en las nube del cielo". Entonces el Sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: "¡Ha blasfemado! ¿Qué más necesidad teneos de testigos? Ahora mismo habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece?". Y respondiendo ellos, dijeron: "¡Es reo de muerte!". Entonces lo escupieron en el rostro y le dieron puñetazos; y otros lo abofeteaban, diciendo "Profetízanos, Cristo, quién es el que te golpeó.".

I.

Siempre y dondequiera que Jesús y su cruz aparezcan, debemos esperar hostilidad, odio, oposición y persecución, no gloria externa. La gloria de Cristo está oculta bajo la cruz del

rechazo. Eso es lo que prometió. Ése es un hecho que salta a la vista en la Cuaresma. Porque Jesús lleva la cruz y muere debido a ese odio y esa oposición. Lo más sorprendente, sin embargo, en nuestra lectura para esta noche y, sí, en toda la historia de la iglesia, es el origen de esa hostilidad y rechazo. ¿Quién es más hostil, más cruel, está más lleno de odio hacia Jesús y su cruz? ¡Exactamente aquellos que debían ser los primeros en darle la bienvenida, en creer en él, en amarlo, en confiar en él y adorarlo!

Eso es lo que vemos en nuestra lectura de esta noche. Jesús fue arrestado y llevado ante el sumo sacerdote. El sumo sacerdote debía ser el hombre más cercano a Dios en todo el mundo. Él llevaba la sangre del sacrificio al lugar santísimo, al trono de Dios en la tierra, en el gran día de la Expiación y rociaba dos veces el propiciatorio, una vez por los pecados de la nación y otra por sus propios pecados. Rociar la sangre era una imagen de la obra del Salvador, quien derramaría su sangre para quitar los pecados y la culpa de una vez y para siempre. El sumo sacerdote lo sabía. Era el supervisor de todas las ceremonias y sacrificios en el templo, la mayoría de los cuales, de una forma u otra, representaban la venida del Salvador, quien en un gran sacrificio redimiría al mundo.

Si alguien debía saber que Jesús era el cumplimiento de esas ceremonias y sacrificios, era el sumo sacerdote. Como alguien que sabía de memoria todas las promesas del Antiguo Testamento que señalaban al Salvador, el comportamiento del sumo sacerdote debió haber sido completamente diferente del que escuchamos en esta lectura. Debió haberse puesto de pie delante de toda la gente y gritado con todas sus fuerzas las palabras de Juan el Bautista: ¡ÉSTE ES EL CORDERO DE DIOS, QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO! Pero precisamente lo contrario es lo que vemos y escuchamos del sumo sacerdote. Todo lo opuesto a la ley, preside el tribunal irregular y arbitrario a media noche. Ni siquiera actúa como un juez imparcial. Ya ha decidido. Antes de que comience el juicio, declara que este Jesús debe morir debido a que le sería mejor morir para que el sumo sacerdote y sus seguidores no pierdan su posición y poder. Y luego se atreve a arreglar y aceptar falsos testigos que acusan a Jesús de herejía y blasfemia. Cuando fracasan en dar testimonio, manda que Jesús tome juramento e identifique a sí mismo. Cuando Jesús declara que en verdad es el Hijo de Dios, al sumo sacerdote no le importa para nada toda la prueba de ello. En vez de eso, y completamente contrario a la ley, rasga sus vestiduras con ira y pide la sentencia de muerte. Es vergonzoso. ¿Dónde está la gloria que el Hijo de Dios debía tener de su propio pueblo, sí, de sus propios sumos sacerdotes y representantes oficiales en la tierra? No se ve por ninguna parte. Su gloria está velada en el rechazo de los suyos.

¿Pero qué tal el resto de los oficiales, del tribunal supremo judío? Esa corte constaba de los principales sacerdotes, fariseos y escribas, todos expertos en la ley y las promesas del Antiguo Testamento. Eran tan expertos que todos ellos habían memorizado palabra por palabra grandes porciones del Antiguo Testamento. ¿Y qué de ellos? ¿Si el sumo sacerdote era corrupto, acaso no esperaríamos una protesta generalizada de parte de ellos, por lo menos de la mayoría, o cuando menos de unos cuántos? Pero no hay ni una palabra de eso. Nadie se levanta para defender la ley y el proceso legal, tampoco hay una voz que defienda a Jesús. Y

otra vez, no es porque no supieran lo que había dicho y hecho. Habían enviado espías para vigilar cada movimiento durante los tres años de su ministerio terrenal. Sabían que el joven de Naín y la hija de un gobernante de la sinagoga habían resucitado. Sabían todo respecto a que había sanado a los leprosos, había devuelto la vista a los ciegos y el oído a los sordos. Sabían todo acerca de la alimentación a miles con unos cuantos panes y unos cuantos peces pequeños. Habían escuchado que Lázaro había resucitado fuera de Jerusalén una semana antes. Todas las pruebas estaban allí de que en verdad éste era el Hijo de Dios, el Mesías prometido. Pero endurecieron sus corazones contra las profecías acerca del Mesías que conocían de memoria por la Biblia. Y endurecieron sus corazones igualmente contra la evidencia de que Jesús de hecho era ese Mesías prometido. Endurecieron sus corazones y en su lugar los llenaron de odio que sólo podría ser apaciguado con la muerte de Jesús. (Nicodemo era miembro del concilio. Pero tal vez no lo llamaron a esa reunión a media noche para que no hubiera ni siquiera esa voz solitaria de protesta.)

Jesús y su cruz provocan odio y hostilidad en los ámbitos más sorprendentes. Así sucedió en la primera Cuaresma. Ha sido así durante todas las épocas. Es así hasta ahora, su gloria como Dios y Salvador está oculta bajo el rechazo de aquellos que debían saberlo mejor, que debían ser los primeros en escuchar su palabra y seguirla. Los judíos siguieron odiando a Jesús y su palabra mucho después de que murió, como el libro de Hechos lo explica tan trágicamente. Y el rechazo por la mayoría de su pueblo sigue hasta hoy. Pero de ninguna manera se limita a ellos. Año tras año, sin interrupción, un grupo tras otro se levanta dentro de la iglesia para odiar a Jesús y perseguir su palabra. Si tuviéramos tiempo esta noche, podríamos repasar cada siglo desde Pentecostés y encontraríamos que algunos de los más implacables perseguidores de Jesús y su palabra fueron aquellos que afirmaron ser sus seguidores. El Credo Niceno, que todos lo sabemos de memoria, fue escrito para defender la verdad de que Jesús es verdadero Dios y el único Salvador contra las herejías arrianas que negaron esa verdad y habían tomado el control de la iglesia del siglo IV. En el tiempo de la Reforma, la persecución del evangelio y hasta las guerras contra los que lo predicaron y enseñaron fielmente vinieron a insistencia de los sacerdotes, obispos y papas romanos.

Por cierto, actualmente en nuestro país el evangelio puede predicarse en toda su verdad y pureza. Pero eso no quiere decir que todo aquel que se llame a sí mismo cristiano ame la cruz de Cristo y su mensaje de que Jesús solo es el Dios hombre nacido de la virgen y que es el único Salvador del mundo. Por el contrario, y ustedes lo saben perfectamente bien, muchas iglesias que se dicen ser cristianas no quieren tener nada que ver con ese mensaje. Para algunos, Jesús no es sino un gran maestro de la ley que nos muestra cómo llevar una buena vida. Para otros, Jesús es el único que hizo posible la salvación y nada más; si lo seguimos, podemos terminar la obra que comenzó con nuestras buenas obras y méritos. Pueden sorprenderse mucho al saber que algunas casas editoras que se denominan luteranas y sus sínodos imprimen y venden libros que niegan que Jesús naciera de una virgen y que resucitara de la muerte. Publican y venden libros y revistas que rechazan abiertamente la

mayoría de las enseñanzas de la Biblia y, desde luego, la divina inspiración de la misma Biblia.

Lo vemos por todas partes. Contrario a la Biblia, las iglesias que se dicen ser cristianas disculpan y defienden un estilo de vida homosexual, y hasta lo hacen igual al matrimonio. La orientación sobre el aborto se ofrece en muchas de esas iglesias. Hoy muchas iglesias que se denominan a sí mismas cristianas se atreven a negar a Jesús al decir que los judíos y los musulmanes y finalmente todos en cualquier religión adoran al mismo Dios; dicen semejante atrocidad aunque esas religiones niegan que Jesús es Dios y el Salvador. Y muchos discutirán que no importa para nada en lo que crean, porque es dudoso que haya tal cosa como infierno o aun un cielo.

Tampoco ninguna de esas iglesias se contenta con vender su veneno. Como el sumo sacerdote y el tribunal supremo judío, menosprecian y ridiculizan al Jesús de la Biblia y a aquellos que todavía proclaman el mensaje de Cristo y a él crucificado por los pecados del mundo. Esos creyentes, dicen ellos, son fanáticos de mentes cerradas de la Edad de las tinieblas y el mundo estaría mejor sin ellos. Y todo esto en nombre de la religión. Todo esto incluso mientras llevan una cruz colgada del cuello y afirman ser cristianos. ¿No es espeluznante? ¿No resulta trágico?

II.

Es realmente espeluznante y trágico. Pero hay más que eso. Es una advertencia para nosotros. Como Jesús nos dijo en Getsemaní: “Velad y orad para que no entréis en tentación” (Mt 26:41). No hay garantía de que siempre perteneceremos a la iglesia correcta. Tampoco hay ninguna garantía de que nuestra iglesia siempre enseñará la palabra de Dios con toda su verdad y pureza. El sumo sacerdote estaba en la iglesia correcta. Los herejes que atacaron a Jesús en el tiempo del Credo Niceno comenzaron en la iglesia correcta. Y en el tiempo de la Reforma había sólo una iglesia reconocida. Pero todas esas iglesias se apartaron. Todas se desviaron de la palabra y terminaron siendo contadas entre aquellas que despreciaron la gloria oculta de la cruz. Y sí, las iglesias luteranas de Alemania y del resto de Europa y muchas en este país también, en su mayor parte, se han apartado. Por lo tanto, velen y oren. ¡Mantengan su mirada puesta en Jesús y su palabra, y procuren que su iglesia también lo haga! Porque la simple verdad es que con mucha frecuencia nosotros también somos perezosos y descuidados en aferrarnos a todo lo que Dios nos ha revelado en su palabra. Con mucha frecuencia nosotros también estamos inclinados a tomar un acercamiento de bufé, donde se puede escoger comer de lo que dice Dios en su palabra. Cuando la ley remuerde, estamos tentados y caemos con tanta facilidad en la tentación de decir para nosotros mismos: “Bueno, no es realmente tan malo que no me importe lo que Dios dice acerca del matrimonio o del compañerismo de la iglesia o de la pureza de ojos y mente o de la mayordomía, o…” —bueno, ustedes pueden terminar la lista. Cuando tomamos así un acercamiento despreocupado a su palabra nos unimos con aquellos a través de las edades que pensaron que lo sabían mejor

que Dios y no quisieron tomarlo a él ni toda su palabra con seriedad. Sí, y corremos el horrible riesgo de perder toda esa palabra y su beneficio salvador.

Jesús soportó el rechazo de los suyos para salvarnos a todos de ese destino pavoroso. Aun por nosotros cuando nos hemos unido a aquellos en nuestro texto que debían haberlo sabido mejor él soportó la vergüenza y el abuso de su pasión. Que nuestros corazones se llenen de pesar por las veces que hemos sido despreocupados y perezosos respecto a su palabra. Que llenemos nuestra vista con la visión de que los suyos lo rechazaron a él mientras nos arrepentimos de las veces en que nosotros también fracasamos en seguirlo fielmente aferrándonos con fidelidad a su palabra. Y entonces, expiados del crimen pavoroso con su sangre, resolvamos seguir otra vez a ese Salvador compasivo que todavía viene a nosotros en esa palabra con su gracia y perdón.

No odiamos a los falsos maestros ni a los seguidores de falsos maestros en otras iglesias. No tenemos deseos de perseguirlos. Pero no deseamos invitarlos a nuestras iglesias ni a nuestros hogares, ni tampoco que se queden, si es que surgen de entre nosotros. Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Jn 14:6). Jesús dijo: “Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Jn 8:31). Jesús dijo: “Guardaos de los falsos profetas” (Mt 7:15). San Pablo dijo repetidamente —y estaba haciendo eco de todos los profetas y, por supuesto, de Jesús mismo— que no debemos tener nada que ver con los falsos maestros y las falsas enseñanzas.

Por lo tanto, velad y orad. Mantengan la mirada puesta en Jesús y su palabra. Por amor a aquellos engañados con la falsa doctrina, rechazamos la herejía de que todas esas enseñanzas son básicamente lo mismo y que es sólo importante que ustedes por lo menos crean algo. ¡No! ¡Eso es veneno! Es error mortal. Advertimos contra ello. Lo advertimos por amor a aquellos envenenados por ello. Algunas personas piensan que las serpientes de cascabel no les harán daño. Eso no hace que las serpientes de cascabel sean menos mortales. Tampoco es un acto de amor decir a esas personas que mientras no crean que la serpiente las herirá, todo estará bien y estarán a salvo. Lo mejor es advertir en contra de las serpientes y huir de ellas, no aceptarlas o esperar a que no muerdan.

Sí, necesitamos velar y orar para que no seamos arrastrados por la idea tan común entre los que hoy se denominan a sí mismos cristianos de que la doctrina no importa. Necesitamos velar para que esa actitud no nos seduzca y no nos enojemos cuando nuestra iglesia reprenda el error e insista en enseñar todas las verdades de las Escrituras, sin importar cuán impopulares puedan ser, sin importar a cuánta gente no le guste. Porque la triste verdad es que algunas veces el mayor problema que una congregación o un organismo eclesiástico tiene es con sus propios miembros, que quieren restarle importancia y comprometer la verdad de la palabra de Dios. En su debilidad, esos miembros se han apartado de la gloria oculta a favor de la gloria que quieren ver; quieren la gloria de ser populares o la gloria del camino fácil que huye de la cruz hacia cualquier cosa que sea conveniente. Se imaginan que lo que creemos,

enseñamos y confesamos depende de nosotros, que es algo como un bufé del que podemos escoger lo que se nos antoje en el momento.

Miren a Jesús ante el sumo sacerdote y el concilio judío, y oren para que en su palabra ustedes encuentren y guarden toda la verdad de Dios. Vean a Jesús ante el sumo sacerdote y el concilio judío, y oren para que puedan llenarse de ese amor por él y de buen grado tomen su cruz y síganlo. Porque pueden estar seguros de que igual como Jesús y su iglesia fiel han sido ridiculizados y perseguidos cuando siguieron la verdad y llevaron la cruz, así también ustedes conocerán esa hostilidad que viene de ser fieles. No se asusten por eso. No se sorprendan. Porque eso es lo que Dios ha prometido.

Pero también ha prometido que no los abandonará ni los dejará cuando se aferren a él y a su palabra. Hay gloria en ese rechazo, ya que es un rechazo que compartimos con él y que él comparte con nosotros. Ha prometido, y nunca nos mentirá, que aun en la persecución ustedes aprenderán más y más de su amor y gracia. Lo ha asegurado, y el testimonio de la iglesia dice que así es. Mientras llevan la cruz tras él, el conocimiento de su amor y gracia sólo se profundizará y aumentará —abundará la gracia, como lo dice san Pablo. Éstas tal vez sean lecciones difíciles de aprender. La gente no quiere oír esas lecciones. Pero Jesús va hacia la cruz por amor a nosotros para enseñarles a ellos. Va por amor a nosotros a la cruz para darnos salvación por su sacrificio por nosotros y por la palabra de su sacrificio por nosotros. Oh, ver a Jesús y verlo solamente. Oh, seguirlo a la cruz, con gusto llevándola tras él con amor y fidelidad a él que nos amó y se dio a sí mismo por nosotros. ¡Que Dios conceda esto a cada uno de nosotros por amor a Jesús! Amén.

Sermón 4
Está oculta en el rechazo de Jesús de parte del mundo

Texto: Juan 18:33–19:1

I. El mundo no comprende el mensaje de la cruz, tampoco quiere comprenderlo.
   A. El mensaje de la ley lo desprecia.
   B. El mensaje del evangelio sólo provoca mayor hostilidad.
II. Vamos a su cruz bajo la cruz de esa hostilidad.
   A. La cruz tiene dos vigas: una es la hostilidad de nuestra propia naturaleza, y la otra es la hostilidad del mundo y la cultura que nos rodea.
   B. Cristo soportó la humillación de la hostilidad y el rechazo, y nosotros también.
   C. Su humillación y la nuestra es la forma de Dios de ensalzar su palabra.

En nuestra meditación esta noche, hacia la cruz de Jesús y bajo la nuestra, consideramos un aspecto de llevar nuestra cruz que compartimos con Cristo y que él comparte con nosotros. Es este aspecto de llevar la cruz: La cruz siempre trae rechazo, y para nuestro asombro, ese

rechazo tiene gloria oculta. Lo comenzamos a ver en nuestra meditación la semana pasada. Aquellos que debieron comprender y recibir primero a Jesús lo rechazaron a él y su cruz. Esta noche vemos que la cruz trae rechazo de un grupo todavía más grande: la cruz trae el rechazo del mundo. Porque el mundo no comprende la cruz ni tampoco la quiere comprender. Escuchen esta porción de lo que escribió san Juan acerca del juicio de Jesús ante el mundo en el tribunal del gobernador romano Poncio Pilato:

> Entonces Pilato volvió a entrar en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo: "¿Eres tú el Rey de los judíos?". Jesús le respondió: "¿Dices tú esto por ti mismo o te lo han dicho otros de mí?". Pilato le respondió: "¿Soy yo acaso judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?". Respondió Jesús: "Mi Reino no es de este mundo; si mi Reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí". Le dijo entonces Pilato: "Luego, ¿eres tú rey?". Respondió Jesús: "Tú dices que yo soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, oye mi voz". Le dijo Pilato: "¿Qué es la verdad?". Y dicho esto, salió otra vez a donde estaban los judíos, y les dijo: "Yo no hallo en él ningún delito. Pero vosotros tenéis la costumbre de que os suelte a un preso en la Pascua. ¿Queréis, pues, que os suelte al Rey de los judíos?". Entonces todos dieron voces de nuevo, diciendo: "¡A éste no! ¡A Barrabás!", y Barrabás era ladrón. Así que tomó entonces Pilato a Jesús y lo azotó.

I.

¿Podría haber un contraste más marcado en todo el mundo que el que vemos aquí? En un lado está Jesús. Da testimonio de que es un rey, pero su reino no es de este mundo. Da testimonio de que todos los que están al lado de la verdad lo escuchan a él, sí, lo escuchan en el sentido de oír y mantenerse en su palabra, en el sentido de creer en él, de confiar en él y seguirlo.

¿Pero podría haber una vista más patética? ¿Una afirmación más lastimosa? ¿Había algo en el mundo que pareciera más ridículo? Jesús es un rey, entregado por su propio pueblo que grita exigiendo que lo maten. Jesús nace para ser el Rey cuyo reino consta de aquellos que aman la verdad; y no hay ni una sola persona que lo defienda a él ni la verdad; no hay nadie que hable a su favor, que esté dispuesto a presentarse y declararse seguidor de este Rey. Jesús es el Rey; pero aquellos que debían amarlo primero en su reino gritan a favor de Barrabás, un rebelde y compañero de asesinos y ladrones. ¡Prefieren a ése que al Rey de la verdad! Jesús es un rey ahora en manos de un insignificante oficial romano. El propio pueblo de Jesús lo golpeó y le escupió. Y pronto soportará todavía algo peor en manos de los soldados de Pilato. ¡Qué tal rey! ¡Qué tal reino! ¡Qué tal verdad que este Rey testifica! Ése es el Rey en un lado.

Pilato está en el otro lado como portavoz y representante de todos los reinos del mundo, sí, de todos nosotros como somos por naturaleza. Ve y juzga a este Jesús con los ojos y la razón. Puede sorprendernos al principio que Poncio Pilato realmente estuviera interesado en hacer justicia y quería hacerla. Pero más que justicia, estaba interesado en el amor a su propia posición y su propia conveniencia. Hacer lo justo perdió. Exasperado con toda la molestia que le estaba causando este rey, Pilato ordena que lo azoten. Llega a la conclusión de que el mensaje no es otra cosa sino insensatez. Es una necedad que resulta un fastidio y una molestia. Este Jesús y su verdad son inconvenientes, y la turba que se forma podría ser problemática. Pilato no ve que Jesús sea un criminal y su comportamiento no merece ser castigado. Sin embargo, ordena que azoten a Jesús, un castigo que por sí solo era tan horrible que con frecuencia sus víctimas morían. Y pronto, después de los azotes, Pilato ordena la ejecución de este rey.

¿Por qué esa hostilidad? ¿Por qué esa ira? ¿Por qué esa violencia contra algo y alguien que por fuera parece tan débil y frágil, hasta insensato? Todo gira sobre esa pequeña palabra que Jesús dijo a Pilato, la palabra *verdad*. ¡Jesús dijo que era el Rey de la verdad, que había venido al mundo para dar testimonio de la verdad! No obstante, Pilato no quería la verdad de este Jesús. Ya había decidido en su mente, de hecho, que realmente no hay tal cosa como la verdad; solamente yo estoy; sólo hay el momento. No hay verdad; sólo están mis necesidades, lo que quiero, mi voluntad, mis objetivos, mi ambición, mi placer, mi poder. Esas cosas son toda la verdad que Pilato quiere y también toda la verdad que todos los demás quieren. Cualquier otra verdad está destinada a obstruir el camino de las cosas que consideramos las únicas verdades y las únicas realidades. Pilato ni siquiera quiere pensar respecto a la posibilidad que puede haber alguien más, algo más. Porque si hay una verdad a mi lado, más que yo mismo, piensa él, eso exigirá que renuncie a mi inquebrantable devoción a mí mismo a favor de algo o alguien más.

¿Si Pilato hubiera escuchado, en vez de simplemente rechazar a Jesús y la verdad de plano, las cosas hubieran resultado en una forma diferente? No. No hubieran sido diferentes. Porque el mensaje de Jesús y su cruz, el corazón y el centro de la verdad de lo cual Jesús da testimonio, siempre provoca odio y hostilidad del mundo. La verdad que Jesús vino a dar al mundo es ya la verdad evidente en el huerto de Edén. Es la verdad de que los seres humanos son totalmente depravados y corruptos y caídos en la devoción total del yo. Es la verdad de que aun en las mejores obras que hacen ellos, ofenden la santidad y justicia de Dios. Es la verdad de que en nuestros mejores días, lo mejor de nosotros no merece otra cosa sino el infierno eterno. Esa verdad es irritante y nos repugna. A pesar de que la prueba de esta verdad está generosamente esparcida en las páginas de la historia, todavía no quiero escucharla. Aunque la prueba esté delante de mí cuando miro con honestidad en el espejo de la ley de Dios, tampoco quiero oír nada de ese espejo. ¡Fuera de aquí la verdad! ¡Fuera de aquí el Rey que la proclama!

¡Pero esperen, esperen! Hay más del mensaje del Rey de la verdad que el veredicto de culpable sobre todos nosotros y todas nuestras obras. Viene principal y fundamentalmente

con la mayor de las verdades: que él mismo es la solución al problema de nuestro pecado y nuestra culpa. La verdad acerca de nosotros es el problema; la verdad acerca de él es sólo solución. ¿Y cómo resolverá el problema del pecado y la culpa? ¿Nos dará una nueva ley para que la cumplamos? ¿Nos dirá que nuestro pecado y nuestra culpa no importan después de todo? ¿Nos pedirá que hagamos lo mejor que podamos y que Dios estará satisfecho y pasará por alto el resto? ¿Es ésa la gran verdad que trae? Si ésa hubiera sido la verdad que Jesús hubiera traído, la gente no lo hubiera azotado. Porque eso es lo que las gentes quieren pensar; quieren pensar que no importa lo malvadas que sean, todavía tienen algo bueno o el suficiente potencial para salvarse a sí mismas. Si Jesús hubiera enseñado eso, las gentes no lo hubieran crucificado. Pero el Rey de la verdad declara que él mismo es el todo y lo completo, la única solución para el problema del pecado y la culpa, para la pena de muerte y el infierno que todos merecemos. La solución es que él solo aceptará todo el pecado y la culpa del mundo. La solución es que él y sólo él sufrirá la pena de muerte y el infierno por nosotros como nuestro sustituto. La solución es que esa salvación, por lo tanto, será un don gratuito, ganado por el crucificado, merecido para nosotros por el crucificado, entregado en el mensaje del crucificado. Pero trágicamente, la verdad del evangelio que salva es todavía más despreciada que la verdad de la ley que condena.

Entonces aquí está el gran misterio y la profunda verdad: Tan depravada es la humanidad que por naturaleza odiamos que se nos diga la verdad de que somos depravados; y tan grande es nuestra corrupción que por naturaleza odiamos todavía más la verdad de que la única solución para el castigo que merecemos es Jesús, el Rey de la verdad. Pensarían que la gente saldría en estampida a este Jesús que libra de la muerte y del infierno. Si ofreciéramos combustible o dinero gratis o asistencia médica gratuita, nos aplastarían en la estampida. ¿Pero salvación gratuita? ¿Cielo gratuito? ¿Rescate del infierno gratuito? ¡No, eso no! ¡Fuera de aquí él! ¡Queremos a Barrabás, un sinvergüenza y asesino, en vez de este Jesús! ¡A él lo queremos crucificar!

II.

Observamos al inicio de nuestro sermón de esta noche que Jesús no es el único que debe llevar la cruz, aunque su sola cruz es la que salva. Aquellos que lo siguen a la cruz deben también seguirlo bajo la cruz. Ésa es la marca del cristiano, la señal de la cruz. Porque siempre que el Rey de la verdad aparezca con el mensaje de la verdad, la única verdad, habrá hostilidad, oposición y con mucha frecuencia, hasta violencia. Como una cruz tiene dos vigas, así la hostilidad hacia la cruz tiene también dos vigas. La primera es la que llevamos en nuestra propia naturaleza. Pilato despidió a Jesús con las palabras: “¿Qué es la verdad?”. Pilato no quería una respuesta. Ya había supuesto que no había respuesta aparte de él mismo. Eso es también lo que nuestra propia carne dice. No me molestes con ideas de lo bueno o malo que viene de Dios, que viene de la Biblia. No hay bueno ni malo. Sólo hay valores. Hoy me gusta esto, mañana esto otro. La gente no debe cometer adulterio; pero si mis hijos, mis amigos o yo decidimos vivir fuera del matrimonio en una relación reservada para el

matrimonio, bueno, ¿quién tiene derecho a juzgar? La gente no debe guardar rencor o chismear. ¡Pero no sé qué tiene que ver eso conmigo! La gente no debe robar ni engañar. Pero el gobierno gasta mi dinero y las empresas cobran mucho de todos modos. Además, la gente me engaña y me roba; sólo quiero lo que me corresponde. La gente no debe ser arrogante ni tener pretensiones de superioridad moral, pero enfrentémoslo, realmente somos mejores que la mayoría, ¿no es así?

Luego viene la confesión en la liturgia: "Confesamos que somos por naturaleza pecadores e impuros". "No, no", objeta nuestra carne. "No quiero escuchar eso. Es deprimente, muy deprimente". Luego viene el mensaje del perdón: "Todo lo que necesitas traer a la cruz de Cristo es tu desesperación de cualquier cosa buena o mérito en ti; ésta será su respuesta: '¡Te perdono; limpié todo con mi sangre; lo pagué por completo; te redimí, eres restablecido como un querido hijo de Dios!". ¡Pero eso menos le gusta a la carne! "Yo trabajo mucho. Me merezco lo que tengo. Dios al menos tiene un poco de suerte de que estoy a su lado, y debería sentirse por lo menos un poco halagado que crea en él, debido al mundo en que hoy vivimos. Y si no me trata bien, lo arreglaré. ¡Ya no creeré en él, y dejaré la iglesia!".

Así la primera viga de la cruz que llevamos los cristianos es la viga de nuestra propia naturaleza que odia la verdad de la ley y desprecia la verdad del evangelio. La segunda viga es la hostilidad del mundo, todo en nuestra cultura que simplemente no puede soportar el mensaje de verdad que Jesús es y que vino a traernos. Nuestro mundo se deleita en el vicio y lleva la corrupción como si fuera una insignia de honor. Lo corrupto y pervertido del mundo declara su derecho de ser corrupto y hasta demanda que el resto de nosotros los respetemos tanto a ellos como su perversión. Y ay de aquel que diga: "Pero la Biblia manifiesta que todo aquel que haga tales cosas irá al infierno". Y ay de aquel que diga: "Jesús es la única solución, el único Salvador, el único camino al cielo y la bienaventuranza". "¡No, no! ¡Fuera de aquí con eso!", declara el mundo. "Si eso es lo que quieren creer, bien, sigan adelante y sean unos insensatos. ¡Pero no vayan por allí diciendo que es la única verdad, la verdad que salva, la verdad que, si se rechaza, condena a quien la rechaza! ¡Fuera éste de la tierra!".

Así vemos a Jesús hoy en nuestra lectura. Es el Rey. Es el que trae la verdad, la única verdad. Pero su gloria y la gloria de la verdad salvadora están ocultas bajo la cruz. Los suyos lo desprecian y lo rechazan. Y él y su mensaje provocan la hostilidad del mundo que vino a salvar. Vemos cómo se oculta su gloria y cuán gloriosa es la verdad que trae al ver su reacción cuando él y la verdad son desdeñados y escupidos. ¡Lo soporta! ¡Lo acepta! No hay relámpagos del cielo que golpeen a la multitud con el castigo que se merece. No hay un terremoto bajo los pies de Pilato que lo sacuda lo suficiente para hacer que escuche la verdad que Jesús tiene que proclamar.

¿Y por qué no? ¿No sería mejor si hubiera un relámpago? ¿No escucharían la verdad al menos si hubiera un terremoto bajo los pies de Pilato? Sí. ¿Y no sería más efectivo nuestro propio testimonio del evangelio si pudiéramos enviar unos cuantos relámpagos por nosotros mismos para destruir a los malvados y a los que se burlan, al menos unos cuantos de ellos, y

luego hacerlos entrar en razón al resto de ellos? ¿Y acaso la gente no estaría más dispuesta a escuchar y creer si sólo de vez en cuando pudiéramos tener un milagro magnífico o dos para llamar su atención?

¡La respuesta para todas esas preguntas es un NO rotundo! Cristo llevó la cruz de la ignominia y la humillación. El tiempo vendrá para su exaltación y su juicio. Pero todo está en sus manos y no en las nuestras. Hacemos nuestro peregrinaje bajo la cruz mientras vamos a la cruz. Compartimos la debilidad y la humillación hasta que venga la exaltación en el día final. ¿Y por qué? Porque nuestra gloria también está oculta bajo la cruz del rechazo. Jesús quiere que su palabra obre silenciosamente en nuestros corazones para obtener todo el mérito de crear la fe cuándo y dónde el Espíritu obre y sea su voluntad. Sí, quiere que nosotros también reconozcamos que es un milagro del primer orden cuando creemos su palabra, un milagro que el mensaje del evangelio obra, no es por el alarde o el alboroto que hacemos, no es por nuestro ingenio o nuestro poder y mérito. El poder oculto de la cruz es el que obra en aquellos que siguen bajo ella. Todo el mundo quiere librarse de la cruz y de su verdad, y ha tratado de librarse de ella por casi dos mil años. Sin embargo, el mensaje se proclama por aquellos que siguen bajo la cruz, y en algunos todavía da su fruto precioso; todavía obra para crear la fe aun en alguien como el ladrón que murió al lado de Jesús.

Sí, es la gloria oculta en el mensaje de la redención en Cristo solo que crea santos que ponen toda su vida de pecado y vergüenza a los pies de la cruz de Jesús. Todavía se escucha en el mundo el cántico triunfante de miles que se levantan otra vez, todavía bajo la cruz, para cantar las alabanzas del Cordero que fue sacrificado y nos ha redimido con su sangre. Y su gozo es producto de la gloria oculta en el único Salvador y la única verdad. No tienen que preguntarse si pueden estar en lo correcto o no. No dependen de una encuesta ni de una opinión pública o de una opinión del más inteligente o del más piadoso. No, su seguridad está en la palabra de Dios y en la obra de Dios, aun bajo la cruz de la hostilidad y la persecución. Cielo y tierra pasarán. ¡Pero eso nunca pasará! Oh, que siempre permanezcamos en ese número bendito de aquellos que saben que la gloria está oculta en la cruz. Amén.

Sermón 5
Está oculta en el tropiezo del Salvador

Texto: Marcos 15:17-21

I. Miren—tropezó bajo el peso abrumador de la cruz.
   A. Pudo haber usado su poder divino para llevar la cruz sin más problema que si hubiera llevado una vara.
   B. ¿Cómo, entonces, mostraría la profundidad de nuestra necesidad y la grandeza de su amor? ¡Allí está su gloria!
II. Nosotros también lo haremos.

A. Mientras que pudo haber prevenido su tropiezo, nosotros no podemos prevenir del todo el nuestro.
B. Tropezamos debido a nuestra debilidad innata, y tropezamos debido a nuestro propio consentimiento a esa debilidad.

III. Necesitamos su ayuda bajo el peso de la cruz.
A. Tropezó—él conoce el peso de la cruz de ustedes.
B. Tropezó—está al lado de ustedes en su palabra y sacramentos para lavar la suciedad de la calle y levantarlos otra vez mientras siguen el trayecto bajo la cruz al sepulcro vacío. ¡Allí radica su gloria!

Esta noche nos estamos acercando al final de nuestro trayecto a la cruz y bajo la cruz. El trayecto hasta ahora ha sido de una gravedad funesta, y lo es esta noche también. Porque al seguirlo a la distancia, está muy claro que Dios no va a hacer nada para prevenir la finalización de este drama pavoroso. La gloria de Jesús ha sido velada en el rechazo de los suyos. Su gloria ha sido velada en el rechazo del mundo. No habrá legión de ángeles que venga al rescate. No habrá el levantamiento a su favor de los cientos y miles de personas a las que Jesús ha ayudado o alimentado o sanado. No, la santidad de la iglesia no intervendrá para salvarlo. No, el sentido de justicia romano no contribuirá tampoco para prevenir esta injusticia. Porque miren lo que pasa en el trayecto esta noche. Comprendan el horror mientras lo contemplan. Vean cuán profundamente oculta está la gloria del Hijo de Dios y el Salvador del mundo bajo la cruz. Dejen que san Marcos les describa la escena. Él nos dice en el capítulo 15, empezando en el versículo 17:

> Lo vistieron de púrpura, le pusieron una corona tejida de espinas y comenzaron a saludarlo: "¡Salve, Rey de los judíos!". Le golpeaban la cabeza con una caña, lo escupían y, puestos de rodillas, le hacían reverencias. Después de haberse burlado de él, le quitaron la púrpura, le pusieron sus propios vestidos y lo sacaron para crucificarlo. Obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que le llevara la cruz.

I.

¿No resulta increíble? Es precisamente como Jesús dijo que sería. Los soldados se burlaron de él. Otra vez le escupieron. Otra vez lo golpearon, después de que lo azotaron. Para asegurarse de que su humillación sea completa, estos jornaleros del gobernador romano, que a la vez es un empleado, le rinden homenaje en forma de burla al Creador del mundo y al preservador del universo. Los ángeles, que lo aman perfectamente y lo han adorado desde la creación, no intervienen. El mismo Padre, que ha declarado que éste es el Hijo amado en quien tiene complacencia, no envía rayos para destruir a estos que torturan a su Hijo. Su gloria está completamente oculta bajo los golpes y la sangre, bajo los escupitazos y la ignominia y el maltrato de toda clase.

Y ahora que su humillación ha llegado al punto más bajo, lo llevan a crucificar. Pero ni en esa parte del camino deja de haber incidentes. Jesús no ha dormido y probablemente no ha comido ni bebido nada desde la cena de la Pascua que tuvo lugar la noche anterior. Los azotes lo han dejado seriamente deshidratado. Bajo la sangre de sus heridas no hay nada sino moretones rojizos y azulados de los golpes. Y ahora atan a sus brazos y hombros la viga de la cruz de madera para que la lleve al lugar de la ejecución. Pero no puede. El Creador del universo tropieza exhausto. Quien esculpió las montañas y diseñó las profundidades de los mares con su palabra, cae bajo el peso de la cruz.

Nuevamente gritamos horrorizados. No hay nadie que ayude. Los ángeles no ayudan. El Padre ya comenzó a abandonar a Jesús. ¿Pero qué hay de aquellos a los que ha ayudado? No hay ni uno que dé un paso adelante y diga: "¡Aquí, por favor, permítanme que le lleve la cruz". ¿Dónde están los leprosos a quienes sanó? ¿Dónde están los ciegos y los sordos a quienes les devolvió la vista y el oído? ¿Dónde está el joven de Naín, a quien había resucitado? ¿Dónde está Jairo, cuya hija él había resucitado? ¿No hay ni uno solo entre los miles que había alimentado con unos cuantos panes y peces que por lo menos mostrara alguna compasión en este momento y se ofrezca a ayudar? ¿Dónde están los discípulos? ¿Dónde están sus parientes? ¿No hay nadie en este momento que ayude? No. No hay nadie. Y lo más sorprendente de todo esto: ¡Jesús no se ayuda a sí mismo! Todavía en esos momentos era el Hijo poderoso de Dios. Pudo haber usado su poder que todavía poseía y nunca dejó para aligerar su carga. Si lo hubiera querido, hubiera llevado esa cruz con el mismo esfuerzo que hubiera llevado una vara.

Pero, observen, allí va hacia el sufrimiento. Nadie lo ayuda. Él no hace nada para ayudarse a sí mismo a fin de que su carga sea más ligera y su dolor más fácil de sobrellevar. Puesto que reclutan a alguien para que lleve la cruz por él, debe haberse tropezado bajo el peso de la cruz y haber caído. Los soldados pudieron haberle dado puntapiés, empujado y golpeado todo lo que quisieron, pero él seguiría tropezando y cayendo. Así los soldados, ya no queriendo ocuparse de este asunto asqueroso, sacan a alguien de entre la multitud. Simón de la costa de Cirene pasa. Aparentemente, no sabe nada de lo que está sucediendo o el motivo y no parece que todos esos sufrimientos, tropiezos y caídas le preocupen absolutamente nada. Los soldados lo detienen. Sin considerar en absoluto a Simón y menos a Jesús, ponen la viga de la cruz en el hombro de Simón para apresurar el desfile hacia la ejecución.

Se debe enfatizar esto: No hay nada que sugiera que los soldados obligaron a Simón porque sintieron alguna lástima por Jesús; ya habían mostrado su desdén hacia él precisamente antes de que esta lamentable procesión comenzara. Sólo quieren terminar este trabajo, y entre más pronto mejor. Tampoco hay nada que sugiera que Simón se viera a sí mismo como ayudante de Jesús en este triste espectáculo. Lo obligaron. Y, entonces, la ayuda que dio fue para apresurar el trayecto al lugar de ejecución —de ninguna manera podríamos llamar a eso ayuda.

No podemos comprender que la gente fuera tan cruel, tan despiadada. No podemos imaginarnos que no hubiera uno de los que Jesús había ayudado o sanado, ni uno de aquellos que dijeron que lo amaban, que hiciera algo para ayudarlo en este penoso camino. Pero lo que más nos desconcierta es por qué no hizo algo para ayudarse a sí mismo. ¿Hubiera sido un crimen que silenciosamente usara el poder divino y se hubiera erguido y luego siguiera con el semblante triunfante al altar de la cruz? ¿Hubiera sido tan terrible escupir al diablo y a todos los que odiaron a Jesús con algo que mostrara dignidad camino a la muerte? Después de todo, había mostrado una luz débil de gloria en Getsemaní cuando vinieron a arrestarlo; había hecho que todos retrocedieran y cayeran al suelo cuando dijo quién era. Además, había realizado el milagro de sanar a Malco, a quien Pedro le había cortado la oreja. Sí, hasta había ordenado a los soldados que dejaran ir a sus discípulos, y obedecieron su mandato. ¿Acaso no podía permitir ahora que otro destello de su gloria brillara, en vez de esta escena tan repugnante y humillante?

Pero no. Nadie lo ayudó en su tormento, y no quiere que nadie lo ayude. Ni siquiera se ayuda a sí mismo, ni en lo más mínimo. Así es como nos ama. Ésa es su gloria. No es una gloria que se pueda ver y maravillarse. Es una gloria que usa cada momento para mostrar su amor por nosotros. Quiere que veamos y sepamos que el precio que paga por nuestra salvación es un precio completo, no un precio de oferta, rebajado y barato. El sufrimiento decretado en el huerto de Edén fue real. El sufrimiento, por lo tanto, del que se pone en lugar del pecador debe ser también real. Y así tropieza bajo el peso abrumador de la cruz. Cae en el camino y lo mancha con su sangre. Observen bien: no tropezó moralmente, maldiciendo a sus torturadores en el tribunal del sumo sacerdote y luego en el tribunal de Pilato y Herodes. No tropezó espiritualmente, arrojando rayos de terror y tormento a quienes lo golpearon, azotaron y escupieron, No, es tal y como Isaías había profetizado: Va como un manso cordero al matadero. Pero no va como un superhombre insensible. No va como una bestia sin sentido. Tropieza. Cae. Nos permite ver su gloria en el sufrimiento que paga por nuestra redención.

II.

Porque sabe que nosotros también tropezaremos. Nosotros también caeremos. Quiere que el espectáculo de su tropiezo y caída sea de consuelo para nosotros. Quiere que el espectáculo nos anime con el pensamiento de que comprende y conoce nuestro dolor en esas ocasiones. La epístola a los Hebreros lo describe bien: “No tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Él puede mostrarse paciente con los ignorantes y extraviados, puesto que él también está rodeado de debilidad” (Heb 4:15; 5:2).

Porque como Jesús, tuvimos el poder de evitar tropezar y caer. Ya lo vimos en Getsemaní. Si tan sólo hubiéramos velado con él, llenado nuestra mirada con él y nuestra mente y nuestro corazón con su palabra, si tan sólo hubiéramos orado por su ayuda y presencia misericordiosa en la hora de la prueba, no hubiéramos tropezado. No hubiéramos caído. A diferencia del

tropiezo de Jesús, nuestro tropiezo y caída es moral, es espiritual. Y a diferencia de Jesús, deberíamos haber usado la ayuda que él nos da para prevenir ese tropiezo y esa caída. Pero no hemos hecho eso. En lugar de eso, consentimos en nuestra propia debilidad. Pensamos que podemos jugar con el diablo. Sólo un poco de codicia. Sólo un poco para desquitarnos. Sólo un poco de traer y llevar chismes, una pequeña mentira, una aquí y otra allá. Pensaré en algo sucio por un rato. Jugaré con guardar rencor, nutrirlo y alimentarlo, sólo por un rato. Se siente tan bien despreciar a éste y despreciar al otro sólo por un rato. Qué bueno es sólo por un momento no servir, no seguir los pasos de Jesús, no amar y obedecerlo a él, sino amarme y obedecerme a MÍ mismo.

III.

Y así, por medio de nuestras propias faltas, tropezamos. Caemos. El soldado de la conciencia puede estar cerca para darnos de puntapiés mientras estamos caídos. Otros pueden exclamar: "¡Mira al hipócrita! No es mejor que nosotros. Su cristianismo es toda una actuación; cuando es conveniente, presenta la escena, y cuando no lo es, la quita". Oh, qué bienaventurados somos cuando la conciencia nos da de puntapiés mientras estamos caídos. Qué bienaventurados somos cuando otros nos avergüenzan, porque hemos tropezado y caído en la hipocresía. Porque al final de la calle, cuando la conciencia nos ha dado puntapiés y empujones, y quienes debían haber esperado algo mejor de nosotros nos ridiculizan y avergüenzan, podemos por fin ver a Jesús. Para soportar el castigo del tropiezo que es nuestra propia culpa, él tropezó. Para aguantar la vergüenza eterna que merecemos debido a que nos encanta caer, él cayó. Pensando en ustedes y anhelando la salvación de ustedes, a él mismo le dieron de puntapiés. Y lo hizo así para que pudiera encontrarlos aquí en la calle de su vergüenza y en la alcantarilla de la culpa de ustedes. Y de su tropiezo y caída, sabrían que él comprende el tropiezo y la caída de ustedes y los ama a pesar de eso. Sí, los ama y los levanta otra vez para comenzar el trayecto de ustedes bajo la cruz nuevamente. Con el agua de su bautismo, les lava la suciedad y la mugre de la caída, aunque nadie lo lavó a él de la suciedad y la mugre suya. Con el vino de su sangre, refresca el alma seca de ustedes, aunque nadie ni siquiera le ofreció agua cuando estaba sediento. Los alimenta con el pan de su cuerpo para renovar la fortaleza de ustedes, aunque a él nadie le dio ni siquiera un mendrugo de pan para calmar su hambre.

A Simón de Cirene lo obligaron a llevar la cruz por Jesús cuando tropezó y cayó. Pero Jesús por voluntad propia y con entusiasmo viene al lado de ustedes para levantarlos y llevarlos cuando tropiezan y caen, aunque el tropiezo de ustedes es por culpa de ustedes. ¿No es asombroso? Sí. ¿Y no es el motivo para amarlo tanto más mientras lo siguen durante la Cuaresma? Llenen su mente con la visión de esta gloria velada para ustedes en el tropiezo de él. Que el corazón y el alma de ustedes se llenen de la gracia y misericordia que siempre han estado allí para ustedes cuando caigan. Y entonces, tal vez, puede ser, no tropezarán con tanta frecuencia y no caerán tan profundamente,

Y luego, quizás, tal vez, se unirán a aquellos que, como ustedes, han tropezado y caído. Los acompañarán no en su pecado, sino con Jesús para ayudarlos a levantarse. Buscarán su gloria para servir con amor a los que, como ustedes, han tropezado y caído. Ustedes acompañarán a los miembros de su familia, a los amigos, a aquellos con quienes ustedes tienen contacto. Los acompañarán para hacer lo que Jesús quiere —no para regañarlos ni tratarlos con prepotencia, no para ridiculizarlos ni maltratarlos ni darles de puntapiés cuando están caídos, no recordándoles constantemente todas las necedades y maldades que hicieron alguna vez. No, como Jesús se unirán a ellos en amor para levantarlos. Se unirán en amor para perdonarlos. Se unirán a ellos para ayudarlos a llevar la cruz como Jesús con tanta frecuencia y generosamente los ha levantado. Porque vamos rumbo al Gólgota. Vamos hacia el clamor triunfante de "¡Consumado es!". Vamos hacia la victoria del sepulcro vacío y al grito que se oye en la calle a través de todas las épocas, el grito de "¡Ha resucitado!". Oh, que la procesión de victoria esté llena de aquellos que tropezaron y cayeron; que esté llena de aquellos cuyos pesares hemos compartido, cuya culpa hemos perdonado, y cuyas cruces hemos ayudado a llevar por amor a Jesús, quien llevó su cruz por nosotros y por nuestra salvación. Amén.

Sermón 6
Está oculta en palabras poderosas

Texto: Lucas 23:32-43

I. En la cruz hay gloria oculta en las palabras.
   A. Todas las palabras de los demás son patéticas, vergonzosas.
   B. Sólo las palabras de Jesús están llenas de gracia y belleza, y eso en medio de la más profunda degradación.
II. Esa gloria oculta en las palabras es tan poderosa que no se puede imaginar.
   A. Pero esas palabras no son meros sentimientos; ¡dan lo que dicen!
   B. Ese milagro se repite cada vez y nuevamente en cada uno de los oficios religiosos de nuestras iglesias: Palabras hermosas de hombres humildes que logran cosas poderosas.

Casi hemos llegado al final. La humillación del Salvador está a punto de terminar. Ha tropezado en camino al altar de la cruz. Sin nadie que alegue su causa, que lo defienda ni lo ayude, ha sido clavado al madero. Y ahora en sus últimas horas de la más profunda degradación, la gloria de la cruz brilla más que el sol de mediodía. Escuchen la descripción de san Lucas de esa degradación, y escuchen la gloria oculta en ello. Leemos Lucas 23, empezando con el versículo 32:

> Llevaban también con él a otros dos, que eran malhechores, para ser ejecutados. Cuando llegaron al lugar llamado de la Calavera, lo crucificaron allí, y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. Jesús decía:

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”. Y repartieron entre sí sus vestidos, echando suertes. El pueblo estaba mirando, y aun los gobernantes se burlaban de él diciendo: “A otros salvó; sálvese a sí mismo, si este es el Cristo, el escogido de Dios”. Los soldados también se burlaban de él, y se acercaban ofreciéndole vinagre y diciendo: “Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo”. Había también sobre él un título escrito con letras griegas, latinas y hebreas: “Éste es el Rey de los judíos”. Uno de los malhechores que estaban colgados lo insultaba diciendo: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Respondiendo el otro, lo reprendió, diciendo: “¿Ni siquiera estando en la misma condenación temes tú a Dios? Nosotros, a la verdad, justamente padecemos, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; pero éste ningún mal hizo”. Y dijo a Jesús: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino”. Entonces Jesús le dijo: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”.

I.

Hemos alcanzado nuestra meta en la Cuaresma. Hemos seguido a Jesús hasta la colina llamada la Calavera. Al inicio de la Cuaresma, nos llamó para que lo siguiéramos hasta allí, no para que lo ayudáramos sino para que él solo pudiera encontrar la gloria. Esa gloria es la gloria de ser nuestro Salvador. Es la gloria de redimirnos sin nuestra ayuda. Es la gloria de ofrecer a Dios un sacrificio perfecto, completo, todo suficiente por los pecados del mundo, por pecados de ustedes y míos. Y ahora rápidamente está alcanzando esa meta de obtener esa gloria, la gloria de convertirse en el Redentor del mundo, el único Redentor.

¡Pero, oh, qué profunda humillación es ésa que cubre la gloria y la oculta de la vista! Se ve como el peor criminal, porque a ésos crucificaban, a los peores criminales. Incluso la Ley de Moisés decía: “Maldito todo el que es colgado en un madero” (como se cita en Gl 3:13). Parece el hombre más despreciado, y lo es, como Isaías lo había profetizado. No hay nadie que lo ayude. Parece ser el hombre más débil de todos. No parece que puede ayudarse a sí mismo.

¿Entonces, dónde está la gloria? ¿Cómo la encontraremos en esta visión vergonzosa que ha descrito para nosotros san Lucas en el texto para esta noche? La gloria está en las palabras que dijo Jesús. Son palabras con una gloria que eclipsa el esplendor del sol de mediodía. La gloria de las palabras de Jesús en nuestro texto brilla todavía más cuando la comparamos con las palabras de todos los demás que tenían algo que decir al principio de esas horas de la crucifixión. ¿Las escucharon? Allí están los gobernantes, los hombres santos de Israel. ¿Por qué no lo dejaban en paz en su agonía? Ya se habían salido con la suya. Esperaban deshacerse de él pronto. Pero, oh, no. Tenían que aparecerse en la ejecución, y como decimos, tenían que hurgar en las heridas. Predicaron a la multitud que se había reunido allí, algunos de los cuales se habían preguntado si Jesús era el Mesías prometido. Predicaron a los soldados que habían ordenado llevar a cabo la ejecución. Predicaron a todos los que se habían

quedado boquiabiertos mirando la escena espantosa. Con desprecio, aversión y desdén estaban allí proclamando: "¡Mírenlo allí, todos los que pasan! ¡Mírenlo! ¡Éste no es ningún Salvador! No, es un fraude y un engaño. ¡Muéstranos que estamos equivocados, Jesús! ¡Si eres el Hijo de Dios, desciende, desciende de la cruz!". Esta crueldad en sus palabras y la injusticia de sus palabras se ponen en relieve cuando admiten que era, por lo menos, un buen hombre. Dijeron: "Ayudó a otros". Entonces, la pregunta obvia es que si ayudó a otros, ¿por qué lo están matando? Si ayudó a otros, ¿por qué no tienen lástima cuando lo van a matar injustamente con tanta crueldad? Esas palabras de los gobernantes son malvadas y muestran la perversidad de aquellos que las dijeron.

Los soldados escucharon el sermón de los gobernantes. Ellos dieron su amén al unirse a la burla. Aquí estos mercenarios del gobierno romano continúan con lo que habían comenzado antes en el patio de Poncio Pilato. Allí le habían dado a Jesús la corona de espinas y puesto una vara en su mano. Allí se habían inclinado ante él y en medio de risas y golpes le dijeron: "¡Salve, Rey de los judíos!". Y ahora para pasar el tiempo, siguieron. Sin sentir ninguna lástima. Ni una pizca de decencia humana se encontró tampoco en sus palabras.

Entonces están las palabras de uno de los dos hombres crucificados con él. Ambos eran criminales y tenían bien merecido su castigo. Si dijeran algo, al menos esperaríamos un poco de compasión y comprensión. Por malvados que fueran, estaban sufriendo aparentemente el mismo tormento que él. Pero no, incluso uno de ellos se unió al coro del ridículo.

Ahora el cuadro de la depravación humana está completo. Los amigos le fallaron. La familia no le sirve. La iglesia oficial, su iglesia, lo entrega a los paganos para que lo juzguen. El estado le falló y no hizo justicia, y en vez de eso cometió la mayor injusticia jamás vista. Y ahora cada pizca de lo que hubiera sido honradez común y humana se despojaba en las palabras de los que rodearon la cruz ese día espantoso.

¿Qué dirá Jesús? ¿Pedirá que caigan maldiciones del cielo a sus torturadores? ¿Se llenará su boca de insultos parecidos a los que le dijeron aquellos que se burlaban de él? Después de todo, ¿qué más pueden hacerle de lo que ya le han hecho? No es como si las cosas fueran a empeorar. Entonces, ¿qué dirá? ¿Pueden creerlo? ¿Pueden imaginarse esto? Esto es lo que dice, no a ellos sino a Dios: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Pero, exclamamos: ¿no sabían lo que hacían? Los principales sacerdotes y los ancianos contrataron falsos testigos para que dieran testimonio contra él; sabían lo que estaban haciendo. El gobernador romano hasta declaró antes que Jesús no había hecho nada que mereciera la muerte; sin embargo, sentencia a Jesús a la muerte. Pilato sabía que estaba cometiendo una injusticia. ¿Cómo podía decir Jesús que no sabían lo que estaban haciendo? ¡Y luego aun pedirle a Dios que tuviera piedad por los torturadores de su Hijo y que los perdonara! ¿Han oído algo que se le parezca? ¿Pueden imaginárselo? ¿Pueden imaginarse comportarse ustedes de esa forma, aun con una fracción de los insultos y de las injusticias que Jesús soportó? ¡Qué diferente es este varón de dolores de cualquier otro que jamás vivió, que pudiera decir tal cosa!

Entonces están las palabras del malhechor que estaba a su derecha. Ese sinvergüenza, ese criminal, es el único allí que dijo palabras que reconocían la verdad. Consideró todo lo que él mismo había hecho para merecer lo que estaba pasando en su cruz. Vio la conducta de Jesús y escuchó las palabras de Jesús, a diferencia de todos los que lo rodearon. Parecería que este criminal hubiera conocido más de la obra de Jesús y su mensaje de lo que vio ese día. Pero sea como sea, es movido a exclamar en su propio tormento palabras de fe: "Acuérdate de mí cuando vengas en tu Reino". Y escuchen la sorprendente respuesta de Jesús en esta notable oración al sinvergüenza a su derecha: "De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso". Si Jesús no hubiera dicho nada, dado su propio dolor y pesar, no nos hubiera sorprendido. Si Jesús tuviera algo que decir, si nosotros estuviéramos escribiendo el texto, hubiera sido algo como esto: "Aquí estás sufriendo lo que te mereces sufrir, ¿y tienes la desfachatez de pedirme tal cosa a mí? Te pudrirás en el infierno para siempre junto con toda esta gente que me rodea, igual como tú te lo mereces y como ellos se lo merecen". ¡Pero no! Nada de eso sale de la boca de Jesús. En lugar de eso, promete al criminal un don, un don gratuito, un don totalmente inmerecido y tan obviamente inmerecido, un don por el cual el malhechor jamás puede devolverle el pago en lo más mínimo. ¡Jesús le promete el cielo! Ese cielo será suyo no después de que haya sufrido un poco en algún purgatorio imaginado. Será suyo ese mismo día.

II.

¡Qué gloria hay en esas palabras de Jesús en la hora de su más profunda humillación! Son las palabras más hermosas que jamás alguien haya pronunciado, se hacen más hermosas por el contraste con las palabras de aquellos que lo rodean. Pero la gloria en esas palabras es mucho más que hermosa. Esas palabras que Jesús dijo ese día están llenas de poder de forma sin igual e inimaginable. Piensen en eso por un momento. Las palabras de los gobernantes, de los soldados y del malhechor que se burlaron pudieron infligir dolor y, sin duda, aumentaron el dolor del sufrimiento del Salvador. Pero esas palabras no tenían poder duradero. El sufrimiento de Jesús vendría a su fin cuando diera su último suspiro. Ah, pero las palabras de Jesús ese día están llenas de poder. Él ruega: "Padre, perdónalos". No se han dicho palabras más poderosas. Porque el Padre, que él mismo está a punto de abandonar a su Hijo, escuchó esa oración y la contestó. La escuchó y la contestó no sólo para los que rodeaban la cruz ese día. ¡La escuchó y la contestó para el mundo entero, para cada uno de nosotros! Sólo piensen en ello. La respuesta a las oraciones y al clamor de Jesús en el huerto de Getsemaní deben esperar hasta el Domingo de Resurrección. Pero aquí en las profundidades de su sufrimiento, ora: "Padre, perdónalos". Y luego termina pagando el precio de ese perdón en el sufrimiento que se cumplió en la cruz. Padre, perdónalos, ruega, y el Padre acepta el pago por los pecados del mundo entero. Es tal y como san Pablo lo iba a decir después en 2 Corintios: Dios reconcilió a todo el mundo por el pago que hizo Jesús por los pecados del mundo. Eso es lo que Jesús mismo había prometido a Nicodemo, cuando le dijo a Nicodemo que Dios amó tanto al mundo que dio a su único Hijo por su redención. Ése es el mensaje de toda la Biblia.

Ése es el corazón y el centro del cristianismo. Cristo estaba pagando nuestro perdón allí en la cruz.

Y Dios contestó su oración. Todo el mundo fue redimido en esas horas sagradas de su sacrificio. Sólo los que rechazan su obra, que la tiran en incredulidad, pierden su beneficio salvador. Perecen, no porque Dios quiere que perezcan, no porque sus pecados no fueron pagados aquí. Perecen no porque Dios rechazó la oración de Cristo por ellos. Perecen únicamente debido a su propio rechazo de ese don, la redención ganada para ellos.

El malhechor en la cruz escucha palabras igualmente preciosas y poderosas. Jesús no le mintió o nada más le expresó un deseo piadoso en esa hora espantosa. Jesús le dio al malhechor lo que ganó para el mundo. Le dio el paraíso de los santos y los ángeles. Le dio el cielo en el momento de la muerte del malhechor como testimonio para el resto de nosotros de que el cielo fue ganado para todos nosotros también. Y ese don es nuestro por completo y es gratuito, no importa cuán profundo hayamos caído o con cuánta frecuencia.

Oh, sí, hay gloria oculta en esas palabras. Y esa gloria todavía no ha cesado. Tan poderosas son esas palabras de Jesús que dan en este mismo día lo que Jesús oró ese día. Las escuchan en la liturgia una semana tras otra, como miles y miles las han escuchado por dos mil años. El pastor es un hombre humilde. No tiene ninguna gloria propia. Pero cuánta gloria se esconde bajo esa humildad, la gloria del llamado de Jesús, la gloria que da al pastor el mandato de declarar como vocero de Jesús: “Yo, como ministro de la iglesia de Jesucristo, os anuncio la gracia y el perdón de Dios, y en el lugar del Señor Jesucristo y por mandato de Él os perdono todos vuestros pecados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Ese momento majestuoso en la liturgia fue comprado y pagado en la cruz. Ese momento poderoso en la liturgia es todavía, hasta hoy y mientras el mundo dure, la respuesta del Padre a la oración de Jesús ese día. Jesús todavía ora. Todavía mantiene ante su Padre el pago hecho. Y el Padre todavía acepta el pago de todos los pecados de ustedes y míos.

Oh, qué gloria brilla allí en esas palabras más hermosas y más poderosas, pero todavía ocultas bajo la ignominia de la cruz. Mientras nuestro camino a la cruz en Cuaresma se acerca, pongan su mirada sólo en Jesús. Mientras nuestro peregrinaje alcanza la santa meta, que sus palabras abran sus oídos, su corazón, su mente y su alma. Que los llenen de tristeza y arrepentimiento solemne por el papel de ustedes en el sufrimiento de él. Porque no hemos venido a la cruz para ayudarlo. El papel del Redentor es suyo y de él solo. Entonces que esas palabras también los llenen de alegría incalificable. Ha orado por ustedes en vez de orar por sí mismo. Ha pagado la admisión de ustedes al cielo con su propio sufrimiento del infierno. Y el Padre ha contestado la oración de Jesús por ustedes. En cuanto a Dios, su entrada al cielo es tan segura como la del malhechor. Ésa es la gloria oculta en la cruz. ¡Ésa es la gloria oculta en esas palabras de Jesús nuestro Salvador y Redentor, Jesús nuestra luz y vida, Jesús nuestro gozo y Jesús nuestra resurrección! Amén.

Sermón 7: Jueves Santo
Está oculta en el banquete del Salvador

Texto: Mateo 26:26-30

I. Es un banquete que es tan simple que podemos dejar de ver su gloria.
   A. El nuevo banquete está oculto dentro de una antigua fiesta y su cumplimiento perfecto.
   B. Pero todo es tan simple y tan común que muchos no ven su gloria.
II. Es un banquete que es en sí mismo el precio de nuestra salvación.
   A. Su gloria está oculta en la realidad de quien es dado en el banquete.
   B. Su gloria está oculta en la realidad de por qué él se da en el banquete.

En la Cuaresma de este año, hemos estado considerando este tema general: He aquí la gloria oculta de la cruz. Mientras hemos seguido a Jesús a través de esta santa estación, algo que sobresale asombrosamente es esta simple verdad: Entre más comunes y más humildes las palabras y las obras de Jesús, más maravillosas y más poderosas son. Eso no es más evidente que en este día santo, el día en que Jesús instituyó el sacramento del altar. Sin duda, conocen las palabras de la institución de memoria; porque las han oído cientos de veces desde la niñez y hasta las han memorizado en la clase de confirmación. Escuchen esas palabras otra vez. Observen la absoluta simplicidad de las palabras y los actos. Fíjense también en su esplendor, su gloria. San Mateo nos dice en el capítulo 26, comenzando en el versículo 26:

> Mientras comían, tomó Jesús el pan, lo bendijo, lo partió y dio a sus discípulos, diciendo: "Tomad, comed; esto es mi cuerpo". Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: "Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados. Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre". Después de haber cantado el himno, salieron al monte de los Olivos.

I.

¿Podría haber algo más simple? Jesús está con sus discípulos en un cuarto prestado. Han venido a celebrar la fiesta judía de la Pascua. Han venido a la remembranza anual de la liberación de Israel de la esclavitud egipcia. Han venido a recordar cuán maravilloso fue cuando el ángel de la muerte pasó de largo por las casas del pueblo de Israel que tenían el dintel de las casas pintado con la sangre del cordero que habían de comer dentro. Recordaron que el ángel de la muerte trajo la muerte al primogénito de cada hogar en Egipto que no tenía el dintel pintado con la sangre del cordero.

La Pascua era la fiesta central del calendario judío. Todos la esperaban. También la esperaban los discípulos de Jesús. Pero esta Pascua era diferente. En medio de la celebración

de la Pascua, silenciosamente, sin bombos ni platillos, Jesús hizo algo nuevo, algo diferente. Instituyó toda una fiesta nueva. Pero lo hizo tan simple que nos preguntamos si los discípulos, en el momento, captaron una fracción del significado de lo que estaba pasando. Creemos firmemente que no lo hicieron. Porque como siempre, sus mentes estaban en otras cosas. Habían estado tan ocupados discutiendo unos con otros acerca de quién de ellos era el más importante, que nadie se tomó la tarea de lavar los pies antes de comer. Los siervos o anfitriones lo hacían cuando la gente entraba de la calle polvorienta. Pero nadie lo hizo esa noche; nadie quiso ser siervo de los demás. Nadie, es decir, excepto Jesús, que fue quien realizó la tarea él mismo y lavó los pies de los discípulos.

Entonces Jesús habló de su próxima muerte. Pero nuevamente, era la Pascua, una celebración. ¿Quién quiere hablar de tales cosas en una celebración? Y Jesús habló de traición, de uno que esa misma noche lo iba a vender. Los discípulos estaban perplejos y no comprendieron. Había tantas cosas esa noche, tanta celebración del pasado de Israel, tanta confusión acerca del presente, tanta discusión sobre el futuro.

Y en medio de todo, otra vez no había alboroto ni jactancia, Jesús crea una nueva fiesta. Es tan simple, que resulta tan fácil dejarla de lado y considerarla como si no fuera nada. Tomó el pan, el pan más sencillo. Lo partió y se lo dio a ellos para comer. Declaró mientras lo hizo: "¡Esto es mi cuerpo!". No les explicó. No les dijo que era un símbolo de su cuerpo. No, las palabras son sencillas y claras: "Esto es mi cuerpo". No les dijo tampoco que lo guardaran o lo llevaran en una procesión o lo adoraran. Sólo dijo: "Tomad, comed". Y luego con igual simplicidad, tomó la copa de vino, la copa usada en la celebración de la Pascua. Y sólo dijo: "Bebed de ella todos, porque esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados". Otra vez, no da ninguna otra explicación de lo que significa. No tiene que hacerlo. Las palabras son sencillas y claras. "Esto es mi sangre", declara. No dijo que era un símbolo de su sangre. Tampoco dijo que era algo para ser adorado o venerado. No, sólo "Bebed de ella todos".

Sí, es tan simple todo que hasta podemos dejar de ver la gloria en ello. Porque tenía gloria, una gloria más allá de lo que se pueda expresar. Aquí está el Cordero sacrificado por los pecadores, el Cordero cuya sangre redime al mundo. Sí, aquí en esta nueva comida está la solución para los pecados que los discípulos estaban cometiendo esa misma noche. Porque Jesús viene en este banquete para dar el perdón. Eso es lo que dijo: "esto es mi sangre… para perdón de los pecados". Aquí está el Cordero que se da a sí mismo como alimento para la vida eterna, no sólo como pintado en el dintel de las puertas. Pero muchos se han perdido la gloria. El mismo hecho de que vemos la fiesta celebrada no sólo en este día tan santo, sino muchas veces durante el transcurso del año, puede hacernos pensar que no es nada especial. La conversación común en muchos hogares luteranos dice algo así: "¿Vamos a ir a la Santa Cena hoy? Bueno, veamos. ¿Fuimos la última vez? ¿No? Bueno, entonces supongo que debemos ir a tomarla esta vez". Tal vez esta noche antes de ir a la iglesia alguien haya dicho: "Bueno, es Jueves Santo; significa que tenemos que ir a tomar la Santa Cena; todos van a la

Santa Cena el Jueves Santo". Sí, es tan simple que fácilmente la consideramos como una ceremonia vacía cuyo propósito hemos olvidado hace mucho tiempo.

Pero Jesús explica el propósito claramente. Y Jesús nos muestra la gloria que está aquí. Escuchen, escuchen lo que dijo. Que sus palabras se graben en el corazón de ustedes en la sangre que está aquí en el Sacramento. Que sea el Pan de vida que tuvo la intención que fuera para ustedes. Graben esto en su memoria y nunca lo olviden. Jesús lo dijo, la noche de su traición. Jesús lo dijo, rumbo a la cruz. Jesús lo dijo en su último testamento. Jesús dijo: "ESTO ES MI CUERPO. ESTO ES MI SANGRE, DERRAMADA POR MUCHOS, PARA EL PERDÓN DE PECADOS".

II.

Mucho antes de que los discípulos estuvieran riñendo uno con el otro, mucho antes de que no tuvieran para Jesús ni una pisca de compasión ni comprensión, mucho antes de que Jesús viera con perfecta claridad lo que le esperaba en las próximas 20 horas o algo así, mucho antes de esa noche en que iba a ser traicionado, Jesús pronunció su última voluntad y testamento. No les dio acciones ni bonos. No hay plata en la familia para dejar como legado, no hay objetos de porcelana en la familia, no hay casa. No hay nada en el patrimonio de Jesús del que se pueda hablar, excepto, es decir, ¡Jesús mismo! ¡Y así, en su última voluntad y testamento, no teniendo nada más que dar, se dio a sí mismo! "Esto es mi cuerpo; esto es mi sangre derramada por muchos", declara. Sí, y ¿quiénes son "por muchos"? Son ustedes; soy yo. En esta noche, la más santa de las noches, cuando había mucho en la mente de Jesús; en la más santa de las noches, cuando los azotes y la corona de espinas, cuando los clavos y la lanza estaban ya claramente ante sus ojos; pensó en ustedes. Hizo su última voluntad y testamento y a ustedes los nombró sus beneficiarios. No teniendo nada más que darles, se dio él mismo a ustedes y por ustedes.

Porque vean el banquete. Escuchen y maravíllense con su gloria. "Esto es mi cuerpo; esto es mi sangre". No comemos ni bebemos un símbolo en el banquete. No, es real, verdadero, el Hijo del Dios viviente e hijo de María. Es el mismo Jesús que habló esa noche y quien al día siguiente se ofreció a sí mismo como sacrificio por los pecados del mundo. Sí, es el mismo Jesús que estaba pensando todavía en ustedes al día siguiente cuando exclamó: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?". Y la respuesta, por supuesto, a esta pregunta tan dolorosa es: Dios lo desampararía porque Dios quería la salvación de ustedes. Dios lo desampararía debido a que Jesús quiso sufrir los tormentos del mismo infierno en la cruz por ustedes, por mí. Alrededor de él la gente gritaba: "Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz". ¿Por qué no lo hizo? Porque la noche antes, se había dado a sí mismo en su testamento a ustedes. ¿Por qué no lo hizo? Porque la noche antes, había declarado en su testamento inalterable que nunca se separaría de ustedes. Y la única forma en que ese objetivo se pudo haber alcanzado, el objetivo de que estemos unidos para siempre y por la eternidad en esta sagrada cena, fue que él fuera abandonado por el Padre. La única forma era que él pagara por

los pecados que nos separaban de Dios. La única forma era que él soportara el tormento del infierno en la cruz como nuestro sustituto.

Y así, anticipando lo que va a hacer el Viernes Santo, Jesús nos declara la noche antes: "Esto es mi sangre del nuevo pacto que por muchos es derramada para perdón de los pecados". La comida ordinaria y el vino tienen, por designio de Dios, la habilidad de preservar nuestros cuerpos y fortalecerlos. ¡Pero miren lo que es esta comida y bebida! Preserva no sólo el cuerpo, sino el cuerpo y el alma para la vida eterna. Por eso, los padres de la iglesia la llaman "medicina de la inmortalidad". Porque aquí está Jesús, el pan de vida del cielo. Aquí está Jesús, la copa de salvación. Aquí está Jesús, quien ahora nos da el mismo precio que pagó por nuestra salvación —su verdadero cuerpo y su verdadera sangre. Declara que sí surte efecto; surte efecto ahora y para siempre para perdón de los pecados. Por eso, descendió del cielo en primer lugar, para ganar nuestro perdón. Por eso sufrió y murió, para ganar nuestro perdón. Por eso, ha reinado sobre todas las cosas en el cielo y en la tierra, para que en el bautismo pudiera lavarnos, y en su Cena pudiera alimentarnos con él mismo, para preservar nuestra unión con él en el tiempo y en la eternidad.

El mundo hace de lado la Santa Cena con desdén. Muchos cristianos la consideran sin importancia, con la que no vale la pena ocuparse. Pero estamos buscando la gloria oculta en la cruz. ¡Y aquí está! ¡La gloria más valiosa que todas las riquezas del mundo! Porque Jesús, nuestro Dios y Salvador, está aquí. Gloria que dura eternamente. Porque Jesús, el soberano resucitado del universo y de este tiempo y de la eternidad misma, está aquí. Gloria que es más preciosa que todas las medicinas jamás inventadas. Porque Jesús está aquí con él mismo siendo la medicina que otorga la vida eterna; porque donde hay perdón de pecados, hay vida y salvación.

Por lo tanto, vengan con corazones quebrantados debido al pecado, la culpa y la vergüenza. Vengan con el alma hambrienta por la comida que los fortalecerá en la batalla en curso con el diablo, el mundo y la naturaleza pecadora. Vengan con corazones sedientos de la salvación. Vengan, coman y beban el precio de su salvación en este banquete de banquetes. Luego vayan. Vayan y aférrense a él, quien no tiene otra cosa que dar esta noche santa sino él mismo. Vayan y aférrense a él que, la noche en la que fue traicionado, no tenía a nadie más en quién preferiría pensar que en ustedes. Vayan y nunca lo olviden, no olviden a quien en su último testamento los hizo a ustedes herederos por toda la eternidad del cielo que había comprado con su cuerpo y su sangre, los mismos que les da esta noche. Vayan con el don de su cuerpo y sangre que fortalece y los preserva para la vida y para la vida eterna. Amén.

Sermón 8: Viernes Santo
Está oculta en las promesas del Salvador

Texto: Juan 18:31-37

I. Las promesas cumplidas allí quebrantaron el corazón de Dios.
   A. Sólo piensen: Esas promesas las hizo Dios mismo.
   B. Ésas fueron promesas que Jesús mismo había dado y aprobado.
II. Con esas promesas cumplidas, todas las promesas desde luego que se cumplirán.
   A. Les ha hecho promesas para esta vida.
   B. Les ha hecho promesas para la eternidad.

Hemos llegado al final del peregrinaje de Cuaresma. Hace cuarenta días escuchamos y prestamos atención al llamado de Jesús: Ahora subamos a Jerusalén. Lo hemos seguido, buscando la gloria oculta en la cruz. Y hoy ese peregrinaje ha alcanzado su meta. Escuchen su final. Escuchen el resumen. Escuchen y vean la gloria oculta en la cruz. Leemos el evangelio de Juan, capítulo 19, comenzando con el versículo 31:

> Entonces los judíos, por cuanto era la preparación de la Pascua, a fin de que los cuerpos no quedaran en la cruz el sábado (pues aquel sábado era de gran solemnidad), rogaron a Pilato que se les quebraran las piernas y fueran quitados de allí. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas al primero y asimismo al otro que había sido crucificado con él. Pero cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas. Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice verdad, para que vosotros también creáis, pues estas cosas sucedieron para que se cumpliera la Escritura: "No será quebrado hueso suyo". Y también otra Escritura dice: "Mirarán al que traspasaron".

I.

Nuestro trayecto termina como empezó. Cuando Jesús comenzó su trayecto en Cuaresma, declaró que subía a Jerusalén para ser ridiculizado y escupido. Subía para ser entregado a los gentiles. Subía para ser golpeado y crucificado. Subía para morir y entonces, después de tres días, resucitaría de entre los muertos. Y lo dijo en más de una ocasión, que todo esto se había hecho para que se cumplieran las Escrituras.

Y ésta es la gloria del día más solemne del año. ¡Jesús lo hizo! Cumplió las Escrituras. Reflexionen sobre eso por unos minutos. Cada paso de ese peregrinaje, sí, desde su nacimiento en Belén, había sido profetizado en el Antiguo Testamento. Una promesa tras otra describía el trayecto del Hijo de Dios del cielo al infierno, de la gloria que había visto en la eternidad a la esencia del horror en el infierno, cuando fue abandonado por su Padre en la cruz. ¡Piensen solamente cuán desgarradores son para Dios esos sucesos que tuvieron lugar ese día santo! Pero Dios había prometido cada uno de ellos. David, en el Salmo 22, fue inspirado a escribir sobre este día cuando Jesús sería crucificado, cuando sus huesos se notarían para ser contados, cuando los soldados al pie de la cruz echarían suertes sobre su ropa. Isaías había descrito este día muy gráficamente en el capítulo 53, el día cuando el

Siervo de Dios sufriente sería despreciado y rechazado, no habría hermosura en él que quisiéramos ver. Después Isaías habló de su ropa manchada de sangre. Los pasajes que se refieren aquí en el evangelio de Juan son promesas de Dios que se remontan al tiempo de Moisés y terminan con Zacarías, uno de los últimos profetas del Antiguo Testamento.

¡Traten de imaginarse todo eso! Dios prometió todo este sufrimiento a su Hijo. El Hijo de Dios estuvo de acuerdo en que todo esto tuviera lugar y le sucediera a él. Y en cada paso del camino, el Padre controló la historia y el Hijo dirigió sus propios pasos, para que ninguna, ni siquiera una, de las promesas que hizo Dios con respecto a su Hijo fracasara. ¿Quién ha escuchado algo semejante? Hacer promesas y cumplirlas, sí, hemos oído eso. Pero hacer promesas que están llenas de torturas, ridículos, sufrimientos, dolores y cumplirlas, es algo más. Porque hacer esas promesas y cumplirlas, cuando no hay nadie que los obligue a cumplir promesas como ésas, es otra cosa. Hacer una promesa que dañará a uno mismo cuando no tiene que hacerlo y luego asegurarse de que no se quede nada del sufrimiento sin sentir, sin sufrir—¿quién escuchó algo así o se puede imaginar tal cosa? Pero eso es exactamente lo que pasó en el trayecto de Cristo que terminó el Viernes Santo. Prometió que vendría por su propia voluntad. Prometió que sufriría los tormentos de la muerte y del infierno, no porque mereciera nada de ello, sino por nosotros y en nuestro lugar. Y cumplió su palabra hasta el último detalle. La cumplió perfectamente.

Todo lo que queda por cumplirse es la promesa de la resurrección. Y no dudamos ni por un segundo que también cumplirá esa promesa. Porque si Jesús cumplió todas esas promesas que tanto le costaron, entonces seguramente no caerá en saco roto la promesa de su triunfo sobre el sepulcro el Domingo de Resurrección.

Pero todavía hay más gloria que tenemos que ver en la cruz el Viernes Santo. Porque todo el cielo y el infierno, todo el tiempo y la eternidad, está envuelto en las promesas que vemos cumplidas en la cruz. Y esas promesas tienen que ver con nosotros, con ustedes y conmigo. Jesús mismo se lo había prometido a Nicodemo en Juan capítulo 3; había prometido que sería levantado en un madero y que todo el que creyera en él tendría vida eterna. Esa promesa se extiende a cada uno de nosotros. Lo vemos el Viernes Santo cumpliendo la promesa de que sería levantado en la cruz. Cumplió su palabra. Y ahora su palabra nos promete la vida eterna.

¿Cómo pueden dudarlo? Si hizo una cosa, la de sufrir en el madero, como lo prometió, seguramente hará la otra: dar la vida eterna a todo el que confíe sólo en él para su salvación. Porque ésa es toda la razón de por qué cumplió su promesa. Sería ridículo para cualquiera de nosotros, digamos, pagar por un abrigo en la tienda y luego dejarlo allí. Jesús ha pagado el precio de la salvación de ustedes por la difícil obra que soportó. Sería ridículo en sumo grado que él pagara algo tan costoso y luego no obtuviera aquello por lo que pagó —la redención y la salvación de ustedes. No, pueden estar seguros de eso. Cumplió su promesa para pagar el precio de ello. Cumplirá la promesa también, para darles completa y gratuitamente lo que pagó: la redención, el perdón y la paz de ustedes con Dios y hasta con la propia conciencia de ustedes.

¿No es ésa la gloria en la cruz? Dios cumplió las promesas allí que quebrantan su corazón mientras ve el tormento de su Hijo. El Hijo de Dios ha cumplido las promesas allí, que lo dejan sangrando, lo dejan muerto. El Espíritu Santo cumplió las promesas allí, que hizo por medio de los santos profetas en el Antiguo Testamento, remontándose hasta el huerto de Edén. Ni una sola de sus promesas ha fallado. Ninguna de ellas ha quedado incompleta de ninguna manera. Y todas ellas no le costaron a nadie nada sino a Dios. Habiendo cumplido esas difíciles promesas, podemos estar seguros de que logró lo que quiso lograr con su difícil tarea: nuestra salvación.

II.

Y eso no es todo. En toda la Biblia, Dios les hace promesas, hermosas promesas, una tras otra, que abarcan toda la vida de ustedes, que los abarcan aun después de la muerte. He allí la gloria en la cruz. Si Dios cumplió sus promesas allí, promesas tan difíciles y dolorosas, entonces pueden estar seguros de esto: Cumplirá todas las otras promesas también para ustedes. Por ejemplo, prometió por medio de los apóstoles Pedro y Pablo que el bautismo lavaría todos los pecados de ustedes por toda la eternidad. Aquí en la cruz, la promesa fue pagada. En el bautismo de ustedes, Dios guarda su promesa y los adopta allí como suyos; los lava del pecado y la culpa en la cual fueron concebidos y nacidos; los limpia de cada mancha en la vida y les promete ser su querido Padre por amor a su Hijo que sufrió y murió. Entonces les promete, en las últimas palabras del mismo Jesús, precisamente antes de su ascensión y en muchas otras partes en la Biblia, que nunca los dejará ni los abandonará.

Oh, por cierto, merecemos que nos abandone. Porque a pesar del amor y las promesas que cumplió en el bautismo, hemos estado muy deseosos por descarriarnos, hemos estado muy contentos tropezando y cayendo, y nos hemos regocijado rebelándonos y dejando el hogar del Padre. Sin embargo, igual que el padre en la parábola del hijo pródigo, Dios ha estado esperando, esperando, esperando. Y luego, cuando las consecuencias amargas de nuestros pecados acarrean sus frutos amargos y estamos desesperados, allí está el Padre, esperándonos, llamándonos, abrazándonos, perdonándonos, recibiéndonos otra vez con lágrimas por amor a su Hijo que sufrió.

Y eso no es todo. Cuando a ustedes les toca sufrir, no los abandona. Cuando todos los que nos rodean nos abandonan, él se queda. Cuando el pesar los ensombrece en cada movimiento que hacen, ya sea por los pecados de ustedes o de otros, no los abandona. Porque lo ha prometido. Una madre, dijo, puede olvidar a su niño de pecho, pero él nunca los olvidará a ustedes; sus nombres están escritos en la palma de su mano. Prometió que las montañas podrían caer y derretirse en el océano, pero su amor por ustedes siempre permanecerá. Prometió que todas las cosas resultarían para su bien, que él estaría con ustedes hasta el fin de sus días. Lo prometió, y en la cruz pagó por ello. Lo prometió, y en la cruz cumplió sus promesas tan difíciles y tan costosas. Todas estas promesas las ha cumplido y siempre las cumplirá. Porque no es un hombre que mentiría. Es fiel a su palabra y la cumple siempre. ¿No lo vieron, aun anoche? Prometió alimentarlos con su cuerpo y su sangre por medio de los

humildes elementos del pan y el vino. Allí prometió darles otra vez el perdón de todos los pecados de ustedes. Y cumplió su palabra.

Y todavía hay más. Promete ir hasta la sepultura y a través de ésta. Porque Jesús lo prometió cuando dijo: “Porque yo vivo, vosotros también viviréis”. Ni siquiera el sepulcro nos robará nuestra vida en Cristo y con Cristo. Porque como cumpliría su promesa de salir victorioso de su propio sepulcro el Domingo de Resurrección, así también cumplirá su promesa de darnos la victoria sobre nuestro sepulcro. Así como hemos resucitado con él de la muerte en el bautismo, así resucitaremos con él en la gloria de la resurrección que nos ha prometido en el último día.

Es Viernes Santo. La colina del Gólgota está cubierta con un velo negro, mientras el sol se niega a brillar en el cuerpo de su afligido Creador. Es Viernes Santo, y quienes vieron lo que sucedió ese día se golpean el pecho, angustiados por la escena. Es Viernes Santo, y nuestras iglesias también están oscuras y cubiertas con lienzos negros, si acaso las cubren. Es Viernes Santo, y nosotros también vamos a casa en nuestra propia forma golpeándonos el pecho por lo que le hemos hecho; él paga por nuestros pecados con su pasión. Pero al mismo tiempo, vamos a casa con corazones que laten con esperanza que no desilusiona y con alegría que no se desvanecerá y con vida que no terminará. Porque hemos visto la gloria oculta en la cruz. Hemos visto la gloria que es su promesa cumplida. Hemos visto la gloria que todas las promesas que nos hizo han sido cumplidas allí en la cruz. Hemos visto la gloria para que nosotros, por tanto, podamos estar seguros de que siempre nos cumplirá todas sus promesas. Vayan ahora a casa con el pesar del arrepentimiento. Vayan a casa ahora con el gozo del perdón, y esperen con una confianza tranquila el clamor que se levantará dentro de tres días. Porque entonces estará cumplida esa gran promesa de su resurrección, cuando nos regocijemos al oír otra vez: ¡HA RESUCITADO! ¡HA RESUCITADO VERDADERAMENTE! Porque todo esto ha sucedido para que las Escrituras se cumplieran. Amén.

Sermón 9: Domingo de Resurrección
Está oculta aun en el triunfo del Salvador

Texto: Mateo 28:1-10

I. ¿Dónde se encuentra oculta su gloria el Domingo de Resurrección?
    A. ¡No está a la vista!
    B. ¡Solamente en el hecho proclamado en la palabra!
II. Busquen la gloria donde ha prometido que la encontrarán.
    A. Vayan adonde les ha dicho.

B. Allí y sólo allí encontrarán la verdadera gloria que no conoce límites ni final.

¡CRISTO HA RESUCITADO! ¡HA RESUCITADO VERDADERAMENTE! Escuchen el informe y presten atención a la gloria para que sus corazones se llenen de puro gozo y sus almas de pura alegría. San Mateo informa sobre ello en el capítulo 28, comenzando con el versículo 1:

> Pasado el sábado, al amanecer del primer día de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. De pronto hubo un gran terremoto, porque un ángel del Señor descendió del cielo y, acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. De miedo de él, los guardas temblaron y se quedaron como muertos. Pero el ángel dijo a las mujeres: "No temáis vosotras, porque yo sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos y va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis. Ya os lo he dicho". Entonces ellas, saliendo del sepulcro con temor y gran gozo, fueron corriendo a dar las nuevas a sus discípulos. Y mientras iban a dar las nuevas a los discípulos, Jesús les salió al encuentro, diciendo: "¡Salve!". Y ellas, acercándose, abrazaron sus pies y lo adoraron. Entonces Jesús les dijo: "No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán".

I.

¿Podría haber un día más glorioso que éste? ¿Quizás fue más glorioso el primer día de la creación, cuando Dios simplemente habló y creó el tiempo y el espacio y toda la materia nada más con sus palabras? ¿Quizás fue el cuarto día de la creación más glorioso, el día en el cual Dios, sólo al hablar, creó el sol, la luna y las estrellas y las colocó en las posiciones y las órbitas que sostienen hasta este mismo día? ¿Acaso fueron esos días más gloriosos que éste? ¡Oh, no! ¡Mil veces no! Porque tan maravilloso como fue el día de la creación y el día en que el sol, la luna y las estrellas fueron creadas, la creación y todo en ella un día colapsará y Dios cambiará todo sin mayor esfuerzo que cuando uno se quita el abrigo. ¡Ah, pero este día! Este día brillará para siempre en su gloria e importancia suprema. ¿Qué tal el último día, el día cuando Cristo vendrá otra vez con todos los santos y ángeles, el día en el cual todos resucitarán de entre los muertos y enfrentarán el trono del juicio de Dios? ¿Acaso es más glorioso ese día que éste? ¡Oh, no! ¡Nuevamente, mil veces no! Porque aparte de este día, el último día estará lleno de horror y terror inimaginables, y oiremos la voz como relámpago decir: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles". No, este día, el día de la resurrección de Cristo, es el más glorioso de todo el tiempo y de toda la eternidad. ¡CRISTO HA RESUCITADO! ¡HA RESUCITADO VERDADERAMENTE! Amen y atesoren este día y ténganlo en gran estima como un día mucho más glorioso que el cumpleaños de ustedes, que el día de su boda, que el día del nacimiento de su hijo, y aun el

día en que mueran y su propia entrada a la gloria. Durante toda la Cuaresma hemos estado buscando la gloria oculta en la cruz. Y ahora en este día, esa gloria de la cruz, esa gloria sobre la cruz y en la cruz, alcanza su punto culminante incomparable.

Pero fíjense otra vez en lo que hemos observado durante toda la Cuaresma. En cada paso del camino en la Cuaresma había gloria, pero era gloria que estaba oculta. Y aun hoy, en el más glorioso día de todos los tiempos y la eternidad, la gloria de Cristo está velada. ¿Captaron eso en el informe de san Mateo? ¿Quién aparece como glorioso en ese informe? ¡No es Jesús! Es un ángel. El ángel desciende del cielo, abre el sepulcro, se sienta sobre la piedra que cubría su entrada. ¿Dónde está Jesús? Ya ha hecho sus grandes obras, y las ha hecho ocultándolas de la vista. El Domingo de Resurrección su cuerpo y su alma fueron reunidos en el sepulcro. Nadie lo vio. El Domingo de Resurrección, como san Pedro informa en su epístola, el Cristo resucitado descendió al infierno y proclamó allí su gran victoria sobre el pecado, la muerte y el infierno. Nadie en la tierra escuchó ese día los chillidos de rabia y los alaridos impotentes del diablo. Eso estaba oculto. Entonces, antes de que el ángel descendiera del cielo, Jesús salió del sepulcro mientras la piedra estaba todavía firmemente puesta a la entrada. Pero otra vez, la gloria estaba velada. El único que aparece glorioso en el informe de san Mateo es el ángel que quitó la piedra. Su apariencia era como el relámpago, y su ropa blanca como la nieve. El efecto visible del ángel era también glorioso. Esos soldados fuertes, que sabían cómo enfrentar la muerte, no resistieron la gloria del ángel. Asustados y aterrorizados, cayeron como muertos.

Cuando las mujeres llegaron al sepulcro, los soldados aparentemente se habían recuperado y ya habían corrido a la ciudad a informar a los sumos sacerdotes. Pero el ángel, tan glorioso en su apariencia, estaba todavía allí. Habló a las mujeres que habían esperado ungir el cuerpo muerto de Jesús y de ese modo terminar el funeral que había quedado sin terminar el Viernes Santo. Para su sorpresa, la piedra había sido removida, y sólo está este ángel que las atemoriza también con su apariencia gloriosa. Su mensaje, sin embargo, es mucho más glorioso que su apariencia. Les dice: “No está aquí, pues ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde fue puesto el Señor. E id pronto y decid a sus discípulos que ha resucitado de los muertos y va delante de vosotros a Galilea”.

¿Pero no parece eso algo decepcionante? ¿Acaso no queremos ver a Jesús, el Jesús resucitado, en este día más glorioso de todos en el mundo, luciendo aún más glorioso que el ángel? ¿No queremos verlo vestido esplendorosamente, su cara brillante como el sol y sus vestidos tan blancos como la luz? ¿Acaso no quisiéramos verlo en la forma en que se verá en el último día y en la forma en que san Juan lo vio al final de su vida y escribió lo que vio en el primer capítulo del libro de Apocalipsis? ¿Acaso verlo en este día tan glorioso no debería igualar la gloria de este acontecimiento?

¡No, es la respuesta! Vemos su gloria el Domingo de Resurrección en la forma en que muestra esa gloria a las mujeres en el sepulcro. Después de correr del sepulcro por mandato del ángel, Jesús se les aparece. ¿Y cómo aparece? ¡Con su gloria oculta! ¡Oh, gracias a Dios

por eso! Porque si la aparición de un ángel en gloria hizo que los soldados cayeran como muertos y hasta el corazón de las mujeres se llenara de temor, ¿entonces, qué sería de nosotros si viéramos a Jesús en toda la gloria de su resurrección? ¿Acaso no nos paralizaríamos de miedo y caeríamos muertos en ese mismo lugar? Entonces, ¿qué gloria habría para nosotros los pecadores? Pero no. Este día es un día de gozo para el corazón y de alegría para el alma. Y es así no menos debido a que Jesús, en este día, todavía oculta su gloria. A diferencia de los meros mortales, no tiene necesidad de ponerse de gala y asegurarse de que todos queden impresionados con su poder y su majestad. No quiere intimidarnos con esa clase de aparición. Habrá un día para que aparezca en majestad y gloria, el último día. Pero no hoy. No el Domingo de Resurrección.

Así que aun en el Domingo de Resurrección, oculta su gloria. Se aparece a las mujeres en la misma forma humilde que ellas lo conocían y reconocían durante los tres años anteriores. Qué diferente reaccionaron ellas ante esta aparición que ante la aparición del ángel. No sienten pavor ni temor ni terror y tampoco se van corriendo. Corren hacia él, no de él. Caen ante él en adoración. Llenas de gozo que no pueden ocultar, abrazan sus pies. ¡Cómo hubieran empapado el suelo con sus lágrimas de alegría! ¡Porque ha resucitado! ¡Ha resucitado verdaderamente! Y no ha venido a aterrorizarlas, sino a consolarlas. La obra que terminó el Viernes Santo está realmente bien terminada. El pecado ya ha sido pagado, cubierto con su sangre. Y ahora es el gran día de proclamar la gloria de su victoria.

Y la gloria está velada, oculta en sus palabras. En una oración resume toda la gloria de la Cuaresma, toda la gloria de la Pascua, toda la gloria del evangelio. Les dice a las mujeres: “No temáis; id, dad las nuevas a mis hermanos, para que vayan a Galilea, y allí me verán”.

¡No teman! ¡Qué hermoso resumen de nuestra gozosa Pascua y de todo el evangelio. Sin el Viernes Santo ni el Domingo de Resurrección —los dos no pueden ser separados sin dejar de comprender el punto de los dos— lo único que tendríamos en esta vida sería temor. Caídos con Adán y Eva en el huerto, nuestro pecado nos separó de Dios. La muerte era nuestro destino en esta vida, y el infierno, nuestro futuro en la próxima. Pero Jesús murió y ha resucitado. Hizo exactamente lo que dijo que haría y fue profetizado con respecto a él en el huerto de Edén. Fue a la lucha por nosotros en la cruz. Y ganó. El Domingo de Resurrección es la prueba de ello. Pagó por nuestro pecado. No teman; él conquistó el infierno. No teman; ha triunfado sobre el sepulcro. No teman.

¿Pero cómo puedo saber que lo hizo por mí, aun por mí? Porque la conciencia todavía condena, y las tentaciones todavía roen y fastidian. Escuchen lo que dice Jesús a mitad de la oración a la mujer: “Id, dad las nuevas a mis hermanos”. ¡Qué asombroso! ¡Llama a sus discípulos hermanos! Pero todo lo que hicieron ellos fue dormir en el huerto de Getsemaní después de que les advirtió que debían velar y orar. Todo lo que hicieron fue huir a la primera oportunidad, cuando los soldados fueron a arrestar a Jesús. Todo lo que hicieron no fue comportarse mejor que Pedro, que lo negó, juró y maldijo en el patio del palacio del sumo sacerdote, cuando una muchacha lo acusó de ser seguidor de Jesús. De ninguna manera se

merecen que los llame sus hermanos, ¿verdad? No. Y eso es exactamente el punto. Ésa es exactamente la gloria de la Cuaresma y de la Pascua. Los discípulos no lo merecían, y nosotros tampoco. Porque no somos mejores que ellos; pero tampoco somos peores. Sus pecados ya no están, y los nuestros tampoco. Están sepultados en el sepulcro de Jesús. San Pablo dice lo mismo de nuestros pecados: están enterrados en el sepulcro de Jesús cuando somos bautizados. Y ahora con los pecados cubiertos y ocultos, no hay razón para que él no pueda llamar a los discípulos hermanos. Y sí, no hay motivo para que no nos llame a nosotros sus hermanos y hermanas. Ésa es sólo otra forma de Jesús para decir: "¡No teman!". Por medio de la fe y su bautismo son hijos queridos, preciosos, amados de Dios. ¡Porque he allí la gloria de la Pascua! Jesús murió. ¡Ahora ha resucitado y nunca volverá a morir! ¡Somos redimidos! ¡Somos reconciliados! ¡Nuestro pecado no está! ¡El infierno ha sido conquistado! ¡El sepulcro está destruido!

II.

Y miren qué tierno es Jesús con nosotros, qué amable y considerado. ¿Acaso lo hizo saber con la gloria del ángel que nos mataría de miedo y nos enviaría corriendo de él aterrorizados? No, ocultó su gloria. La oculta en su palabra. Allí es donde vamos a encontrar todo. ¿Se fijaron cómo ese punto se enfatizó en la historia de la Pascua? Jesús prometió que resucitaría. Y les dice a las mujeres que informen a los discípulos. Él no aparece inmediatamente. Quiere que ellos dependan de la palabra. Lo enfatizó otra vez, cuando dijo a las mujeres añadir este detalle: vería a los discípulos en Galilea. Eso es lo que les prometió antes. Otra vez, quiere que aprendan bien la lección, depender de su palabra. Porque pronto quitará su presencia visible, cuando ascienda al cielo después de 40 días. Pero su presencia real y perdurable no la quitará. Estará con ellos hasta el fin de los tiempos, otra vez, como lo prometió, en su palabra y los sacramentos.

Así, pues, ¿quieren encontrar la gloria de la Pascua? ¡Han venido al lugar correcto! Porque aquí, donde su palabra se predica y sus sacramentos se celebran, es donde encontrarán su gloria. Está en la palabra que quita nuestros temores. Porque a ustedes no menos que a los discípulos, les dice hoy: "No teman. No vengo a ustedes en este momento en majestad y poder que los aterrorice. Vengo a ustedes con gloria y poder oculto en la palabra. Esa palabra anuncia y declara que el pecado está perdonado. No teman. Mañana tendrán todavía muchos problemas y tentaciones. No teman. He muerto, y vean, estoy vivo. No los dejaré ni los abandonaré. Ah, pero todavía les espera el sepulcro y deben morir. No teman. Lo conquisté todo con mi muerte y resurrección. Debido a que vivo, ustedes también vivirán. La muerte, el último enemigo, ha sido derrotada, y el sepulcro es el portal a la vida eterna".

Sigan adelante entonces. Igual que los discípulos vieron a Jesús en Galilea y aun antes de eso —siempre da aún más de lo que promete— así que ustedes lo verán con esplendor en el cielo. Sí, y hasta compartirán esa gloria. Porque son sus hermanos, sus hermanas. Nada de lo que tiene lo retendrá de ustedes. Y en cada paso del camino, siempre que puedan, vengan a su palabra y vuelvan a sus sacramentos, para que a través de todo el peregrinaje puedan probar y

ver la gloria que está escondida en la cruz, la gloria que es su resurrección y la promesa a los suyos. ¡PORQUE CRISTO HA RESUCITADO! ¡HA RESUCITADO VERDADERAMENTE! ¡ALELUYA! Amén.

La teología de la cruz: una guía de estudio

Eugene M. Schultz

Una guía de estudio para acompañar *La Teología de la* Cruz

por Daniel M. Deutschlander

All Scripture quotations, unless otherwise indicated, are taken from the Holy Bible, New International Version®, NIV®. Copyright © 1973, 1978, 1984 by Biblica, Inc.™ Used by permission of Zondervan. All rights reserved worldwide.

All rights reserved.

Purchase by a congregation: Purchase of this RTF file by a congregation gives Bible study leaders permission to adapt and copy this material for use by members of a Bible study group. (Multiple parishes may purchase one copy for use in all congregations.)

Purchase by an individual: Purchase of this RTF file by an individual gives the buyer the permission to adapt and copy this material for use by members of Bible study classes that he or she teachers or supervises.

Northwestern Publishing House

1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284

www.nph.net

© 2010 by Northwestern Publishing House

Published 2010

Esta guía de estudio fue escrita para facilitar el estudio y la discusión del libro de Daniel M. Deutschlander, *La teología de la* cruz. Las siete lecciones de este estudio corresponden a los primeros siete capítulos del libro. La referencias a las páginas que siguen a muchas de las preguntas se refieren a las páginas en el libro en donde se presenta el asunto de que tratan las preguntas. Algunas preguntas no incluyen números de página porque son designados para que los participantes en la clase hagan sus propias aplicaciones.

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 1: ¿Qué es la teología de la cruz?

"Y llamando a la gente y a sus discípulos, [Jesús] les dijo: —Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame" (Marcos 8:34).

1. Se involucran dos cruces. ¿A quién pertenece cada una de ellas? (páginas 6,7)

2. ¿Qué debe haber en el cristiano antes de "tomar su cruz"? (página 8)

3. ¿Qué alternativa hay a llevar la cruz? (página 8)

4. ¿En qué forma le sirve la liturgia de la iglesia al que lleva la cruz? (páginas 9,10)

5. ¿Cuáles son las tres características de la cruz del cristiano? (páginas 8,9)

6. ¿En qué forma tratan los cristianos con la tristeza y el sufrimiento que es diferente de la forma en que lo hacen los que no son cristianos, y en qué forma es diferente el gozo del cristiano del gozo del que no es cristiano? (páginas 10-15)

7. ¿Por qué es tan difícil aceptar la negación del yo? (páginas 16,17)

8. Puesto que todos experimentamos el sufrimiento, no es necesariamente la negación del yo. ¿Qué debe suceder para que el dolor y el sufrimiento puedan ser negación del yo? (página 19,20)

9. Guardar el Primer Mandamiento requiere la negación del yo y llevar la cruz. Explique. (página 21,22)

10. ¿Cómo se involucra el yo en quebrantar todos los demás mandamientos? (Use alguno de los mandamientos como un ejemplo).

11. ¿Cuáles son las diferencias significativas entre la cruz de Cristo y la nuestra? (páginas 22,23)

12. "El arrepentimiento … es tal vez la negación más dura del yo" (página 26). ¿Cuáles son los dos más grandes obstáculos para el arrepentimiento? (página 27)

13. Imagínese en las siguientes situaciones y describa cómo el *yo* podría actuar.

- La comisión de mayordomía está pidiendo donativos especiales para que se pueda cumplir con el presupuesto.

- Se le pide servir en una comisión de la congregación.

14. Una persona verdaderamente feliz es una que puede gozar el paisaje en un desvío. ¿Cómo se relaciona esto a la negación del *yo?*

Ejemplos de la negación del *yo* (cargar la cruz)

sinónimos: *humildad, desinterés*

BÍBLICOS Usando las referencias bíblicas abajo, mencione a la persona y la acción que negó.

Génesis 22:2

Génesis 39:7

1 Samuel 24:3-7

Job 1:18-22

Daniel 6:10

Lucas 10:33

Lucas 5:27,28

Hechos 7:59,60

Marcos 6:17,18

Lucas 21:1-4

HISTÓRICOS ¿Cuál fue la naturaleza de la cruz de cada persona?

Apóstoles (excepto Judas)

Los primeros cristianos

Juan Hus and Martín Lutero?

¿En qué forma se distinguían el apóstol Juan y Martín Lutero de los demás?

Ejemplos de auto-satisfacción (rehusar o dejar caer la cruz de uno)

sinónimos: *egoísmo, orgullo, indulgencia*

BÍBLICOS Nombre a la persona y la indulgencia.

2 Samuel 11:2-5

Génesis 20:11

Marcos 10:17-22

Lucas 10:30-32

Mateo 26:69-74

2 Timoteo 4:10

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 2: La paradoja

1. ¿Cómo podemos decir que las cruces que Dios nos envía son *buenos* dones de Dios puesto que esas cruces siempre también son *dolorosas?* (página 30)

2. Si Dios sencillamente con un rayo sacara de nosotros el viejo yo (el viejo hombre) cuando nos hiciéramos cristianos y quitara nuestro dolor, ¿qué nuevas tentaciones enfrentaríamos?? (páginas 32,33)

3. ¿Qué hacen nuestras cruces para nosotros que las hacen dones de gracia? (página 33)

4. ¿Cuál fue la cruz del apóstol Pablo? (páginas 35,36)

5. ¿Cómo se diferenciaba el estado de humillación de Cristo de su estado de exaltación, y cómo los relacionó Jesús? (páginas 37,38)

6. ¿Qué quería decir Jesús cuando dijo que salvaría por medio de su sacrificio? (página 39) (Vea también Isaías 53:12.)

7. ¿En qué formas son la cruz y la corona del pecador diferentes de las de Jesús? (páginas 39,40)

8. ¿Cómo podrían nuestros amigos agregar peso a nuestras cruces? (páginas 44,45)

9. ¿Cuál es el puente entre el dolor de la cruz del cristiano y la corona de gloria al final de su vida? (páginas 43,44) (Vea también Santiago 1:2, 12.)

10. ¿Por qué medios da Dios al cristiano el poder tanto para llevar la cruz como regocijarse en ella?

11. Enumere dos acontecimientos en la Biblia en que Dios *parecía* ser el enemigo. (páginas 49-51)

12. De todas las doctrinas cristianas enseñadas en la Biblia, ¿cuál determina si la iglesia permanecerá firme o caerá? (páginas 51-52)

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 3: Astillas en la cruz

1. ¿Qué aspectos de nuestra cultura actual resultan ser astillas dolorosas en la cruz? (páginas 55-59)

2. ¿En dónde busca el mundo incrédulo la verdad? (páginas 59,60)

3. Define *hedonismo.* (página 60)

4. ¿Cuáles son los objetivos o metas prominentes en la vida para los que deciden no tomar su cruz y seguir a Jesús?

5. ¿Cuál es el significado de la palabra griega *acidia,* y por qué es una astilla? (páginas 66,67)

6. ¿Por qué es la *acidia* tan común entre los cristianos hoy? (página 68)

7. ¿Qué significa esta afirmación: "El evangelio nos salva del pecado, no para pecar"? (página 70)

8. ¿Cómo se usa mal el don consolador del perdón? (página 70)

9. El perdón no siempre implica alivio de las consecuencias. Dé un ejemplo de la vida del rey David.

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 4: Astillas bajo la cruz

1. Si la propia naturaleza pecaminosa es origen de astillas en la cruz o de él o ella, ¿cuál es el origen de las astillas *bajo* la cruz de uno? (página 73)

2. De un ejemplo de una astilla *bajo* la cruz. (páginas 75,76)

3. ¿Qué quiere decir Lutero cuando dice: "El cristiano es libre y no sujeto a nadie", pero "el cristiano es un siervo, sujeto a todos"? (página 74)

4. ¿Qué es la herejía arminiana, y por qué es tan popular? (páginas 75,76)

5. ¿Cómo se difiere el amor *agape* de toda otra clase de amor? Nombre otras dos clases de amor. (páginas 77-80)

6. Cuando Jesús nos dice: "Amen [agape] a sus enemigos", ¿cómo espera que demostremos ese amor? (página 79)

7. ¿Por qué nos inclinamos más a mostrar respeto y paciencia con personas desconocidas que a los miembros de la familia? (página 81-82)

8. ¿Cómo podemos convertirnos en astillas bajo las cruces de otras personas? (página 85)

9. Mencione algunos ejemplos de astillas que vienen de nuestros recuerdos. (páginas 87,88)

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 5: La teología de la cruz y el Dios oculto

1. ¿En dónde se ha ocultado Dios del hombre? ¿Cómo se encuentra a Dios? (páginas 91-92)

2. En las muchas ocasiones en que Dios demostró su poder a los israelitas, ¿qué es lo que trataba de lograr? (páginas 92-94)

3. ¿Qué es lo que nunca logran los destellos de la gloria de Dios? (páginas 95,96)

4. Enumere algunos de los acontecimientos en que Dios dio a los israelitas vistas de su gloria. (páginas 92-94)

5. ¿Cuáles fueron los dos más grandes milagros que se ocultaron del mundo? (página 94)

6. ¿Cuáles tres milagros ocurrieron en el huerto de Getsemaní el Jueves Santo? (página 97)

7. ¿En lugar se someterse a la total humillación ante Dios, el *yo* quiere dividir nuestra vida en cuáles tres categorías? (página 102)

8. ¿Por qué pospone Dios la mayoría de los premios espirituales para los cristianos durante su vida terrenal? (páginas 104-105)

9. ¿Qué es el monaquismo, y cómo está en conflicto con la teología de la cruz? (página 105-106)

10. ¿Cómo roba el catolicismo romano a Cristo su gloria? (página 106)

11. El papel de las buenas obras es uno de los principales puntos de contraste entre la teología de la cruz y la teología de la gloria. Dé algunos ejemplos como ilustración. (páginas 107-108)

12. ¿Qué pregunta fastidiosa siempre queda para la persona que basa su salvación en las buenas obras? (página 110)

13. Enumere tres pruebas que determinan si una doctrina teológica es sana o defectuosa. (página 109)

14. ¿Cómo reprueba la teología de la gloria las tres pruebas? (páginas 109-110)

15. ¿Cuáles son las dos diferentes clases de gloria que posee Dios? (páginas 111,112)

Teología de la cruz versus teología de la gloria

Lea cada pregunta o afirmación y decida si refleja la teología de la cruz o la teología de la gloria. En frente de cada uno escriba *cruz* o *gloria* de acuerdo con su decisión. Luego dé la razón por su decisión.

_____ ¿Que *hizo* Jesús?

_____ ¿Qué *haría* Jesús?

_____ Yo estoy bien; tú estás bien.

_____ Sin dolor, no se gana.

_____ El crimen es la consecuencia de un mal ambiente.

_____ El Viernes Santo no es una celebración mayor cristiana.

_____ Señor, ten piedad de mí, pecador.

_____ Una importante función de la iglesia es promover la justicia social y racial.

_____ La ley nos muestra nuestros pecados.

_____ Los cristianos se regocijan en su sufrimiento.

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 6: El Dios oculto en el cristiano

1. ¿Cuál es la definición bíblica de *santo*? (página 113-114)

2. ¿Qué deben hacer los cristianos para hacerse santos? (páginas 113,114)

3. Explique cómo el reconocimiento de que somos santos cambia la forma de evaluarnos nosotros mismos. (páginas 114,115)

4. ¿Cómo cambia nuestro estado de ser santos la actitud que tenemos hacia otras personas? (páginas 115,116)

5. ¿Cómo revelaron los cristianos del primer siglo en Corinto su preferencia por la teología de la gloria? (páginas 117,118)

6. ¿Qué propósito servía el "aguijón de la carne" de Pablo en su vida? (páginas 119,120)

7. ¿Por qué es peligroso que nos enfoquemos en los fracasos y los defectos de otras personas? (página 120)

8. ¿Qué falsa suposición estamos tentados a hacer cuando escuchamos de Jesús diciendo al ladrón a su lado: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23:43)?

9. Explique cómo los cristianos pueden ser santos y pecadores al mismo tiempo. (página 121)

10. En el siglo IV d.C., el emperador Constantino hizo que el cristianismo fuera una religión lícita y terminó la persecución. ¿Cómo perjudicó esto a la iglesia? (página 123)

11. Cuando filántropos adinerados donan grandes cantidades para la caridad afirmando que "quieren regresar algo", ¿bajo cuál falso concepto están viviendo? (página 125)

12. ¿Cómo podemos los cristianos confiar en que el dolor y el sufrimiento no son un castigo por nuestros pecados? (página 126)

La teología de la cruz: una guía de estudio

Capítulo 7: Una selección

1. ¿Qué propósito tiene del professor Deutschlander al discutir las cruces típicas de cristianos de diferentes edades? (páginas 129,130)

2. ¿En dónde usualmente buscan la felicidad los jóvenes? (páginas 130,131)

3. ¿Cuáles aspectos de nuestra cultura actual promueven la actividad sexual pecaminosa? (página 131)

4. ¿Cuáles expectativas de la familia ponen presión a los adultos jóvenes? (páginas 133,134)

5. ¿Qué pueden hacer los padres cristianos para ayudar a los jóvenes a enfrentar los problemas de crecer? (páginas 134-136)

6. El autor afirma que las prioridades crean problemas especiales en la vida de los cristianos maduros. Dé algunos ejemplos. (páginas 137-147)

7. "El trabajo es bueno y agrada a Dios" (página 138), ¿pero cómo podría arruinar la vida de un cristiano? (página 138) (Vea también 1 Timoteo 6:9.)

8. ¿Cómo puede un matrimonio cristiano salir perjudicado por prioridades mal puestas o confusas y cambiar los medios en fines? (páginas 140,141)

9. ¿Por qué medio nos da Dios su justicia? (página 144)

10. ¿Qué explicación da el Diablo por las frustraciones, desilusiones y sufrimiento que los cristianos nos acarreamos a nosotros mismos?

11. ¿Qué cambios en la vida podrían causar insensibilidad del alma en los cristianos mayores? (páginas 147-149)

12. ¿Cómo podrían los cambios físicos que vienen con la ancianidad cambiar nuestra actitud en cuanto a la negación del *yo*? (páginas 148-150)

13. Mencione algunas promesas que sostienen a los cristianos durante sus últimos días en la tierra. (páginas 150,151)

Multi-Language Publications
Bringing the Word to the World

The Theology of the Cross - Spanish
Text and Study Guide
Catalog Number: 38-5240